

Set. 26/70

BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO.
CUATRO REALES EN MADRID, CINCO EN PROVINCIAS.

12.607
—————
Ley 1847

F. DE LA TORRE.

Á LAS MONTAÑAS

DE

LA LUNA

MADRID.

ADMINISTRACION.
Calle del Rubio, 25, segundo.

LIBRERÍA DE CUESTA.
Calle de Carretas, núm. 9, bajo.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1924

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y AGRICULTURA

4674

Esta obra es propiedad de la Biblioteca de Instrucción y Agricultura, que se reserva los derechos. Para los detalles de la obra, véase el catálogo de la biblioteca.

A LAS MONTAÑAS DE LA LUNA.

Para la propiedad
Medina y Cavam

BIBLIOTECA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y AGRICULTURA
L'Esprit Santo, 28, rue de la Harpe.

Esta obra es propiedad de la *Biblioteca de Instrucción y Recreo*, que se reserva todos los derechos. Para los efectos de la ley de propiedad literaria queda hecho el depósito correspondiente en el Ministerio de Fomento.

25-7-61

BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Á LAS MONTAÑAS
DE
LA LUNA

ORIGINAL DE

FERNAN DE LA TORRE.

MADRID.

ADMINISTRACION,
calle del Rubio, 25, segundo.

LIBRERÍA DE CUESTA,
calle de Carretas, núm. 9, bajo.

BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO.

A LAS MONTAÑAS

DE

LA LUNA

ORIGEN DE

FERNAN DE LA TORRE.

MADRID.

LIBRERIA DE QUERQUEREN, CALLE DE LA LUNA, 27, MADRID.

À LAS MONTAÑAS DE LA LUNA.

I.

El Indus.

Desde que los ingleses y la Compañía de la India se pusieron de acuerdo para verificar el viaje de Southampton á Calcuta y China en vapor, atravesando el Istmo de Suez, primero en pequeños barcos de hélice, que desde Alejandría seguían el canal de Mahamudich y luego el Nilo hasta el Cairo, y despues haciendo en coches-tartanas y en camellos el camino del desierto, mientras no se verificaba ferrocarril ó la union de los dos mares, desde entónces se multiplicaron las líneas de vapores que cruzaban y costeaban el Mediterráneo desde España, Francia, Italia, Austria y Turquía, dándose muchas de ellas cita en Alejandría ó Malta, para tomar el steamer inglés que conduce de Inglaterra y España la mayor parte de los pasajeros de la India, China y Oceanía.

Estos barcos inmensos, de 1.400 á 1.800 caballos de fuerza, ofrecen todas las comodidades y bienestar que se pueden apetecer para tan dilatados viajes; teniendo en ellos la misma decencia, confortabilidad, lujo, des-

ahogo, y áun el órden y buen servicio que gozar puede en su propia casa el hombre acomodado; y á no provenir la comida de la desgraciada cocina inglesa (si bien más que abundante) daría sentimiento dejar el barco á la terminacion del viaje.

Uno de estos vapores, en el tránsito de Southampton á Alejandria, es el *Indus*, de ruedas y 1.400 caballos, fuerte, gallardo y majestuoso, que el 26 de Noviembre de 1867 surcaba las aguas tranquilas del Mediterráneo, á 260 millas de Malta, cual si este mar no fuera entónces otra cosa que uno de los azulados lagos de Suiza. Marchaba á 13 nudos por hora, en vez de los 12 de su andar ordinario, por la mayor tension dada al vapor, á fin de ganar el tiempo que habia perdido en su travesía hasta Gibraltar.

Iban á bordo 200 pasajeros, de los cuales 50 eran oficiales de todas graduaciones, que marchaban á incorporarse á sus filas en Ceylan, Bombay y Calcuta. Los 150 restantes viajeros parecian comerciantes y propietarios ingleses, holandeses, franceses, belgas, portugueses y españoles; muchos de ellos con sus familias: los cuales iban por primera vez ó volvian á sus establecimientos de Adem, Ceylan, Bombay, Madrás, Calcuta, Singa-pooré, Australia, Java, China, Filipinas y otras islas del archipiélago oceánico.

Parté de los pasajeros debia reunirse á los que de Francia é Italia se trasladaban directamente á Malta con un dia de antelacion al vapor inglés ó paquetes francés é italiano. Algunos más, turistas ó negociantes, esperaban en Alejandria y el Cairo.

Como el tiempo era bueno, y el vapor marchaba sin movimiento de oscilacion, muchos de los pasajeros ocupaban la espaciosa cubierta, sentados unos en sus propias sillas de tela ó bambú, otros paseando sin obstáculo

de popa á proa, y algunos jugando á la rayuela ó al volante y pelota al largo, como si estuvieran en una pradera. El capitán Mr. Brown, bajo, rechoncho, colorado, con la media barba inferior rubio-agrisada, grave unas veces y otras de humor festivo, atento á su obligacion delicada, subia al entrepunte, bajaba á la máquina, se encerraba en su camarote á hacer sus estudios, y en ratos ociosos jugaba tambien con Lind, hermoso perro mezcla de mastin y Terranova, echándole una pelota á lo alto, que el animal cogia siempre en el aire con singular destreza. Una de las veces la pelota subió con demasiada inclinacion á estribor, y al volver cayó al mar, siguiéndola el perro y cogiéndola en el momento de llegar ambos al agua. El capitán y pasajeros que seguian las evoluciones de Lind, dieron simultáneamente un grito, al verle caer al agua, que atrajo de aquel lado la mayor parte de la tripulacion, paseantes y jugadores. Todos exclamaban y aconsejaban y hablaban á la vez, y á un marinero se le ocurrió echar un cable que llegaba al mar; pero ni de nada hubiera servido si á Lind hubiese alcanzado, ni esto era ya posible, atendida la gran marcha del vapor y lo poco que hacía él ganaba el desgraciado animal. En este momento, y viendo Mr. Wind, nuevo gobernador de Ceylan, el acongojado semblante del capitán, dijo, como con voz de mando:—; un bote al agua!—y corriendo á la máquina dió señal de parada: mas el celoso Mr. Brown, por grande que fuera su pesar, despues de excusarse con Mr. Wind de haber de contradecir sus órdenes, contuvo á los marineros, que ya se preparaban á obedecer al gobernador, y anunció nuevamente al maquinista volviera el vapor á los cilindros, y al timonel que no perdiera rumbo: con lo cual no sufrió la marcha más que uno ó dos minutos de retraso.—No es posible, decia, perder el tiempo que de nuestra activi-

dad y buen comportamiento reclama la Inglaterra. El 27 á las doce en punto debe entrar el *Indus* en Malta, y no es cosa de faltar á este deber sagrado en obsequio á ese pobre animal, por más que su falta me entristezca y deje un vacío en mi vida, que tal era el cariño con que le miraba y la necesidad de su compañía, sus halagos y cariñosa lealtad.

—¡Pobre Lind!—se oía en diversos puntos del barco; —todavía se perciben sus angustiosos y desesperados lamentos.

—¡Llama, pobre perro, llama!—exclamaba un francés mirando el sitio por donde desaparecía Lind.— ¡Llama! Es el solo consuelo que te queda, porque el *Indus* ni te oye, ni puede, ni quiere contener su marcha por ti: acaso también hubiera sucedido lo mismo, ¿quién sabe! si en vez de un perro fuera un hombre el que cayera al agua; que el tiempo en Inglaterra es, en su más exagerado aprecio, superior á toda consideración; es el camino de la felicidad, el suspirado elemento de los propósitos, objeto y fin de la vida agitada, turbada, inquieta, movida y conmovida del infatigable y decidido negociante Jhon Bull. ¡Llama, pobre perro, llama! tu amo sirve con plausible celo á su patria, y el compás de su reloj mide por segundos los pasos que tiene que dar hasta Malta; y aunque tu ausencia y desgraciada suerte la sentirá como hombre de corazón, en cambio no habrá perdido media hora en su marcha, entrará en Malta mañana á las doce en vez de á las doce y media y se sentirá feliz. ¡Llama, pobre Lind! Pero no, vale más te quedes en la mar, que no tengas la desgracia de volver á tratar á los hombres que te dejan morir por no perder unos cuantos momentos en obsequio tuyo. Verdad es que tú, en cambio, jamás hubieras abandonado á tu amo, y que por él hubieras dado mil vidas que tuvie-

ras; y le lameras la mano con que te pegase, creyéndote sobradamente feliz con recibir una mirada cariñosa en cambio de tu elocuente fidelidad.

—¡Oh! ¡Bravo, bravo!—gritaba un pasajero allí inmediato, que miraba sin cesar al mar con un gran anteojo de larga vista.

—¿Qué hay, papá?—decía en español una linda joven con el más vivo interés.

—He seguido los movimientos de Lind—repuso el primero sin dejar de mirar con su anteojo;—le ví nadar ladrando con desesperacion y dirigirse al *Indus*; pero comprendiendo, sin duda, que el vapor le condenaba á muerte, ó llevado de su perfecto instinto, volvió camino y siguiendo yo su marcha llegué al fin á percibir un punto negro, que ahora apenas distingo, pero que no tiene duda es un bote á donde el perro ha llegado habiéndole visto subir á bordo. Nada veo ya;—prosiguió el pasajero bajando el anteojo y dirigiéndose á su hija que parecia conmovida y contenta al saber que el desgraciado Lind habia encontrado un punto de salvacion.

—Probablemente será ese bote de pescadores—decía,—y entonces Lind se ha salvado.

—¡*God save the queen!*—gritaba entónces tirando al aire su sombrero el capitan, que habia oido las últimas palabras del pasajero, perfectamente comprendidas por él, aunque apenas hablaba el castellano.—Su alegría se contagió á los oficiales y tripulacion que prorumpieron en su entusiasta saludo: ¡Hep! ¡hep! ¡hep!... ¡Hurrah!

...A poco tiempo sonó la campana el toque preventivo de comer, y todos los pasajeros entraron en sus camarotes para lavarse y aderezarse con todo el rigor de la etiqueta inglesa, que, en los barcos como en la ciudad no perdona ni hace gracia de sus costumbres. Media hora despues sonaba de nuevo la campana y todos ocu-

paron sus sitios en la mesa del gran salon, presidiendo el capitán en un extremo y el contador en el opuesto. Nadie se acordaba ya de Lind, todos se aprestaban, con apetito los ingleses y holandeses, y con algun tanto de repugnancia los franceses y españoles, á satisfacer su necesidad.

Los stewards sirvieron la sopa ó más bien un caldo picante, pasando luego varios platos de carne sangrienta rebozada con espesa salsa blanca (muy parecida al sebo y aún casi de su sabor), roastbeef, pasteles especiales para los ingleses, frituras saladas y picantes, y por fin, queso podrido, galleta y dulces secos de mal sabor, á prueba de paladar británico. Las jóvenes ladies hacian en su plato de postres con la punta de su cuchillo un amasado de queso y mostaza que no habia más que pedir. Los que no eran ingleses tenian que servirse de sus pañuelos por servilletas, ya que este indispensable elemento de toda mesa decente no le conocen los hijos de Albion. Por fin, llegó el momento de los brindis, no obstante los que durante la comida saboreaban unos con otros de los concurrentes, cerrando el capitán con el último en honor de su compañero Lind, al que respondieron más de doscientos con espontáneo movimiento de cabeza y codo empuñado. Pocos momentos despues todo el mundo se hallaba sobre cubierta y los fumadores en la proa, único sitio del barco donde se permite esta expansion.

Quedaron, pues, solas las señoras y alguno que otro pasajero no fumador, entre los cuales se veian varios grupos más ó ménos extraños, naturales ó graciosos, algo separados de la chirriante música de trompon, corneta, clarinete, violon y una especie de dulzaina, que pretendia con sus rasgantes sonidos y resoplidos raros amenizar los desgraciados oídos de los pasajeros.

Uno de aquellos grupos se componia de dos personas, un grueso oficial inglés y un tieso y barbudo portugués, que delectaban una interesante conversacion sobre la insurreccion indiana, entendiéndose á duras penas, sin embargo que cada cual decia la mitad de las palabras en su lengua nativa y la otra mitad en la contraria. El inglés, serio, grave, sin menear la cabeza ni áun los ojos, chapurreaba el portugués para que su compañero no tuviera el gusto de entenderle. Este, que no cedia en gravedad al primero, mascullaba á su vez el inglés, armando una ensalada idéntica á la del oficial británico; pero algo más cómico y más expresivas sus facciones, dejaba adivinar con la mimica lo que no le era posible decir con la lengua. En la media hora que llevaban de conversacion pudieron, como por milagro, entenderse unas veinte palabras, siguiendo con igual calma y gravedad su interesante diálogo que no nos tomaremos el trabajo de trascribir, á pesar de su gran importancia, y pasaremos á otro grupo que cerca de aquellos se hallaba.

Se componia de una inglésita bonita, palidita y delgadita, que sabe dibujar y pintar y todo el dia se lleva haciendo caricaturas (algunas parecidas á ciertos pasajeros), y de un jóven oficial sentado junto á ella, que casi la habla al oido, pudiéndose apenas entender lo que la dice, pero adivinándose bien que complace á Miss Adeline por los diversos matices que toman las mejillas de esta, por la sonrisa y movimiento de sus ojos, que, sin embargo, no separa del lienzo sobre que en este momento retrata á una negrita niñera, tiesa como una estatua; y, en fin, por la graciosa distraccion con que toma el color de su paleta, haciendo blanca á la negra y negra á la niña blanca que en sus brazos tiene la retratada.—*Yes, my dear,*—contesta casi siempre, y no sabiendo decir que nó á cuanto la habla ó propone el

oficial, repite esta frase varias veces, y otras, para alternar, dice al tiempo de aspirar con un poco de violencia —...¡yes!—El sí de esta niña es la materia obligada de su conversacion, y si lo que la pregunta ó pide el jóven favorecido satisface su deseo, debe vivir como ninguno feliz.

Seguian á esta pareja, primero, un flemático holandés, distraido, al parecer, por la fijeza con que miraba al mar, sorbiendo sendos polvos de rapé: y como era bastante gordo y saliente de pecho y parecia poco cuidadoso de su persona, el polvo que caia de los dedos y nariz formaba sobre su ropaje blanco, todo él abrochado, una ancha faja desde la garganta hasta la mitad de la barriga, que parecia á distancia habersele soltado la corbata: razon por la cual cierto pasajero se propuso tomar esta cinta al tiempo de advertirle que se le caia, pero en seguida sacudió los dedos y bajó al camarote á lavarse, sin que por esto el distraido y despreocupado holandés tratara de hacer otro tanto. Sin duda por esta circunstancia siempre se hallaba solo, pues todos huian de aquel negro camino de Santiago.

Venia despues un viejo (inglés ó ruso) leyendo la historia de Calcuta, y al frente de él estaba sentado un pastor ó ministro protestante, que hablaba con su esposa, delgada como un huso, de la conducta que debian seguir á su llegada á Bombay.

Luego habia una alemana gruesa y colorada, de cabello roji-rubio, ojos de color de ceniza precedidos de antiparras, vestida con lujo estrafalario y sentada ó medio acostada en una gran butaca china de caña y bambú con apoyo ó pedal corredizo, donde tenia tres libros, la *Historia de la poesia y la elocuencia de Boutermuck*, la *Crítica literaria de Schlegel*, y *Verdad y poesia de Goëthe ó sus memorias*, al mismo tiempo que leia con avidez y

tomaba notas de la *Historia de la literatura alemana* de Grevinus; y decía que la literatura, expresión de los adelantos de la sociedad, es para la mujer lo que la ciencia para el hombre, y el único medio de llegar á todas partes y producirse con la poética elocuencia, á que están obligados los hijos de pueblos inteligentes y primeros en civilización, como los alemanes.

A esta robusta literata seguían algunas señoras y señoritas de natural sencillez, que nada decían y que nada hablaban, por lo cual nada tampoco diremos nosotros de ellas.

No lejos de la máquina ó hácia el centro del barco, estaba, por fin, un grupo de hombres que rodeaban á una joven lady, graciosa jugadora de ajedrez, que hacia partida con un famoso Filidor, al que pretendía ganar el importe que pudiera tener en Malta una cabalgata y un desayuno en Citta-Vechia para todos los que en aquel corro se encontraban, que eran diez y seis. Según la posición de las piezas y la ventaja que las distracciones del Filidor dejaron tomar á las negras, que llevaba la lady, se podía creer que ésta ganaría, como efectivamente sucedió al terminar la segunda partida dos horas después.

Otros grupos había paseando ó parados, mas los fumadores de proa, entre los que estaba el capitán sin perder de vista la marcha del barco.

Por último, sentadas en el castillo de popa se hallaban cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, que componían el grupo más importante para nosotros, puesto que tienen que ser los protagonistas de las verdaderas escenas históricas que vamos á referir.

Uno de los hombres de este grupo era el inglés mister Sander, muy amigo de sus compañeros de viaje, de unos treinta años de edad, buena estatura, interesante fiso-

nomía, con hermosa barba de rubio de oro, y en todo su porte la mayor dignidad y elegancia, siendo su carácter bellísimo, siempre igual y siempre dispuesto á todo género de nobles acciones. Era médico, naturalista y propietario en Ceylan de una gran hacienda de canela que dió orden de vender, y cuyo resultado recibiria en el Cairo, donde debia llegar al mismo tiempo que él su mayordomo.

El otro caballero (el que pudo dar noticia del salvamento de Lind), hombre de cincuenta y cuatro años, español, llamado D. Alberto de Bazan, era una de esas venerandas figuras que imponen agradablemente desde que se las ve: moreno, alto, bien proporcionado, de frente espaciosa y cara inteligente, revelando el todo franqueza y bondad, con hermosa barba blanca en contraste con su cabello negro. Su mirada, ordinariamente dulce y tranquila, reflejaba la belleza de su corazón; pero á veces era penetrante é irresistible, dejando ver la gran firmeza de su alma y el valor que en varias ocasiones pudo acreditar, y que tanto necesitaba para llegar á donde iba. Tenia, además, el temperamento fibroso y fuerzas hercúleas que parecían impropias de su edad.

Su hija Aurelia era una de las jóvenes mencionadas, la cual se acababa de envolver en un chal que le llevó Niceto, criado leal, dotado de gran valor é ingenio, y todo de sus amos hasta la abnegación. Tenia Aurelia 17 años y era de regular estatura, talle elegante, airoso y flexible; cabeza bellísima como el original de un busto griego, y artísticamente peinada; cara ovalada, de color de rosa y nieve, nariz recta, frente alta y cuadrada, ojos grandes, azules como el cielo y como él, dulces y serenos, puros y hermosos, contorneados de largas pestañas y cejas graciosamente arqueadas, negras como el azabache, tal como su abundoso, fino y ensortijado cabello.

Sus manos eran pequeñas, pero los dedos no acababan en punta como suelen ser los de naturalezas poéticas y apasionadas, sino que todos ellos eran espatulados ó redondeados en sus extremos y algun tanto descarnados segun se observa en personas razonadoras: único defecto, acaso, de aquel encantador cuerpo de ángel, noble y simpático, en el que tan bien cuadraba su rostro sin igual, brillante y arrebatador cuando miraba con languidez y enseñaba al sonreír sus dos hileras de blanquísimos dientes iguales entre sus labios de coral perfectamente dibujados. Había, sin embargo, momentos en que su mirada imponía como por fascinación, obligando á bajar los ojos de quien la arrostraba, en cuya cualidad era idéntica á su padre. Así, pues, esta niña, de tan singular hermosura y de tiernos y bellos sentimientos, como deben ser los de los serafines, gozaba á la vez de una segunda naturaleza que la impulsaba hasta el heroísmo: de ánimo esforzado y varonil, no temblaba ante ningun peligro que gustosamente arrostraba por caridad ó pasión. A estas cualidades se unía gran destreza para manejar un caballo, valor y seguridad en el tiro de la pistola y ser una excelente nadadora.

Hijos eran ámbos de Castilla, rico el padre en propiedades y más rico aún en bendiciones de que le colmaban sus colonos por su trato llano y ejemplar caridad para con todos, que á una le llamaban la segunda providencia. Instruido en ciencias y sabio en idiomas, fué sucesivamente profesor de sus tres hijos, Ernesto, Armanda y Aurelia; especialmente de esta y Armanda, jóven de 24 años y distinto tipo que su hermana, pues que era rubia y delicada, más bella que hermosa y algun tanto tímida; amante de su familia como lo era de su marido M. Macker, rico propietario belga residente en Lieja, festivo y algun tanto original, acompañado del cual

parecia recobrar otro espíritu fuerte y valeroso que la regeneraba en términos de admirar á todos por su decision.

Ernesto, hermano gemelo de Armanda, era rubio como ella, de buena figura y mejor entendimiento, pero de igual temperamento y simpatía tan perfecta con su hermana que una y otro no parecían tener más que un alma. Amigo del hombre á la manera de Jesús, parecia haber consagrado su vida entera al bien de la humanidad, y hacia ya tres años que, por reiteradas súplicas á su padre, obtuvo el permiso de asociarse á una compañía de misioneros que salió de España para la Nubia y Abisinia; en la que el jefe era el padre Ferrando, primo y amigo de Ernesto y persona de inmensa capacidad, virtud, abnegacion y valor sobrado para entrar en estos países á predicar la moral cristiana, dando así á conocer á aquellas almas las dulzuras de la fe y la esperanza de un porvenir de verdadera gloria y felicidad.

Tal era la familia de D. Alberto de Bazan.

La cuarta persona de este grupo era otra jóven de 25 años, Miss Aglae, nacida y educada en Inglaterra y residente nueve años hacia en España, en compañía de su amiga de corazon Aurelia, á quien ha servido más que de profesora, de madre, desde que á aquella le faltó la suya ántes de cumplir los nueve años. Era alta y bien formada, hermosa más que bella, de cara ovalada, sonrosada, ojos azules, pelo rubio muy abundante, temperamento sanguíneo y carácter resuelto y entusiasta; de sólida instruccion y normalmente razonadora; pero, impresionable por todo lo grande y extraordinario, solia tener excentricidades algun tanto románticas, que unas veces caian en gracia y otras la exponian á pequeñas desazones ó á consecuencias de alguna seriedad.

—Todos guardaban silencio rato habia, pareciendo

estar sumidos en meditacion. Aurelia miraba al mar y admiraba las tintas cambiantes y maravillosas del cielo en aquel momento de empezarse á poner el sol. Divisábase una vela al Sur, que Aurelia y Aglae seguian sin cesar manifestando deseo de saber su rumbo y áun adivinar á dónde iba ó de dónde habia salido.

—Es una goleta tunecina—dijo D. Alberto despues de dirigir al buque su gran anteojo—que va sin duda á un puerto de la costa, probablemente á Túnez.

—¿No es Túnez la antigua Cartago?—repuso Aurelia.

—No enteramente, pero sí el golfo, y en él el puerto, llamado la Goleta. En el tiempo de Cartago, Túnez era una pequeña aldea al fondo del gran lago de Boghaz, que sólo tomó importancia desde que por segunda vez fué destruida aquella ciudad.

—¿Por segunda vez? Yo creia que Cartago no tuvo más enemigos que los romanos.

—Sí, hija mia; Cartago parece haber cumplido un destino fatal en el mundo. Rica por su comercio y agricultura; célebre por sus atrevidas empresas, por sus grandes marinos y más grandes generales; fuerte y poderosa como se hizo, pues á pesar de haber empezado por un establecimiento insignificante fué dueña de la costa de África en este mar, de una gran parte de España, de las Baleares, Cerdeña y casi toda la Sicilia, sufrió por tres veces en el espacio de un siglo las terribles y porfiadas luchas con los romanos, llamadas guerras púnicas, que al fin la avasallaron y destruyeron setecientos años despues de su existencia.

Posteriormente, siendo provincia romana el territorio de aquella desgraciada república, Julio César hizo levantar de nuevo la ciudad, casi en el mismo sitio que la antigua, llegando en poco tiempo á ser tan grande y floreciente como ántes, y la primera entre todas las afri-

canas; pero tomada por los vándalos siglos despues, recobrada por Belisario para el imperio, y cayendo al fin en poder de los atrevidos y afortunados árabes en 693, ó unos ochocientos años despues de su primera destruccion, quedó ahora de tal modo arruinada y demolidá, que sólo se ven algunos que otros restos á cierta distancia de Túnez.

—Dura suerte la de ese desventurado pueblo: tanto más triste, cuanto que de él no queda más que la memoria de sus hazañas, pues no me has hablado nunca de su sabiduría.

—Debieron cultivar necesariamente los cartagineses las artes y las letras, pues no es posible que un pueblo que tiene el valor y el talento de sostenerse en estado próspero y floreciente durante tantos siglos, combatiendo á la vez multitud de enemigos y adquiriendo tan visibles adelantos en su marina, con la que llegó á las Canarias (las Afortunadas), Azores y Jutlandia, no hiciera progresos en todos conceptos. No queda, sin embargo, más que algunas medallas y fragmentos de literatura esparcidos en varios autores griegos y latinos. Probablemente estos últimos, al destruir el cuerpo, destruyeron tambien el alma; es decir, que al entregar á las llamas, al saqueo y ruina la ciudad, que llamaban maldita, debieron tener cuidado de hacer desaparecer cuanto pudiera relacionarse en cualquier concepto con los cartagineses, para, de este modo, hacer más completo el olvido de su rival.

—Castigo justo de Dios por la perfidia y mala fe que siempre guardaron con todos, dijo Mr. Sander: fe púnica heredada por sus sucesores, cuyo fin debe ser el mismo, si ántes no permite la Providencia que la suerte de Túnez sea la de Ninive ó Babilonia, y más aún la de Sodoma, Segor, Adama y Jeboin.

—Parece, efectivamente, que los Cartagineses no guardaron siempre la mejor buena fe con los pueblos. Pero algo debemos desconfiar de semejante aseveracion, puesto que no han sido ellos, sino los romanos, los que escribieron sobre la historia de aquel desventurado pueblo; y á buen seguro que no tuvieron mucha caridad con sus vencidos, que tanto odiaban por lo mucho que valian; tanto más teniendo ellos mismos que encubrir muchas más perfidias que los cartagineses; bastando para probarlo, la conducta de Escipion al frente de Cartago.

Pero sea de esto lo que quiera, castigado por demás quedó aquel pueblo inteligente por el principal pecado de hacer sombra á su enemigo, más numeroso y de más precio en los combates por su disciplina y organizacion. Pero Túnez, que ni es Cartago, ni sus habitantes fenicios, sino indistintamente moros, turcos, kuloglies, judíos, cristianos y renegados, ¿cómo han de pagar hasta el punto de excitar la cólera del cielo del modo que tuvo lugar en las ciudades de Palestina, y como hubiera sucedido en las de Asiria como en Ninive? Por otro lado, aquí se respetan los templos y se toleran las creencias, no siendo de temer que las fatídicas palabras *Mane, Thecel, Phares*, sorprendan á ningún Baltasar de Túnez, más ocupado de su gobierno que el disoluto rey de Babilonia.

—Yo no sé cómo será, ó lo que pasará, ni cuándo ni cómo; pero sí creo que, sea heterogénea ú homogénea la poblacion de Túnez, toda ella es culpable ante Dios y los hombres por serlo cada raza en particular: los moros por su crueldad, falsedad y avaricia; los turcos por ambiciosos, indolentes y viciosos; los kuloglies por abdicar de su dignidad de hombres; los renegados por sórdidos y faltos de fe; los cristianos por no tener el valor de catequizar á sus compatriotas, sacándoles de

sus falsas, absurdas y fatales creencias para llevarlos á las dulzuras de la ley natural, esencia de la doctrina de Jesucristo; y por fin, los judíos, sobre todos, por egoístas, sórdidos, miserables y supersticiosos, especialmente los tunecinos.

—Segun hablais—dijo Aurelia,—parece los habeis tratado y no os ha ido bien con ellos.

—Desgraciadamente, Miss Aurelia, desgraciadamente he tenido que tratar algo más que accidentalmente á una familia judía de este pueblo de Túnez, hará poco más de dos años: habiéndome sucedido una extraña aventura que, gracias á Dios, puedo contar, pero que la recordaré mientras viva, como de ello conservará mi cuerpo señales inequívocas.

—¡Cómo! Mr. Sander—repuso Aurelia algun tanto interesada por las palabras del inglés, al mismo tiempo que acercaba la silla.—¿Habeis estado en Túnez y os ha sucedido allí alguna aventura?...

—Amorosa sin amor y completamente dramática.

—¿Amorosa y dramática? ¿A vos que habeis jurado no amar? Debe ser deliciosa.

—Excitais nuestra curiosidad, Mr. Sander—dijo Aglae:—y si no es el buen humor el que os hace hablar así para gozaros en nuestra sorpresa, y habeis estado realmente en Túnez, donde...

—Sí, miss, sí: he estado en Túnez, y no me burlo ni puedo ménos de repetir que, sin buscarlo ni quererlo, me han divertido más de lo que yo hubiera deseado, no obstante que al recordar el desenlace de la aventura experimenté noble satisfaccion.

—Sois un tirano, Mr. Sander, cuando no habeis empezado ya á referir lo que nos tiene en curiosa inquietud—dijo Aglae.

—Mi autoridad es muy poca para que os inste á que la

conteis—repuso Aurelia;—pero si no os causa molestia ni pesar, y Miss Aglae y yo podemos oir, tendríamos mucho placer en escucharos.

—Podeis oirlo todo, y yo me considero muy dichoso en satisfacer vuestro deseo.

—Pues podeis empezar cuando gustéis—repuso el señor de Bazan,—que yo tambien tengo igual curiosidad. Pero suplico á todos bajemos á la cámara, donde estaremos al abrigo del demasiado fresco que empieza.

Bajaron á la cámara, é instalados alrededor de una mesa de juego, empezó á hablar Mr. Sander del modo siguiente.

II.

Aventura de un inglés en Túnez.

Hace unos dos años que, excitado por mi amor á la arqueología, quise hacer un viaje á Túnez para visitar los restos cartagineses, que por pocos é insignificantes que ellos fueran, podian tal vez ilustrarme alguna cosa en ciertas artes y costumbres de aquella memorable república oligárquica, á pesar de lo apurado que ya estaba el campo por tantos anticuarios y arqueólogos que han examinado estas preciosas ruinas, como Grenovius, Grævius, Sallangre, Murattori, Martin, Lambert, Havercampt, Rosini, Potter, Robinson y otros muchos, publicando sus observaciones en sus imperecederas obras de antigüedades griegas y romanas.

Emprendí mi viaje, y un dia despues de llegar á Túnez, me presenté en casa de Arab, célebre negociante judío, corresponsal de Rostchild, contra quien llevaba letra á la vista, y cuyo importe total recibí en seguida, acompañado de un sincero ofrecimiento de cuanto tenia y valia el señor Arab.

Agradecido yo á su urbanidad le devolví el cumplimiento y marché de allí encantado de los buenos modales de aquel descendiente de Abraham. Pasaron algunos dias, durante los cuales salí al objeto de mis visitas al país, no pudiendo hacer otra cosa que repetir observaciones hechas ya por mis predecesores acerca del valor comercial y militar que debió tener Cartago por su situacion; cuando á fuerza de escavar acá y allá, pude

obtener una pequeña lápida con inscripcion fenicia, adosada al lecho de un pedazo de mampoteria, y una base de mármol en que se veian aún los piés de una estatua, leyéndose con dificultad HANNON no léjos de los piés mismos sobre el pedestal. Satisfecho con estos hallazgos, que aumentarían la coleccion y noticias epigráficas y de estatuaria, al mismo tiempo que me convencía por ellos de haberse cultivado las artes en el país cartaginés, volví al *hotel* y me puse en seguida á escribir mis impresiones y observaciones.—A poco rato entró mi criado Charles y me dió una carta que abrí en seguida y leí. Era una invitacion del bueno de Arab para acompañarle á comer con su familia á las seis de la tarde. No pudiendo excusarme contesté que iria.

Estábamos á 20 de Febrero y eran las dos, con un tiempo hermoso; lo que me hizo aprovechar la tarde en recorrer la ciudad hasta la cinco y media en que debía ir á casa de Arab. Túnez es una ciudad de 120.000 habitantes; súcia como todas las de los árabes, fea y destartalada, con varios fuertes, una ciudadela y su buen puerto llamado la Goleta. Sólo hay digno de verse el palacio del bey, de estilo moresco (segunda época) el acueducto y la Bolsa. El comercio es bastante activo, y la industria principal la sederia, terciopelo y gorros colorados ó casquetes llamados tunecinos.

Esta ciudad, que tomó Carlos V á Barbaroja y que por eso fué española por espacio de treinta y nueve años, es célebre por haber sido en 1270 el objeto de la tercera cruzada, mandada por San Luis, que murió de la peste desarrollada durante el sitio de la plaza; y donde esto aconteció, levantaron los franceses en 1841 una capilla en honor á este santo rey, primo y contemporáneo de vuestro San Fernando.

Fuí á casa del judío á las seis menos cuarto, y en los

pocos minutos que esperamos á que dieran las seis tuve el gusto de conocer á la señora Arab y sus dos hijas Judit y Raquel, casi tan bellas como estas señoritas.

—Gracias mil, Mr. Sander,—dijeron á su vez Aurelia y Aglae.

—Sí—prosiguió éste—muy bellas y muy seductoras.

En su conversacion comprendí que el señor Arab no habia descuidado su educacion. Fuimos al fin á la mesa donde nos colocaron del modo siguiente: los padres en un costado y las hijas conmigo en medio en el opuesto, quedando Judit, que era la mayor, á mi derecha. Las cabeceras estaban ocupadas cada una con un plato vuelto al revés y un pequeño crespon negro encima. Como yo mirase atentamente á uno y otro me dijo el señor Arab visiblemente conmovido—esos eran los sitios en que se sentaban los dos hijos que he perdido.—Comprendí entónces lo sagrado de aquella piadosa memoria, y felicitándoles por su bello corazon y nobles sentimientos, varié en seguida de conversacion con una pregunta que hice relativa al comercio de sedas, entrando á poco el buen humor en todos, amenizado con el agradable sonido de un arpa que cerca de la puerta tocaba una artista de la ciudad que con eso ganaba la vida. Todo marchó bien hasta que, al ir yo á servir á Judit, lo hice con tanta torpeza que derribé el salero; en cuyo momento la ví palidecer y mirarme con ojos encolerizados. Terminada la comida bajamos al jardin todos menos Judit que pretextó haberse indispuerto. El jardin era pequeño, pero en él abundaban todas las más estimadas flores de Europa y muchas de los países tropicales. Las tapias estaban revestidas de una enramada de naranjos y limoneros, y en el centro habia un bellissimo templete con mesa redonda de mármol en medio, donde tomamos el té. Una hora despues pedí per-

miso para retirarme y volví á mi *hotel* algun tanto preocupado y no del todo satisfecho por la indisposicion verdadera ó supuesta de la hermosa Judit y por su mirada de desafio.

Me puse á leer periódicos sin poder desechar el mal humor, y á los pocos momentos, sin hacerse anunciar, se llegó á mí una mujer envuelta en un manto de seda y se descubrió un instante para dejarme ver las alteradas facciones de mi enemiga, que me dijo bruscamente al tiempo que yo la ofrecia asiento y empezaba á deletrear un saludo.

—Mr. Sander, necesito vuestra vida ó que me quiteis la mia.

A semejante modo de saludar me quedé parado, con la mano alargada al sillón que la iba á ofrecer, y la palabra que iba á salir de mi boca reprimida en términos que, sin retroceder ni avanzar, se deslizaba sin pronunciacion, sonando como un seseo discordante.

—Os he dicho, Mr. Sander—repetió,—que es preciso que mañana ó vos ó yo hayamos dejado de existir.

—Señorita—contesté al fin, ya repuesto de la sorpresa y reprimiendo mi turbacion, de que me avergonzaba.—Creo que es la bella Judit, hija de mi amigo Arab, con quien esta tarde he tenido la dicha de comer, la persona que me favorece con su visita...

—La misma—interrumpió mi verdugo ó mi víctima—que os repite por tercera vez que es preciso, absolutamente preciso, que de hoy á mañana...

—Sí, sí, he entendido—la interrumpí yo á mi vez.—Creo que teneis el capricho de que yo me quite de enmedio, ó si nó desaparecer vos.

—Justamente; pero no es capricho, nó; ¡ojalá que lo fuese!

—Entónces habré cometido yo algun delito mayor

que merezca la última pena, ó vos por mí ó conmigo. Pero os juro que no me acuerdo; y puedo asegurar que despierto nada malo he pensado ni ménos llevado á cabo. A no ser que el haber gozado la dicha de conoceros y hablaros haya de tener la compensacion de dejar la vida, por no ser posible otra cosa despues de habérsenos aparecido el cielo.

—No es eso; no se trata de tan delicado concepto, que os agradezco por quien soy. Recordad bien, caballero: no hace dos horas habeis derramado la sal comiendo á mi lado y dirigiéndoos á mí.

—Es verdad.

—Pues bien; esto no es delito ninguno, pero nos une para siempre en esta vida.

—No comprendo aún, hermosa Judit. He vertido la sal, cierto; pero esta falta de tino es hija de mi torpeza y no de mi intencion, demasiado inocente y buena é hija de la urbanidad.

—Al derribar el salero me mirabais.

—Sí, y con el placer que cualquiera lo haria en mi lugar.

—Bien, pues no fuisteis vos, fué el destino el que ha señalado nuestra suerte.

—Y nuestra suerte es...

—Que yo sea vuestra esposa, y sin embargo no puedo.

—Yo tampoco puedo, amiga mía, por más que me pese.

—Con tanta mayor razon debemos desatar el lazo que nos une, muriendo uno de los dos.

—No veo la razon, mi buena Judit.

—Yo si la veo. Mis padres me tenian prometida á mi amado Isaac, con el que debía unirme á la primera luna; pero vuestra torpeza, como vos la llamais, lo ha des-

compuesto todo, y mis padres son los primeros que me han ordenado olvidar al infortunado que tanto me ama y al que tanto ama mi corazón, para no pensar en otra cosa que en unir mi suerte á la vuestra.

—Pero como esto no puede ser por mi parte, no obstante la felicidad que vuestra compañía llevaria á mi vida, y vos tampoco lo quereis...

—No; la muerte es lo que sólo quiero.

—Juzgo que el mal tiene un remedio sumamente sencillo, y es que mañana parta yo á Lóndres en el barco que está anunciado.

—Está bien, señor; partid. Cuando hayais puesto el pié en vuestro buque os llegará la noticia de mi muerte.

Dijo esto con tal convicción y tanta amargura al mismo tiempo que salia de mi habitación á largo paso, que no pude ménos de detenerla aún vivamente interesado por ella, y creyendo un momento, ¡Dios me perdone! que aquella interesante jóven se habia vuelto loca ó que por naturaleza era demente.

—Os suplico no os vayais así, la dije conmovido, y veamos de discurrir algun medio que nos pueda valer en este apuro.

—No hay otro, os lo repito, que vuestra muerte ó la mia.

Y entónces salió tan precipitadamente que, no pudiendo seguirla, la hube de dejar y volver á mi habitación mucho más preocupado que ántes, pero con la esperanza de que ni lo dicho por Judit tendria todo su valor, ni en todo caso, hasta que yo marchase llevaria á cabo su tenaz resolución; quedando tiempo aún para pensar y conducir por otro camino más llano y ménos radical tan original asunto.—¡Maldito salero! me decia yo; si salgo bien de este apuro no aparecerás á mi mesa

sino chato y bajo, con base tan ancha como un plato, para que no sea posible te permitas dar giros de tan fatales consecuencias.

En toda la noche cerré los ojos, dando constante torquete á mi imaginacion, sin hallar medio alguno tranquilizador. Iré á verme con Arab, me decia, y, á no haber tambien perdido el juicio, se convencerá de lo extravagante de la resolucion de su hija, y con más fuerza de accion persuasiva que yo, logrará convencerla y que desista de tan original idea. El verter la sal que se sirve á una judía puede obligar preocupadamente á un lazo amistoso, pero nada mas, y aún eso entre correligionarios. Todo lo demás es la exageracion de una imaginacion fantástica. En todo caso probaré á ver si el dinero puede entrar por algo en la composicion; que, tratándose de un judío, tal vez sea el medio más eficaz.

Estas reflexiones me tranquilizaban poco, pues la expresion de desconsuelo de Judit y la descomposicion de sus facciones eran conmovedoras y estaban muy léjos de la ficcion, volviendo á mi primera idea de que esta jóven estaba loca; pero loca ó cuerda pudiera llevar adelante su idea, y yo no me perdonaria jamás haber contribuido ó ser, aunque inocentemente, la causa principal de esta desgracia. Me afanaba por discurrir solucion conveniente, y mi imaginacion la encontraba embotada y mi intelecto nulificado. Evocaba en mi ayuda al Angel de mi guarda, y me puse al trípode llamando con toda la fuerza de mi voluntad mi espiritu protector: agarré despues un lápiz con el mismo fin; pero yo no soy medium, sin duda, porque ni el trípode ni el lápiz se movieron para decirme dónde estaba el faro de salvacion. Creo que tenia fiebre, y mi cabeza ardia. Abri las ventanas que daban á la calle, y creo que esto me alivió un momento. La noche estaba tranquila y hermosa, le-

vanté la vista y me distraje mirando la brillantez de las innumerables estrellas del cielo, pidiendo á cada una hiciese penetrar en mi corazon un rayo de consuelo; pero las estrellas están muy lejanas y no escuchaban mis lamentos. Eran, sin embargo, una compañía en medio de la soledad de mi alma, y para más disfrutarla ó para distraer la tristeza que empezaba á apoderarse de mí, salí á la calle y me puse á andar á la aventura, sintiendo que la fiebre no me dejaba, y que mi frente ardia á pesar del fresco de la mañana. Sin saber cómo tropecé con la casa de Judit, junto á la cual habia un bulto en que no paré la atencion, y seguí hácia él. Parecia presa de una fuerza magnética, que sin querer me arrastraba á donde ménos queria ir. Cuando me aproximé bastante oí un grito y una ventana que se cerraba, y un instante despues me sentí convulsivamente agarrado por un brazo y amenazado por un puñal.

—¡Asesino! grité instintivamente, soltándome la mano que me retenia y dando un paso atrás.

—Teneis razon, dijo el hombre en cuestion, tirando léjos de él el puñal. Seria indigno de un valiente matar á un indefenso.—Y llegándose á mí tranquilamente, añadió. Os conozco perfectamente, y aunque así no fuera, el grito de Judit me lo hubiera dicho todo. Sois Mr. Sander, y yo Isaac.

—Lo primero os lo puedo asegurar. Lo segundo lo sospecho.

—Muy bien. Nada más hay que agregar sino que en este instante vos ó yo dejamos de existir. Pudiera haberos muerto impunemente como me lo aconsejaba mi corazon y la felicidad de esa desgraciada; pero vuestro grito ha despertado mi razon y prefiero vuestra leal costumbre. Armas y hora.

—Decididamente—pensé yo,—en esta ciudad todos

son locos ó mi fiebre está en su mayor acceso, haciéndome soñar lo que me pasa.

—¡Armas y hora!—volvió á insistir el decidido Isaac.

—No es sueño, no—seguía yo diciéndome; es un doble compromiso que no sé cómo evitar.

—Supongo no sois cobarde—repuso el fogoso enamorado al ver que yo no le contestaba,—y que vuestro silencio no se puede traducir en ese sentido.

—Me hacéis justicia, señor Isaac—dije al fin, decidido á hablar desde que tocó la cuerda más sensible.—No conozco el miedo ni huyo del peligro que se me presente, por más que sea, como ahora, tan inesperado y extraño. No quisiera tampoco que la bella Judit dejara de casarse con su amado Isaac, y mucho ménos que mi vida fuera causa de su muerte. Pero escuchad: de nuestro lance no puede resultar más que mi desaparicion ó la vuestra, que es la suya tambien; y ningun interés tengo yo en mataros no habiéndome hecho ningun mal y siendo, como lo pareceis, jóven tan simpático y lleno de esperanza, ni tampoco me conformo por mi parte á morir por la singular interpretacion irrealizable que preocupadamente dais á un juego de la casualidad, por más que vuestras extrañas costumbres la acojan como prescripcion divina. Mi dios no me perdonaria esta infraccion de sus santas leyes, y la sociedad y mi familia que esperan de mi vida el óbolo á que estoy obligado, siguiendo la ley del trabajo, me maldecirian tambien, ó por lo menos guardarian de mí una despreciativa memoria que no quiero merecer. En este concepto, creo seria bueno discurriéramos un medio asequible, fácil y decente que todo lo concilie sin perjuicio de nadie.

—Veamos—dijo Isaac en términos tranquilizadores.

—Veamos. Yo he vertido el malhadado salero al tiempo de servir á Judit con el galante interés de toda

persona bien educada: pero algo hay en esto que deba ser indiferente al destino, ya porque, hombre honrado yo y con la nobleza de mi alma no se me debe suponer con la intencion de buscar un pretexto para lograr lo que me está vedado por mi propósito y vuestras leyes; ya porque extraño á vuestras costumbres y reglas de conducta (que os aseguro me son del todo desconocidas) no puede regir para mí lo que para vosotros es un precepto. Así, lo que para Judit y para Isaac tiene tanta importancia, pues que decide de vuestra vida, para mí como para cualquiera de la sociedad cristiana, sólo es una insignificante falta de tino, fácilmente excusable por el fin que la motiva, no pudiendo, en consecuencia, alcanzarnos á ninguno la maldicion del cielo por tan escasa culpa.

—Todo eso está muy bien en vuestro pueblo; pero en el nuestro nos hallamos sujetos á obedecer la ley escrita del destino. Vosotros prometéis con juramento una cosa y quedais obligados al cumplimiento de lo prometido, so pena de merecer castigo de la justicia de Dios si quebrantais la fe jurada; pues de la propia manera nosotros, que somos incapaces de faltar á nuestras leyes, costumbres ó tradiciones, aquí, en Túnez, y por todo el ámbito de la tierra, consideramos la sal vertida en la mesa entre hombre y mujer solteros, cuando no ha sido hecho á propósito, como el más solemne compromiso que se debe cumplir en la tierra entre las personas á quienes toca esa suerte, no habiendo otro medio que quedar unidas en la vida ó que tenga lugar la muerte de uno para la libertad del otro.

—Extraña es, por cierto, vuestra ley ó más bien vuestra preocupacion, pues la primera no me la enseñareis escrita; siendo bastante diferente la idea que tenia yo de esta notable casualidad, pues creia que sólo

obligaba sin violencia á una mútua afeccion fraternal ó á mirarse con más simpatía los que el destino señalaba de este modo.

—No, Mr. Sander; no es eso lo que nuestros padres nos han enseñado: y pues ni yo renunció á Judit ni desobedezco al destino, pondré de mi parte cuanto pueda para remover el obstáculo que roba mi felicidad.

—Decidme, Isaac,—repuse con alguna duda, visto que no era posible convencerle contra tamaño desatino.—¿No importará nada que la sal se derrame en cualquiera casa, de judío ó de cristiano?

—Eso es indiferente si los que están á la mesa son cristianos ó judíos.

—Pues entónces nos hemos salvado.

—¿Cómo?

—Muy fácilmente. Hoy convidó yo á mi mesa al venerable Arab y toda su familia, y á mi amigo Isaac, que supondremos conozco tiempo há. Tendré buen cuidado de colocarme léjos de Judit y á Isaac cercano á ella, y en el intermedio de la comida yo dispondré las cosas de manera que vos derrameis la sal tres ó cuatro veces sin quererlo, al servir á Judit; y mucho ha de ser que esto no explique al padre, la hija y su prometido la preferencia que os da el destino sobre mí, quedando así todo compuesto.

—No puede ser esto, Mr. Sander. Semejante medio sería provocar al destino y engañar á Judit, cosa á que yo no me presto, aunque me vaya la vida. Además, de nada serviría que yo, voluntaria ó involuntariamente derribase el salero tres ni veinte veces. Despues que el destino os ha designado á vos, nada en la tierra es capaz ya de torcer la voluntad de Dios; teniendo siempre que venir á parar á la única solución posible. Así, pues, partamos.

—Partamos; pero os advierto que vais á cometer un asesinato, pues yo no trato de defenderme.

—Eso no; os defendereis porque el desafío es legal. Mas si estais decidido á lo contrario, os dejo y vuelvo á casa de Judit.

—¿Y bien?

—Me pasaré el corazon á su vista, y ella me imitará.

Contra este modo de argüir no habia réplica, y era preciso que yo me dejara matar lealmente ó pasar por la angustia, si bien libraba, de saber que mi vida ocasionaba la muerte de dos fanáticos. Iba ya á responder con entereza, cuando se me ocurrió todavía otro medio que no dudaba aceptaria el enamorado judío.

—¿Sois aficionado á la caza? le pregunté.

—Sí, mucho; pero no comprendo qué significa esa pregunta.

—Significa, amigo Isaac, que yo lo soy tambien como vos, y que en vez del insignificante desafío que proponeis, podriamos llevar á cabo otra cosa más grande y digna del destino que reverenciamos.

—No comprendo.

—Es sencillo. Vamos á caza de tigres ó leones: procedemos con la destreza que cada uno pueda, y si el destino quiere mi muerte ó la vuestra, la lucha lo dirá, sin que de ello quede remordimiento á ninguno. Si ambos morimos quedará satisfecho el destino, y si nos salvamos, será que Dios ha perdonado.

—Me parece bien; y para no perder tiempo vuelvo á casa de Judit. La diré el plan, esta lo significará á su padre, y si lo aprueban volaré á vuestra casa y prepararemos la caza para mañana.

Quedamos al fin conformes y nos separamos.

Al llegar á mi hotel y entrar en mi habitacion me tendí en un divan tan fatigado como si hubiera hecho

una jornada; pero al cabo de un rato se me fué apaciguando la fatiga, y me puse á pensar en las consecuencias que trajo el convite del judío, y prometí á Dios no aceptar mas la mesa de otro alguno.

En cuanto á la caza, si se llevaba á efecto, era justamente la realizacion de uno de mis deseos desde muchos años; y la sola cosa por la que no miraba ya con enojo la extraña causa que me proporcionaba este placer. El peligro que suele haber es poca cosa tratándose de tigres y panteras, y sólo podia imponernos la caza del leon, animal verdaderamente valiente que jamás huye; pero las buenas armas, la serenidad y firmeza en la silla del caballo, cosas todas con que creía poder contar, eran grandes elementos para salir triunfante en la pelea, tanto ménos arriesgada cuanto que no era yo solo el cazador.

Esperé con ansiedad hora y media, al cabo de la cual entró precipitadamente Isaac, diciendo ántes de saludar.

—Aprobado; si bien con la condicion, algo triste para mí, de acompañarnos Judit.

—¡Digna es de adoracion! ¡Hurrah por la valiente Judit!

—Dijo á sus padres que siendo esta cacería motivada por el destino, y ella una de las personas señaladas por el dedo de Dios, tenia precision de correr el mismo riesgo que los dos hombres que se habian átravesado en su camino, para quedar satisfecha, si vivia, de que así lo queria la Providencia. Y no habiendo sido posible convencerla de lo contrario, tuvimos que ceder. Así, mañana, ántes de amanecer, estaremos ella y yo á caballo con varios cazadores de oficio que van de auxiliares nada mas.

—Me reuniré con vosotros á la misma hora ó ántes en la casa de Arab.

—Nos saludamos cordialmente como buenos amigos y nos obligamos de nuevo á no faltar á las cinco de la mañana en el punto de reunion.

Solo ya y con la alegría en el corazon por este caprichoso rumbo de la fortuna, que ahora colmaba mis deseos, me puse desde luego á preparar los medios de caza, empezando porque me buscaran á cualquier precio un buen caballo árabe, valiente, noble y corredor. En tanto que venia reconocí mi excelente carabina de dos tiros, dos revolvers de á seis, el puñal de caza y una pequeña hacha que debía llevar á la cintura. Todo ello estaba en buena disposición. Hice algunos disparos con la carabina matando otros tantos pájaros á larga distancia, y con los revolvers practiqué un agujero en la pared del jardin donde quedaron enterradas las doce balas.

—Sois temible, Mr. Sander—dijo á esto Aglae,—¡Dios me libre de un desafío con vos!

—¡Excelente puntería!—exclamó D. Alberto.

—Creo en la formalidad de Mr. Sander, que no dejará de decir verdad en una cosa posible, por difícil que parezca—agregó Aurelia.

—Sí, Miss Aurelia; digo la verdad, y nada tiene de extraño con un buen pulso y una práctica continuada, pues en Londres me llevo todos los dias dos ó tres horas en este ejercicio, hace más de cinco años. ¿Qué queréis? es un vicio de que no me puedo curar, como el que tengo por variar de lugar y por las antigüedades.

Siguiendo mi relato os diré que á las cuatro de la tarde me trajeron varios caballos, y elegido el que me aseguraron y parecia mejor, le hice ensillar y saqué á probarle, convenciéndome de que el animal era cuanto se podía pedir. Corría como una liebre y se paraba á la voz: saltaba como un corzo, y apenas trepidaba su piel al

sorprenderle el ruido del reвольver. Lo mismo por carretera que por medio del prado ó al través de un bosque y terreno cultivado, su paso era seguro, sin rehusar la direccion que se le marcaba ni tropezar jamás. Volví satisfecho al hotel, pagué las cincuenta libras que me pidieron por el caballo y arreos, y despues de comer me acosté para dar á mi espíritu descanso y recobrar el sueño perdido.

A las cuatro despertó Charles, me sirvió el té, y vestido y armado convenientemente monté á caballo, marchando á la casa del señor Arab seguido de mi fiel Charles, que nunca quiere abandonarme, y ménos cuando supone he de correr algun peligro. Llevaba provisiones y algunos bálsamos y vendajes como supe despues.

A los dos minutos de llegar nosotros se unió tambien Isaac, montado en un hermoso alazan de cuya silla pendian dos escopetas, llevando además en el cinto dos puñales, un hacha y un reвольver. Nos saludamos amistosamente y aguardamos á que abrieran, lo que sucedió en seguida, saliendo Judit y su padre, que no quiso dejarla sola, tres criados y seis cazadores más. Formábamos así una comitiva de quince personas, de las cuales sólo iban á pié tres de los cazadores y los criados de Arab.

Judit, armada de una pequeña lanza, montaba un lindisimo caballo árabe, negro como el azabache, valiente y seguro: y á juzgar por su apuesta figura y la tranquilidad y alegría de sus facciones, se podia creer que era la misma Diana cazadora. Me saludó con gesto expresivo, y poniéndose entre Isaac y su padre, y yo al lado de éste, echamos á andar.

Este país, en que se dan todos los frutos de Europa y la mayor parte de los de la zona tórrida, es fertilisimo, pintoresco y bello, de árboles gigantes y exuberante de

vegetación variada como en pocas partes, siendo las palmeras dactilíferas tan abundantes que forman bosques á las inmediaciones y hasta algunas leguas de la capital. El suelo es llano, con muy ligeros accidentes, cruzado por algunos arroyos, un río y dos solas carreteras á Tripoli y Argel; los demás caminos no merecen este nombre, teniendo más de veredas anchas ó estrechas ó tortuosos senderos naturales, por donde se marcha casi siempre que se interna uno en el país.

Seguimos sin descanso en dirección SO. unos 10 kilómetros atravesando algunos barrancos y pequeñas corrientes de agua y una insignificante cordillera en que abundaban las liebres, conejos y perdices. Nuestro punto objetivo era el río Medjerda, único gran curso de agua de la Regencia, pero bastante caudaloso, á cuyas márgenes ó sus inmediaciones suelen acudir las fieras más terribles de esta comarca. A las diez y media llegamos á su orilla derecha, donde se determinó descansar una hora, mientras tomábamos desayuno á la sombra de grandes cordias, magnolias y álamos allí confundidos, no lejos de uno de los parajes en que varias veces se han visto leones y leopardos. Se dispuso el ganado cerca de nosotros y se mandó que cuatro cazadores hiciesen una ligera exploración por las cercanías, mientras los otros, á 50 pasos de nosotros, se ponían de centinela para avisar de cualquier peligro. Hicimos el desayuno en silencio, y antes de terminarle oímos un prolongado rugido á bastante distancia, río arriba. Fué la voz de alarma que repitieron los caballos, piafando con fuerza y manifestando inquietud. Volvimos á montar y nos dirigimos al sitio por donde sonó el rugido luego que en breves instantes se reunieron los cazadores á la caravana. Caminamos hora y media todavía, algun tanto separados y en ala, como lo permitía entonces el terreno, bastante

llano y con escaso monte bajo, cuando otro espantoso rugido, que hizo levantar de manos á los caballos, nos indicó hallarse muy próxima la fiera. Se dispuso que los bagajes quedaran atrás con los criados, y nos adelantamos los cazadores y nosotros cuatro formando un extenso círculo. La fiera no podía ménos de hallarse dentro de él, pues los prácticos aseguraron que no distaba cien pasos del sitio en que por segunda vez la oímos. Isaac no abandonaba á Judit; Arab estaba á mi lado, y se convino que, á no impedirlo las circunstancias, sólo Isaac y yo debíamos atacar la fiera. Algunos minutos despues se reprodujo el rugido tan cerca, que parecia salir debajo de nuestros piés; á este siguieron otro y otros que nos hicieron seguir con la vista la direccion, distinguiendo al fin á la orilla opuesta del rio, en una pequeña pradera á una cobriza leona que daba vueltas sin cesar y sin cesar rugia; parecia llamar en su auxilio quien más que ella defendiera sus cachorros; y así debía ser, pues en seguida se oyeron otros rugidos lejanos y potentes, cada vez más cercanos, que formaban un espantoso duo con los de la leona, viéndose al fin un enorme y hermosísimo leon negro que acudia al llamamiento de su hembra, y se puso á describir círculos á su alrededor así que la descubrió, parándose algunas veces y mirando en torno con arrogante valor, que debía satisfacer á su compañera, puesto que ésta quedó parada y sólo se la oian lúgubres quejidos contestados siempre por su leon con un rugido cavernoso y arrogante y majestuosa fiereza. El leon nos divisó por fin, y desde entónces no dió más que un prolongado y apagado quejido, corriendo alrededor de su leona y mirándonos con amenazadores ojos de fuego.

Uno de los cazadores dijo seria muy peligroso intentar pasar el rio mientras estuvieran vivas ambas fieras, y

que el león no acometería mientras no se viese solo ó amenazada su pareja. Entónces hice uso de mi carabina y atravesé el corazón de la leona, que, al sentirse herida, dió un enorme bote y último rugido. Pero desde aquel momento el león de un salto se puso en la orilla, y por un pequeño vado inmediato pasó el río, quedando en medio de nosotros. La batalla que se iba á librar era á muerte entre enemigos sin rencor, momentos hace, y ahora irreconciliables. Los caballos comprendieron el verdadero peligro, y erizadas las crines, dando fuertes resoplidos, y con ojos fijos en la fiera, temerosos por ellos y temerosos de faltar á su deber, hicieron inquietos los pocos pasos que adelantaron hácia el león. Este nos esperaba en arrogante apostura, desafiando á todos y seguro de sí mismo. Isaac se adelantó algunos pasos, hizo fuego sin tocar al león, y echó mano á su revolver; pero el león no le dió lugar á disparar segunda vez; de un salto llegó á su caballo, que echó á tierra de un zarpazo, y mal lo hubiera pasado Isaac, si listo como el viento, no se hubiera arrojado al suelo. En vez de volver la fiera, dió otro salto sobre el caballo de Judit, y esta le hirió algo con su lanza, pero del zarpazo cayeron jinete y caballo, que quedaron revueltos con el león; en cuyo instante me eché al suelo y llegué á tiempo de salvar á Judit, ayalanzándome al león con mi puñal, y emprendiendo ambos una lucha desigual y desesperada, que terminó con la muerte de la fiera y casi la mia, pues quedé muy mal herido y sin conocimiento.

—Pasaron veinticinco días y desperté al fin de un letárgico sueño, hallándome en mi hotel, perfectamente asistido por Arab, Isaac y las dos hermanas Raquel y Judit. Me dijeron entónces que al quedar yo abrazado al león, tuve la fortuna de conservar algunos instantes li-

bre el brazo derecho, con lo cual pude hacer buen uso del puñal; y que al herir de muerte al leon, éste me arrojó á más de tres pasos de distancia, todo envuelto en mi sangre y con ligeras señales de vida. Me lavarón las heridas y aplicaron el bálsamo que Charles llevaba, y puestó en una camilla, volvió la caravana á Túnez, donde llegó bien entrada la noche, no habiéndose querido separar desde entónces Isaac ni Judit de mi lado en los veinte primeros dias que duró la gravedad de mis heridas y mi cóncstante delirio. De todo me daba yo el parabien, no sintiendo más que no haber podido cóncservar la piel del leon: entónces me separaron un poco y me dejarón ver cumplido mi deseo, pues que allí estaba, tendida sobre una mesa, la hermosa piel con garras de oro y ojos de topacios de que me hacian obsequio en prueba de reconciliacion y amistad....

Un mes despues me hallaba enteramente bueno, y como quisiera volverme á Inglaterra, el señor Arab me suplicó no lo hiciese hasta de allí á dos dias, en que salia el vapor francés, pues que al siguiente se verificaba el matrimonio de Isaac y Judit. Le dí las gracias, pero pretexté no serme posible detenerme un solo dia más. Quería cumplir mi juramento, y tenía miedo á la salvertida en mesa de judío. Regalé á Judit mi buen caballo, en cambio del que ella perdió, y á Isaac mi carabina, que aceptaron gustosos, ofreciendo que serian ambas prendas las más preciadas de cuantas pudieran poseer en su vida. Con esto dejé á Túnez para no volver más á él mientras haya judios tan amables como Arab, y amantes tan amantes como Isaac y Judit.

—Gracias os doy, Mr. Sander, por vuestro interesante relato—dijo Aurelia,—que pinta con tan vivos colores el corazon de la familia que tanto os dió que hacer por su respeto á una preocupacion indudablemente exa-

gerada. Teniais razon en decir era aventura dramática y amorosa sin amor de vuestra parte.

—¿No habeis vuelto á saber de esta familia?—repuso Aglae.

—Únicamente puedo deciros que el señor Arab estuvo en Lóndres seis meses despues, no pudiendo verme por hallarme yo entónces en España estudiando las ruinas de Itálica. Al volver á mi casa me encontré con su tarjeta y una carta en que manifestaba su sentimiento por no poderme ver; reiteraba su ofrecimiento como amigo y comerciante, y me anunciaba que su casa habia variado de nombre desde el casamiento de su hija mayor, siendo la razon social *Arab é hijos*. Me invitaba á conservar la piel del leon y me aseguraba que mi caballo y rifle eran los objetos más queridos de sus hijos, los cuales rogaban á Jehovah todos los días por mí. Yo le contesté en términos igualmente amistosos, asegurándoles de mi eterna memoria, pero dándoles el consejo de servirse en la mesa de saleros chatos y bajos.

—¿Y la piel, la conservais?

—No se separa de mi lado. A todas partes donde voy la llevo. Aguardad, dijo bajando á la carrera á su camarote, del que volvió en breves instantes con la enorme y magnífica piel de inmensa melena negra, tal comó se la regalaron. La llevaba recogida como manta de viaje, sirviéndose de ella como de colchon ó abrigo.

La campana volvió á sonar. Bajaron los pasajeros á tomar el té, y despues de jugar Aurelia y Mr. Sander dos partidas de ajedrez, dieron las diez de la noche y se apagaron las luces, indicando esto á todos la hora de recogerse.

III.

Malta y Egipto.

Al día siguiente á las nueve se divisó la isla de Gozzo; poco tiempo despues las de Comino y Malta; y á las doce en punto, segun cálculo del capitan, surcaba el *Indus* las aguas del gran puerto de La Valette. Malta y su inmediata isla de Gozzo no son más que dos rocas en el centro del Mediterráneo, que sirven de excelente punto de estacion á las flotas inglesas para su comercio y dominio del mar. Una ligera capa vegetal sobre la roca de ambas islas, perfectamente cultivada, hace producir en abundancia algodón, naranjas y limones, sosa y algunos granos. Distan 100 kilómetros de Sicilia y 250 de Africa, teniendo Malta 28 por 16 kilómetros con 103.000 habitantes, y Gozzo 15 por 7 kilómetros con 13.000 almas. Su situacion es eminentemente estratégica, viéndose en ellas numerosos puertos, de que los mejores son los del estrecho de Freghi en la isla de Comino, los de Mellerá, San Pablo, Salina, Seiraco, San Julian, y muy particularmente los dos entre que se comprende la capital, limpios, hondos, seguros y grandes, con varias ramificaciones en el de la Cuarentena, y otras más en el grande ó principal, que sirven al arsenal y la Cotonera ó poblaciones doblemente fortificadas Victoria, Borneola y Sanglés, al frente de la gran plaza de La Valette. Esta tiene dos formidables recintos hácia tierra, y uno por mar, terminado por el gran castillo de Santelmo á la embocadura del puerto, donde

se halla el faro, y cruza sus fuegos con los de los fuertes Ricasoli y Tigne, y con los que en direccion de anchos canales barren las entradas desde los fuertes Manuel y Santo Angelo. A todas estas fuerzas pasivas agregan otras muchas los ingleses de dia en dia, por la plaza y varios puntos de la isla, convencidos de la gran importancia de esta inmejorable posicion, donde la Gran Bretaña mantiene 4.000 hombres de guarnicion y la plaza en estado de guerra.

Perteneció Malta sucesivamente á todos los dominadores del Mediterráneo, fenicios, sicilianos, cartagineses, romanos, vándalos, aragoneses y españoles, quienes la cedieron á los hermanos hospitalarios, luego caballeros de Malta, en 1540; formando entónces un pequeño Estado soberano que, durante muchos años hizo grandes servicios á la cristiandad, hasta que, posesionado de la isla Bonaparte en 1798, tuvo que cederla la Francia al fin á la Inglaterra en 1800.

La Orden de Malta comprendia ocho lenguas ó naciones: Aragon, Castilla, Francia, Auvernia, Provenza, Alemania y Anglo-Babiera. Hoy sólo es honorifica esta órden, cuyo jefe reside en Roma.

La ciudad de La Valette se compone de muy buenas casas regulares, que forman calles tiradas á cordel, siendo notables por su severidad los palacios del Almirante, Provenza, Auvernia y Castilla; la iglesia de San Juan, rica é histórica, donde se tienen los sepulcros de los jefes de la órden; la biblioteca con más de 200.000 volúmenes; la bolsa, el teatro y los cuarteles. Del primer recinto al segundo hay una gran planicie llamada la Floriana, que es una plaza de armas donde pasea el vecindario y hace ejercicio la guarnicion.

Al echar anclas el *Indus* llegaron en un bote Armanda y su marido M. Macker, que hacia ya veinticuatro horas

esperaban impacientes á D. Alberto y Aurelia. Su saludo fué un abrazo entre sollozos y un buen apretón de manos entre los hombres.—Dios nos ha reunido al fin—dijo D. Alberto;—Dios querrá también coronar el objeto de nuestro viaje.

—Si querrá—contestó Armada—y aún tengo seguridad de ello.

—Por tu buen deseo no más, hija mía.

—No, papá; por la simpatía, que sabes nunca me ha engañado. Si Ernesto hubiera muerto, yo le hubiera seguido á los pocos momentos. No, Ernesto vive y le hallaremos.

—¡Dios te oiga! Sí, mucha confianza me da la seguridad que nunca te ha faltado, y que tantas veces ha predicho la suerte de tu infeliz hermano.

—Lo mismo le ha sucedido á él respecto de mí. Recordad las dos veces que estuve para morir, una por la caída del caballo y otra por haberme hundido en el Mossa estando patinando hace tres años. Ernesto sintió casi en el mismo instante mi accidente, y sin más aviso os pusisteis en camino llegando á Lieja al mismo tiempo que la carta de Macker á Madrid. Pues bien, si nunca nos hemos engañado él ni yo, pareciendo al par de la semejanza de nuestro físico, que no tenemos más que una sola alma, debemos ahora como ántes vivir seguros de nuestra fiel simpatía.

Mr. Sander y M. Macker hablaban á un lado, y viendo que la memoria de Ernesto eternecía á D. Alberto, interrumpieron simultáneamente diciendo el último.—Supongo, padre mio, que se habrán retenido billetes para Armada y para mí.

—Sí: tomé desde Gibraltar dos billetes más contando con vuestra puntualidad á la cita.

—Perfectamente. Ahora subamos á la ciudad, donde

pasaremos el día ántes de encerrarnos en esta cárcel de madera.

En pocas horas vieron todo lo notable de Malta, y hasta fueron en carruaje á Citta-Vechia, que nada tiene de particular sino es la gruta en que dicen los ciceroni pasó tres meses San Pablo huyendo de la persecucion romana. En ella encontraron el grupo de viajeros del *Indus* que debian almorzar á costa del inglés que perdió jugando al ajedrez contra la inglesita su contrincante, que tambien se hallaba allí acompañada de la entusiasta literata brandemburguesa. Cuando nuestros amigos llegaron estaba esta sábia disputando con el cicerone sobre la verdad ó falsedad de haber pasado allí San Pablo tres meses ni tres minutos. Para probar su aserto, sacaba en apoyo las historias pagana y sagrada, y los estudios sobre los Apóstoles que ella misma habia publicado cinco años hacia, demostrando que San Pablo, despues de haber recorrido la Grecia marchó á Roma por el Adriático, desembarcó en Ancona, y vivió en las catacumbas hasta que le cogieron preso acompañado de Silax y otros mártires, muerto en el circo en una funcion escandalosamente ostentosa que presidia Neron. El cicerone, que no queria dejar en esta creencia á los circunstantes, pues entónces no ganaría bien su vida, demostró á su vez que despues de haber recorrido San Pablo la Grecia volvió á Siria, pasó á Egipto y siguió la costa de Africa hasta la nueva Cartago, donde convirtió á multitud de paganos á la doctrina cristiana, por lo que empezó su persecucion con el más decidido afán, y no teniendo donde huir se metió en un bote pescador al cual le puso su manto por vela y pudo así hacer travesia hasta Malta donde naufragó. Entónces llegó á este punto de Citta-Vechia todavía inhabitada, y encontrando esta cueva, en ella pasó tres meses hasta que

un catequizado buscó un bote y se marcharon en él á Sicilia. Despues de estar allí algunos años fué cuando pasó á Roma á vivir en las catacumbas.

La literata no quería ceder, y el cicerone la instaba á ir con él á la biblioteca de La Valette, y allí la enseñaria la verdadera historia de San Pablo. Pero los demás concurrentes no estaban de ese humor, y saliendo de la cueva volvieron á montar en sus burros, y se alejaron de allí cantando y hablando y apostando de nuevo á quién quedaria atrás para pagar otro almuerzo...

Al dia siguiente á las doce levó anclas el *Indus* y se hacia á la mar con intencion de caminar siempre á 13 nudos. Antes de llegar á la boca del puerto se oian unos fuertes y continuados ladridos de un perro que estaba sobre la borda de un bote que entraba á toda vela y se acercaba al vapor. D. Alberto miró con su anteojo y dió un grito reconociendo á Lind: llamó al capitan y le dijo su descubrimiento, mas el vapor no podia ya parar, y con igual pesar que ántes Mr. Brown dejaba á su perro olvidado. Este, sin embargo, se echó al agua y ganó bastante terreno hasta alcanzar el barco, y en ese tiempo D. Alberto bajó á su camarote, vació una pequeña maleta, y atándola á un cable bastante largo, la echó al mar: Lind la pudo alcanzar, se encaramó en la maleta, y con ayuda de Mrs. Sander y Macker subió el perro. Este reconocido animal agradeció en extremo su salvación á quienes la llevaron á cabo, procurando desde entonces buscarlos y preferir su compañía á la de otros antiguos conocidos. Mr. Brown tuvo un dia de satisfaccion, á pesar que notaba ménos ardor en las caricias de Lind, sin embargo que éste le lamia la mano y obedecia su voz.

Con el buen humor que despertó la vuelta de Lind en el barco, pasaron felizmente los tres dias que tardaron

en llegar á Alejandria. Lind se aficionó demasiado á los buenos cuidados de Aurelia, de Aglae y Armada, no queriendo apenas separarse de ellas, y la artista Adeline sacó un retrato suyo, que regaló al capitán por si tenia la desgracia de volverle á perder.

A la vista de Alejandria, de ese depósito general del comercio del Egipto con la Europa toda, se descubre M. Macker.

—¡Ya estamos en Alejandria! ¡en Egipto! ¡en Africa! Nos defendremos aquí algunos dias para ver y admirar las grandezas de las edades anteriores y la belleza de las presentes glorias musulmanas.

—No por cierto—contestó D. Alberto.—A las pocas horas de estar aquí saldrá el primer tren, y en él debemos marchar al Cairo.

—Pero ya tendremos tiempo de echar una ojeada por esta moderna Babel.

—Eso sí; desde que desembarquemos podemos empezar á andar, y á buen seguro que pronto nos cansaremos, pues no es Alejandria ahora lo que en tiempo de los Ptolomeos y Cleopatra, cuando figuraba como capital de este reino.

—¡Cleopatra! ¡oh hermosa Cleopatra!

—Mucho os entusiasmais, M. Macker—dijo Aglae.

—¿Quién no se entusiasma con la memoria de aquella hermosura, de aquella diosa de este encantado eden? Porque Alejandria fué grande y bella.

—Si—prosiguió D. Alberto.—Dos siglos despues de su fundacion por Alejandro Magno, Alejandria llegó á su apogeo, y en particular en tiempo de Cleopatra, hija de Ptolomeo Auleta y esposa de su hermano Ptolomeo Dionisio. Tenia entónces 900.000 habitantes, multitud de palacios y jardines babilónicos, un inmenso faro (que fué una de las siete maravillas) excelente puerto, templos

de mármol, de que el más admirable era el del dios Serapis, un museo ó academia de sabios, un gran hipódromo rodeado de columnas y obeliscos, de los que todavía existen la columna de Pompeyo y los llamados agujas de Cleopatra, de granito rojo y una sola pieza; pero lo que más honraba á esta ciudad era su grande y universal biblioteca, tan nombrada en todo el mundo, con más de 700.000 volúmenes ó rollos de papiro, que desaparecieron en su mayor parte en el incendio que se produjo durante un motin contra Julio César, 47 años ántes de Jesueristo; quedando del todo consumida, como una buena parte de la poblacion. Más tarde, en el siglo VII, los árabes, que todo lo destruian, acabaron con la poblacion, tardando siglos en volverla á dar vida. Hace pocos años tenia 16.000 almas; pero hoy, gracias al genio de Mehemet Alí y sus sucesores, crece con portentosa rapidez ciudad y poblacion, de que ya cuenta 100.000 almas. Las casas modernas, en mayor número que las antiguas, dan á este pueblo aspecto europeo; pero dificilmente se aproximará nunca á lo que ántes fué Alejandria.

—Tengo entendido que hubo algunas Cleopatras—insistia M. Macker,—y tal vez encontremos restos de esa magnífica raza.

—No, mi querido Macker: te aseguro que no se ha perpetuado semejante raza, y puedes desde ahora despedirte de ver mujer alguna en Egipto, donde salen poco y perfectamente tapadas. Las únicas que verás son tus compañeras de viaje y las europeas que se han establecido aquí con sus familias. En cuanto á Cleopatras, sí, hubo otras dos reinas bastante hermosas y célebres. Una la hermana de Alejandro, que fué reina de Epiro; y al casar segunda vez con Ptolomeo Lagus (primero de esta dinastia y uno de los generales de Alejandro entre

quienes repartió su imperio), murió por orden de Antigono. La segunda Cleopatra, hija de Ptolomeo Filopator rey de Egipto, fué reina de Siria. Mató á Demetrio su primer marido, y á su hijo Seleuco su primer hijo; y queriendo hacer lo mismo con Antioco, el segundo, éste la obligó á beber el veneno que tenia preparado para él. Por fin, la Cleopatra reina de Egipto, cuya hermosura fué tan celebrada, es la primera de que hemos hablado. Querida de Julio César y luego de Antonio, se mató por miedo de caer en poder de Octavio, haciéndose morder el pecho por un áspid.

—¡Pobres Cleopatras! ¡tres reinas, tres hermosuras del cielo y las tres muertas violentamente! Lástima da.

—Mucho te deben agradecer sus almas si te escuchan—expuso Aurelia,—pues tan de corazon las compadece: siendo tanto más de admirar ese sentimiento, cuanto que la belleza de tu esposa no tiene que envidiar mucho á ninguna Cleopatra.

—Si, sí; Armanda es muy buena y muy bella, y yo la quiero mucho; pero eso no quita para que, repasando la historia, sienta uno desazon por la crueldad de los hombres contra la inocencia.

—No parecian muy inocentes aquellas almas despiadadas.

—No, inocentes nó: quiero decir que fueron víctimas de la crueldad.

—Antes bien, ellas fueron las crueles y nada buenas.

—Si, eso es; fueron crueles... y buenas..., y hermosas.—Vamos, yo bien sé lo que me digo y claramente me explico.

El bueno de Macker no pudo seguir, porque se embrollaba cada vez mas: dió media vuelta y desapareció, no sin que Miss Aglae le siguiera unos cuantos pasos dándole la razon y asegurándole que sus esperanzas se

realizarían en el alto Egipto, donde se refugió la raza que tanto le interesaba.

—¿Hablais con formalidad Miss?

—Con formalidad. Únicamente debo añadir que maldecidas aquellas tres reinas por los dioses, una se convirtió en estatua, pero dando al aire su voz doliente que todas las mañanas producía lúgubres ayes al salir el sol; y las otras cambiaron su color blanco nieve en el dé reluciente ébano, como tendreis ocasion de ver.

—¡Miss Aglae, Miss Aglae!—Y sin parar esta vez marchó á largos pasos á la proa.

—Es muy bueno—repuso Armada,—y no tengo por qué quejarme de él. Goza en hablar y que le hablen de mujeres hermosas. Por lo demás su familia llena su corazón.

Media hora despues habian desembarcado todos los pasajeros del *Indus*, y sus equipajes fueron llevados á la estacion. Muchos de los oficiales y pasajeros montaron en burros para visitar más pronto Alejandria y sus antigüedades. Entre ellos se veía la gorda literata alemana, provista entónces de una guia de la ciudad, que iba con otras dos inglesas en medio de la cabalgata.

Nuestros amigos y sus cuatro criados, Niceto y Hernando, Charles y Gloom, visitaron á pié la antigua y nueva ciudad, comprando M. Macker un gorro turco que desde entónces cambió por su sombrero. No se apercibieron de otro acompañante que á cierta distancia los seguía, cuidadoso de no perderlos de vista.

A las diez salian en el primer tren que debia llegar al Cairo á las cinco de la tarde. Por su fortuna les tocó un departamento en el que pudieron colocarse con toda comodidad. En los dos asientos que sobraban iban, uno al frente de otro, la enamorada Miss Adeline y su inseparable Adonis, cuya pareja no hizo otra cosa que ha-

blarse al oído, y en particular él á ella, siendo siempre afirmativa la contestacion de ésta, acompañada de sonrisas llenas de amabilidad. Como el ruido del tren obligaba á hablar en términos relativamente altos, se podian sorprender algunas palabras que no tenian la prudencia de economizar, tales como *dearest, I love you, with all my hearth, when you please, this nighth if you please, etc.* Y pues estas sencillas y compuestas expresiones les entretenian hasta el punto de olvidarse del mundo, bueno será les dejemos entregados á sus bellas elucubraciones, de las que nada les distraia sino la parada del tren en las estaciones diversas.

Ya hacia algun tiempo estaban en camino, y Miss Aglae no dejaba de mirar el país, ocupando toda la ventana que llevaba á su derecha; observado lo cual por M. Macker, la dijo:

— Vais muy distraida, Miss Aglae.

— ¡Oh! dejadme, respondió, vamos entre maravillas: maravilla el ferro-carril, maravilla el telégrafo, maravilla el tren que nos conduce á ver otras maravillas, y maravilla, en fin, este delicioso país, vitalizado por su maravilloso río.

— Y el tiempo es tambien maravilla, volvió á observar M. Macker.

— ¡Oh! el tiempo es en Egipto la mayor de las maravillas; porque siempre, en todas épocas, se presenta el tiempo sereno, limpio y tranquilo como el Eden, despejado, trasparente y embriagador como la mansion de los ángeles; sin descubrir en él, sino en momentos, blancas, ligeras y vaporosas nubes que cruzan el espacio cual visiones misteriosas envueltas en etérea gasa. Y es que en Egipto no llueve jamás, á lo menos en las partes alta y central, ni en primavera ni en verano, solo las estaciones que se conocen: pareciendo este país pri-

vilegiado la mansion predilecta del Genio de la Tierra, del ángel guardador de nuestros bienes, del Espíritu-Dios que preside los destinos de la humanidad.

—Reparad, Miss Aglae, que el Egipto es un país de arena en su mayor parte, bien triste por cierto para la mansion de tantas divinidades.

—No seais profano, M. Macker, y no mireis el Egipto sino por diferente prisma con que veis cualquiera país de Europa. El Egipto, que no es la sombra de su pasado, no ha muerto ni morirá jamás. Del mismo modo que el fénix, renace de sus propias cenizas, y se levanta, y anda, y toma vuelo, que pronto le hará pasar la primera etapa de su segunda vida para colocarse entre los primeros pueblos de la tierra. Combatido desde que perdió su independendencia por todas partes y de todos modos, ha podido llegar á un estado de ruina, viéndose mermar su poblacion, que hoy no pasa de tres millones de almas de distintas familias, árabes, turcos, mamelucos, sirios, hebreos, negros, koptos, etiopes, persas y todas las variedades europeas. Mas él aumentará su número, y con el genio que despierta su ardoroso clima, y estimulado por el recuerdo de su anterior grandeza, llegará á la mayor gloria de este mundo.

—Puede ser; pero en tanto la tristeza de su suelo...

—No sigais, que juntamente os hallais en un error. Es verdad que en el Egipto alto y central corre el Nilo por un estrecho valle limitado por las cadenas arábica y libica, siendo muy escasos los terrenos que fertiliza con sus crecidas; pero la antigua Tebaida y sus inmediaciones á la Nubia y Libia, países de abrasadoras arenas, están por compensacion sembrados de numerosos, poéticos, encantadores y productivos oasis, como el cielo de brillantes estrellas, para dar vida á multitud de pueblos que no cambian su lugar en medio del de-

sierto por los más regalados de Europa. Y en el bajo Egipto, por donde viajamos, todo llano y surcado por numerosos brazos del Nilo y canales, como el Scander, Yusuf y Mahamudich, artérias de produccion y vida, de belleza y atractivo, es de riqueza inagotable en todo el Delta, donde asombra su vegetacion y su fertilidad, como es abundante el producto de sus dos cosechas anuales de trigo, maiz, arroz, mijo, algodón, lino, cáñamo, índigo, legumbres, dátiles y otros numerosos frutos; no siendo ménos importante el número de aves, mulos, asnos y caballos, al par que temibles fieras, leones, tigres, chacales, hienas, hipopótamos y cocodrilos.

— ¡Poblacion consoladora!

— Pueblos civilizados la buscan, y nosotros en nuestra excursion la tendremos constantemente á nuestro lado. Pero si en todo caso no ofrece buena compañía, es el complemento de la creacion, aquí donde todo cuanto existe se manifiesta en gigante contraste; la muerte en el desierto y la exuberante vida en los oasis y faja del Nilo; la vida apacible de la ciudad y la agitada y llena de emociones del nómada; el silencio de la soledad y el portentoso ruido de la moderna civilizacion; las ruinas de un asombroso pasado y la expresion tangible, imprecadera de la mayor grandeza y gloria humana.

— Convengo en todo, Miss Aglae, pero insisto en decir que el Egipto, donde algo bueno se tiene en cambio de un clima de fuego, desde Febrero á Noviembre, con aire seco y abrasador, fundamento de numerosas oftalmías, fiebres inflamatorias, viruela y peste, no siendo siempre el Nilo excelente amigo, pues algunos años sucede que en una ó las dos épocas de su inundacion lo hace tan destempladamente que arranca los plantíos ó los inutiliza en vez de abonarlos; semejante país, digo, no puede ensalzarse hasta el punto de suponer sea el

predilecto de los genios que presiden los destinos de la humanidad, habiendo tantos otros más privilegiados sin acudir al paraíso de Adán y Eva.

—Sois demasiado terreno, M. Macker, para poder apreciar cuánto vale el país más respetado del mundo, no ya por sus circunstancias locales y sin igual situación geográfica, sino por haber sido la cuna del saber humano, brotado de sus fecundas y no estériles arenas.

—Perdonad; hay quien asegura que los etíopes fueron los primeros en habitar y llevar á Egipto los gérmenes de la civilización.

—La Etiopía era antiguamente el Sur del alto Egipto, desde Berenice á la primera catarata, comprendiendo la Nubia y aún la Abisinia, el Kordofán y Darfur. Y si los primeros habitantes del Egipto no pudieron ser más que meridionales, en razón á hallarse la parte septentrional sumergida por las aguas del Mediterráneo, claro es que los egipcios en un principio fueron los etíopes, ó la Etiopía fué el Egipto; dividiéndose despues el pueblo en dos nacionalidades. De este modo se comprende que la civilización en su origen se haya indistintamente atribuido á uno ú otro de estos dos Estados, en realidad uno solo en muchos siglos; siendo despues los egipcios los únicos que progresaron hasta el apogeo, si juzgamos por los monumentos de ambos pueblos.

—¡Psch! Poco dicen en favor de la sabiduría egipcia templos amazotados, estatuas sin movimiento, masas informes por do quier, y aún las famosas pirámides, cuyo único mérito es la acumulacion de piedras en mayor ó menor número.

—¡M. Macker! ¡M. Macker! Perdonad si os digo, y todo se puede permitir á una mujer, que ni habláis con entera conciencia de imparcialidad, ni habeis visitado el Egipto, ni estudiado á fondo su historia.

—No he visitado el Egipto, es cierto; y en cuanto á su historia puedo deciros que no he leído demasiado; pero sí alguna cosa que me basta para formular opinion en lo concerniente á la gran maravilla que suponen las pirámides; monumentos por otro lado de ninguna importancia.

—No entraré á discutir la importancia de estos monumentos, situados todos á la izquierda del Nilo, y los más al frente de Menfis. Al parecer no tuvieron más fin que servir de sepulcros á los reyes que los mandaron levantar, sustituyendo con ellos las montañas en que por costumbre tenian lugar los enterramientos. Sin embargo, todas estas pirámides están perfectamente orientadas, dando sus caras al Norte, Sur, Este y Oeste, especialmente la mayor, cuyas caras N. y S. prolongadas, dividen el sol en dos partes iguales en los días de los equinoccios, al salir y al ponerse; razón por la cual se cree que fueron levantadas con el fin de fijar de un modo invariable las estaciones. Pero sea de esto lo que se quiera, al verlas comprendereis la suma de ciencia que necesitó aquel pueblo para extraer, conducir, labrar y levantar á tan grandes alturas á que se hallan las enormes masas de cada una de aquellas inmensas piedras de 3, 4 y 5 metros de largas por casi otro tanto de anchas, y medio á uno de altas.

—O bien pudieron emplear miles de hombres y años sin fin para ello, lo cual no requiere demasiada ciencia,

—Nadie puede afirmarlo, á pesar de la opinion de Herodoto, que dice, bien gratuitamente, haber sido necesarios 100.000 trabajadores y treinta años, de los cuales diez se emplearon en hacer el camino de conduccion. Pero el tiempo en que se hicieron debió ser ya el de la decadencia, por componerse en parte de los restos de otros edificios más perfectos, para cuya ereccion y

ornato era preciso conocieran las artes y las ciencias.

—En todo caso, el número y dimensiones de algunas de ellas explican por lo ménos que los egipcios antiguos eran más que ostentosos.

—En Ghizé hay nueve, de las cuales las tres mayores, levantadas por los reyes Cheops, Cerfreno y Miserino, cuyos nombres llevan, tienen respectivamente 238 metros de base por 143 de altura; 215 por 133, y 107 por 84. Las restantes de este distrito, como las treinta y nueve ó cuarenta que existen más arriba, en Dashur, Regah, Sakara, etc., parte del sinnúmero que antiguamente se levantaron para sepulcros de sacerdotes, príncipes y magnates, son de bastante menores dimensiones. Es también muy notable la gran esfinge tallada en la misma roca, (no lejos de las primeras) de 40 metros de altura, cuya cabeza, única cosa que hoy se ve por haber enterrado el resto las arenas, tiene de contorno 27 metros. Esta esfinge parece el extremo de un gran templo, del que se han visto ruinas las varias veces que han escavado para conocer las dimensiones totales de esta colosal estatua, la mayor de cuantas menciona la historia.

—Sería el retrato de algun príncipe, guardador del templo.

—Era la gigantesca imágen del Dios de los egipcios, llamado, segun los geroglíficos, Hoz-emkhu, ó guardador del destino de la humanidad.

—Buen mozo era ese divino Hoz-emkhu, y hay que confesar que el pueblo que se entretenía en labrar una montaña para hacer una cara de 27 metros que representase la grandeza de su Dios, era capaz de malgastar su tiempo en esos montones de piedra, que si no son útiles expresan por lo ménos el buen humor de sus autores para entretener treinta años á 100.000 hombres, no más que para hacer un sepulcro á su tirano.

—; Qué quereis, amigo mio! El objeto del monumento sería ese solamente ú otro de más utilidad; pero la verdad es que nada se sabe acerca del cómo se hizo y el tiempo que se invirtió en ello, sean las que quieran las opiniones de Herodoto, Diodoro, Strabon y Plinio; y lo mejor es no interesar nuestra imaginacion en hipótesis, sino ver únicamente el hecho que á nuestra vista se presenta, tal como es; una obra de inmensa dificultad que explica con su propia grandeza el genio maravilloso y potente de los primeros egipcios, base de su adelantada civilizacion. Si paramos mientes en el tiempo empleado y sumas invertidas en obras de primer orden, tendríamos que acusarnos mucho más los europeos de malgastadores, observando por ejemplo, que la catedral de Milan ha costado inmensas sumas y 160 años; la basilica de San Pedro en Roma 260 años y 1.400 millones de reales, y poco más ó menos todos los grandes edificios públicos de esta parte del mundo civilizado: edificios todos que, á buen seguro, no tendrán la duracion que los que en Egipto ostentan su colosal grandeza.

Más si las pirámides bastan á dar idea del poder y genio de este pueblo, ¿qué no diremos de la primera de las maravillas, anterior bastantes siglos á las pirámides, el lago de Moeris, situado al SO. y tres leguas de Menfis, donde todavía se ven restos de sus murallas? Tenia en un principio 600 kilómetros de circuito, y su objeto se cree verosímilmente fué recoger las aguas sobrantes de las inundaciones para regar á su tiempo con ellas el país inferior á la izquierda del Nilo. Le mandó hacer el gran rey Moeris, el primero de los Faraones, en cuyo tiempo se establecieron los hebreos en Egipto. Este lago, hoy dia llamado de Horu, es pequeño y sumamente irregular, de unas 26 millas de largo y 5 de ancho medio,

hallándose cegado todo lo restante que forma un gran oasis, llamado el *Faioum*. En su centro se dice fueron levantadas dos grandes pirámides coronadas con las estatuas de Moeris y su mujer: y conduce á creer algo esto el haber encontrado allí muchas piedras labradas y esquinadas como lo están las de los ángulos de las pirámides.

Ya veis, M. Macker, que para la ejecucion de este mar, ántes bien que lago, era preciso ser ingeniero geológico hidráulico, sin el conocimiento de cuyas ciencias no era posible aventurarse á hacer tan grande obra.

—Sí; convengo en que la idea fué noble, y la ejecucion asombrosa; pero ¿quién nos dice que todo ello no obedeció más que á la casualidad ó á una idea mucho más pequeña de la que supone el lago, si fué su extension la que nos indicais? El Nilo en una de sus avenidas consiguió muy bien abrirse paso por la parte que encontró más débil, produciendo el canal que hoy se llama de Yusuf: y si el terreno del lago era bajo ó formando cuenca natural, nada tuvo que hacer el hombre, ó tal vez se limitaria á sujetar las aguas con algunos diques en determinados puntos. Si algo tuvo que escavar el hombre, por más que lo hiciera con el propósito que habeis dicho, no puede en ello suponerse un gran mérito, y tanto ménos si observamos que el Egipto fué un pueblo guerrero, y los vencedores no tenian mucha piedad con los vencidos, á quienes esclavizaban y obligaban á trabajar en las más rudas tareas. Tal vez Moeris carecia de hospedaje para millares de esclavos y los entretuvo escavando el lago años y años hasta que todos perecieron ó hasta que acabaron la obra.

—No sé cómo se hizo aquél trabajo, y la historia no dice que en tiempo de Moeris y sus sucesores, Uchoreus, fundador de Menfis, Osymandias y otros hasta Ame-

nophis (último faraon) y el gran Sesostris, hubiere guerra alguna de importancia que produjese esa multitud de trabajadores. Probablemente el lago fué resultado de un proyecto perfectamente estudiado y llevado á cabo con los recursos del país, aunque algo ayudase la naturaleza.

—Ya veis cuánto puede esta circunstancia disminuir el mérito.

—Pero ¿y las maravillas de Tebas y Menfis? ¿Dudareis tambien de esta verdad? Sin embargo, el mundo no duda hoy de la magnificencia y prodigio de estas ciudades, capitales sucesivas del reino.

—No dudo de su existencia y situacion: Tebas á ambas orillas del rio en el Alto Egipto, y Menfis á la orilla izquierda en la Heptanomida ó Egipto Central, no lejos del Cairo.

—Perfectamente; y tambien debeis saber que con parte de las ruinas de Tebas se han levantado cinco pueblos; lo que explica la inmensidad de aquella ciudad.

—No sabia ese detalle.

—Pues no lo dudeis, porque es un hecho, y porque la historia y las deducciones de sábios arqueólogos están conformes en ello, como tambien en las maravillas que suponen la muralla y sus 100 puertas, flanqueadas por inmensos torreones; los gigantes templos y espléndidos palacios de Ramsés y Kons en Karnack, las 600 esfinges de colosal magnitud; la estatua armoniosa de Memnon ó Amenophis III, de 60 pés de alta, y la de su esposa, poco ménos grande; otra multitud de grandes obeliscos de una sola pieza, cuyas obras todas son expresion visible de una civilizacion perfecta. En Menfis tambien eran poco ménos que milagrosos los colosales templos y palacios, el canal que rodeaba la ciudad, y otros grandiosos edificios idénticos á los de Tebas; mu-

chos de cuyos restos han servido para levantar parte de las pirámides y pueblos inmediatos.

—Pero entre todas las maravillas, ninguna como el laberinto, construido cerca del lago en el tiempo del mismo Moeris, segun la interpretacion de los geroglíficos; edificio que dice Herodoto «fué muy superior á cuanto hizo el hombre en aquel y demás pueblos posteriores, incluso la Grecia.» Tenia doce patios grandes, infinidad de corredores y galerías, tres mil habitaciones, mitad subterráneas que servian de sepulcros á los reyes y animales sagrados, y la otra mitad superiores, y, segun Strabon, tan magníficas, «que no se ha visto nada comparable entre las obras de los hombres.»

Si á estas maravillas agregais las posteriores de Alejandria, como el Faro, Hipódromo, Biblioteca y otros más signos de grandeza é ilustracion, tendreis que convenir en que el Egipto fué una de las naciones más grandes ó la primera de la tierra; pues cuando los naturales de la India y los semitas y europeos vivian en ignorancia salvaje, los hijos del valle del Egipto conocian ya de un modo completo la metalúrgica, la geometría, la mecánica, la astronomía y la arquitectura en su mayor grado de asombro.

—Podeis agregar, Miss Aglae—repuso D. Alberto—que conocian tambien la geología y arquitectura hidráulica, como lo prueba el lago de Moeris y otra de las más importantes obras de esta tierra; el canal de comunicacion entre los mares Rojo y Mediterráneo, ejecutado y explotado tres veces, una en tiempo de los ilustrados Faraones, otra en el de los Ptolomeos, y la última en el de los Califas. Canal que hoy dia se reproduce más directo y útil entre el golfo de Pelusa y Suez, gracias á la feliz iniciativa de nuestro amigo el inmortal M. Lesseps, á la poderosa voluntad del ilustrado virey Mohamed-

Said, y al talento de los sábios ingenieros Linant-Bey y Mougel-Bey, autores del anteproyecto.

—Cierto es, señor de Bazan, que este canal puede unirse á las antiguas maravillas que tanto sorprendieron al mundo, á pesar de no ser la idea original, sino imitacion ó mejora de la que llevaron á cabo con su fuerza y propia inteligencia los hijos independientes del país.

—Efectivamente: el canal al través del istmo de Suez, ya casi terminado, no supone una idea original; pero no por eso dejará de clasificarse entre las maravillas de los hombres, como vos decís. Sus grandes dimensiones y fondo de 7 metros, que permite el paso á los mayores buques mercantes y aún á la mayor parte de los de guerra; sus magníficas obras en los puntos extremos de la línea; el canal de agua dulce que, procedente del Nilo junto al Cairo, se bifurca desde el lago Timsah para beneficiar los terrenos inmediatos y abastecer de agua potable á las poblaciones que podemos ya considerar á orillas del canal de navegacion, creadas por el interés particular y dando vida á aquel istmo de desolacion y muerte; todo esto, y el ferro-carril á Suez, y el espectáculo que presentará el movimiento universal en todo el Delta, hará del Egipto una de las primeras naciones del mundo, mucho más nombrada y famosa que en la antigüedad: pues hay que tener presente que las civilizaciones basadas en el imperio de la inteligencia, no mueren con tanta facilidad como las que sostiene la fuerza bruta y vanidad de los hombres. Hoy dia, en que vemos una marcada tendencia á la union de los pueblos, extendiéndose los lazos de fraternidad como nunca tuvo lugar en el mundo; hoy dia, en que el interés del hombre es el interés universal, marchando acordes la estética y la ciencia, la moral y la religion, y pu-

diéndose decir que es una verdad la filosofía en su etimológico sentido; hoy día la civilización, que no es patrimonio de ningún país ni raza, pues llegará á ser general cuando los pueblos quieran sacudir el yugo de la ignorancia, dando culto á todas las libertades, marchará por camino seguro y firme, sin que se repita la ruinoso decadencia de los antiguos egipcios, sirios, persas, griegos y romanos; pueblos todos grandes, poderosos y sabios, pero exclusivistas, orgullosos, tiránicos y ciegameamente ambiciosos y egoistas; pueblos que, faltos de fe en sí mismos, y alucinados con su loca glorificación, sembraron el terror, como base de su dominio, y establecieron la esclavitud para más enaltecer su superioridad, al mismo tiempo que divinizaban el vicio y halagaban las bajas pasiones para más envilecer el espíritu humano y hacerle dormir el sueño de la ignorancia. Así, la tiranía ó la fuerza inconsiderada pudo un tiempo comprimir la vitalidad de los pueblos y conducirlos á su antojo por el falso camino de la embriaguez; pero el ánimo encanecido y el odio reprimido no podía ménos de estallar cuando llegase, como llegó, el momento de la superioridad; y entónces, roto el inestable equilibrio del mundo al aparecer súbitamente nuevas nacionalidades, terminaron como por encanto las civilizaciones que se juzgaban perfectas, de las que sólo quedaron algunos fragmentos dispersos para recuerdo del pasado, fundiéndose el todo en la disolución general que volvía á los pueblos á su primer estado de poquedad y miseria, de la que con dificultad van saliendo algunos despues de muchos siglos de retroceso, hasta rayar de nuevo con el salvaje.

El pueblo egipcio fué grande, efectivamente; más grande que ninguno otro, pues á nadie más que á sí mismo debe su civilización, sostenida por tantos miles

de años, á pesar de las interrupciones sufridas por las conquistas de los brutales hicsos y selváticos persas; pero esas pirámides que ya empezamos á ver, esos colosales monumentos, hijos de imaginaciones gigantes y robusta inteligencia, por más que Macker lo dude, nos están diciendo á dónde hubiera llegado la humanidad en este país y en el mundo todo, si los príncipes que los hicieron levantar cuatro mil años hace, hubiesen difundido las luces en el pueblo y extendido la ciencia, en vez de concretarla á una clase no más de la sociedad, haciendo que la teocracia fuera la familia privilegiada para la sabiduría y el poder. Seguramente que los egipcios no habrían sido nunca autómatas del poderoso, y con su genio y el prestigio del saber, jamás hubieran recibido el yugo de los selváticos pueblos primitivos, ni de los ambiciosos griegos y romanos, y aún los feroces árabes, sirios y turcos. Esas prodigiosas ciudades de Tebas y Menfis y otras muchas más, las cuarenta pirámides, el laberinto, el lago y el canal, y tantas otras de utilidad y asombro que se habrían levantado entónces, subsistirían aún, más que nunca florecientes y magníficas, siendo el Egipto el paraíso de la tierra, el pueblo-tipo de la grandeza humana, la fuente perenne de bienestar y felicidad, en cuanto lo pueden permitir las condiciones de nuestro globo; reflejándose largos siglos hace su preponderancia hasta en los más ocultos países, y destruyendo sin violencia las preocupaciones, que son y serán siempre la sola causa del retroceso y ruina.

En el momento de acabar su discurso el señor de Bazan, atravesaba el tren el Nilo por el hermoso puente de hierro de Behna, uno de los primeros que se levantaron sobre pilas tubulares, hincadas por medio del aire comprimido, acerca de lo cual Mr. Sander llamó oportunamente la atención, haciendo comprender y conviniendo

todos en que estas multiplicadas maravillas de la moderna civilizacion no sufririan con toda probabilidad la suerte de las que llenaron el mundo con su nombre; pues siendo artérias de la riqueza universal, todos los pueblos las poseerian, cada vez más perfectas ó mejoradas, sin que se les viera nunca desaparecer, cualquiera que fuese el cataclismo de que un pueblo se viese amenazado: lo que demuestra—decia—la verdad de cuanto expuso el señor de Bazan, de la altura á que llegan los pueblos sin privilegios, desprecupados y sabios como muchos de los europeos, y como por excelencia sucede á la Union Americana, donde, en ménos de un siglo, la cultura y civilizacion ha llegado al nivel de la inglesa, madre ó fuente de los grandes adelantos de la humanidad, como pueblo inteligente é infatigable en sus empresas de progreso.

Poco tiempo despues empezaron á llegar los trenes al Cairo, y nuestros amigos se alojaron en la fonda de *Oriente*, donde descansaron hasta el siguiente dia.

IV.

Preparativos de viaje.

Una hora despues de levantados, se reunieron todos á tomar el desayuno; y al terminarle se sintió Aurelia lamer la manó al tiempo de bajarla para coger la servilleta. Miró, y vió tras de su silla al valiente Lind que, despues de haber seguido á sus amigos oculto bajo el asiento del coche que los condujo al Cairo, supo conducirse de manera que no le vieron hasta llegado el siguiente dia, en que ya no era posible le volvieran al vapor.

Todos recibieron especial satisfaccion con la conducta de este noble y agradecido animal, le acariciaron y dieron de comer, y él les pagó de la elocuente manera que saben manifestar los perros para que no se dude de su afecto desinteresado. Quedó resuelto luego llevarle en su compañía, y desde entónces le consideraron agregado á la caravana; y excusado hubiera sido otra cosa, pues el bueno de Lind parecia haber tomado ya su partido de no abandonar á sus salvadores y nuevos protectores. Esto así dieron orden á los criados de tratar á Lind como cosa propia, y el perro pareció haber entendido esta determinacion, porque en seguida besó con su lengua sucesivamente la mano á D. Alberto, Sander y Macker y las tres jóvenes, poniéndose despues entre los criados y marchando con ellos á reunirse á sus nuevos compañeros Dragon y Aquiles.

A poco rato salieron los viajeros por la ciudad, y sin

detenerse á mirar nada de lo poco notable que en ella se encierra, fueron á visitar á M. Lesseps que allí se encontraba entónces.

Muy agradable fué la sorpresa de este hombre venerable al ver en su casa uno de sus mejores amigos con toda su familia; pero más grande aún fué su sentimiento al saber la resolucion que tenian todos de atravesar el desierto, si necesario fuese, hasta hallar al infortunado Ernesto.

—Loable y santa es vuestra determinacion, amigo mio, y encuentro muy bien que un padre de gran corazon no quiera descansar hasta encontrar á su buen hijo. Pero en todo caso ¿no seria mejor enviásemos correos y órdenes á los diversos gobiernos de la Nubia y Kordofan para que se hagan las más vivas diligencias por todas partes y entre todas las tribus indígenas, hasta conseguir el fin deseado? El Virey es verdadero amigo mio, y con certeza puedo aseguraros tomará una parte activa é interesada en el logro de vuestra empresa; y Ernesto no existe ya en Africa ó se dará con él.

—Siento infinito no poder aceptar vuestro noble proyecto, que no haria sino tenerme en la más viva inquietud meses y meses, creyendo con la sinrazon de mi egoismo que la tardanza en las noticias, ó tal vez, el estéril resultado de las pesquisas, fuera debido al escaso interés de los comisionados.

—¿Y conseguireis más tranquilidad, amigo D. Alberto, porque vayais vos mismo?

—Las noticias que pueda adquirir me llevarán inmediatamente más cerca de mi hijo; y si tengo la dicha de encontrarle, desde aquel instante se calmará mi ansiedad y gozaré felicidad completa.

—Las tribus salvajes pueden interesarse en retener á Ernesto si éste ha caido en sus manos, y en ese con-

cepto por más valor, energía y medios que pongais en juego no conseguireis saber la verdad, siendo inútiles vuestros infinitos sinsabores, vuestras continuas luchas y esfuerzos imponderables para sufrir y vencer los innumerables obstáculos y dificultades que ofrecen países tan inhospitalarios como los que tendreis que atravesar. Unas veces sentireis el hambre, otras la sed, otras la hostilidad de antropófagos salvajes, las criaturas más degradadas de la tierra, y siempre tendreis que vivir sin descanso en medió de esa espantosa soledad, únicamente acompañada de huracanes asoladores, de fuego irresistible y de las fieras más temibles; siendo imposible, una vez en el desierto, buscar punto alguno de apoyo que dé fuerza al ánimo y consuelo al corazón.

— Así es, amigo mio; así es la vida que nos espera si no tenemos la fortuna de tropezar en seguida con el desgraciado que buscamos. Pero contamos en mucho con la compañía y amparo de la Providencia, que no puede abandonarnos.

— Veo que estais decidido en vuestro temerario empeño, y que no será fácil haceros desistir de él por lo que á vos toca. Pero ¿y vuestras hijas y amigos? ¿Vuestras hijas particularmente, cuyo valor soy el primero en admirar, pero cuya naturaleza y organismo no podrán resistir la vida agitada que las espera, toda llena de emociones irresistibles para ellas, acostumbradas como están á un bienestar lleno de goces y satisfacciones? Reparad, amigo Bazan, la dificultad que esto lleva consigo y el triple martirio que tendreis que sufrir si una enfermedad ú otro contratiempo cualquiera viene á recaer en ellas...

— Dios proveerá, interrumpió Aurelia; y permite, padre mio, me tome yo la libertad de contestar las justas observaciones de nuestro excelente amigo.

—Sí, convengo, como convenimos todos, en que las mujeres somos muy poco á propósito para estas difíciles empresas, y acaso más de una vez tengamos que ver realizados vuestros naturales temores: es posible nos veamos una de nosotras ú otro compañero de expedición acometidos de la fiebre ó amenazados de uno de los muchos peligros á que voluntariamente nos exponemos. Pero á todos nos acompaña igual sentimiento y todos podremos ser algo para uno cuya vida se vea amenazada, ó cuya salud decaiga, salvándole del peligro ó asistiéndole con la interesada solícitud de nuestras almas generosas. Sufriremos algunos sinsabores, calor sofocante y hasta la angustia del hambre y sed, es probable; pero ¿somos acaso los únicos que hayan atravesado el desierto? Contad la multitud de viajeros que solos ó con escasos recursos se han aventurado á expediciones mucho más difíciles que la nuestra, terminada, tal vez, á los pocos dias, y ved que han sabido triunfar de todos los obstáculos previstos é imprevistos, sin acóbardarse jamás por las multiplicadas contrariedades que á cada paso se les presentaban; las cuales eran sólo nuevo incentivo y pábulo constante para no variar el rumbo de sus ideas, que, por buenas que fueran para las ciencias geográfica y etnológica, no tenían el carácter de santidad que supone la nuestra, fuera de la parte de egoísmo plausible que naturalmente impulsá á un padre para buscar á su hijo, y á los hermanos para hallar á su hermano. La empresa puede ser difícil, pero nuestro valor y nuestra fe son grandes y Dios nos guiará. Tiempo sobrado hace que no hemos tenido ótra noticia de Ernesto que el haberse internado algo en el Africa central por los límites de Kordofan, y no pudiendo resistir al deseo de encontrarle resolvió nuestro buen padre hacer este viaje á toda costa. ¿Debia yo dejarle

solo á su edad sabiendo á lo que se exponia y contando, como creo tener, sobrado aliento para compartir con él sus penalidades? No, mi corazón, mi alma y mi deseo me aconsejaron el partido que debia tomar y no vacilé un instante, venciendo la oposicion cariñosa del que tan noblemente se sacrificaba por sus hijos, y á quien en cambio podemos dar la vida que le debemos si necesario fuese. Mi condicion de mujer pudo ser un obstáculo para ello, pero ¿de qué me serviria ni para qué habria adquirido la varonil educacion que me ha formado, si cuando llega un caso como éste no la supiera utilizar? Si por no sufrir alguna incomodidad hubiera dejado solo á mi padre y no contribuyera al logro de nuestra esperanza, la de hallar ese santo, cuyo amor al prójimo ha conducido á grandes sacrificios; ¿cómo y de qué manera pudiera yo vivir, ni qué satisfaccion quedaria á mi espíritu, constantemente acusado de la más censurable cobardia? La resolucion de mi amado padre ha sido buena y desde un principio la creí justificada. Y otro tanto puedo asegurar respecto de Armanda y mi inseparable y verdadera amiga Aglae, que han agregado más empeño aún en no abandonarnos: Armanda por su notable cariño y simpatía admirable, que nunca la ha engañado, y Aglae por el amor que á todos nos profesa, que tal es el título de su amistad.

—Así es, en efecto—repuso Aglae;—y Dios no me perdonaria ni yo podria vivir si un momento hubiera dudado en el camino que debia tomar.

—Por mi parte—expuso Armanda,—sólo tengo que agregar á lo dicho por Aurelia que, tal vez, fui yo la causa primera de esta resolucion, acogida con entusiasmo por mi esposo, tan decidido como yo lo he estado siempre á compartir con nuestro amado padre las penalidades que puedan sobrevenir. Si mi naturaleza no

es tan fuerte como la de Aurelia, mi espíritu suplirá con exceso, y tengo confianza en que hemos de salir triunfantes en nuestro sagrado empeño.

—Ya lo veis, amigo Lesseps—dijo D. Alberto:—parece ser la voz de Dios la que todos hemos escuchado, y dignos seríamos de su castigo si no la obedeciésemos con el entusiasta placer que debemos. En un principio quise partir solo, acompañado no más de mi noble amigo Mr. Sander, que en ello tuvo grande empeño con el doble fin de prestarme auxilio y explorar más que lo está la flora de este país; pero las súplicas y razones de mis hijas fueron tales que no pude resistir, á pesar de saber muy bien á lo que se exponían. Armanda y Mac-ker concluyeron con manifestar que, en uso de la libertad de sus acciones, llegarían al Cairo al mismo tiempo que yo. En cuanto á Aurelia no era posible oponerse á la lógica de sus argumentos, basados en su probado amor filial. Estoy, además, seguro de sus favorables disposiciones para soportar la fatiga tan bien, por lo ménos, como cualquiera de nosotros.

—Nada tengo que oponer—contestó M. de Lesseps, —ante voluntades tan empeñadas en su propósito: si bien creo que lo mejor fuera, como os lo dije al principio, esperar aquí un poco de tiempo la vuelta de los correos que podamos mandar al Sudan con la garantía del Virey. Cierto es que nunca pueden los comisionados hacer las investigaciones con igual interés que vosotros mismos, y que el tiempo es precioso para el que con tanta ansiedad espera. Sin embargo, algo podremos hacer en este sentido que os facilite vuestras exploraciones. Quiero decir, que haremos os precedan algunos árabes con encargo de reunirse á vosotros en determinados puntos, y dejar en los de su tránsito las noticias que hayan adquirido. Al mismo tiempo os acompañará el

número de soldados escogidos que juzgueis conveniente, cuyo pago será la única cosa que ha de quedar á vuestro cargo.

—Ese es el mayor favor que nos podeis hacer, y el que justamente venimos á demandaros. Creo que con veinte hombres de confianza tendríamos suficiente escolta, á más del número de servidores para la conduccion de camellos de carga.

—Queda á mi cuidado el arreglo de todo esto, y si me quereis favorecer, esta tarde aguardo honreis mi mesa.

—Consiento gustoso, y aquí nos tendreis con tiempo. Terminada, poco despues, esta entrevista, que de tanto interés era para el mejor éxito de la expedicion, volvieron al hotel, y allí se pusieron á discurrir seriamente en el arreglo de todos los detalles del viaje. Mister Sander se entretuvo ántes una hora con el mayordomo á quien aguardaba ver en el Cairo, como le vió en seguida de su llegada, y, enterado del resultado que obtuvo la venta de su hacienda, guardó parte de su producto y lo restante lo libró á su casa en letras contra el Banco de Lóndres.

Reunidos todos en el salon que precedia á las habitaciones de Aurelia y Aglae, y haciendo ésta de secretaria, sentada á una mesa con tintero, pluma y papel á su frente, aguardaba en accion de escribir las decisiones de la asamblea.

Tomó la palabra D. Alberto y dijo que en expediciones de tan incierto camino como la de que se trataba, debian prepararse del modo más conveniente, analizando segun la clase del país y riesgos probables los diferentes acontecimientos de la vida nómada que iban á llevar por algun tiempo, que, segun él, podria llegar á cuatro ó cinco meses. En consecuencia —añadió—debemos expo-

ne todo lo que se nos ocurra pueda convenirnos para facilitar la expedicion, asegurar nuestra permanencia donde quiera que nos hallemos, determinar el modo de vencer las contrariedades que se nos presenten, y tener, en cuanto sea posible, seguridad de nuestra alimentacion y la de toda la caravana. Puede, así, decir cada uno lo que se le ocurra en el particular, y desearia que Mr. Sander el primero, como más experimentado en viajes y largas cacerías nos manifestara su opinion.

—Cierto es que he viajado algo y pasado muchos dias en el campo con motivo de la caza de panteras, tigres y elefantes en Malaya y Ceylan. Pero esos países sólo se parecen al que vamos á recorrer en el calor que se experimenta en determinados dias y en la soledad de ciertos parajes alejados de toda poblacion. Por lo demás, el malayo como el indio, razas más privilegiadas que la negra y más puestas en contacto con nuestra civilizacion, no ofrecen en general tan serios temores como estos otros pueblos tan selváticos y primitivos, donde la bondad es sinónimo de debilidad, y la dureza del corazon la sola cualidad apreciable, como signo de grandeza y valor. Allí hay amor de familia, admiracion por lo que distingue al hombre del bruto, y esperanza de un porvenir; aquí sólo persiste el instinto animal, el temor al fuerte, y la carencia absoluta de todo sentimiento religioso. Viven en comunidad por la necesidad de agruparse unos con otros; pero tal es su holganza y el escaso uso de su razon, que muchas tribus permanecen sobre terrenos como ningunos feraces, y sin embargo se alimentan de animales muertos y tortas de huesos pulverizados. Otras se hacen la guerra únicamente para cazarse entre sí quedando en paz mientras no carecen de carne humana. Algunas tribus hay también (por fortuna muy pocas) en que matan sus propios hijos para devorarlos; pero

cambio son muchas más las que se alimentan de la caza y del producto de sus ganados.

Lo mismo que en la raza humana sucede con la animal; siendo las fieras las mayores y las más temibles de las conocidas, especialmente los leones y elefantes, mucho mayores estos que los de la India, de más empuje y ferocidad, y más difíciles de matar cuando se les tira á la cabeza con bala, á no ser esta de hierro y doble que las ordinarias, á causa de lo espeso y duro de su cráneo.

El clima, además, es sobradamente seco, y las distancias entre los oasis tan considerables que difícilmente puede pasarlos un camello sin llevar provision de agua para beber una ó dos veces por lo ménos en cada larga travesía de 150 á 200 millas.

De aquí resulta, que en nuestra expedición debemos ir prevenidos á todo; siendo absolutamente indispensable: primero llevar, como llevamos, sobra de armas y municiones para los diferentes combates á que nos podemos ver comprometidos; y segundo procurar á toda costa no carecer de agua en ningun paraje donde nos hallemos.

—Me parece muy bien todo eso—dijo D. Alberto— cómo son exactas las noticias sobre la indole y costumbres de esta raza.

—Pues calculemos la máxima travesía probable que podemos hacer por el desierto para determinar el número indispensable de camellos portadores de agua, armas y municiones.

—Averigüemos lo relativo al primer punto. Según las noticias que tenemos adquiridas, podemos creer que la mayor sabana de desierto que pasaremos sin encontrar algun terreno vegetal que nos dé agua, es de 200 á 400 millas, ó 330 á 600 kilómetros; distancia que pueden

pasar los camellos en ocho ó diez dias sin fatiga sensible, con tal de darlos de beber una vez á la mitad de las jornadas, ó sea al cuarto ó quinto dia, no obstante poder trasportar 300 kilógramos de carga.

—Así, pues, no llevando más que camellos...

—Perdonad—D. Alberto—expuso Aglae. Creo seria conveniente nos acompañaran unos cuantos de los pacientes borriquillos del país, destinados solamente al transporte de ciertos efectos delicados que pudieran romperse ó estropearse con el pesado movimiento del camello. Además, el burro es sóbrio, sufrido y de paso seguro, tal vez más que el camello. Pido, pues, que se agreguen á la caravana una docena de burros; y que, partiendo de este número y de nuestros caballos se calcule el agua que se ha de necesitar.

—Fácil seria—dijo Sander—y hasta conveniente adoptar para el transporte cierto número de estos pequeños animales, que son, efectivamente, muy seguros en terreno accidentado ó llano sin piedras ni humedad que le haga resbaladizo. Pero á más que la mayor parte de las veces necesita cada uno dos ó tres hombres para hacerles subir un repecho, tirándolos de las orejas y empujándolos, y para bajarle conteniéndoles del rabo, tienen el inconveniente, muy grave para nosotros, de necesitar beber todos los dias y llevar comida para ellos durante largas travesías, donde sólo los camellos pueden pastar yerba seca, cardas, ramas ó troncos de cualquier clase de plantas, en fin, cuanto existe de naturaleza vegetal entre la arena, pasándose sin comer en caso de necesidad uno ó dos dias, sin que por esto disminuya su vigor ni se altere su salud. Además la materia esponjosa de sus patas da al camello una gran seguridad en la marcha por terreno jabonoso; y, sea cualquiera la naturaleza del piso, cargará siempre seis veces más

que un burro, marchando á mayor velocidad...sin que el sol le fatigue, ni le importe nada no hallar una ligera sombra que tanto apetecen otros animales para su descanso; ántes bien el camello parece buscar el sol, no rindiéndose jamás por exceso de calor. El único cuidado que debe tenerse con estos animales es el de evitar coman la yerba que los árabes llaman *veneno de camello*, que es una liana de espeso follaje y hermoso color verde, muy conocida por lo que abunda en ciertas praderas, que fácilmente llama la atención del camello, sin que una sola vez trate de evitarla, como otros animales procuran con su buen instinto, de que el primero carece.

El camello, pues, no obstante lo falso, estúpido, testarudo y hasta peligroso que aparece algunas veces, es el animal especial para el desierto, el que ménos gente necesita para su cuidado, carga y descarga, el que ménos gasta y hace más fatiga útil en ménos tiempo, y el solo que nos puede llevar con seguridad á cualquiera parte donde queramos ir. Esto en cuanto á los camellos ordinarios de carga del Sudan; pues los que llaman *hygin*, ó de silla, que son los dromedarios, tres ó seis veces más costosos (50 á 100 duros) son mucho mejores, por su buen paso, su mayor sobriedad y aguante, y por andar 40 á 50 millas al día sin beber más que cada cinco: lo que hace poder atravesar 400 ó 500 millas en diez días, ó unos 700 kilómetros con sólo llevar ración para el intermedio; y andarian 900 á 1.000 kilómetros si no llevaran carga, ó si ésta no fuera más que el jinete, su maleta y un cántaro de agua.

—Estoy por esta última especie de camellos—dijo D. Alberto—y contando con ella hagamos el cálculo.

—Pues bien: siendo esta la clase de camellos que hemos de llevar, sabemos que podemos contar para 400

millas de travesía sin más agua por cada uno que para una sola vez en diez dias. Ahora bien; los turcos ó soldados pedidos son veinte, nosotros seis y los criados cuatro, mas diez conductores para las cargas, entre los que debemos procurararnos algunos hombres de oficio-tales como carpintero, herrero y talabartero, somos cuarenta personas, que á 2 cuartillos ó un litro diario hacen 400 litros en los diez dias. Los seis caballos deben beber dos veces al dia, ó veinte en los diez de travesía, á 3 litros cada vez, hacen 300 litros.

—Pido cuatro caballos más ó cuatro burros, dijo Aglae, para los cuatro criados.

—No hay necesidad. Cuando se cansen podrán montar en los camellos, que procuraremos no lleven toda la carga posible.

—En ese caso servirían para los conductores ó los soldados enfermos ó cansados. Nuestros criados debemos tenerlos siempre con la ménos fatiga posible para su mejor servicio; y si juzgais que los burros son insuficientes á pesar de no llevar mas carga que el jinete, entónces es preciso vayan á caballo.

—Pongamos, pues, los cuatro burros ya que en ello se empeña Miss Aglae,—respondió Sander;—y sigamos. Estos animalitos beberán en igual tiempo 200 litros de agua, siendo entre todo 900. Aumentando aún 200 para el uso de las marmitas y otras cosas imprevistas, son 1.100 litros, ó poco más de un metro cúbico de agua, que se podrá trasportar en tres camellos á 367 litros cada uno: siendo mejor aún subir hasta 400 litros por camello en cuatro vasijas de hierro de 100 litros de capacidad.

—Apuntado, dijo miss Aglae, doce vasijas de hierro de 100 litros y tres camellos hygin, seis caballos y cuatro burros.

—Opino,—añadió Macker,—que será muy conveniente llevar harina para hacer pan y galleta tierna siempre que se necesite; y en este concepto, calculando una libreta por cada persona de nosotros diez en los cinco meses supuestos por D. Alberto, ó sean ciento cincuenta dias, se necesitarían 1.500 libras de harina ó unas 10 fanegas ó 556 litros que pesarán 587 kilogramos y podrán llevar sobradamente otros dos camellos.

—Anotado—587 kilogramos de harina y dos camellos mas.

—Además de esto, galleta para cuarenta personas en los ciento cincuenta dias, 1.500 libras, que hacen 690 ó mejor 700 kilogramos, que requieren otros dos camellos.

—Escrito—700 kilogramos de galleta y dos camellos más.

—Item—continuaba Macker:—500 kilogramos de arroz, 200 de azúcar y sal, 100 de latas-conservas, café y té, y 600 de carne preparada: total 1.400 kilogramos y cuatro camellos.

—Anotado todo.

—Un camello más para el equipo, repuso D. Alberto, y otros dos para la vajilla de hierro, batería de cocina, las tres tiendas, armas y municiones, lienzos, quincalla y bisutería para regalo á las tribus de nuestro tránsito.

—Total, leyó la secretaria; 14 camellos.

—Pongamos otro camello más para conducir la cebada que ha de mantener en ciertos dias los caballos y burros, cuando éstos no puedan pastar.

—Anotado—15 camellos.

—Creo bastante sobrado el número,—indicó Aurelia,—pues á los pocos dias de marcha se han de ir utilizando algunos de estos animales por el consumo que se haga, siendo, á más, innecesario cargar de agua donde ésta abunde ó se obtenga con facilidad.

—Sin embargo, —explicó Sander, —puede muy bien suceder que en sitios donde s6bre el agua echemos de menos la trasportada por los camellos.

—No lo entiendo, amigo mío.

—Algunas tribus feroces suelen envenenar los manantiales y corrientes en ciertos pasos precisos para cortar la persecucion de sus enemigos; y por eso digo que no debemos asegurar en absoluto, que donde haya agua podremos beber si no la llevamos con nosotros.

—Teneis razon; pero de todos modos á los pocos dias de jornada nos sobrarán camellos.

—Ent6nces aprovecharemos esa ventaja en beneficio de los dem6s, que quedarán aliviados de carga y permitirán precipitar la marcha: no siendo m6nos importante el poder utilizarlos en llevar algun conductor 6 soldado enfermo.

—En cuanto á las armas, —dijo D. Alberto, —veamos las que tenemos. Mr. Sander fué el comisionado para su compra, y seguramente que nada dejarán que desear para el fin que nos proponemos.

—Tenemos de armas, —respondió Mr. Sander, —en primer lugar dos carabinas de Holland con un trípode 6 pequeña cureña para ayudar á sostenerla y á resistir el culatazo 6 retroceso, que es tan considerable que no puede m6nos de tumbar á un hombre, por fuerte que sea el cazador. Pesa 20 libras, se carga con 10 dracmas de pólvora, y su bala es un proyectil cilíndrico-ojivo de media libra, el único capaz de matar un elefante africano tirándole á la cabeza. Despues de estas 2 carabinas tenemos 20 más de las más perfectas de Rely, desde el núm. 24 al núm. 10, con peso de 7 á 15 libras. Además, he adquirido 12 escopetas-revolvers Lafauchete con 12 tiros cada una que, sin embargo, no pesan más de 9 libras, y 18 revolvers de cintura con

16 tiros cada uno y diferentes tamaños para manejarlos con facilidad hombres y mujeres. De este modo, cada uno de nosotros diez puede, en caso de necesidad, disponer de 44 tiros contra los enemigos que se nos presenten, antes de volverlos á cargar, reservando las carabinas para la caza.

Fuera de las armas de fuego vienen una hacha por cada uno y un cuchillo de monte, las municiones necesarias y de todos tamaños, aunque estuviésemos un año en Africa, y todos los arreos de caza. Con esto, el valiente Lind, y los no menos esforzados y corpulentos Aquiles y Dragon, podemos desafiar á todas las fieras y todos los enemigos que se nos presenten. Por supuesto que he renovado mi botiquin homeopático, y que no careceremos de cuanto se necesite en el desgraciado caso de caer heridos ó enfermos.

— Todo está previsto, — expuso D. Alberto; — y solo toca agregar lo que particularmente quiera cada uno ó lo que conceptúe útil á los demás.

— Me parece, dijo Macker, que no obstante el número de mantas que acompañan al equipaje, seria conveniente un colchon para el caso de un enfermo, ó para que sirva á nuestras compañeras en su tienda. Siendo de poca lana, de modo que no levante más que dos ó tres dedos, no presentará más bulto ni peso que dos mantas acolchadas, y puede ir sobre cualquiera carga.

— Creo mejor, dijo Armanda, la adquisicion de unas cuantas mantas acolchadas, que dan bastante blandura y comodidad al cuerpo, y sirven de colchon y abrigo para un enfermo.

— Se acordó mandar hacer seis de estas mantas.

Resolvieron tambien dejar en el Cairo hasta su vuelta todo el equipaje inútil á la expedicion, no llevando más que ropa de lienzo, sombreros impermeables de jipijapa

con velos á la espalda, guantes, fuerte calzado y botas de cuero blanco, lo mismo hombres que mujeres; y éstas, además, un traje de falda corta y ligera sobre pantalón ancho, chaleco y dorman suelto. Traje parecido al griego, que á los dos días tuvieron hecho, y que las iba á las mil maravillas, realzando la belleza de las tres amigas.

A las seis de la tarde acompañaron en su mesa á M. de Lesseps; en cuyo oportuno momento se habló mucho de la expedición y del país, de los recursos con que podrían contar en todos los Estados pertenecientes al Egipto (á cuyo fin aquella misma tarde partían dos propios con órdenes del Virey, uno á Kartun y otro á Kordofan) y de las naturales dificultades que probablemente encontrarían, indicando el señor de Lesseps el modo de superarlas, ya que otra cosa no le quedaba por hacer, vistó el formal empeño de marchar todos en busca del misionero. Les dió también que varias tribus al Sur de Kordofan le debían grandes favores, á causa de los cuales sus jefes le ofrecieron amistad eterna y ponerse á disposición de la persona ó personas que á ellos llegasen pronunciando el nombre de Lesseps.

—Los jefes de tribus que esto prometieron,—continuaba,—creo que han muerto, si bien no estoy cierto de ello, siendo sus nombres Baro y Lorinka, del que tenían las tribus; pero es seguro que sus sucesores y los negros todos habrán aprendido bien mi nombre, y que todos ellos á porfía, de padres á hijos, no olvidarán el compromiso contraído, que es como se puede entender su expresión de *amistad eterna*.

—D. Alberto hizo apuntación de todo esto, y de la situación próxima de las tribus, firmando *Lesseps*, para no olvidar que esta era la palabra salvadora, pasando copia á la secretaria Miss Aglae.

M. de Lesseps añadió, por último, que aquella tarde misma hablaría al Virey pidiéndole el auxilio convenido, y quedó en llevar al día siguiente al hotel la contestación que hubiera. — En cuanto á poderos entender bien con los árabes, observó, no creo haya ninguna dificultad; pues recuerdo que os es familiar esta lengua.

— Si — contestó D. Alberto. — Mis hijas, Miss Aglae y yo la hablamos corrientemente, y MM. Sander y Mac-ker se hacen entender bastante bien.

Con esto se despidieron de su amigo y volvieron al hotel; y en aquella noche disfrutaron de verdadero descanso, si bien D. Alberto se levantó algo agitado por el sueño que tuvo creyendo ver á su hijo prisionero entre salvajes que le martirizaban y hacía cuyo grupo corría sin cesar sin poderle alcanzar jamás, á pesar de llevar su caballo á escape y ver el grupo constantemente en completa inmovilidad. La luz del siguiente día le despertó en medio de esta agonía cruel, y fué necesario que sus hijas y amigos le hablasen para convencerse de haber estado soñando y que desapareciese al fin aquella imagen de víctima y verdugos, siempre quietos en un mismo sitio y siempre separados de él á igual distancia, que nunca aminoraba, pero que le dejaba oír los ayes de su hijo arrancados por el dolor del bárbaro martirio que sufría.

A las doce de la mañana entró M. de Lesseps, y los hizo saber que el Virey accedía gustoso á su solicitud, dando orden de escoger entre los turcos más acreditados veinte hombres armados, de la mayor confianza con su jefe, entre los cuales debía haber un intérprete de algunos dialectos del Nilo blanco y del país central, cosa sumamente fácil, por ser de aquellas tierras algunos de estos soldados.

Conforme con todo esto presentó á D. Alberto al jefe

Koshid, que se puso á las órdenes de su nuevo señor. Este le recibió con la mayor urbanidad, le enteró de su proyecto y medios para llevarle á cabo, y terminó por decirle era preciso ver si en todo el siguiente dia se podian obtener los quince camellos hygin y cuatro burros, con los bastes, correaje, bridas y demás necesario al viaje, como tambien las doce vasijas de hierro ó cobre estañado con los aparejos necesarios para el mejor transporte.— Le encargó tambien hiciera por conseguir ocho ó diez conductores de los camellos, á cuyo cuidado quedaran las cargas y manutencion de todo el ganado, debiendo ser tres de ellos por lo menos hombres de oficio carpintero, herrero y talabartero. Por último, le preguntó si podria mandarle un vendedor de caballos para comprar seis de buena raza y de las mejores condiciones.

El jefe Koshid, hombre de gallarda presencia y noble fisonomía, aseguró que todo se podria tener en lo que quedaba de dia, pues daba la casualidad de que un pariente suyo era tratante de ganado, teniendo caballos escogidos, fuertes, corredores y seguros, y camellos de la especie que se pedia; habiendo con ellos varios negros de la parte central, que muy gustosos se prestarian á ir en la expedicion mediante corta retribucion.

Quedó, pues, autorizada la compra de todo esto, mas un caballo para Koshid, y el ajuste de los conductores negros; de modo que nada faltaba por este concepto al terminar el dia.

Se compraron tambien la harina, galleta, latas, sal, café, té, azúcar, etc, mantas y trajes. Con lo cual, y habiendo acordado que á la vuelta visitarían las antigüedades egipcias, resolvieron marchar al siguiente dia en el vapor *Said*, que M. de Lesseps puso á su disposicion hasta la primera catarata.

El día 6 de Diciembre, este señor les hizo la última visita y les acompañó al vapor, que media hora hacia les aguardaba con las calderas cargadas á la mayor tension; y todos embarcados, dieron el adios de despedida al amigo de corazon que con tanta eficacia les habia servido, á quien tanto amaba D. Alberto, como todo el mundo le amaré; y cerrando la válvula de seguridad, se puso en marcha el vapor.

V.

Del Cairo á Kartun.

D. Alberto respiró entónces, pues hasta aquel momento no creía haber empezado su viaje. Todos iban perfectamente animados, y el tiempo era delicioso, con sólo 24° centígrados de calor y la atmósfera clara y trasparente, que les dejaba ver á larga distancia las palmeras, chozas, pueblos y lejanos monumentos, unos en pié y otros en ruinas.

Los soldados y los conductores ocupaban la proa, junto á la cual iban los camellos, burros y caballos; al centro la carga, y los seis pasajeros con los criados y Koshid en la popa. El capitán llamado Ali-bey, alto, corpulento y serio, se esmeraba en aparecer obsequioso y amable con todos, y en especial con las señoras, haciendo por su parte cuanto podia para que el viaje fuera lo más agradable posible. Los perros Dragon y Aquiles se hicieron amigos de su nuevo camarada Lind, y éste no se separaba de Aurelia, agradecido á las caricias que constantemente le prodigaba.

Sin novedad ninguna llegaron al amanecer del tercer día á la antigua Tébas; y como hubiera significado Aglae el deseo de ver de cerca y oír á la salida del sol el sonido que se producía en la estatua de Amenophis, que los griegos llamaron Memnon, se determinó hacer una parada de un par de horas con ese fin. Desembarcaron con los pasajeros unos cuantos árabes, y marcharon á la orilla izquierda del río, donde existen en postura reposada ó sentadas las dos estatuas de Amenophis III;

las cuales parece decoraban la fachada exterior del palacio de aquel rey, siendo la del Norte la que producía sonidos armoniosos.

—Helas aquí, dijo Miss Aglae; por fin puedo contemplar estos colosos y verlos por mis propios ojos, y oír por mis propios oídos la música ó saludo matutino del divino Memnon al herirle los primeros rayos del sol. Todavía faltan algunos minutos, y podemos ponernos alrededor para observar de qué lado se percibe el sonido.

Así lo hicieron todos, sin embargo que D. Alberto aseguraba sería inútil, pues no se produce sonido alguno desde que los romanos repusieron la parte que faltaba á la estatua *parlante* caída tiempo hacia por un terremoto.—Salió el sol, y efectivamente nada se oyó, permaneciendo mudo Memnon. Quiso darse razón Miss Aglae de este silencio y no pudo encontrarla, no satisfaciéndola tampoco la explicación de Rosières.

D. Alberto midió el módulo y dedujo que la altura de estos colosos, tal como estaban sentados (formados de un solo bloé de brecha-arenisca), era de 20 metros, correspondiendo 5 metros á la silla ó trono de cada uno, que es la misma elevación que tienen las figuras de mujeres que en ellos aparecen esculpidas, representando una Tmau-Hem, madre de Amenophis, y la otra Taia su mujer.

Pasaron algún tiempo por las ruinas de aquel lado de Tebas, tomando notas Mr. Sander y sacando Aglae y Aurelia el dibujo de estas estatuas y otras importantes maravillas. Despues se trasladaron á la orilla de Lug-sor y Karnac, donde admiraron aún los restos del gran templo de Koms y los palacios majestuosos de Ramsés el grande y otros faraones.

Era difícil arrancar de allí á los entusiastas Sander y Aglae; pero al fin D. Alberto consiguió llevarlos al va-

por, que en seguida emprendió de nuevo su marcha sin dejarla ya un solo instante hasta que llegó á Es-Suan, cerca de la primera catarata. Allí aguardaron el amanecer de aquel día, y desembarcaron sin novedad por la orilla derecha, á fin de proseguir su viaje por tierra hasta El-Mekheir, más arriba de la quinta y penúltima catarata.

Cerca de dos horas tardaron en sacar todos los efectos de la expedicion y cargarlos sobre los camellos, dirigiendo estas operaciones el talabartero, que ya habia hecho algunos viajes al Sudan. Verificaron con el capitán Aly-bey el desayuno de despedida, y cargadas las vasijas de agua y todo ya prevenido y listo, se despidieron de aquel, después de hacerle D. Alberto un rico presente para él y la tripulacion del vapor; y montando en seguida á caballo, emprendió la caravana su marcha, siguiendo la cuerda de la gran curva que desde allí forma el rio hasta más acá de El-Mekheir. Las tres jóvenes llevaban cada una sus dos revolvers pendientes del cinturon de caza, y á su espalda una banda de charol blanco con municiones, un vaso de cuero y un cubierto encerrado en una bolsa. La carabina-revolver pendia del arzon de la silla por un lado, y en el otro llevaban una calabaza con agua. De la propia manera marchaban los caballeros; pero éstos, á más, llevaban á su espalda su carabina, y en el cinturon el hacha y cuchillo de monte.

Nada de notable les pasó en los ocho trayectos que hicieron hasta el punto de arribada, siguiendo la dicha cuerda del arco ó casi el meridiano desde Es-Suan, en todas las jornadas, que no bajaban de 30 á 36 millas.

Como el tiempo era fresco relativamente al que suele hacer ordinariamente en la Nubia, no pasando el termómetro centígrado de 25 á 28°, caminaban desde án-

tes del amanecer al medio día, y desde las tres de la tarde á las ocho ó nueve de la noche.

Al llegar á El-Mekheir se les terminó la ración de agua, pues, faltos de práctica, hicieron demasiado uso de ella. Afortunadamente los camellos no bebieron mas que dos veces, y la velocidad de la marcha aumentó bastante en las tres últimas jornadas. Los caballos dieron prueba de su buena sangre y grandes cualidades para la vida del desierto, y hasta los burros se portaron bien.

En El-Mekheir descansaron un día, durante el cual ajustó Koshid tres grandes lanchas para el transporte de toda la caravana hasta la sexta y última catarata.

En este pueblo empezaron las investigaciones respecto de Ernesto, y únicamente pudieron saber, con referencia á otros viajeros, que hacia año y medio estaba la mision por Darfur y despues á orillas de Bhar-el-Ghazal (rio de las Gacelas), si bien otros dijeron que, despues de haber estado en varios pueblos del Nilo blanco en compañía de la mision austriaca, se separaron de nuevo y habian vuelto los españoles á Kordofan.

Esto era ya alguna cosa; pues en puntos de tan escasa importancia como El-Mekheir, no debian esperar diese nadie noticias de esta mision, y sin embargo hablaban de ella como de cosa conocida: lo que les hacia esperar que muy pronto encontrarían á Ernesto. Animados de esta esperanza pasaron alegremente el tiempo que les faltaba para emprender de nuevo su viaje; y al siguiente día, 20 de Diciembre se embarcaron y navegaron á vela y remo hácia Kartun, capital del distrito de este nombre en el Sudan ó alta Nubia.

A causa de los recodos, gran vuelta que da el rio, y las calmas que experimentaron, tardaron siete dias en

andar las 120 millas que hay hasta Deweira, poco más abajo de los torrentes y á una larga jornada de Kartun. Al llegar á Sakady vieron levantarse numerosas dactilíferas cargadas de fruto, y habiendo manifestado Aurelia deseo de comprar algunos dátiles, se hizo alto para tomar varios racimos. Una de las palmeras se hallaba en un islote del río, junto al cual ancló el lanchon de los seis pasajeros con sus criados; y queriendo Niceto satisfacer ántes que ninguno el deseo de su señorita Aurelia subió á la palma, que se hallaba algo inclinada hácia el río, y cortó todos los racimos que había; pero al querer bajar le faltó un pié y quedó colgado de los brazos sin poder dominarse ni coger el tronco aunque se propuso oscilar cuanto pudo. Algunos le aconsejaban se arrojase al agua para ganar á nado el lanchon, y ya lo iba á hacer cuando gritaron á la vez Aurelia y Armada, aconsejándole se estuviese quieto, esforzándose en permanecer así un instante más, al mismo tiempo que señalaban á cierto paraje del río. Niceto vió entónces que debajo de él había un enorme cocodrilo y se mantuvo firme. Gloom subió á cierta altura, cogió los piés de Niceto, que pudo poner sobre el tronco, y éste entónces bajó con facilidad.

Al llegar al lanchon sonó una descarga general que fué contestada con un coletazo tremendo, que hizo saltar el agua á grande altura, y hubiese partido la embarcacion si acierta á darla. El mónstruo se retiró algunos metros, y allí aguardaba atravesado en el río mirando sin cesar el lanchon. M. Macker propuso continuar la marcha, y ya se subia el ancla cuando sonó otro tiro, y se vió al anfibio sumergirse en el agua, y á pocos instantes reaparecer flotando sin vida é impulsado por la corriente. Mr. Sander le había apuntado á un ojo y la bala penetró en el cráneo causándole la muerte en seguida.

Media hora despues de emprendida la marcha apareció un hipopótamo, y el vakil de la segunda lancha dió permiso á su gente para cazarle. Se echaron al agua, y á tiros y lanzadas dieron fin con él, subiéndole á bordo, donde le descuartizaron para su manutencion. En esta faena estaban cuando Miss Aglae percibió cierto número de pirámides en la orilla derecha, haciéndolas observar á sus compañeros.

—Son restos del antiguo reino de Meroe, —dijo D. Alberto—parte de cuyas ruinas empezamos á ver inmediatas á las pirámides. Si quereis observarlas de cerca haremos un corto alto al llegar á Assur.

—Por mi parte era eso lo que más podia desear—respondió Aglae—y todos convinieron en lo mismo.

Un cuarto de hora despues desembarcaron en Assur y se dirigieron á visitar las venerandas ruinas de Meroe, ciudad que se presume fuera mucho más antigua que Tebas. Allí vieron grandes trozos de columnas y pedazos de estátuas colosales, trozos de inmensos templos y palacios como en el Egipto, y muchas pirámides de medianas y pequeñas dimensiones.

—¿Qué os parece de esto, M. Macker?—preguntó Aglae llena de entusiasmo.

—Me parece bien y mal. Bien, por lo que supone la altura á que debió llegar el pueblo que reinó aquí hace miles de años; y mal, por lo perezederas que son todas las glorias humanas. Por lo demás no soy tan entusiasta como vos por el recuerdo de este pueblo, que, segun lo que voy viendo, ni áun debió tener mujeres de buen parecer.

—Sí, sí; veo que careceis del fuego sagrado del entusiasmo, si bien os sobra el de Cupido, y que no sereis capaz de comprender el lenguaje mudo de estos restos grandiosos.

—No, seguramente que no entiendo más lenguaje que el hablado, y áun eso cuando está expresado con claridad y en los idiomas que conozco.

—Pues bien, mirad aquí y escuchad;—le dijo Aglae, haciéndole reparar unos restos de ídolos caídos de una especie de altar de granito, rodeado de pedazos de columnas de arenisca oscura.—Estais pisando el templo de Amon ó Knef, el dios creador, inferior al dios eterno sin nombre, al que todos los demás dioses estaban sometidos, y cuyo emblema es un disco solar y cuernos de carnero...

—Paréntesis, amiga mía; ¿qué significan esos emblemas? ¿Era acaso ese dios tan afortunado como muchos del Olimpo?

—No hay comparación entre la teogonia gentilica y la egipcia; y los emblemas que decís, significan la vida y la fuerza ó el origen de la humanidad inteligente; que es la vida verdadera, la civilización y la sabiduría (sin la cual el hombre no saldría de la condición animal) y la voluntad, con que todo lo consigue. Encarnado este principio divino en los antiguos etíopes, pudieron originar la civilización egipcia, que trasplantaron después á Tebas y demás pueblos del valle del Nilo. No era, pues, extraño que el dios Knef ó Amon fuera en todo tiempo consultado por los guerreros y los sábios, y que á consecuencia de las respuestas del oráculo, pudieran los etíopes hacerse dueños del país. Ved aquí la piedra algo gastada en que probablemente yacían de rodillas mientras escuchaban al oráculo, y ved ahí caída la cabeza del dios, algo desfigurada, con el nacimiento de los cuernos y el sol entre ellos.

—Todo lo veo; pero sólo vos me decís lo que significa.

—Ved más allá.

—¿Dónde?

—Aquí, venid —decía Aglae, llevándole de la mano y señalándole una piedra rota en que se veían dos figuras esculpidas unidas ó abrazadas.

—Veo aquí dos figuras pasablemente guapas, que parece se quieren mucho.

—Lo habeis adivinado; y ya veis cómo sin decir una palabra se traduce exactamente el significado...

—Es que esto salta á la vista. ¿Son, pues, dos enamorados?

—Sí, el dios Osiris y su esposa Isis, ó como otros quieren, Pan y Athur, dioses auxiliares del generador Fia.

—Como si dijéramos, Adan y Eva.

—Algo parecido.

—Me gusta más la Eva; y creo que los señores etiopes tenían mi modo de pensar, pues han esculpido con más gusto y mejor dibujo las formas de la divinidad femenina que las de su marido.

—No puedo decir quiénes fueron los hábiles artistas que modelaron estas figuras y la multitud de objetos que nos rodean, y fuera vano querer penetrar este misterio.

—¿Y del gobierno de este país se sabe algo?

—Fué en un principio teocrático, como en los diversos estados del Egipto, reinando despues multitud de príncipes de varias dinastías; pero sobre el monarca se elevaba siempre el sacerdote con derecho de vida ó muerte á nombre de la divinidad, hasta que el rey Ergamene hizo matar dentro del templo á todos los ministros de los dioses. La independencía de este país subsistió por muchos años, quedando conquistado y sometido al resto de Egipto desde el advenimiento al trono del gran Sesostris ó Ramsés III.

Tres horas se entretuvieron en esta visita, que pare-

cieron tres minutos á Sander y Aglae, al cabo de las cuales volvieron á los barcos para seguir su viaje. Al llegar á Deweira desembarcaron todos de nuevo, volvieron á cargar los camellos, y siguiendo la orilla izquierda del rio, llegaron en dos jornadas el 30 de Diciembre á la capital Kartun.

Mala idea podia darles esta ciudad de la cultura, progreso y riqueza del país; y á ser preocupados, como sus naturales, habrian considerado las condiciones de su primer punto de descanso como prueba de mal agüero. Tal es la miseria de las gentes, suciedad de la poblacion y hasta la desconsoladora apariencia de ésta por sus casas de tierra y adobes, negras, feas, pequeñas y tristes, como en general es el aspecto de casi todos los habitantes, flacos, rotos, mugrientos y enfermos: consecuencia de la miseria sin límites á que conduce el improductivo desierto que les rodea, no contribuyendo ménos á este afflictivo estado las continuas y pesadas trabas, impuestos inagotables, saqueo de todos los empleados, desde el gobernador, que es el primer pirata, hasta el último soldado, que sólo viven del merodeo. Falto así este pueblo de industria y agricultura, el solo movimiento comercial aparente consiste en los escasos artículos de Sené, cueros, marfil y goma arábiga de Kordofan, que se trasportan á lomo de camello en ciertas épocas del año; costando á veces este transporte tanto como el valor de la mercancía.

La poblacion es de 30.000 almas, á más de una guarnición de 10.000 hombres, mal ó nunca pagada, siendo por esto el azote del país, sobre el que ejerce una presión continua y escandaloso pil'aje.

La situac'on que tiene entre dos desiertos, y su gran distancia á la mar y puntos de consumo quita á Kartun toda su importancia comercial y política; no quedán-

dole otra cosa favorable que el ser el punto de union de los rios el Nilo azul, que con sus afluentes viene de la Abisinia, por el que se conduce algun ganado, y el Nilo blanco ó verdadero Nilo, por el que llegan del Ecuador multitud de esclavos de todas las tribus de tan extensa línea, y no poco marfil, único negocio útil con que los egipcios de esta época sostienen poblacion tan mal sana y corrompida por su abundante inmundicia é inmoralidad sin ejemplo.

No podria ménos, en consecuencia, de impresionar desagradablemente la vista de esta ciudad á las principales personas de la caravana: y á no detenerlos el objeto de su visita, que tan sagrado era para ellos, hubieran preferido pasar adelante y acampar en pleno desierto.

D. Alberto se presentó al gobernador Mustaf, y éste que ya habia recibido el correo del Virey, se apresuró á satisfacer su deseo, reuniendo todos los empleados en relacion con los gobiernos parciales del Sudan para que dijeran cuanto supieran de la mision que hacia dos años y medio habia pasado por Kartun. La mayor parte de estos empleados nada pudo decir, y sólo hubo dos, (uno que fué Kady de Gondokoro y otro natural de Kordofan) que expusieron: el primero, que hacia como año y medio se habian reunido los misioneros españoles con los austriacos en su establecimiento cerca de Gondokoro, desesperanzados de poder sacar fruto alguno de las tribus negras, que ni tienen preocupaciones, ni esperanza, ni idea de otra vida mejor que la que al presente llevan, por lo cual se interbaron en la Abisinia dejando abandonada su casa; y el segundo agregó que, despues de permanecer un mes en Obeid una seccion de la mision española, compuesta de un ulema alto, ojos saltones y barba entrecana, otro de barba negra, más

bajo, y un jóven rubio que parecia una mujer, marcharon hácia Darfur con ánimo de subir al Sur y explorar las regiones desconocidas del Africa central, donde se prometian hallar bastantes tribus de mejor índole que las del Nilo á quienes enseñar la ciencia del bien.

Esto fué todo lo que pudo indagar el señor de Bazan respecto de su hijo: lo mismo que le repitió el cónsul austriaco y un francés que allí reside con 20 europeos más: el cual añadió que la dependencia ó comision de los tres padres á que se referia la noticia anterior era exacta por haberse subdividido la mision española en tres secciones, una de las cuales tenia que trabajar en la Abisinia, otra por el Nilo y otra por el centro del Africa, á donde sin duda fué Ernesto con los padres Fernando y Miguel, con quienes convienen las señas dadas por el oficial del gobierno.

VI.

De Kartun á Obeid.—El Solitario.

No teniendo ya nada que hacer en Kartun, dispusieron la marcha para el día siguiente; y una hora ántes de amanecer emprendieron el viaje del desierto en direccion á Obeid, capital de Kordofan. En esta jornada marchaban del modo siguiente. Primero iba el guía con dos camellos, despues una seccion de turcos, luego los cinco pasajeros seguidos de sus criados que flanqueaban los 13 camellos restantes; y cerrando la marcha iba la escolta con el jefe Koshid.

Tomaron un camino distinto del que suelen seguir las caravanas, con el fin de ir más directos á la capital del nuevo Estado, viéndose por el primero á la derecha y á unas 3 millas de distancia un grupo formado por multitud de personas á pié que parecian dirigirse al mismo paraje: grupo que á veces desaparecia en varias ondulaciones que hacia el terreno, y que por fin se quedó atrás, perdiéndoseles de vista.

En todo el día sólo pudieron adelantar 30 millas á causa de la lentitud con que tuvieron que pasar las 18 primeras, de suelo jabonoso y resbaladizo. A las ocho de la noche acamparon en alta planicie formada por rocas basálticas, parte de una pequeña cadena de montañas que atraviesa de Norte á Sur en alguna extension; toda ella de irregular estratificacion, ya tendidas, inclinadas ú horizontales las capas, y cortada á pico en sus bordes, con varias cavidades y pequeñas mesetas parciales en que se veia alguna yerba pobre y seca.

Una hora despues de la cena todos entraban en silencio en el *kraal* (campamento ó vivac), sin que se oyera otro rumor que el rumiarse de los camellos y su paso en busca de la yerba por allí esparcida. Todos dormían, y poco despues hasta los camellos reposaban; pero de pronto se oyó el gruñido de Lind, que precedió á su ladrido y el de los otros dos perros, despertando naturalmente á los pasajeros, de los que Sander, Macker y D. Alberto salieron prontamente de su tienda con sus carabinas, reuniéndoseles dos criados. Llamaron á los perros y los retuvieron cerca de sí para saber á donde dirigían su vista; pero nada pudieron conseguir de cierto, porque tan pronto miraban y gruñían hácia un lado como hácia otro, sin verse ni dibujarse alguna sombra ni sentirse el menor rumor.

—Es original esto, —decía D. Alberto:— nada se percibe y sin embargo los perros no dejan de manifestarse inquietos. Hé aquí á Dragon y allí á Aquiles, el más valiente de todos, con el pelo erizado.

—Será algun leon ó elefante el que se acerca al campamento, —expuso Macker;— y en ese caso seria bueno despertar á toda la caravana.

—No, no hay necesidad todavía, —indicó Sander.— Lo que barruntan los perros está á bastante distancia; y probablemente no será leon ni elefante, cuyas fieras no se alejan demasiado de los bosques. De todos modos no debemos alarmarnos hasta ver más claramente lo que ello pueda ser.

Los perros se manifestaron entónces tranquilos, y se creía por esto que el peligro habia ya pasado, volviendo, en consecuencia, los pasajeros á las tiendas; pero don Alberto llamó al centinela, que se habia dormido, y le dijo lo que pasaba, exhortándole á velar y avisar inmediatamente que se presentase nuevo motivo de alarma,

cuya orden transmitiría al centinela entrante, y éste al otro hasta acabar la noche. Mas no habia vuelto aún á la tienda cuando se lanzaron los perros otra vez afuera, dando espantosos ladridos, que al fin despertaron toda la caravana. Se hizo por la tropa un reconocimiento en las inmediaciones, y nada hallaron que motivase aquel arrebato de los perros; y se limitaron á creer que habria por allí alguna manada de hienas, tan cobardes como carnívoras, que intentarían aproximarse al campamento con ánimo de devorar algun camello.

Reunidos los pasajeros de nuevo y los soldados á sus inmediaciones, dejaron pasar un poco de tiempo, al cabo del cual doblaron los centinelas, encargándoles el mayor esmero en su importante mision. Los perros estaban completamente sosegados, y nada se oia ni percibia en el campo; por lo que volvieron á las tiendas los primeros y á sus puestos de descanso los conductores y escolta, recobrando el sueño todos á la media hora, en cuyo tiempo no se sentia más que la respiracion de algunos y el paso de los centinelas, que poco á poco se fué extinguiendo, concluyendo tambien por caer en profundo sueño.

Habia, sin embargo, una persona que velaba desde que se oyeron los primeros ladridos, y junto á la cual velaba tambien el famoso Lind. Esta persona era Aurelia, que por instinto ó razonada consecuencia, comprendia que lo que motivó la primera alarma y la segunda podia ocasionar la tercera. Reflexionaba sobre esto y creia que si las fieras se hubiesen acercado habrian dado señal alguna de su permanencia ó acometido el campamento, retirándose despues de su primer intento. Convencida así, de que no era una fiera la causa de esta alarma, y si lo fuese ningun temor ofrecia su poca resolucion mediante segura vigilancia, resolvió aguardar

ella sola; y cuando vió que Armanda y Aglae dormían por tercera vez, como parecían hacerlo los demás, hasta los centinelas, se apostó sentada con su escopeta-rewolver á la entrada de la tienda, acompañada de Lind que constantemente miraba al campo.

Al cabo de hora y media sacudió el perro las orejas y empezó á distinguir Aurelia una cabeza humana que asomaba tras de una peña y se destacaba sola proyectándose en el cielo. Contuvo á Lind que quería avalanzarse ya, y hasta le obligó á no gruñir. Al poco rato se veían otras dos cabezas y otras más y varios cuerpos que arrastrando por el suelo se dirigían con precaucion hacia un grupo de camellos. Cortó uno el ronzal del más próximo, cargaron sobre él algunos efectos y le obligaron á levantarse y andar. Todos estos detalles los observó en silencio Aurelia, viendo con pena el modo como guardaba la escolta el kraal; pero no aguardó más, apuntó bien al que llevaba el camello é hizo fuego. Algunos segundos despues empezó otro graneado fuera del campo que cesó al momento, contestado por los de la caravana que al momento se pusieron en persecucion de los bandidos, cuyo número era de consideracion á juzgar por la mancha negra que se dibujaba en la arena. Los camellos y demás animales se reunieron espontáneamente en un solo grupo, sin que por fortuna les tocase ninguna bala, como tampoco sucedió á las personas. Viendo huir á todo correr á los enemigos, volvieron la escolta y pasajeros al kraal, en el que ya no se trató de volver al reposo, ántes bien resolvieron tomar el té y ponerse en marcha luego, pues faltaba desde entónces una hora para empezar á despuntar la aurora.

Aseguró Koshid que esas gentes eran miserables bandidos de Kartun, sin duda, y que fueron en las primeras horas del día por el camino de las caravanas.

—Tendrían intención—decía—de merodear algo ó mucho de las cargas, no contando los desgraciados que mi gente no duerme, y que no es posible sorprender el campamento custodiado por Koshid.

—Seguramente—exclamó Aurelia,—si no hubiera sido por el centinela que con tanto cuidado velaba, no sé yo lo que hubiera pasado. Podemos vivir tranquilos, y yo por mi parte ya sé lo que debo hacer cuando llegue la hora de recogerse.

—Podeis descansar sin cuidado—respondió Koshid—y dormir con tranquilidad.

—No tengo temor alguno, y de hoy en adelante mucho ménos, contando como contamos con vuestra adhesión.

—Hasta morir.

Poco despues se levantó el campo, cargaron las bestias y siguieron su marcha al través del desierto pedregoso, viéndose ya con la luz del crepúsculo varios arbustos secos y algun tanto abundante la artemisa y cardos amarillos. Niceto quedó el último, y al marchar dió un vistazo á las inmediaciones del campamento y vió un hombre muerto por una bala que le atravesó la cabeza. Lo dijo así á los de la caravana, luego de reunirse á ella, y Aurelia tuvo curiosidad de saber dónde estaba ó qué situacion respecto al campamento ocupaba el cadáver.

—Al frente de vuestra tienda—respondió Niceto.

A la hora del descanso hallaron en medio de un oasis en miniatura una pequeña fuente que remplazó con ventaja el agua traída del Nilo. Levantaron allí mismo las tiendas y comieron con apetito, reposando entónces Aurelia y recobrando, en las dos horas que allí permanecieron, el sueño perdido. Vueltos á poner en marcha llegaron á las nueve á un sitio de arena movediza en una lla-

nura que formaba horizonte, donde establecieron el vivac.

Antes de recogerse decidió D. Alberto que los centinelas se relevasen cada dos horas, para evitar les rindiera el sueño y se repitieran escenas como la de la noche anterior. Aurelia acarició á Lind, como siempre, se le llevó á su tienda y le puso junto á ella de guardian de la puerta. Armada y Aglae ocupaban el fondo.

Nada de particular sucedió aquella noche, si bien Lind apenas durmió, levantando á cada momento la cabeza, pero de manera que no pudiera despertar á su ama. Se oyeron algunos aullidos sordos á las primeras horas de la mañana que despertaron á Gcom y D. Alberto; mas no habiéndose repetido siguieron dentro de su tienda hasta que la luz del dia despertó á todos. Entónces vieron algunas hienas que se dispersaban á lo lejos, las cuales, sin duda, no se atrevieron á acercarse al kraal, ó si lo hicieron no tuvieron resolucion para atacar decididamente. Notaron, sin embargo, que todos los animales estaban apelotonados y que uno de los burros habia desaparecido. Era este animal el que montaba Charles, conocido en la caravana por el *Batallador* en razon á lo aficionado que era á reñir con los demás, haciéndose temer de ellos por sus acertadas coces y sendos mordiscos. Charles le habia cobrado aficion y tuvo gran desconsuelo, aumentándose éste más al ver los horribles gestos que las hienas hacian al volverse de cuando en cuando hácia el campamento. Se puso á buscarle, cosa sumamente fácil en aquel terreno tan llano, y nada vió más que una gran roca á media milla de distancia. Supuso que allí podria estar su predilecto animal y se dirigió decidido á aquel sitio. En él estaba efectivamente; mas ¡cuál no fué su sorpresa al verle ensangrentado y batiéndose aún con dos hienas que de uno y

otro lado le acometian á traicion! Las fieras escaparon al ver á Charles, y más de prisa lo hicieron cuando oyeron la detonacion de la carabina de éste, sin poderlas alcanzar la bala. Cerca del burro habia otra con la cabeza despedazada por una coz; pero el pobre animal tenia siete heridas en las patas sobre los corvejones que, afortunadamente no le impedian moverse con libertad, pero que le habian teñido de colorado hasta los cascos. Vuelto al kraal, amo y cabalgadura, tomó ésta un camino distinto que el que llevó su amo, y en él vió Charles otros dos cadáveres de hienas á distancia uno de otro de 200 metros. Al llegar al campamento y explicar lo sucedido, convinieron en que el valiente borriquillo persiguió solo á las hienas y luchó con ellas á muerte, consiguiendo llevar la mejor parte. Sander hizo limpiar bien las heridas, y viendo no eran más que despellejaduras le lavó con agua y bálsamo y declaró que nada le impediria seguir la marcha.

Así fué desde el principio al fin de la tercera jornada, en la que pasaron á las seis de la tarde la frontera de Kordofan, donde hallaron otro pequeño oasis y alguna más vegetacion que en el anterior, con multitud de mimosas y yerba fresca que dió de comer regaladamente á camellos y caballos. El agua estaba á tan baja temperatura que para beberla tuvieron que mezclarla con parte de la que llevaban.

Determinaron vivaquear allí, y en tanto hacia Hernando la cena, salieron Sander y D. Alberto á reconocer el oasis. Su extension venia á ser de 1.000 por 1.500 metros, y en él vieron algun terreno cultivado, produciendo batatas, arroz y caña de azúcar, todo en corta cantidad. Esto les llamó la atencion, y propusieron reconocer más minuciosamente el lugar, como lo hicieron sin hallar nada que justificara allí la presencia del hom-

bre. Volvieron al campamento y contaron lo que habian visto, sin que los guias, incluso Yurufeu, cabo ó segundo jefe, que era natural de Kordofan, pudieran decir nada sobre la existencia de este oasis y ménos aún de que estuviera habitado: creyendo que el campo labrado no se podia explicar sino como dependencia de otro oasis de más importancia que cerca de allí habria, donde residirian los propietarios de éste. D. Alberto hizo notar que siendo todo el terreno fértil no habia razon para creer que el propietario librase una tan pequeña parte dejando inculto lo restante. Extrañaba tambien que no hubiera una pequeña choza para guarecerse del sol los dias ú horas que vinieran á la labranza, siendo así que no se carecia de ramaje para ello.

Se excitó la curiosidad de los viajeros y dispusieron no marchar al siguiente dia hasta reconocer bien todos los puntos de aquel encantador oasis.

Comieron con apetito, se repartió á más, por extraordinario una taza de café á cada uno de la escolta y conductores, y con igual cuidado que la noche anterior se guardó el campo, entregándose luego todos al sueño. Por supuesto que Lind estaba cerca de Aurelia y con ella guardaba la entrada de su tienda.

A las diez de la noche todo era silencio, cuando varios aullidos lejanos llamaron la atencion de Lind y los otros dos perros que se habian puesto en guardia. Aurelia, que desde la primera noche de la salida de Kartun, sabia cuál era la vigilancia de la escolta, dormia poco, y completamente despierta por el ruido exterior y ahogados gruñidos de Lind, salió con su carabina, creyendo, como de ello se convenció, que los centinelas se habian dormido completamente. Su temor crecia á medida que se acercaban los aullidos, á pesar de lo cual no queria despertar á nadie para no privarles del sueño mientras no

hubiese necesidad. Llamó junto á ella á Lind, Dragon y Aquiles, y les hizo callar el gruñido que empezaban á hacer sentir demasiado, hasta que Dragon no pudo resistir al deseo de explorar el campo, y salió á la carrera, siguiéndole Aquiles. A unos 100 pasos se sintieron sus ladridos, y pocos momentos despues volvieron perseguidos por una docena de otros animales identicos, que Aurelia no queria creer fueran lobos, porque suponía que los que se crián en Egipto y todo el Norte de Africa no subirían á la latitud en que se encontraban. Pero lobos ó lo que fueran, preciso era contenerlos. Hizo fuego sobre un grupo, una, dos y tres veces, mandando otras tantas certeras balas, á cuyos disparos se puso en pié toda la caravana, oyendo la voz de Aurelia al mismo tiempo que decía: — « ¡ Arriba! ¡ Lobos ó chacales en el kraal! » — D. Alberto y Sander corrieron á su lado, mientras los criados y los turcos batían la manada, que estaba demasiado hambrienta para abandonar tan pronto el lugar. Lo peor de todo era la oscuridad de la noche y el no tener fuego en el campo. Pero, no obstante, y aunque la banda parecia numerosa, lograron alejarla á bastante distancia, sosteniéndose así por medio de varios disparos que de cuando en cuando hacían apuntando á las sombras que veían cruzar; hasta que de pronto sonó un espantoso rugido que dominaba todos los ladridos de perros y lobos, que, sin duda hizo á estos desaparecer, pues desde entónces no se vieron más las multiplicadas sombras ni sintieron sus siniestros y fatídicos aullidos. Pero si un peligro pasaba, se presentaba otro mayor; porque la fiera que se acercaba y reemplazaba á los lobos no era como ellos cobarde, y se presumía que la batalla seria sangrienta. En consecuencia, se agruparon en el centro todos los animales, y la gente con sus carabinas y espingardas se esparció en círculo

alrededor de las tiendas y todo el campamento. Sólo las tres jóvenes quedaron dentro de su tienda, si bien Aglae y Aurelia guardaban la entrada. Un segundo rugido, que parecía salir del vivac, hizo apelonarse más á los caballos y camellos con los burros que se situaron en medio; y aunque nada se veía, observaban por los movimientos de los perros el sitio por donde la fiera se acercaba. D. Alberto, Sander y Macker, unidos á sus criados, seguían con avidez la dirección señalada, viendo al fin destacado á unos 20 pasos un gran bulto y dos luces fosfóricas que seguían un movimiento uniforme hácia el kraal, rastreándose como vemos hacer al gato en cautelosa persecucion de otro animal. Sander comprendió que la fiera estaba casi á punto de dar un salto, y apuntó á una de estas luces; pero en el momento desapareció el punto objetivo y hasta la sombra que tras él iba. Sander lo advirtió llamando la atención de todos y excitándolos á observar con cuidado por qué punto aparecían las luces que despedían los ojos de tan temible enemigo. Pero los perros no variaron de lugar, si bien la dirección de sus cabezas torcía hácia la derecha por donde se hallaban las tiendas, y aún Lind seguía con los pelos erizados á cortísima velocidad, indicando que paralelamente á él marchaba la fiera. De pronto se vió cruzar como un rayo la sombra que ántes no se veía, y de un salto precipitarse sobre el objeto que más llamaba su atención, y era una de las tiendas. Por fortuna era esta la de los hombres, que entónces se encontraba vacía, no habiendo conseguido la fiera otra cosa que vencerla de un lado y desgarrarla en una gran extensión, retirándose en seguida con igual precipitación que había llegado, á lo cual contribuyó no poco el movimiento que observó de los perros y dos grupos de hombres. Quedó á diez pasos de ellos en posición de dar

el salto, sin decidirse algunos momentos por uno ú otro de estos grupos, hasta que se fijó un segundo en el que se hallaban D. Alberto y Sander, tiempo suficiente para que ambos apuntasen á las luces de sus ojos, haciendo fuego en el instante que daba el salto; y al verle en el aire acompañado de un punzante rugido, se separaron todos con rapidez para no ser alcanzados, pero al caer lo hizo con estrépito y casi verticalmente, quedando sin movimiento alguno. Las dos balas le habian entrado por ambos ojos, como poco despues lo observaron. Por de pronto se limitaron á ver que se hallaba muerto á sus piés un enorme leon de hermosas melenas, mirando al cual oyeron otro rugido lejano, que hizo comprender no estaba léjos su compañera. Volvieron todos á sus puestos y los perros salieron á escape provocando un último rugido más débil y á larga distancia, que hacia conocer abandonaba el campo la leona. Llamaron entónces á los perros, que con gran trabajo consiguieron hacerles volver; y poco despues determinaron rondase la mitad de la escolta, mientras la otra mitad descansaba, relevándose á las tres horas para que los primeros hicieran otro tanto. Pero ninguno pudo dormir, si se exceptúa Aurelia, que, en la seguridad de ver entónces el campo bien guardado, creyó justo recobrar el sueño perdido.

Uno de los conductores quedó encargado, desde que despuntase el alba, de desollar al leon, cuya piel deseaba conservar D. Alberto.

Al amanecer pudieron reconocer bien las cercanías, contando 13 chacales tendidos, algunos de ellos todavia con vida, que por compasion, acabaron de matar.

Despues de tomado el desayuno, y quedando en el campamento dos criados y la escolta y conductores, fueron los demás, acompañados de Koshid y Yurufeu á reconocer de nuevo el oasis, en cuya operacion no tar-

daron mucho, siendo Mr. Sander el que más se detenía para recoger una porción de plantas que allí abundaban y le eran desconocidas. Miss Aglae, que se había adelantado á una pequeña eminencia que había al centro, aguardaba sentada en una piedra, y miraba con persistencia otra más chata y grande que había allí inmediata. Por curiosidad en un principio y por instinto después rogó á D. Alberto levantase aque'la piedra.

—¡Cómo!—exclamó éste con sonrisa burlona—¿hemos encontrado algun tesoro?

—Nada os puedo contestar. En nuestro lance de anoche ni las fieras ni nosotros hemos llegado ni aparecido por este lugar, y sin embargo, esa piedra parece recién movida. Ved que no hay yerba en su alrededor.

—Teneis razon, dijo D. Alberto, levantando aquella pesada losa como cualquiera pudiera levantar un ladrillo. Pero su admiracion como la de todos los demás fué en extremo grande al ver que ocultaba la entrada de un pequeño pozo tallado en arenisca blanda con escalones en la pared, y en cuyo fondo había otra piedra puesto de canto, que parecía ocultar otra entrada.

—Teniais razon, Miss Aglae—repuso D. Alberto—en suponer que algo encerraba la piedra que tanto os preocupaba. ¿Si habré acertado yo tambien y realmente se contendrá aqui algo bueno?

—Probablemente—repuso Sander—debe ser este el lugar donde el propietario del oasis guardaba las herramientas de labor.

—Me inclino á creer exacta esa idea—contestó D. Alberto—pero no, mirad á los perros, que olfatean con interés y áun Lind gruñe y gime, como ahora empiezan á hacer Dragon y Aquiles. Algo hay aqui de extraño.

Excitada crecientemente la curiosidad de todos, determinaron que bajase uno, dicho lo cual ya estaba Yurufeu

en el fondo: separó la piedra y vió una galería que descendía en escalera, y por la que se podía andar á poca inclinacion que hiciere el cuerpo. Aquiles se precipitó en ella, y á poco rato se oyeron sus ladridos, volviendo despues con los pelos erizados y quedándose á la puerta con aire receloso, al mismo tiempo que se oian voces espantosas, juramentos y maldiciones, que obligaron á subir á Yurufeu y el perro con él; todo asustado el primero y lleno de terror.

No fué poca la curiosidad de los demás por tan extraño fenómeno, si bien Koshid participaba algo del temor supersticioso de Yurufeu.

—Mina extraordinaria es esta—observó Macker.

—Y por demás sorprendente—repuso Aglae.

—A la que nos veremos obligados á bajar—dijo Sander—si el caracol no quiere asomar fuera de su concha.

—No habrá enuidado—replicó D. Alberto, —el caracol saldrá en cuanto le llamemos, y mucho será no se halle ya á la puerta.

Y efectivamente, despues de oir de nuevo las maldiciones que prodigaba, apareció el morador subterráneo, señor y vasallo de sí mismo, y el probable labrador solitario de aquel precioso eden. Tenia buena estatura, color moreno, hermosas facciones de raza pura árabe, pelo largo y barba entrecana muy poblada: todo él de postura arrogante y vestido con una túnica morada algo maltratada.

—¿Quién osa interrumpir mi soledad y profanar mi sagrado retiro?—dijo en el árabe adulterado de Kordofan.

—Perdonad, amigo si os molestamos...

—¡Yo no soy amigo de nadie!—interrumpió con voz de trueno.—Mi solo amigo es *Allah*, el grande, el magnífico y poderoso, el único bueno, el único noble, el solo vencedor y glorioso!

—Y el amor de los amores—dijo Aglae con valentía y oportunidad;—bendito sea su nombre, que nunca oímos ni pronunciamos sin respeto, veneracion y cariño, porque su sonido es dulce armonía de los ángeles acompañados del Profeta, y el sentimiento que produce más delicado que el rocío de la mañana, el perfume de las flores y las galas de la aurora. Allah nos acompañe á todos, el solo grande y poderoso, el amor puro y sonriente y embriagador, la gloria verdadera, cantada por millones de lenguas, y que el hombre debe merecer y gozará si sabe ser bueno y fiel creyente.

—Tú lo dices, bella huri; y Allah os perdone si perdonaros quiere la violencia que me habeis hecho. Allah quiera que yo no os vuelva á ver, y si tal sucede que no sea en las épocas de oracion.

Subió entónces, cogió á Aglae por la mano y la echó su bendicion, preguntándola despues cómo se llamaba.

—Me llamo Aglae,—le contestó.—Y en cambio ¿quién eres tú?

—Calla y no me preguntes. *Yo soy el que soy*: mi nombre hace mal. ¿Y tú quién eres?—preguntó á Aurelia.—¿Quién eres tú, bella flor de la mañana, cristalina corriente del desierto, blanca perla del Oriente, brillante de mil destellos, hermosa huri de los cielos, como lo es tu hermana de aquí, dime, eres un ángel de Allah y querida del Profeta?

—Sólo soy una mortal que tu fantástica imaginacion poetiza: una criatura humana que ama á Dios cual tú le amas, y es hermana de sus hermanos para ampararlos en su desamparo, socorrerlos en sus necesidades y admirarlos por su grandeza y sus virtudes.

—Tú tienes el poder de Allah; tú puedes hacer milagros; tu mision en la tierra es sublime.

—No, mi mision en la tierra hasta ahora es ser buena

hija y buena hermana, y cumplir el santo propósito de hallar á un desgraciado hermano que tiempo hace se halla por estos países, sin saber á dónde le encontrarán nuestros corazones.

—Tu hermano ¿cómo se llama?

—Ernesto.

—Yo le he conocido y tratado.

Al decir esto le rodearon todos, aproximándose bastante Armanda, en la cual reparó el solitario, diciendo:

—Esta huri es su retrato.

—¡Cómo! ¿habeis visto y tratado á mi hermano!

—Sí; hace siete lunas le dejé con dos compañeros suyos á orillas de Bahr-el-Ghazal. Tenian ánimo de bajar á Obeid y acaso á Darfur si ántes no se internaban por Occidente. Predican á Jesús y sacan poco provecho. Si su doctrina fuese la única verdadera del Koran, mejor lo hubieran pasado. Allah os bendiga á todos; y á tí, huri divina de ojos azules y pestañas negras, y á vosotras, delicadas flores de terrenal consuelo, de ojos azules y pestañas de oro, el Profeta os guie y os bendiga Allah.

Esto diciendo volvió con presteza á su cueva, y al cerrar con la losa la entrada, dijo:—«Dejadme ya y respetad mi soledad.»

Por más que le suplicaron no pudieron conseguir volviera á aparecer. Comprendiendo seria inútil é inconveniente cualquiera otra tentativa, cedieron á su deseo de dejarle entregado á su meditacion y oraciones; y agradecidos á las noticias que dió de Ernesto y del camino que seguia, pidieron á Dios por él y le devolvieron las bendiciones que le debian; despues de lo cual pusieron la piedra superior como la encontraron, y volvieron al kraal muy gozosos de lo que habian averiguado.

A las ocho emprendieron de nuevo su marcha en di-

reccion de Obeid, á donde llegaron en dos jornadas, durante las cuales nada ocurrió de particular.

Obeid, capital de Kordofan, es una ciudad, como todas las del Africa, fea, sucia y casi arruinada, con unos 15.000 habitantes negros, tan asquerosos y tristes como lo son las casas mismas, pequeñas y desmanteladas, hechas de tierra y adobes con techó de yerba y paja. En sus inmediaciones hay algun terreno cultivado que produce maiz, trigo, patatas y legumbres, que es lo que constituye el alimento principal de los pobladores, á más de leche de vacas, queso y huevos y multitud de gallinas que en todas las casas abundan.

Antes de entrar la caravana salió á su encuentro el Mudy, que ya tenia noticia de ella por el correo que salió del Cairo. Les invitó á pasar á su casa, sin permitir buscaran otra posada, diciéndoles en correcto árabe:

—Bien venidos á su casa los predilectos del Profeta, los hijos de la ley y hermanos de los elegidos de Allah que os acompañe siempre. La casa, familia y vida de Sayamsi, vuestro primer servidor, son vuestras, y podéis de todo disponer como dueños de Obeid, donde mandáis, para que todos obedezcamos.

—El Señor de todo lo criado, el Todopoderoso, grande y fuerte—contestó D. Alberto—que nunca deja de ser bondadoso, y por todos es glorificado, ha permitido que nosotros, pobres criaturas desterradas y desposeidas de todo mérito, hallemos en nuestra peregrinacion al grande, sabio, poderoso y justo Sayamsi, que felizmente gobierna este país, de Allah bendecido desde que á él vino de Mudy el muy ilustre hermano que tan benévola acogida dispensa á estos viajeros, servidores suyos. Que tu vida pase en el colmo de la prosperidad, y que tus hijos puedan, para dicha suya, imitarte en lo magnánimo, generoso y digno. Acepto, á nombre de todos, la cordial

hospitalidad que nos ofreces, por las pocas horas que estaremos en Obeid, mas á condicion únicamente de que has de recibir la pena de que no te seamos gravosos.

—Mi señor, el jefe de la expedicion que yo esperaba, es el rey de esta ciudad y el dueño de mi voluntad. Yo, tu humilde criado, me avengo á tus mandatos que acato y venero.

Despues de este recíproco cumplido siguió la caravana al Mudyr, en cuya casa entraron todos los que la componian. D. Alberto dió orden á su mayordomo Hernando de adquirir lo necesario para la comida de todos, haciendo entender á Sayamsi que suyo era el obsequio.

El palacio del gobernador era de un solo piso de adobes con techo de madera y arcilla, sobre la que habia una capa de paja para mantener aquella fresca é impedir se agrietase. Se componia del zaguan, que servia de sala de audiencia, dos cuartos más para las mujeres del harem, y al frente otros dos para los criados, y un gran patio posterior, alrededor del cual habia cuadras para caballos, un horno, granero y gallinas. Los muebles de la casa consistian en una mesa y silla de paja en el tribunal, y varios divanes por las paredes de todas las habitaciones.

Las dos opuestas al harem fueron destinadas para las tres jóvenes y los tres caballeros; siéndoles preciso dejar abiertas las puertas ó encender velas si cerraban, por carecer los cuartos de ventanas que dieran luz y ventilacion. Los criados, como la escolta y conductores, debian dormir en el patio, donde hizo D. Alberto armar las tiendas con este fin.

Así es como quedaron todos alojados, debiendo agregar que para la asistencia de las tres jóvenes se destinó una negrita de 12 años, muy hábil y dispuesta. Pero

despues de hablarla Aglae esperó en vano la respuesta, haciéndola comprender la negrita que Sayamsi la hizo cortar la lengua tiempo atrás para que no pudiera ser indiscreta. Oía perfectamente y la pudieron utilizar para su servicio.

Pidieron agua para lavarse, y en seguida se unieron en el salon de recibo con Sayamsi, que los esperaba ya para tomar la cena. Consistia esta en *harisach*, especie de buding compuesto de carne picada cocida en harina y embebida en miel, legumbres, tortillas, huevos asados, cuajada de leche y café. La bebida era agua pura, y aunque hubiera deseado D. Alberto y compañeros unas cuantas botellas de cerveza, de la que llevaban aún con el equipaje, se aguantaron y nada dijeron á Hernando, para no ofender la susceptibilidad de su huesped.

Al servir Sander á Aurelia un plato, le sucedió lo que en Túnez con Judit, derramó la sal; en cuyo momento no pudo ménos Aurelia de decirle en español que «el desti- ro no se cansaba de avisarle un imposible, sin duda para probar su fe.»

—Mucho temo— contestó en voz baja—faltar á ella; pues el destino ó providencia *ordenadora* es al fin superior á nuestros pobres propósitos, y cuando juré no amar, yo estaba loco, fui un insensato, como hoy sin pena lo declaro.

—Aurelia enrojéció imperceptiblemente, y le dijo no era propio de hombres buenos faltar á sus morales compromisos.

—Cuando se vive cuerdo, es verdad; pero yo no lo estaba cuando juré lo que no depende de mí. Entregado al amor de la ciencia sólo mi cabeza ha sentido y dormido el corazon. Pero hoy despierto del sueño, y cabeza y alma y corazon, dejando el estado latente de un natural sentimiento propio del hombre, me dicen á práya que

algo existe en nosotros superior á nuestra voluntad.

Esta contestacion dada sólo á Aurelia, junto á la cual se hallaba sentado, lo fué en voz tan baja, que apenas la misma Aurelia pudo oirlo bien: respondiéndole con una mirada indefinible y estas pocas palabras que conmovieron á Sander.

— ¡Quién puede conocer el corazon del hombre, si el hombre no se conoce á sí mismo! ¡Quién puede confiar en sus aparentes sentimientos!

Tomaron poco despues el café, y D. Alberto rogó á Sayamsi le dijera lo que supiera de su hijo.

— Hace dos años estuvo aquí con dos compañeros suyos: marcharon á los pocos dias y no los vi más hasta hace unos dos ó tres meses que volvieron despues de haber recorrido una gran parte de Darfur. Prevalciendo el consejo del ulema, que era el mayor de los tres, se propusieron volver al Ghazal para subir su curso hasta internarse en el centro de Africa y conocer los pueblos de que no se tiene noticia.

— Dime, noble Sayamsi; dime, si tu memoria te lo permite y mi ruego basta á mover tu voluntad, algunas señas particulares de los tres peregrinos y el modo como viajan.

— Los tres visten túnica blanca y sandalias de cuero de búfalo. El más alto, á quien llaman los otros padre, es delgado, pálido, con barba blanca igual á la tuya, penetrante mirada, y de gran memoria, pues que todo lo relata y de todo se acuerda. El que le sigue en estatura tiene barba negra y es menos delgado. Por fin, tu hijo debe ser, por las señas que tengo, el de mediana estatura, ojos azules, pelo rubio y casi ninguna barba; todo él de buen porte y tan delicado como una mujer, muy parecido á esta luz de la mañana (señalando á Armanda), regocijo de los ángeles y envidia de las huries. Mas no

por la finura de su físico carece de fuerza y vigor para sufrir la fatiga. Llevan consigo dos negros que han catequizado y les sirven de guías, y á veces de intérpretes, y siempre de fieles y leales criados. Conducen una vaca con algun equipo y comida, y montan otras tres vacas desde que se les murieron los caballos que la primera vez traian. En el día de hoy deben hallarse en el origen de Bharr-el-Ghazal.

Esto era cuanto deseaba saber el señor de B. zan, lo mismo que le indicó en más breves términos el Solitario: con lo cual resolvió que al despuntar el día estuviera todo dispuesto para marchar.

Antes de este momento sacó D. Alberto un lujoso ejemplar del Koran, ricamente encuadernado, que regaló con un revolver y un sable damasquino á Sayamsi, acompañado de varias telas de algodón y seda para repartirlas á su familia y criados. Agradecido el Mudyf á este fino obsequio, hizo salir por primera vez á sus odaliscas para que dieran las gracias y conocieran á sus huéspedes. Eran aquellas seis, tres negras como el azabache y de facciones agudas, y de las restantes una blanca y pelo negro, regularmente parecida, y dos árabes de pura raza. La que más tenia 19 años, siendo las negras de 12 á 14. Su traje era por demás sencillo, reducido el de las árabes y blanca á un pantalon blanco de algodón, un tonelete y justillo sobre camisola sencilla y un turbante de color. Las negras tenian una túnica corta y pequeño manto al estilo griego, turbante con perlas de porcelana, y todas llevaban collares y pulseras.

Las viajeras las abrazaron y aumentaron sus donativos, recibiendo en cambio multitud de saludos.

Lista la caravana á las cinco montaron á caballo y se dirigieron al SO., acompañándolos Sayamsi las seis primeras millas.

CAPÍTULO VII.

Encuentro de un conocido-desconocido.—Angustia y salvacion.

El país que atravesaron perdía rápidamente su vegetación á medida que se alejaban de Obeid; y por fin, á la una, hora del primer descanso, acamparon en medio del arenal, á 4 millas de la a. dea Kesarir, donde sólo los camellos encontraron alguna yerba seca que poder comer. Yurufen dijo que, andando bien por la tarde llegarían á Birket-Koli (la laguna de Koli); para lo cual era preciso empezar la jornada ántes de la hora de costumbre.

Con este motivo se pusieron á las tres en marcha, y como vaciaron el agua para llevar más descansados los camellos, repartiendo así mejor la carga, pudieron andar tanto que á las ocho alcanzaron la laguna; la cual tiene más de 6 millas de largo por 5 de ancho. En sus inmediaciones crece abundante arbolado y espesa yerba que pastaba bien el ganado. Pudieron, en consecuencia, encender una gran hoguera, y cerca de ella levantaron las tiendas. Esto no impidió que las hienas se aproximasen al kraal sin cesar de gritar, mas sin atreverse á avanzar, contenidas por los ladridos de los perros. Pero como nada hay estable en el mundo, el fuego se fué apagando y los perros se cansaron de ladrar al ver que las hienas habían cesado también de hacerse sentir. Y aunque Aurelia despertó á las dos y desde entónces se puso como siempre de guardiana del campo con su fiel

amigo Lind, no se apercibió que *Ruiseñor*, uno de los burros de la caravana, que habia merecido este nombre por lo acorde de las notas algun tanto variadas de su rebuznador lenguaje, apasionado por el pasto y con la inocencia del bueno, se alejó bastantes pasos del kraal acompañado del *Batallador*. Este, más experto que su compañero y mucho más avisado, comprendió que la union constituye la fuerza, y que sólo en el kraal cerca de las tiendas se estaba más seguro ó ménos expuesto. Dió consejo á su amigo y se opuso constantemente á su obstinada marcha hácia adelante, señalándole con el hocico varios bultos que por allí habia ganosos de llegar á jurisdiccion para saborearse con su carne. Pero *Ruiseñor* era torpe y terco, y aunque unas veces escuchaba y observaba con natural gravedad el soplado discurso de su amigo *Batallador*, concluía por despreciar las aprensiones de este visionario, y hasta le manifestó completo desden, continuando tranquilamente en el pastero de aquella sabrosa yerba. *Batallador* hizo un último esfuerzo, y poniéndose delante le arrimó unas cuantas coces y mordiscos; pero *Ruiseñor* lo sufrió todo con estoicismo, y hasta enseñando los dientes á su pateador amigo, le indicó que así se reía él del peligro como de su cobardía. *Batallador* debió entender bien esto último, porque sério, despreciativo y arrogante se lanzó 20 pasos desafiando las fieras, en tanto que su estúpido y desagradecido compañero seguía pastando con insólita calma y abandono injustificable. De pronto oyó la ronca voz de su amigo y los aullidos de sus voraces enemigos, que al fin le despertaron y trajeron á la realidad del peligro que corrian todos; y enderezando su cuerpo sólo tuvo tiempo de tomar el galope avanzando hácia el kraal en tanto pudo, en cuyo trayecto hacia sonar su metálica y sonora voz capaz de aturdir á una

ciudad, cuanto más á los viajeros y escolta de la caravana. Por su parte, el valiente Batallador pedía auxilio á su compañero, al mismo tiempo que con su fuerte génio estrellaba á algunos de sus feroces perseguidores, consiguiendo únicamente ganar tiempo para que llegaran los rayos de sus poderosos amos á acabar de aniquilar y hacer pedazos á aquellos tenaces enemigos. Y pensaba bien Batallador, pues sea por los nuevos aullidos ó por su estentórea voz y la de Ruiseñor, ó porque éste llegó al fin al kraal rodeado de chacales y hienas, todo lleno de arañazos y desolladuras, Aurelia pudo apuntar á una fiera y hacer fuego; con lo cual se ausentaron los enemigos y se puso de pié la gente para combatirlos; pudiendo ver entónces llegar á toda carrera al denodado Batallador, con ménos señales de su sangriento combate que su ingrato compañero. Salieron varias secciones de soldados á recorrer el campo vecino, y lograron ahuyentar á larga distancia los chacales, y más léjos aún las hienas, que pecan más de prudentes que sus carniceros amigos.

Al volver los hombres al kraal se duplicó el número de centinelas, quedando por horas Sander y Macker con ellos para encargarse de hacerlos vigilar. Batallador se acostó junto á los otros compañeros suyos, á quienes parecía contar su aventura, y Ruiseñor, cabizbajo, corrido y molido, deploraba á solas con su mudo filosófico silencio el no haber hecho caso de los sanos consejos de su previsor amigo.

Al siguiente día, ó pocas horas después, almorzaron en Koldgi y luego siguieron á dormir en Abulé, habiendo hecho una jornada de 40 millas y atravesado la pesada sierra pelada de Dileb y en más de 5 millas un terreno salino resbaladizo que ocasionó la caída de dos burros (el Prudente y el Ruiseñor) y del caballo de Macker, sin

que felizmente resultara otro accidente que haberse llenado todo el cuerpo de lodo.

—No importa—decía al estilo de Julio César.—Señal es esta de que el Africa me quiere.

El tercer día acamparon en Omheidam, donde encontraron una caravana que venía del Ghazal y pudo agregar á las noticias recibidas que los señores misioneros españoles se habían internado en dirección á los países de Donga y Fertit, debiendo remontar hasta el origen de Bharr-el-Ghazal ó algun otro afluente principal de este gran río.

Estas noticias, que confirmaban las dadas por Sayamsi, les hizo no dudar en el camino que debían seguir. Levantaron el campo, y á la una llegaron al pueblo Shabun sobre la montaña de Oro, fuera ya de Kordofan. Desde aquella elevación de granito y brecha-arenisca, empezaba lo desconocido para los viajeros, pues no tenían noticia de que ningún explorador hubiera atravesado el país desde los afluentes occidentales del Nilo hacia el Ecuador y costa del Oeste. Sólo conocían D. Alberto y Sander los viajes por el desierto de Sahara y el Sudan de Deuham, Clapperton, René, Barbrugger, Barth, Vogel, capitán Bonnemain, Budersah, Duvoyrier, Colonieu, Vincent, De Beurman, y Bon-el-Mozdad, todos en el presente siglo, como asimismo los de Bruce y Burkardt por la Abisinia y Nubia en el pasado, y ahora los de Thibaut y Arnaud por el río blanco hasta Bhorn y Gondokoro, de Miani hasta Makedo, de Burton y Spek y Grant por la parte oriental hasta los lagos Nianza y Tanganika, el de Baker y su esposa el año pasado 1866 al lago N'zigé que denominaron Alberto Nianza, la verdadera fuente del Nilo Blanco por concurrir á ella todas las corrientes y lagos anteriores; y por último, los de Lejean en 1831 y la holandesa Mademoi-

selle Tiné en 1863 remontando hasta cierta altura el río Ghazal, uno de los principales afluentes del Nilo, sin que en las cartas de exploracion de Darfur por Lejean aparezca nada del país al Sur del Sudan.

Resolvieron, en consecuencia, dirigirse al SO. en busca del origen del Ghazal, que suponian en esa direccion, ganando asi el tiempo que llevaban ya delante de ellos los misioneros.

Con semejante resolucion se pusieron en marcha al siguiente dia, bajando sin novedad la montaña de basalto y granito en que se encontraban, no sin haber tenido que descargar varias veces á los camellos y llevar á brazo parte de los efectos; único modo que tuvieron para llegar al llano de arena que forma en casi toda su extension el desierto de Tangali, que debian atravesar en una sola direccion hasta tropezar con el río que buscaban.

En tres dias pasaron este territorio, faltos ya de agua, por haberse vertido una gran parte en la caída de uno de los dromedarios-aguadores. Y como la escolta marchaba á pié y el terreno era movedizo y en extremo fatigante, les era preciso ir á paso corto y hacer frecuentes altos que desminuian cada vez más los trayectos de cada jornada. Al cuarto dia, ya en el territorio desierto de Dongan, se rindieron tres turcos y un conductor, dando los demás señales ciertas de poco aliento que muy pronto obligaria á detener la caravana. Sander, Macker y D. Alber o se apearon de sus caballos para que en ellos montaran los tres árabes rendidos; y Charles, Hernando y Nieto hicieron lo mismo prestando sus cabalgaduras, el Batallador, Prudente y Ruiseñor, á otros tres infantes que empezaban á quedarse atrás. Koshid y Yurufen imitaron á sus amos cediendo sus caballos á otros dos árabes calenturientos, y un cuarto de hora

despues fué preciso hacer montaran en los camellos casi todos los de la escolta y conductores; siguiendo entónces bien por espacio de una hora. Al fin de ese tiempo gritó Miss Aglae.

—¡Agua! ¡Agua!

—¿Dónde?— contestaron sus compañeros con ansiedad.

—Allí, mirad.

—¡Es cierto! ¡Agua en abundancia!—gritó Macker.

—¡Es el rio!

—Parece efectivamente el rio ó un gran lago que le alimenta—dijo Aurelia,—pues se ven multitud de botes con vela.

—¡Animo!—gritó D. Alberto, al ver que la gente se rendia por fin y no cobraba aliento á la vista de tan deseado puerto.—Un poco más de valor y en media hora estamos á orillas del Ghazal.

—Es inútil, señor,—respondió Yurufen.—Estamos á muchas jornadas del rio.

—¡Cómo á muchas jornadas, si se puede decir le estamos ya tocando!

—¡Otro lago! ¡otro lago!—volvió á anunciar Aglae:—y efectivamente, aparecia al Sur otro inmenso y pintoresco lago, contorneado de espeso bosque de frondoso y variado follaje.

—Tan cierto es ese lago como el otro,—contestó el guia.—Nuestro deseo nos engaña; todo eso es ilusion.

—¡Ilusion!—dijeron á una los viajeros.

—Sí, señores, ilusion que recrea la vista del pasajero que de nada carece, y mata la esperanza y desconsuela al que se halla en nuestro caso.

—Efectivamente,—repuso D. Alberto algo triste.—Lo que observamos no son más que las ilusiones ópticas que á estas horas empiezan á verse en el desierto para

martirio del que anhela su realidad; algunas de las cuales hemos tenido ántes á la vista sin hacer caso de ellas porque de nada carecíamos.

— Si, recuerdo que otras veces las hemos visto y no han hecho más que excitar nuestra curiosidad, — expuso Aurelia. — Entónces caminábamos con sobrada provision de agua y no lejos del Nilo ó conocidos oasis. Hoy vemos lo que ántes veíamos y la necesidad nos hace traducir la ilusion por realidad.

Apenas acabó de hablar Aurelia, desaparecieron las engañosas imágenes, volviendo á divisarse otras nuevas algo más á la derecha. Pero todos las miraron en silencio y con profunda pena. A poco rato el caballo de Armanda, jadeante y con la lengua fuera se paró y no fué posible hacerle andar más. Lo propio hizo el de Aurelia, y la fatiga era ya demasiada para todos los hombres y animales. Fué preciso hacer alto definitivamente y ver si con el reposo podrian conseguir más tarde conducir la expedicion algunas millas adelante en busca de agua. Pero la sed es el más cruel de todos los tormentos, y aunque el descanso le agradecia el cuerpo, todos se quejaban de angustia, y algunos empezaban á padecer de atonia. Entónces fué cuando D. Alberto hizo sacar unas botellas de cerveza, y dando una corta racion á cada uno logró por lo pronto apaciguar tan apremiante necesidad.

Reunido despues con sus amigos y guías, les dijo: — Fácil es que hoy podamos nosotros moderar nuestra angustia; pero los caballos y burros la sienten va, y los camellos no podrán marchar si mañana en todo el día no les damos de beber. En este concepto, v ames qué es lo que podemos hacer para salir del apuro en que nos hallamos. No somos los primeros pasajeros que por aquí venimos, pues todavía estamos en los sitios de

travesía de Darfur; y mengua nuestra sería que lo que han podido hacer otros fuera imposible para nuestra caravana, contando como contamos con tantos recursos. Veamos lo que nos ocurre.

— Por mi parte, — expuso Koshid, — nada puedo decir que nos tranquilice, pues el país me es enteramente desconocido. Sin embargo, creo que si en vez de marchar al SO. vamos al Sur, más pronto hallaremos el Ghazal.

— ¿Qué dices tú, Yurufen?

— Pienso lo mismo que el vakil. Si marchamos al Sur, y lo hacemos de noche para evitar la doble angustia del calor, tal vez consigamos alcanzar el río ántes que los camellos se nieguen á dar un paso por exceso de sed. Si así no fuera creo nos veríamos perdidos en este desierto, donde se carece hasta de las plantas propias de semejantes regiones.

— Y vos, amigo Sander, ¿qué opináis?

— Creo que en primer lugar era menester saber dónde nos hallábamos, y después consultaríamos el modo de tomar la solución más conveniente.

— Teneis razon. Aguardad un momento.

— Nos hallamos á $10^{\circ} 50'$ de latitud y á $26^{\circ} 42'$ de longitud Oeste del meridiano de Paris. Veamos ahora — (añadió consultando un mapa). — Tendely, ciudad que dista unas 30 millas al SE. de Cobbey, capital de Darfur, está próximamente N.-S. con una laguna que descubrió Lejean al visitar el país, situada en Donga, y creo que á $10^{\circ} 53'$ latitud; y estando Cobbey á $24^{\circ} 50'$ de longitud sólo distamos del paralelo de la laguna, y aún de la laguna misma (puesto que su latitud es casi la del punto en que nos hallamos) unas 50 millas: camino que pudiéramos hacer en una larga jornada si tuviéramos agua, ó en dos noches si podemos resistir la sed.

—Este camino,—observó Sander,—le pueden hacer de todos modos los camellos que se hallen más descansados. Y nada impide que yo parta con Yurufen y otro más, si se quiere esta noche, para llegar mañana allá, y pasado estar de vuelta con el agua.

—Mucho os agradezco, noble amigo, vuestra decisión; pero pensad bien que de aquí á pasado mañana pudiera morir el ganado y enfermar toda la gente.

—Veamos si el rio está más cerca.

—El rio se halla á 9° 5' de latitud si no mienten estas cartas ó si ha habido algun rigor en su composicion; siendo 60 millas la menor distancia que nos separa, ó sean 10 más que el lago, que creo se llama de Abiad.

—Fácil es entónces—dijo Yurufen y aprobó Koshid—salir de esta situacion. Marcharemos esta noche y procuraremos andar 25 millas, y desde el lugar á donde se llegue seguiré yo con un camello-aguador hasta encontrar el lago. Si los animales pueden continuar á paso corto, siguiendo mis huellas, nos encontraremos en el camino. De todos modos conviene aproximarnos al lago, ya que está más cerca que el rio, andar cuanto se pueda esta noche y entónces resolveremos lo que más convenga.

—Me parece prudente tu consejo, amigo Yurufen, y no debemos dudar en seguirle.

—Convenido—dijo Sander.

—Convenido—dijo tambien Macker,—pero quisiera manifestar que, puesto ha de precedernos el que vaya de explorador esta noche, fuera mejor marchar esta tarde, para tener andadas 8 ó 10 millas más, ántes que el camello se obstine por la sed en no querer dar un paso.

Dos horas despues caminaba Yurufen en direccion Oeste con uno de los camellos aguadores, provisto de dos botellas de cerveza, una para su uso particular y otra

para la bestia cuando no tuviera más remedio que dársela á beber. Los demás salieron al anochecer, siguiendo á paso corto las huellas de su compañero con el auxilio de Dragon que se puso de guía.

El fresco de la noche favorecía el viaje, y los caballos y camellos pudieron llegar á las ocho del siguiente día á 20 millas del lago. Los burros y algunos árabes tardaron media hora más. Hecho alto aguardaron con impaciencia todo el día la vuelta de Yurufen, rendidos de fatiga y necesidad, personas y animales que no tuvieron aliento para continuar el viaje ni aún para levantarse del sitio en que la falta de fuerzas les hizo caer.

A eso de las tres percibieron al Sur una nube de polvo que les asustó bastante por creer en un principio si sería una manga del Simoun. Koshid y los conductores aseguraron que nó, pues no era aún el tiempo de ese temible viento. Pero la nube seguía aumentando y acercándose, hasta que los perros los primeros se arrojaron hácia ella, viendo que lo que la motivaba era un caballo á todo correr, alentado por su jinete. Venía derecho á las tiendas contra las que parecía se iban á estrellar jinete y caballo, razon por la cual salieron de ella las tres amigas, Sander y Macker. D. Alberto estaba fuera tiempo hacia, y gritaba con los demás, avisando al ciego jinete variase de direccion. Este lo hizo así al llegar al campamento, alrededor del cual dió una vuelta, y arrojando una flor á las tres amigas siguió con igual rapidez el mismo rumbo. Por ligera que fué la carrera, tuvieron tiempo de reconocer en el jinete al solitario misterioso, cuya aparicion allí les sorprendió sobremanera. Las tres jóvenes, además, no sabian dar crédito á sus ojos, si bien Aurelia la primera dijo:

—¿Qué tiene esto de particular? Ese hombre va á donde va con la celeridad á que las circunstancias le hayan

obligado. No veía las tiendas y al obligar con violencia á su caballo á separarse de la direccion que llevaba no ha podido impedir que éste vuelva demasiado, dando lugar á describir un círculo.

—¿Y la flor?

—Nada más sencillo, será aficionado á ellas, la llevaba á mano y por galantería nos la ofreció. ¡Eh! no hablemos ya de este singular personaje. Es un viajero que hallamos de nuestro camino y nada más.

Sin embargo, Sander, se preocupó alguna cosa con lo de la flor, y callando lo que en su mente bullia, se propuso vigilar más desde entónces.

Vuelto todo á su anterior calma, y no pudiendo empujar más allá su ánimo, faltos, como estaban ya de toda clase de líquidos para apagar la sed, pues ni cerveza, ni licores ni nada les quedaba desde el dia anterior, tornaron á su inaccion, confiando únicamente á la Providencia la pronta vuelta de Yurufen. Pero esta no se verificaba nunca, y rehusando todo alimento, logró la mayor parte olvidar su desesperada situacion cobrando el sueño.

Por fin, á eso de las nueve ladraron los perros con violencia y salieron despedidos, sonando á poco rato un tiro. La detonacion, que en otra ocasion hubiera alarmado á la caravana, produjo ahora espontáneo sentimiento de alegría, levantándose todas las personas, algunas de las cuales se dirigieron en seguimiento de los perros; y es que todos comprendieron la llegada de Yurufen, como así fué algunos momentos despues, trayendo los cuatro cántaros de agua que devolvió la vida, próxima ya á extinguirse, á toda la caravana.

A las once de la noche, despues de verificada la cena, quedó todo en silencio, y el cuerpo y el espíritu de todas las personas gozaron el más completo reposo que tanto necesitaban. Sin embargo de esto Sander no

dormía, y otra persona había también que por costumbre que se impuso hacia lo mismo, ó si dormía era reclinada en Lind, de cuyo buen instinto se fiaba para avisarla inmediatamente de lo que pasara. Pero afortunadamente nada sucedió que turbara el reposo de la caravana.

El lago de Abiad distaba sólo 8 millas, y no lejos del vivac se veía la vegetación, levantándose arbustos y yerba de pasto (*triticum jumentorum*), entre la que se abrigan no pocas fieras, que por aquella noche no quisieron dejar su madriguera, llegando el alba para traer á todos los viajeros la alegría y la esperanza.

Verificado el desayuno con el buen humor consiguiente á la nueva situación en que se hallaban, levantaron el campo y se pusieron en marcha hácia el lago, á donde llegaron á las once. Ruiseñor se entusiasmó tanto á la vista de tan frescos pastos y agua tan cristalina, que no pudo menos de saludar con su armoniosa y plañidera voz aquel encantador vergel, viva representación de los Eliseos de Homero. Y como á su canto hubiera unido la mayor velocidad, marchó á galope sin poderle contener su jinete Hernando. Batallador, que se sentía herido en su amor propio, hizo lo mismo arrojándose con tan fuerte voluntad, que en seguida pasó á su compañero, largándole una coza al llegar á su delantera, que por fortuna de Ruiseñor y de los que oían sus melodías no le alcanzó sino á las barbas del hocico. Sólo cuando estuvo á 100 metros á vanguardia fué cuando Charles pudo sujetarle y hacerse dueño de su brava cabalgadura. El Prudente y el Rosillo tuvieron por conveniente seguir el acompasado paso de toda la caravana, pero al ver el agua la saludaron también con falsetes y notas quebradas y rayadoras.

En una de las orillas del lago, tapizada de menuda

yerba y cobijada por la sombra de gigantescos árboles, hizo alto la caravana, levantando las tiendas para descansar un día y dejando á los animales pastar á sus intermediaciones.

Multitud de aves y cuadrúpedos se veían por todas partes, que convidaban á una buena cacería, y Sander, D. Alberto y Macker, con dos árabes, fueron á ella en seguida. No anduvieron muchos pasos cuando por dos veces descargaron sus carabinas en varias aves raras, de preciosos colores, y un antilope bastante corpulento que los árabes condujeron al vivac. A su vuelta mister Sander trajo tambien una porcion de yerbas que clasificó y envolvió entre las hojas de un libro, parte de su herbario portátil. En tanto, fueron Armanda, su hermana y Aglae á dar un paseo por la pradera inmediata al lago llevando, como de costumbre, sus armas. A cierta distancia se pararon á admirar el encantador cuadro que se presentó á su vista. En un florido claro de la pradera, todo esmaltado de las más hermosas plantas tropicales, unas en flor y otras en fruto, más ó ménos apiñadas, saltaban multitud de pajarillos de mil colores y especies raras, al mismo tiempo que á su lado pastaban algunos cuadrúpedos extraños, desde los tímidos gervos y erizo á los corpulentos rinocerontes y búfalos, y desde el kanguro á la girafa. Los árboles eran tambien muy variados, viéndose al lado de bambúes elegantemente penachados y de palmas coríceas, cocos y dactilíferas, diferentes especies de mimosas, algunas gigantescas urtíceas, muchas ficáceas y elegantes tamarindos; entre los cuales crecen el café y algodón, la plumiera y el indigófera.

Absortas á la vista de este pintoresco cuadro, permanecieron paradas largo rato, en cuyo tiempo llamó la atención de Armanda un pajarillo que tomaba algodón

con pico y patas y volaba á un arbolillo á ella inmediato. Lo hizo notar á sus compañeras y observaron que el animalillo al llegar una vez al árbol, y medio oculto con una de sus hojas, hilaba el algodón con bastante celeridad, haciendo hebras delgadas, despues de lo cual tomó dos hojas sin arrancarlas, y abriendo agujeros á una y otra con su pico, pasó los hilos por ellos, quedando ambas perfectamente unidas. Despues unió otra tercera y cerró por fin la bolsa que quedó pendiente, echando dentro el poco algodón en rama que habia sobrado y él encima.

Al volver al vivac dijeron lo que habian visto y la sorpresa que les causó este pajarillo hilando y cosiendo para prepararse su nido.

—Sí—contestó Sander,—es el *Silvia Sutoria*, que para ocultar su cria de sus enemigos elige anchas y largas hojas péndulas de ciertos árboles, haciendo una bolsa colgada de la manera ingeniosa que habeis visto. Es admirable el instinto que Dios ha dado á los animales tímidos y amigos de su familia para evitar el daño que otros les pueden hacer. Tal es tambien el que tienen los bayas, pequeños pájaros tan diestros y bonitos como los silvias, los cuales cuelgan de una ligera rama incapaz de contener á monos y culebras, muchas yerbas largas que entretejen y dan la forma de una botella, quedando la parte ancha abajo donde lleva dos aberturas al fondo para entrar los pájaros al vuelo. Por dentro hay dos ó tres habitaciones, una para la incubacion por la hembra y otra que ocupa el macho, en la que canta alegremente para divertir á su compañera mientras cumple sus maternales deberes.

A las tres de la tarde quisieron tomar un baño, y á fin de poderlo hacer todos sin inconveniente, cortaron multitud de ramas que entretejieron de seguida, for

mando un zarzo ó pared vegetal que colocaron entre estacas, y servía de espesa pantalla que no dejaba ver las personas del lado opuesto. De esta manera pudieron entrar en el agua las tres jóvenes, al mismo tiempo que D. Alberto, Macker y Sander, y algunos árabes, excelentes nadadores, todos medio vestidos.

Al salir del baño uno de los árabes dió un grito y cayó sin sentido en brazos de uno de sus compañeros. Fueron corriendo á él los demás y vieron una culebrilla pequeña, parecida á la hoja de arroz, con cabeza blanquecina, que marchaba por la pradera con bastante velocidad. La siguieron dos árabes y la mataron, llevando luego á Selim, su compañero, ya desvanecido, con el rostro amaritado, los ojos en blanco y sin poder articular palabra alguna. Mr. Sander reconoció la pequeña mordedura hecha en el talon izquierdo, y mandó se dieran al enfermo fuertes friegas en la pierna, en tanto que él volvía. Se acercó al lago y pasó á nado hasta un islote inmediato, donde cogió unas cuantas yerbas que tenían semillas en cajillas parecidas al café, hojas alternas acorazonadas con nervios salientes colorados y tallo lechoso con puas blandas: llegó al enfermo, que estaba ya como cadáver y con el pié sumamente hinchado; mascó dos semillas y se las hizo tragar, y la mascadura de otras dos, empapadas en la leche del tallo, la aplicó á la herida, dejándola así por espacio de una hora. Al cabo de este tiempo se deshinchó el pié, y el enfermo volvió al conocimiento, sintiendo grande escozor en la herida y amargor en la boca que le hizo estremecer. En seguida entró en sudor, mantenido por dos mantas, y á la hora y media de esto se hallaba de pié enteramente bueno. La oportuna aplicacion de la semilla y leche de esta yerba (el *Convolvulus Colubrinus*), que afortunadamente vió Sander cuando se ba-

ñaba y que ya estaba en fruto, dió la vida al pobre Selim, pues, segun el médico decia, nada hay más eficaz para enervar el veneno de las culebras como la semilla y jugo de esta planta, de la que en todos los jardines debiera haber un ejemplar.

Despues de saber que en aquella pradera se criaban estos áspides no tuvieron los pasajeros muchos deseos de permanecer más tiempo en ella. Así que, llenas las vasijas de agua y cargados los camellos, se pusieron en marcha al Sur, creyendo encontrarian pronto en esta direccion el rio Ghazal.

VIII.

Un desconocido conocido.—Primer afluente deseado.

El bosque que tenían que atravesar era suficientemente claro para permitirles pasar libremente, si bien algunas veces se vieron encerrados por un espeso muro de vegetación que fué preciso abrir con los sables, entreteniendo en esto más de cinco horas para dos millas que habían avanzado. La última vez que se les presentó este obstáculo indicó Macker si no sería mejor, aunque rodeasen algo, volver por donde habían ido para salir por donde entraron, que no ofrecía dificultad.

Pero D. Alberto le hizo entender que, siendo probable disminuyera la fuerza vegetativa en proporción del alejamiento del lago, debían esperar que á partir de allí encontrarían ya el bosque más claro y fácil de pasar; y para ello bastaría el corto tiempo que se emplease en el último desmonte que les ocupaba. Convinieron en esta observación Sander y Koshid, y siguió el trabajo adelante, terminado una hora después; y al salir de aquella espesura entraron en una extensa pradera con varios árboles aislados en más de 4 millas que se alcanzaban á ver.

Siguieron media hora sin tropiezo alguno; pero ántes de llegar á un pequeño grupo de árboles que finalizaban un espeso seto de más de un kilómetro de largo, oyeron un rugido con algunos tintes de maullo, seguido de otro y otros más, en cuyo intervalo se escuchaban otros maulllos ó pequeños gruñidos, que hacían sospechar á

los de la caravana habia delante de ellos más de una fiera. Prepararon sus armas, y Sander, D. Alberto y Koshid echaron pié á tierra, marchando á guisa de cazadores. Los perros comprendieron que debian acompañar á los cazadores y marcharon algunos pasos delante de ellos.

Al llegar la caravana á rebasar el seto de árboles vieron al pié de un gran tamarindo que habia en medio de la pradera que seguian, una hermosa pantera que miraba sin cesar á una rama del árbol rugiendo y maullando, y en posicion de dar un salto hácia ella; de la cual salian otros maullidos y rugientes quejidos. La pantera, al ver la caravana, hizo un esfuerzo y de un salto pasó el tronco y llegó á las primeras ramas, sosteniéndose allí en aire amenazador y olvidada ya de su primer propósito. Por su parte la otra fiera que allí habia debió subir á la copa del árbol segun se deducia por el movimiento de las ramas.

Armanda propuso que la caravana pasara de largo, alejándose todo lo más posible del tamarindo; pero los perros habian llegado ya al tronco, y con sus ladridos despertaron en las fieras su rencor, siendo ya imposible hacer retroceder á los perros. Por esta circunstancia, y por el deseo que Sander tenia de poseer la hermosa piel de aquella pantera, siguió adelante con sus dos compañeros, tomando todos los demás posicion en un gran círculo alrededor del árbol.

Cuando los primeros llegaron á quince pasos y los segundos á cincuenta, pararon todos, siendo entónces más frecuentes los rugidos de la pantera y más continuados los ladridos de los perros. Siguiendo Sander con la vista la dirección marcada por los perros llegó á distinguir al fin el animal que perseguia. Le hace fuego y oye al tiempo de la detonación un sordo rugido, viendo

á la fiera lanzarse hácia él con las garras abiertas, cuyo alcance evitó fácilmente con un movimiento rápido de costado. Al caer la pantera dió otro bote y llegó á Koshid, que sólo tuvo tiempo de sacar su cuchillo, y por su fortuna, clavársele con acierto en el corazon, que obligó á caer la fiera muerta á sus piés; pero no fué sin que ésta no hiciera á su enemigo dos largas heridas en el brazo y muslo izquierdo, si bien poco profundas y de escaso interés. D. Alberto, que, desde que vió muerta á la pantera, volvió á buscar la otra fiera oculta en el tamarindo, paseaba su vista sin cesar, acompañado de Lind y despues de Dragon y Aquiles, que al fin indicaron el punto á donde habia de dirigir su mirada. Hecho esto descubrió un precioso lince que yacia en la copa del árbol con la boca hácia abajo, abierta y amenazadora, haciendo salir un continuo mugido y soplido parecido al del gato, que no anunciaba buena disposicion. D. Alberto le tiró y el animal cayó del balazo, pero de pié y con alguna vida, que los perros no se atrevian á acabársela de quitar aunque no se separaban tres piés de él, hasta que D. Alberto descargó en la cabeza el otro tiro de su carabina.

Reunidos todos los compañeros, se hizo un alto de media hora que se tardó en curar á Koshid y en desollar las dos fieras, cuyas pieles se guardaron cuidadosamente. Vendadas las heridas de Koshid pudo éste montar á caballo sin dificultad y manejar sin dolor el brazo, habiéndole asegurado Sander que al dia siguiente se hallaria en libertad de ejercer toda clase de movimientos y al otro como si estuviera enteramente bueno.

Ninguna otra novedad les ocurrió en el resto de la jornada, que la terminaron casi en el límite del bosque ó principio del desierto. Los camellos marcharon bien y los caballos y burros nunca se habian portado mejor.

Al siguiente dia se encontraron en pleno desierto desde las diez, y no hubo más novedad que el empeño que tuvo Macker en perseguir á la carrera á dos avestruces que levantó la caravana. Se cansó de correr, y con él Aquiles, y nada pudieron conseguir, si no es el haber recibido unas cuantas pedradas y violentas granizadas de arena que los lastimó todo el cuerpo, sufriendo Macker una descalabradura á raíz del pelo. En media hora que duró su carrera (por su fortuna en la direccion que llevaban) anduvo 7 millas, y no pudiendo más, y do-liéndole y sangrándole la pequeña herida, se paró y apeó, sentándose al principio y andando á paso corto despues, para no perder la traspiracion; cuyo tiempo aprovechó tambien para lavarse la herida y vendarse, presentándose asi como trofeo á sus compañeros luego que le alcanzaron. Armanda fué la primera que habló diciendo:

— ¡Ah, mi pobre Macker! ¿has sufrido una caída?

— No, sino que he sido apedreado más de lo que yo quisiera.

Todos los de la caravana soltaron una sincera carcajada, pues preveían que ese seria el desenlace de la persecucion de los avestruces. Macker sufrió como buen filósofo aquella esperada burla, y subiendo nuevamente á caballo se incorporó á sus amigos, empezando por asegurar á su esposa que no tuviera el menor cuidado, pues se sentia completamente bueno.

Al dia siguiente, despues de emprender la segunda marcha por la tarde, y al pasar un ancho desfiladero, vieron venir hácia la caravana unos 15 jinetes armados de lanzas y en son amenazador atronando el espacio con sus voces. La distancia que los separaba seria ya de unos 500 metros, cuyo intervalo pasarian en medio minuto. No habia tiempo que perder, y D. Alberto se adelantó con sus amigos y la escolta, de la que una

parte se apostó delante con las armas preparadas dando la voz de ¡alto! Los enemigos, en vez de obedecer, se dividieron en dos grupos, de que uno rodeó la altura que bordeaba el camino para reaparecer á retaguardia, y el otro volvió instantáneamente grupas, no tardando en avanzar de nuevo para coger la caravana entre dos ataques. La escolta se dividió tambien, quedando al frente D. Alberto y Koshid con 10 hombres y los criados, y á retaguardia Sander, Macker y otros 10 hombres y varios conductores, todos bien armados.

Las tres jóvenes quedaron en el centro, con sus carabinas preparadas y los revolvers á la cintura.

Apénas tomaron posición, penetraron las dos bandas enemigas en el desfiladero, las cuales sólo se contuvieron al sufrir una doble descarga que hizo caer la mitad de los caballos y tres jinetes. Los restantes retrocedieron momentáneamente para avanzar despues, sufriendo otra doble descarga, que dió dos caballos más de baja y siete hombres. Los cinco restantes siguieron avanzando y fueron recibidos á su vez por las tres amigas con certero fuego; pero uno que, más afortunado, quedó ileso, pasó como una exhalacion tumbado sobre su caballo; atravesó el grupo que formaban las tres mujeres y sacó á una de la silla llevándola consigo. Todo esto fué obra de un momento, y por más que Sander acudió como el rayo, no pudo evitar que el misterioso Solitario, pues él era, amenazando primero á Aurelia, sacase de su silla á Aglae, y con ella desapareciese. La persecución duró media hora, hasta que el caballo de Sander, insensible ya á las espuelas que le desgarraban la piel, acortó su carrera y se paró despues. Sander entónces se tiró con viveza al suelo, y apuntando al caballo del Solitario hizo fuego. Caballo y jinetes cayeron, dando lugar á que pudiera llegar Aurelia la primera por la mayor

velocidad de su caballo, amenazando con su revolver, que no se atrevia á descargar, y despues D. Alberto y Macker. Todos rodearon al Solitario, que se hizo fuerte con el cuerpo desmayado de Aglae, y D. Alberto de un salto llegó á él, sujetándole á duras penas con sus hercúleas fuerzas, no sin haber parado ántes la accion del brazo enemigo que amenazaba hundir un puñal en el pecho de su víctima.

—¡Mátame!—Gritaba el Solitario.—¡Mi vida es maldita!

—No; yo no sé matar á mis prisioneros, aunque mereces más que la muerte.

—¡Mátame ó deja que yo me mate!—Abd-el-Kir no puede ya con el peso de la vida.

Pero D. Alberto no le hacia caso, y mandó á Macker y despues á Sander, que acababa de llegar, le atasen piés y manos con las riendas de sus caballos. Aurelia en tanto recibió á la pobre Aglae, que no pudo volver de su accidente por entónces, hasta que á la llegada de Armada y Koshid pudo éste reemplazar á Sander, quedando libre el médico para ver con satisfaccion que Aglae no tenia más que un ligero desvanecimiento producido por el golpe que, al caer, recibió en la cabeza; desvanecimiento que cesó en breves instantes, haciendola aspirar algunas esencias.

Los criados, conductores y cargas, que tan atrás se habían quedado, alcanzaron al fin á los señores, determinando D. Alberto se hiciera allí alto y se levantasen las tiendas, como poco tiempo despues sucedió, dejando los animales en el centro del vivac, y formando alrededor con la escolta y conductores un cordon defensivo.

Pero ántes de fijarse todos en el kraal se reconoció el campo por medio de Yurufen, dos criados y siete soldados, y hallaron cinco negros ligeramente heridos, nueve

muertos y seis caballos útiles, destinándolos á los más antiguos soldados de la escolta. Enterrados los cadáveres de los negros enemigos, se encargó Mr. Sander de curar los prisioneros, asegurando que ántes de seis dias podrian quedar enteramente buenos, siendo indispensable que dos de los heridos viajasen á caballo de no poder quedar en reposo cuatro dias á lo ménos.

En cuanto al Solitario, cuyo nombre él mismo dijo ser Abd-el-Kir, hombre de arrogante presencia y pura raza árabe, pareciendo ser ó haber sido persona de suposicion, le alojaron en la tienda de D. Alberto y sus amigos, tratándole con la consideracion que exigia su desgracia.

Cuando todo entró en calma se le acercó el señor de Bazan y le dijo, á presencia solamente de sus amigos é hijos.

— Abd-el-Kir, has querido hacernos mal y Dios te ha castigado. Si en la gruta donde la casualidad hizo te viéramos la primera vez te inspiraste en esta idea, no cumpliste como buen hijo del Profeta, que aconseja el heroismo basado en el bien y la virtud y no en la torpe violencia del bandido. Tu pecado ha sido grande, pero Dios ha querido consentir salgas ileso del choque que tú mismo has provocado, sin duda para darte lugar al arrepentimiento. Dime, por tu vida, quién eres, y si tu alma es capaz de reparar tu falta, único medio de que yo te perdone.

— ¡Inshallah! Mi espíritu es fuerte como la tempestad, noble y grande como las palabras del Koran, y no se humilla por ceder á la razon. Quisiera haber muerto en vèz de mis compañeros, ó que vuestra venganza me hubiera llevado con ellos. Acto era de justicia y así lo deseaba yo. Pero el pecado necesita para su perdon mayor castigo, como es el vivir despues de ser vencido.

Quereis que sufra el martirio de una vida llena de amargura, y desde hoy envenenada por la derrota, la humillacion y la pérdida del solo bien que me reconciliaba con el mundo. Sea, pues Allah lo quiere. — Escucha.

Soy Abd-el-Kir, hijo del que fué sultan independiente de Kordofan, hasta que en el aciago año 1820 de vuestra era, el afortunado Mehemet-Ali agregó al Egipto la tierra que yo debia heredar. A la edad de 6 años hice viaje al Cairo, acompañado de mi tio Abdallah, donde permanecí hasta cumplir los ocho. Luego pasé á la Meca á rendir homenaje de respeto y adoracion á nuestro Profeta, pidiéndole valor y acierto durante el reinado que me esperaba. Allí conocí á muchos de mi familia, agregándose á mi compañía un primo bastante cercano, llamado Said-Ali, que era de mi edad y de mis inclinaciones.

Antes de cumplir los 9 años salí de la Arabia con Said-Ali y Abdallah para recorrer la Turquía y la Europa; países de gran valer por consecuencia de su envidiable civilizacion, cuyas ventajas deseaba para mi arenosa patria, que en mi anhelante fantasia veia reverdecer y fructificar por todas partes, sangrando el Nilo blanco y haciendo pozos artesianos que dieran jugo y vida á aquel amado suelo mio, tan abrasado por el sol.

Pero al estallar la guerra, sin haber cumplido aún los 19 años, volví al Africa, teniendo que pasar desde Argel todo el territorio y desierto que media hasta el Kordofan, siéndome imposible hacerlo por Egipto. Las dificultades, peligros y detenciones fueron tantos y tan incalculables, que al llegar á mi desgraciada patria todo habia terminado para mí. Mehemet-Ali era ya dueño de mi reino, y al llegar á Obeid caimos prisioneros, siendo condenados á muerte, pena que ya habian sufrido todos los miembros de mi familia, como al siguiente dia la su-

frió también el infeliz Abdallah. Said-Alí y yo pudimos escapar acompañados de algunos fieles amigos, de los que hoy han muerto nueve. Con ellos pudimos llegar á Darfur y poco despues á estos países, más allá de los cuales y fuera de las miradas de los hombres (que nunca se atrevieron á penetrar allí) formamos una tribu independiente, y hasta un reino más tarde por la sumision de varias tribus que supimos conquistar.

Diez años despues quisimos intentar el recobro de Kordofan, y para ello nos pusimos en relacion con ciertos amigos. Pero dos veces se descubrió la conspiracion y la sangre corrió á torrentes, teniendo desde entónces cuidado los égiptios de duplicar las guarniciones de Obeid y Kartun. En una de las excursiones que aisladamente hicimos Said-Alí y yo, hallamos el pequeño oasis que habeis sorprendido; lugar retirado de los dos únicos caminos por donde siempre marchan las caravanas y tropas, y por consiguiente muy á propósito para establecernos allí sin cuidado el tiempo que fuera preciso á nuestros planes. Labramos un poco del terreno para tener alimento, y en un sitio donde parecia haber señal de agua hicimos un pozo, que luego originó la idea de la cueva que habeis visto. El agua se encuentra en ella saliendo sobre una pileta como una taza, que siempre está llena y nunca rebosa ni se agota.

Doce años más tarde murió Said-Alí y me rogó le depositara, como lo hice, en el *oasis de la esperanza*, que es como la llamábamos, y siempre que allí voy me parece hablarle, y que la vida sonrie á aquel hermano, cariñoso amigo, santo entre los santos y digno de estar, como estará, al lado del Profeta. Desde aquella época consagro por costumbre dos meses al año á la oracion; y allí, delante del sepulcro del que fué mi mejor amigo, á donde yo solo me dirijo, quedando ese tiempo mi escolta

por las orillas del Gahzal, pido á Dios único y todo poderoso ver satisfecha mi esperanza y un poco de felicidad para este pobre desterrado. Y Dios me oyó y el Profeta me protege, porque allí estoy en mi patria y la piedad me anima.

Vosotros conocéis ya mi retiro, pero vosotros no más; y confío en vuestra nobleza para que nadie más lo sepa y turbe el reposo de mi amado hermano Said-Ali.

— Pierde cuidado, noble Abd-el-Kir: de ese retiro nada sabemos ya nosotros, como ahora y nunca nadie sabrá nada de las revelaciones que comprometan tu tranquilidad y porvenir. Fía en mi palabra.

— Allah te lo premiará y yo despues de Allah. Escucha aún.

— Hace dos años y medio supe la llegada á Gondokoro de una mision y nada hice para impedir penetrara más tarde en mis Estados, si este era su deseo. Al contrario, di órden de tratar bien á todos los que la componian si alguna vez se presentaban. Hará un año les ví la primera vez, y convencido de que la doctrina era buena, aunque insuficiente ó inintiligible entre negros, los acompañé algunos dias y les di consejo de la vida que debian practicar. Hace siete meses los volví á ver por vez última, segun ya os dije, dispuestos á bajar á Darfur y volver á países inexplorados por nosotros.

Al llegar aquí guardó silencio y como D. Alberto le dijera no podia ligar la nobleza de sus obras con la ligereza de su conducta en aquel dia, respondió:

— Me hallásteis por casualidad, Allah lo quiso y bendigo su nombre. ¡Ojalá que jamás hubierais por allí aparecido, ó que vuestra curiosidad no os hubiera llevado á descubrir mi retiro! Vi á las huries, y al quedar solo, su memoria enloqueció mi mente. Allah me ha castigado y Said-Ali tambien, pues dejé la oracion ántes de tiem-

po, y desatentado corrí en pos de una idea inspirada por el enemigo de los fieles. Busqué mi gente, os vi una vez y os seguí despues para ser vencido con la pérdida irreparable de mis valientés y leales compañeros. Mi vida es maldita, ya lo veis. La desgracia va siempre en pos de mi; pero si el Profeta me perdona, yo juro por mi honor y las sagradas cenizas de mi padre, por las del martir Abdallah, y por las del santo Said-Ali, que yo seré vuestro mejor amigo.

—Me fio de tu juramento y te doy la libertad—dijo D. Alberto al tiempo que desataba á Abd-el-Kir.

Lo primero que este hizo fué arrodillarse ante las jóvenes y pedirles perdon, despues cogió las manos de Aglae, las besó con respeto y la volvió á pedir perdon, que de muy buena gana se le otorgaron las tres.

D. Alberto mandó entónces que todos los de la escolta le miraran como su amigo y le trataran con la consideracion y respeto que el mismo D. Alberto les debía.

Koshid y su gente obedecieron este mandato, aunque llenos de sorpresa, y Abd-el-Kir les dió las gracias, suplicándoles al mismo tiempo le dejara marchar con sus amigos. Favor que inmediatamente le fué concedido, entregándole el que más valia de los seis caballos cogidos y acomodando del mejor modo posible en otros dos á los prisioneros de alguna gravedad. Se les dieron algunos viveres y Sander les recomendó la manera de proceder en el tratamiento de sus heridas, agregando algun medicamento y vendajes, de que explicó el uso más conveniente.

Agradecidos todos á esta manera de tratar sus enemigos, montaron á caballo, y saludando amistosamente á la caravana, tomaron la direccion SE.

—Me parece hemos hecho mal—dijo Sander,—y Dios quiera no nos arrepintamos de esta generosidad.

—No lo creo—respondió D. Alberto.—Abd-el-Kir es árabe desde los piés á la cabeza, y como tal vive con todas las preocupaciones y fanatismo de su raza. Por nada del mundo faltaría él á su juramento.

—Bueno será vivir prevenidos, á pesar de la formalidad de la promesa.

—Vivamos prevenidos, — respondió Aurelia, — pero abundo tambien en la confianza de que Abd-el-Kir no será ya nuestro enemigo.

Miss Aglae se sentia bastante bien y expuso la conveniencia de alejarse de aquel sitio luego de terminar la comida, no sólo para evitar la mala compañía de las fieras que vendrian á saciarse en los caballos, como por dejar este campo de sangre, ya que no podrian desecher su triste recuerdo.

Conformes con este consejo, á las siete se preparó de nuevo la marcha al Sur, no dejándola hasta las cuatro de la mañana, hora en que se encontraron con un arroyo ó pequeño rio, acampando en sus inmediaciones hasta reconocerle á la luz del dia.

Este arroyo debia ser un afluente del Ghazal, cuyo rio suponian ya bastante cercano. De todos modos el país, diametralmente opuesto al que hasta entónces habian seguido, convidaba con su riente fisonomía á descansar en él por todo el dia, levantando, en consecuencia, las tiendas y dejando á los animales en libertad de pastar por la pradera en que se hallaban. La vegetacion era en muchas partes unida, llena de savia y de tan exuberante frondosidad, que los trozos de bosque allí inmediato parecian impenetrables, siendo los árboles de los más gigantescos de cuantos habian visto. Pero á trozos habia praderas y terreno abierto, sembrado de arbustos y árboles aislados, tamarindos, mangíferos, ingas, magnolias, cordias, platanus y varias especies de

mimosas, tapizando el suelo muchas gramíneas, verbenas, persiflóreas, juncias y ciperáceas. El arroyo era algo profundo, y por los guijarros y piedras desprendidas que formaban el álveo, entónces casi seco ó solo alimentado por varios manantiales ó pequeñas fuentes, se conocia corria torrencialmente en las épocas de lluvia.

En aquel dia, 18 de Enero, se presentaba el cielo despejado, sereno y brillante; y el sol, esparciendo su radiante luz por este pintoresco país, ofrecia al parecer un dia delicioso, que más tarde no pasó de 24 centígrados de calor.

Mr. Sander curó de nuevo á Aglae su ligera herida, para la que ya bastaba un paño y la venda; habiendo cesado del todo el dolor y empezado la cicatrizacion.

Esto hecho, y habiendo dejado el ganado al cuidado de los conductores, montaron á caballo D. Alberto y Sander, Armanda, Aurelia y Aglae, Koshid y Yurufen, bien provistos de armas y municiones, para hacer un reconocimiento del terreno. A unos doscientos pasos vieron una manada de búfalos riñendo unos con otros, de los cuales se separó una pareja encarándose con los viajeros.

—Aguardad—dijo Sander adelantándose un poco y echando pié á tierra:—estos me pertenecen.

D. Alberto le siguió y se puso al lado opuesto. Los perros Dragon y Aquiles corrieron á los búfalos y éstos les hicieron cara tratando de cogerlos con sus cuernos tan encorvados que casi formaban una O, dando á su cuello todo el juego y libertad de movimiento que les permite la flexibilidad de sus nervios. Pero los perros eran demasiado diestros y no se aproximaron lo suficiente.

De pronto uno de los búfalos salió escapado y se dirigió á D. Alberto. Éste hizo fuego dando la bala y rompiendo uno de los cuernos, lo cual no fué obstáculo para

que la fiera siguiera su carrera; y hubiera alcanzado al cazador si ántes no hiciera salir el segundo tiro, con tanto acierto que, entrando la bala por un ojo, dejó muerta la res instantáneamente. El otro búfalo varió de direccion metiéndose por la espesura de un bosquecillo inmediato. Los demás de la manada dejaron su lucha y volvieron á atrás, viéndose al fin los exploradores libres de estos enemigos; con lo que siguieron su camino de reconocimiento. Pero á los pocos pasos los perros ladraron hácia el bosque por donde se marchó el segundo búfalo, y mirando por allí le vieron salir como una flecha hácia los cazadores. Sander le tiró desde su caballo y erró el tiro, dirigiéndose á él la fiera con decision, no teniendo Sander otro medio para evitarla que dar un rápido corte de costado, que no impidió dejara de recibir el caballo un buen arañazo en una anca, al sentir el cual partió á escape, sin que fuera posible gobernarle. El búfalo siguió derecho al grupo de jinetes, cuyas carabinas todas hicieron fuego contra él sin acabarle de matar, pero conteniéndole lo bastante para dar lugar á que D. Alberto, Koshid y Yurufen descargaran el segundo tiro con ménos precipitacion, logrando al fin dejarle tendido. En seguida se pusieron en busca de Sander, cuya direccion siguieron ayudados de los perros. Al principio marcharon al galope, despues detuvieron algo su paso y gritaron sin cesar llamando á Sander; pero no tenian contestacion, por más que así lo hicieron, durante media hora, no habiendo un desfiladero ni campo abierto alguno que no reconocieran y escurriñaran en balde.

Bastante preocupados ya con este incidente, iba Don Alberto á ordenar á Koshid volviera al kraal para que trajese diez hombres más y con ellos disponer una batida general, cuando Dragón olfateó de nuevo y llegó

á un sitio todo lleno de vejucos péndulos (*calamus*) entre varios árboles, cuyo suelo estaba cubierto de yerba de uno á dos metros, y por allí se metió ladrando de una manera particular. Todos le siguieron, aunque con algun trabajo, y despues de una hora oyeron el silbido y voz de Sander, alegremente contestada por los demás.

Cerca de un espeso bosque se hallaba aquel sentado y columpiándose entre dos vejucos enlazados, que fueron los que le sacaron de la silla, y le hubieran estrangulado si no tuviera la precaucion de cogerse con ambas manos á uno de ellos.

Y como cesó con su encuentro el temor que á todos produjo la desaparicion de Sander, no pudieron ménos sus compañeros de reirse á más no poder al verle en aquella extraña posicion, meciéndose en el aire á nueve piés del suelo. Pero cuando estallaron con estrépito las risas fué cuando notaron que en el árbol habia una docena de monos que se entretenian en tirarle frutas, por su fortuna pequeñas como avellanas, pero que le molestaban grandemente, no habiendo encontrado otro medio de subir al árbol para perseguir á sus enemigos que alcanzar una rama algo distante á fuerza de aumentar la amplitud de las oscilaciones de su columpio. Fácil le hubiera sido saltar al suelo y hacer uso de su carabina; pero esta se hallaba descargada y las municiones se le habian perdido en la carrera; y como el tronco del árbol era muy grueso y alto, creyendo que no le podria subir, prefirió ganar la copa desde el columpio del modo que hemos dicho.

—¡Bravo! Mr. Sander—dijo Aurelia—¡Bravo! Esto es lo que se llama saber sacar partido de la desgracia. Cuando le creíamos devorado por una fiera le encontramos tan bellamente divertido.

—¡Y con tan buena compañía!—dijo Aglae.

—Más vale así, amigo mio, más vale así.
—Sois muy crueles—contestó—ó por lo ménos poco compasivos.

Entónces explicó lo que pasaba y pidió una carabina para tener el gusto de matar siquiera á uno de sus martirizadores.

—Tomad la mia—dijo Aurelia alargándole su escopeta-rewolver.—Con ella podreis vengaros más completamente.

Así lo hizo Sander, descargando, despues de bien sentado en su columpio, los doce tiros en otros tantos monos, de los que unos cayeron muertos y otros heridos quedándose algunos colgados por el rabo sin atreverse á seguir á sus pobres compañeros que al fin eran víctimas de los perros. Uno de los monos, que no pudo ser herido, y que desde el primer tiro iba con rapidez de una rama á otra como una ardilla, tuvo la resolucion de avalanzarse al cazador, empeñándose entre ambas una lucha á muerte. Sander consiguió, no sin trabajo, pues tenia que mantener el equilibrio con una mano, apoderarse del cuello del mono y evitar que sus mordiscos hicieran otra cosa que rasgarle la ropa, como en parte lo conseguia tambien con sus cuatro manos; y ya creia que podria ahogarle, cuando el mono, por un esfuerzo violento dió una vuelta de arriba á bajo y rodeó con fuerza su rabo al cuello de Sander. Este entónces soltó á su adversario, y con la mayor presteza dió un salto gimnástico, llegando al suelo sin novedad con el mono colgado, en cuyo instante se desató éste de su adversario, y, huyendo de los perros, volvió á subir al árbol hasta la copa con un pedazo del pantalon de Sander en la boca, que sólo soltó para hacer gestos de triunfo y coraje contra los enemigos.

Si desde el principio de esta lucha pudieron los cir-

eunstantes disfrutar alguna cosa por lo original y graciosa, no pudieron contener su risa al ver descender á su amigo con el mono al cuello, desternillándose con toda su alma cuando vieron al mono celebrar su victoria y á Sander hecho tantos girones que sólo le quedaron útiles las botas, de las que pendian como flecos una porcion de tiras de sus pantalones. Gracias daba á Dios de no tenerse que ocultar de la vista de sus amigas. Por fin, todos cesaron de reir, para dar lugar cada cual al sentimiento de amistad; y como Macker apuntara al mono para hacerle pagar caros sus continuados y horribles gestos, le detuvo Sander diciéndole:

—Dejadle, es un valiente y debe gozar de su triunfo.

En seguida indicó que su caballo debia estar á la entrada del bosque inmediato. Fueron á él y efectivamente allí le encontraron enredado entre multitud de ramas y calamus que le sujetaban por todas partes sin dejarle movimiento alguno. La silla y freno estaban en el suelo con las cinchas y correas hechas pedazos.

Cortados los vejucos y desembarazado el camino pudo salir el caballo con toda la piel desgarrada y hecha una miseria. Se encargó á Yurufen le llevase de la mano, con encargo de que el talabartero procediese en seguida á componer la silla y la brida, y Sander montó el caballo de aquel, uno de los que llevaban los compañeros de Abd-el-Kir.

Volvieron asi al kraal sin continuar más tiempo el reconocimiento del terreno, visto que el pais se extendia con fisonomía idéntica al que habian ya pasado, fácil de atravesar y provisto de abundante caza. Al llegar á donde estaban los búfalos muertos subió un árabe á un árbol para colocar en él un pañuelo que, flameando como bandera, hiciese conocer la localidad á la gente de la escolta al venir á descuartizar las reses. Siguiendo el ca-

mino llegaron al vivac á las doce del día, siendo el primer cuidado de Sander mudar de traje. Tres horas despues tenian en él las pieles, y al fuego la parte principal de los búfalos, con cuya carne se regalaron todos los de la caravana á la hora de comer.

Al siguiente día 19, ántes de amanecer, levantaron el campo y atravesaron 20 millas sin novedad alguna; haciendo por la tarde 15 millas más, hasta llegar á una glorietta florida, llena de rosas, eliantos, albahaca, manzanilla, narios ó adelfas, árnica y no poca zarzaparrilla, de cuyas dos últimas plantas hizo Sander buscar provision.

Antes de ponerse el sol, Selim, el árabe que fué mordido por la culebra, avisó á D. Alberto haber observado un negro que acechaba el kraal, marchándose con precaucion hácia el Sur. Esto alarmó un poco al señor de Bazan, pero se limitó á llanar á Sander, Macker y Koshid, para que estuviesen sobre aviso, doblando la vigilancia por la noche, y evitar así una sorpresa. Con este fin se pusieron cuatro centinelas, y se comprometieron, además, á velar dos horas por turno los tres amigos y Koshid. Procediendo como siempre que abrigaban algun temor, pusieron el ganado cerca de las tiendas y cargas y la tropa se situó alrededor.

Nada, sin embargo, sucedió aquella noche, si se exceptúa la pequeña alarma que produjo en los vigilantes el lejano sonido de tambores, llamados en el pais *nogaras*, que la estupidez de los negros hace tocar para reunirse con el fin de sorprender un kraal; consiguiendo con esto únicamente avisar con anticipacion de sus intenciones para que el enemigo se prepare á la defensa. Por la mañana redoblaron más los nogaras; y como ya estaban todos en pié se abrevió el desayuno y se pusieron en marcha, dirigiéndose algo al SO. de donde venia el sonido.

IX.

Tribu de Nyam.

Anduvieron unas 14 millas sin hallar un alma, cuando de pronto se encontraron el camino cortado por un largo cerro de faldas verticales, que más bien parecía una pared ó parapeto de 15 á 20 metros de altura. Hicieron alto momentáneamente, dando lugar á que Macker y Sander, cada uno por su lado, verificasen un reconocimiento para ver el término de este gran obstáculo natural y saber si habian de dirigirse á la derecha ó la izquierda.

Un cuarto de hora despues llegaron de su expedicion los exploradores, diciendo Sander que por la derecha seguia el muro como alli aparecia, y creciente en altura hasta terminar en un bosque sumamente espeso é impenetrable por la multitud de plantas espinosas que, entretrejidas, formaban seto por donde ni los pájaros podian pasar. Macker, dijo lo mismo por su parte, pero añadió haber encontrado un desfiladero que suponía atravesaria todo el cerro. Se dirigieron á este estrecho paso, y vieron con efecto que el desfiladero conducia despues de 400 metros en zic-zacs, á un extenso país llano y bonito, en cuyo centro habia una poblacion de negros, compuesta de 300 chozas ó casas redondas, de paredes bajas de 5 piés, con techos cónicos de paja y yerba sumamente elevados. La puerta, único vano de cada choza, consistia en un agujero de 3 piés que obligaba á ponerse á gatas para entrar y salir.

La vista de los viajeros excitó la curiosidad de los habitantes, y reunidos con sus lanzas y rodelas en número de 800, se pusieron á dar saltos y figurar un ataque mimico, amenazando arrojar sus lanzas, avanzar y retirarse, todo esto acompañado de gestos que aumentaban su fealdad y de gritería endiablada de semejantes salvajes. La caravana pasó en marcha silenciosa, y don Alberto acompañado de Yurufen se adelantó algunos pasos con sosegado continente, parándose por fin, y haciendo ademán con la mano derecha para que se tranquilizasen. Los negros quedaron quietos de pronto y en silencio, avanzando el que parecía ser el jefe, acompañado de dos edecanes (un hombre y una jóven); los tres desnudos como Adan y Eva, cuyo sencillo traje vestia todo el pueblo, si bien el cacique y súbditos de algun valer llevaban al cuello collares de perlas, de porcelana y cristal, y en la muñeca brazaletes de hierro.

El saludo del jefe negro fué tan cómico y ridículo como todas sus acciones. Habló con acento gutural, acompañando sus palabras con gestos indescriptibles que por poco comprometen la gravedad y esfuerzos que para contenerse hacia D. Alberto. Yurufen, más acostumbrado al trato de estos pueblos, puso más atención á lo que decía que á lo que hacia, siendo muy poco lo que pudo sacar en limpio. D. Alberto preguntó en árabe si se le podría contestar, y por fortuna halló una excelente intérprete en la mujer, que dijo lo siguiente:

—Marecko, jefe de la tribu de Nyam saluda á los desconocidos, y les pregunta si vienen de paz ó de guerra.

D. Alberto respondió:

—Venimos de paz, y saludamos á nuestra vez al grande y poderoso Marecko, en cuya compañía pasaremos algunas horas si su voluntad lo permite.

—Mucho placer tiene Marecko y toda la tribu de reci-

bir en su país á tan buenos amigos, pero desea saber quiénes son y á qué vienen.

—Somos viajeros y venimos en busca de un jóven blanco, hijo mio, llamado Ernesto, del que nada he sabido hace mucho tiempo.

—¿Ese blanco venia acompañado de otros dos hermanos mayores?

—Sí, respondió con ansiedad D. Alberto.

La negra habló á Marecko; y las facciones de éste y sus dos compañeros sufrieron una trasformacion completa de alegría y satisfaccion; todo lo que aumentaba la penosa zozobra del señor de Bazan.

—Sí, Ernesto ha estado aquí dos veces,—dijo al fin la mujer;—una de ellas quince dias y otra menos tiempo. Se marchó con sus compañeros allá, del otro lado (decia señalando con su brazo al O.) sirviéndoles dos hermanos nuestros, y nada hemos vuelto á saber. Pero Ernesto volverá, y en tanto podeis descansar. Así lo quiere Marecko.

—Di que aceptamos su hospitalidad por breve tiempo.

Marecko dió una órden al negro, y éste volvió á la carrera al pueblo. Despues habló algunas palabras á la mujer, que dijo:

—Podeis pasar adelante. Marecko os acompaña, y yo, su hija Benisa, estaré siempre á vuestro lado para ser-viros.

D. Alberto mandó avanzar la caravana, y á poco entraron todos en el pueblo como amigos. Los negros batiéron los nogaras, y poniéndose en dos filas, á uno y otro lado de los viajeros, empezaron una danza original en medio de gritería confusa, que parecia una escena de diablos.

Por fin, al llegar al centro del caserío se apearon los viajeros, se descargaron los camellos y levantaron las

tiendas al frente de las chozas de Marecko y su familia.

D. Alberto hizo sacar varias telas de colores chillones, brazaletes y perlas, y despues de dar buena parte á Marecko, su mujer y Benisa, repartió muchas más á otros jefes y sus familias, quedando así todos contentos y visiblemente satisfechos.

Dentro de la tienda de las tres jóvenes, Armanda, Aurelia y Aglae, se hallaban Benisa y su compañera Corana en ocasion en que aquellas empezaron á arreglar su tocado deshaciendo sus hermosas y largas trenzas, que, al caer hasta el suelo, admiraron de tal modo á las dos negras, que no pudieron ménos de gritar seducidas por esta maravilla. Su exclamacion atrajo multitud de negros, acudiendo tambien con presteza D. Alberto, Sander, Macker y Koshid; pero enterados de lo que movia aquel pequeño alboroto volvieron tranquilos á sus tiendas para seguir su lavado. Corana y Benisa no comprendian cómo era posible aquel encanto y no se hartaban de tocar todas las trenzas y besarlas. Por su parte Marecko y Beliano, segundo jefe de la tribu, significaron su deseo de poseer una pequeña trenza de aquellos cabellos, que en su concepto, debian obrar maravillas como el mejor de todos los talismanes. Aurelia, que era la que le tenia más abundante y largo, pues envolvía con su pelo todo su cuerpo, cortó una pequeña trenza y la dividió en dos, dando la mitad á Marecko y la otra mitad á Beliano, quienes en seguida se las pusieron alrededor del cuello, dejando colgar una larga cola. Armanda y Aglae hicieron lo mismo, entregando unas cuantas cocenas de sus cabellos á las dos jóvenes negras, que se las pusieron en los brazos sin dejarlas de mirar un solo instante.

Una hora despues volvió á sonar el nozara, y reunidos todos los de la caravana, vieron que el pueblo se preparaba á una fiesta, que, segun dijo Benisa, era la

ceremonia del entierro de uno de sus hermanos, muerto el día anterior.

A la salida del pueblo y en el centro de una pradera grande y llana, se hallaba tendido el cadáver, rodeado de los miembros de su familia, con la lanza en una mano y la rodela en la otra. Seis pasos ántes estaba el tamborilero tocando dos nogaras, instrumentos muy parecidos á los timbales, colocados, como estos, sobre dos trípodes. A su compás se movían en dos filas los guerreros, agitando sus lanzas como si marchasen al combate, y á su frente los ancianos y los niños marchaban á pequeños saltos unos detrás de otros. Las mujeres, en corro alrededor del cadáver y su familia, saltaban en rueda sin adelantar paso alguno, agarradas de las manos y cantando de un modo plañidero y tétrico en honor del que había muerto, á cuyo canto contestaban los hombres con monosílabos ó con exclamaciones, terminando todos por mezclarse en danza original y voces descompasadas, agitándose en todos sentidos hasta que Marecko levantó su lanza, á cuya señal todos cayeron al suelo, y allí permanecieron boca abajo mientras los parientes del difunto sacaban el cadáver y le llevaban fuera de la población. Al llegar á unos 200 pasos, pusieron aquel de pié, movieron sus brazos en señal de despedida, y levantándose sus antiguos compañeros para recibir el postrer adiós, le devolvieron el saludo, acompañado de varias palabras y un redoble de los nogaras que fué el fin de la ceremonia. La familia del finado llevó el cuerpo algunos pasos más allá, donde le enterraron, c'avando su lanza en la sepultura. Todos los negros volvieron á sus chozas y no se acordaron más del que los había abandonado para siempre.

Benisa no se separó de sus tres amigas, á quienes explicó todo lo que significaba esta ceremonia. Cuando

el muerto lo ha sido en guerra,—les decia,—la ceremonia dura una mañana, y á más de los parientes le acompañan al sepulcro las familias de los principales jefes. Si el muerto es uno de estos, la ceremonia dura un dia entero, y tres si fuere en honor de Marecko ó el que haga de jefe principal de la tribu. En este caso, la sepultura la ponen junto á un árbol, á cuyo tronco quitan parte de la corteza y graban la figura de su lanza.

Al terminar la ceremonia era ya casi de noche y dos horas despues todo entraba en reposo. Pero aunque la caravana fué bien acogida, se tomaron precauciones para no fiarse demasiado, y Koshid impuso fuerte pena á los centinelas si descuidaban el cumplimiento de su deber. Mas nada pasó de particular, y el siguiente dia amaneció sereno y hermoso, cogiendo á todos levantados y en disposicion de tomar el desayuno.

Yurufen, que al fin se hizo entender de Marecko, pidió noticias del pais, contestando éste que su tribu era de las últimas del rio Kosinga, principio del Ghazal, no estando léjos un gran lago que le daba origen, llamado de C'Nisieu, donde habia otra tribu poderosa. Informó tambien de los productos del pais diciendo habia mucho coco, sagú, café, batata y plátanos de varias especies; no siendo ménos abundante la caza, á más del mucho ganado vacuno y lanar que la tribu tenia, del que sacaba gran parte de su alimento de carne y leche.

Despues de estas noticias hizo D. Alberto observacion y vió se hallaban á 3° 15' de latitud y 21° 15' de longitud de París. En tanto Sander, aficionado á la caza, propuso una partida para aquella tarde, á la que se reunieron Koshid, Macker, Yurufen y Marecko con tres indígenas más, que conocian bien el terreno y tiraban el arco perfectamente. Advertido Sander que pudieran encontrar elefantes, hizo sacar las dos carabinas Kolland

que cargó convenientemente y entregó á los dos criados Charles y Gloom, para que las diesen en el momento de pedir las al que las quisiera usar.

Anduvieron desde las tres á las cuatro sin encontrar más que pequeños animales, que huían por aquel campo abierto y fácil de atravesar, aunque algunos se les quedaban mirando sin ningun recelo. Pero á eso de las cuatro llegaron á un nuevo valle rodeado de alturas graníticas vestidas de musgo y arbustos, en cuyo fondo se veía una manada de elefantes, en número de doce. Estos animales, que más pensaban en pastar que en ser inquietados ni ménos guerrear, siguieron quietos un gran rato, hasta que Macker hizo fuego desde su caballo á la manada, que distaba aún 200 metros, hiriendo á uno en una oreja. Este se volvió con coraje, produciendo un espantoso ruido metálico, que nada bueno anunciaba, y los restantes marcharon hácia adelante, contentándose con hacer sonar su trompeta. Marecko y sus tres súbditos volvieron á la carrera perseguidos por el elefante, no siendo poca fortuna para ellos encontrar un árbol al que treparon como gatos. Macker bajó del caballo que dió á Gloom y tomó el trabuco Kolland, situándole sobre la trípode, y apuntó con serenidad á la frente del elefante, que no distaba ya de él más de veinticinco pasos. Sander quedó á un lado dispuesto á llamar la atención de la fiera si Macker erraba el tiro; pero no hubo necesidad, pues la puntería era buena, y al llegar el elefante á veinte pasos salió el tiro, que atronó el espacio, y el elefante quedó parado, cayendo de pronto de costado sin movimiento alguno, con cuya caída hizo temblar el piso.

—¡Bravo, Macker! ¡Bravo!—gritó Sander—corriendo hácia su amigo, y dándole un buen apretón de manos.

Fueron todos á donde estaba el elefante, y sin pararse

más que á medir los colmillos, de los cuales el de la izquierda tenia 2 metros, y el romo de la derecha 1^m60, volvieron á montar á caballo y continuaron su caza, encargando á uno de los negros fuera al pueblo y avisara de lo ocurrido para que viniese la gente á desollar el elefante y descuartizarle, teniendo cuidado de guardar la bala si la encontraban, que debia estar en el interior del cráneo.

A la media hora de esto llegaron á un paraje bastante cerrado por grupos de bosquecillos, y se dividieron los cazadores en tres bandos, uno de Koshid con Yurufen y un negro; otro de Sander con Marecko y Charles, y otro de Macker con otro negro y Gloom. Dragon seguia á Sander y Aquiles á Macker.

Poco tiempo despues se oyó el ladrido de Dragon y un tiro. Corrieron los demás hácia donde esto sucedió, y vieron á Sander que venia á escape, seguido de un leopardo de gran tamaño, cuya fiera no hacia caso de la presencia y persecucion del perro. La llegada de los nuevos cazadores llamó al fin la atencion del leopardo y se dirigió á Koshid, el cual le esperó á pié firme y descargó sobre él parándole en su carrera; pero con vida y coraje todavia, quiso perseguir á su enemigo y dirigirse despues á Macker, cuando una tercera bala de Sander le hizo rodar por el suelo sin la menor señal de vida.

La piel era hermosísima, y despojado de ella el leopardo, se la entregó Sander á Koshid, como á quien de justicia correspondia.

A las cinco y media estaban ya de vuelta en el pueblo, donde vieron los árboles llenos de los despojos del elefante, y las negras todas ellas ataviadas con un delantal amarillo ó colorado, de los que les regalaron á la primera entrevista, y se pusieron de aquella manera por consejo de Aglae, Armando y Aurelia. Marecko, que no

quiso ser ménos, hizo otro tanto con dos de sus pañuelos, colocando uno por delante y otro detrás, pareciendo así un danzante en enaguillas. Pero tanto le gustó la idea que dió orden á todos para que hicieran lo mismo, usando ramaje ó flores los que no tuvieran pañuelo.

—Esto mismo tuvo grande empeño Ernesto que hiciésemos, —dijo Marecko;—pero como no teniamos las bonitas telas que ahora nos adornan, no podiamos seguir el consejo.

—¿Y qué hareis cuando estos mantos se concluyan? —preguntó Macker.

—Volveremos á nuestra antigua y cómoda costumbre.

—Podeis sustituir éste con otro y otros de más duracion si así lo quereis, —indicó Sander.

—¿Cómo hemos de hacer eso?

—Muy fácilmente. —Ven conmigo.

Y Mr. Sander, acompañado de Marecko y Benisa y algunos más curiosos, se acercó á un plátano que entre otros muchos existia cerca del pueblo, y preguntó:—¿Hay muchas plantas de esta especie por aquí?

—Sí, —contestó Marecko;—más léjos hay muchos bananos de esta especie; pero son los peores de todos, y la gente no los come sino cuando no hay otra cosa.

—Justamente. Pues bien, arranquemos este pié.

—Ya comprendo: quereis que las hojas, más fuertes que las de los otros plátanos, sirvan para el traje; pero os advierto que duran muy poco y son muy incómodas.

—No importa: arranquemos el pié. Y Mr. Sander con su hacha de caza dió tres ó cuatro golpes y cayó el plátano.

Le llevaron á la poblacion, quitó las hojas con que se vistieron algunos que todavia iban en traje de gala, y separó todas las pencas. Hecho esto sacó un cuchillo y

fijó su hoja de canto sobre un tronco de árbol. Labró otro pedazo de tronco y le enterró, colocando encima el primero con la cuchilla hácia abajo, bien sujeto al otro por medio de cuerdas, y de manera que entre los dos quedase el corte de la cuchilla un centímetro elevado sobre el tronco inferior. En seguida agarró una penca y la hizo pasar por debajo del corte. Encargó á Marecko tomase un extremo, quedándose el con el otro, y empezó un movimiento de vaiven contra el corte de la cuchilla por espacio de 3 á 4 minutos: sucediendo que en cada pasada dejaba la penca una porcion de carne, apareciendo, al final de la operacion, un manojo de hebras tenaces y suaves, más ó ménos delgadas que Mr. Sander ordenó en tres clases, las más gruesas, las medianas y las más delgadas ó finas. Repetida la misma operacion con las demás pencas se obtuvieron como 5 kilogramos de hebras textiles. Al mismo tiempo que esto se hacia llamó al carpintero Alasen, y con una tabla que formaba pié de apoyo en una carga, le mandó trabajar un bastidor con el que preparó un sencillo telar de que enteró perfectamente á Marecko para continuar con la luz del siguiente dia la operacion que iba á seguir.

Hernando avisó estar pronta la comida y todo se suspendió por entónces, dando lugar la ocupacion del dia y lo que esperaban saber al venidero, un agradable y sosegado sueño, no sin haber danzado los negros con sus descompuestos ademanes y gestos extraños.

Poco despues de amanecer, y apenas se tomó el desayuno, ya estaba la poblacion apiñada alrededor de los viajeros, y Sander instruyéndolos por medio de Benisa en el modo de tejer por separado dos de las tres clases de fibras, que le dieron dos clases de telas muy apreciables, de las cuales una regaló á Benisa y otra á Corana, ofreciendo hacer otra mayor, como la hizo para Marecko,

y otra para Beliano, á fin de que se las pusieran á la espalda en bandolera.

Todos aplaudieron la confeccion de estas telas, y Sander volvió á explicar detalladamente y con la mayor claridad posible todas las sencillas operaciones que se deben ejecutar desde que se ha cortado el plátano y separado sus pencas, hasta que salen las diversas clases de telas, que pueden ser tantas como apartados se hagan de fibras en tres, cuatro ó cinco clases. Con las fibras más gruesas se hacen cables, y Sander les enseñó tambien la facilidad con que se tuercen y logran estos utilísimos auxiliares en la vida del hombre. «En consecuencia, decia Sander, este plátano (el musa textoria), tan abundante en el país, segun asegura Marecko, es una bendicion de Dios; pues con él tiene el pueblo bramanté, cordeles y cables para muchos usos de la vida, y telas más ó ménos finas para vestir el cuerpo, fortificarle y engalanarle, como asimismo para hacer una porcion de objetos útiles, de que os pueden dar idea nuestros sacos de caza y costales de harina.»

Encantado el pueblo negro con este descubrimiento é instruccion recibida, fueron muchos de sus hijos al prado en que se daba el plátano textorio, y trajeron multitud de troncos, cuyas pencas separaron y empezaron á pasar por la cuchilla, en tanto que el carpintero preparaba dos telares más. Al acabar su faena los negros presentaron muchas arrobos de fibra, que Sander aconsejó subdividieran en varias clases, haciéndolo hasta la quinta. En seguida establecidos tres talleres en los tres telares dispuestos, empezaron los negros bajo la direccion de Sander á practicar la operacion del tejido, consiguiendo al fin aprender una mujer y dos hombres, que á su vez debian ser los maestros de los demás. Ensa-

yaron la confeccion de cuerdas, y ántes de las dos de la tarde tenian ya multitud de ellas y de telas para ponérselas como mandiles y mantos casi todos los hijos de Nyam que todavía estaban de todo rigor.

Ocurriósele á Marecko que las telas eran todas iguales de color, presentando un amarillo blanquecino poco ó nada variado. M. Macker le convenció que este color era el mejor de todos, pues preservaba más del calor.

Sin embargo, Mr. Sander salió, y á poco rato volvió cargado con una porcion de plantas de una misma especie, todas enredaderas, que allí se crian en abundancia, llamadas por los negros *Litao*, y que Sander nombraba *Basella lúcida*. El fruto, que es una baya globoso-carnosa, y el tallo rojo, tiene una gran cantidad de jugo carminado, que se desprende bien con la coccion. Así Mr. Sander, despues de separar las hojas, puso á hervir una gran vasija de barro, y en ella echó los tallos y frutos de la basella. Al mismo tiempo hizo legia con cenizas y limpió varias de las telas tejidas. A las pocas horas pasó el jugo del *Litao* á otras dos vasijas, le mezcló con un poco de sulfato de alúmina que sacó de su botiquin, y usó como mordente, y todo así preparado, metió dentro de las vasijas que contenian el liquido tintóreo las telas que en ellas cupieron, dejándolas reposar algunas horas más; en cuyo tiempo Mr. Sander hizo conocer á los negros otras plantas que daban tintes parecidos y que se disolvian con igual facilidad, como el morinda y *cœsalpinia*, el justicia, y varias cortezas de árboles que quedaron señaladas: así como tambien aseguró sacarian azul del *marsdenia*, y amarillo del *gambogia*, *brussonnetia* y algunas mimosas que les dió á conocer. Terminada la explicacion que les hizo del modo de proceder al tinte, sacó las telas y las tendió entre ramas de árboles hasta que se secaran, quedando

de color apurpurado claro, que encantaba á toda la tribu y con especialidad á Marecko y Beliano.

Les dijo tambien Sander que el litao se comia y sabia muy bien, cogiendo la planta jóven, partiendo en pedazos los tallos y cociéndolos despues; pero como en esa disposicion tenian la propiedad de hacer fecundas á las mujeres, debian estas tomarlo con medida cuando no quisieran tener más familia.

Al oir esto un negro que empezaba á encanecer, hizo que Mr. Sander repitiese lo último que habia dicho; y este, comprendiendo al negro, le aconsejó no diera de comer á sus mujeres más que lo que él mismo comiere del litao por necesidad ó placer; pues el exceso produce el efecto contrario, esterilizando la mujer.

Serian entónces las dos de la tarde y D. Alberto daba la órden de emprender la marcha hácia la laguna de C'Nisien, cuando llegó corriendo un jóven negro, habló dos palabras con Marecko, y éste, en seguida, hizo batir el nogara y reunirse en guerra todos los combatientes, que eran más de quinientos útiles. Creyendo D. Alberto si seria esto alguna traicion de la tribu, ordenó á los suyos tomar las armas; pero Benisa le dijo:

—Es la tribu de Nansi, que viene en masa á hacernos la guerra.

—¿Por qué esa hostilidad?

—No se sabe á punto fijo. Artiario, que acaba de llegar, sólo ha podido ver el grupo de guerreros que contra nosotros se dirige. Marecko sospecha si será porque habiendo desaparecido algunas vacas de Nansi, hayan creido que nosotros las hemos robado, aunque no es verdad.

—¡Secké! (jefe)—dijo Marecko llegando en aquel instante.—La tribu de Nansi viene á atacarnos, y es seguro que llevará la victoria, pues tiene más y mejores

guerreros que nosotros. Debemos huir. Tiempo hay todavía. Mandad que carguen los camellos.

—No, Marecko: nunca estaremos más seguros que resistiendo á esos extraños enemigos. Toma esta carabina y municiones y aprende á hacer uso de ella como verás hacemos nosotros. El modo de cargar es el siguiente.—Y D. Alberto instruyó al negro cómo debía hacer para servirse de aquella arma. Despues le dijo apuntase á un tronco de árbol, lo hizo así, dió al gatillo, y la bala penetró en el tronco.

—Perfectamente: sólo se necesita serenidad, y en todo ir despacio para no perder tiempo. Por lo demás, si el tronco de un árbol hubiera sido el cuerpo de un enemigo, te habrias ya librado de él. Carga ahora delante de mí.

Marecko cargó, si bien al principio quiso echar la bala ántes que la pólvora. Tomó su carabina y lleno de seguridad, que duplicaba su valor, dijo:

—Tienes razon, Secké, que vengan los nansis; aquí los esperamos.

—Y nosotros os ayudaremos á vencer. Lo que es menester es que no soneis el nogara hasta que los enemigos estén á la vista. Al contrario; es preciso salirles al encuentro en completo silencio para sorprenderlos. Puedes por ahora hacer que la gente esté pronta y pongámonos en marcha.

Preparados los caballos y tomando cada cual sus armas, y D. Alberto, Sander, Macker, y Koshid escopetas-revolvers, como sus criados y escolta, salieron en silencio precediendo á la tribu y dirigiéndose hácia donde sonaban los nogaras de sus enemigos. En el pueblo sólo quedaron las mujeres y niños y algunos conductores al cuidado de las cargas, burros y camellos.

D. Alberto subió la pequeña altura inmediata que

eerraba el territorio de Nyam, y vió el ejército contrario, compuesto de unos 1.500 combatientes, que venia en una sola fila hácia el desfiladero. Volvió y ordenó que se cortaran dos árboles que como talas se pusieron tendidos en el desfiladero en el primer recodo que hacia, de modo que no podian ser vistos por el enemigo sino cuando estuviese encima. Al mismo tiempo hizo que los negros se dividiesen en tres secciones, una para defender el desfiladero, situándose á derecha é izquierda sobre los costados del mismo, que no debia entrar en accion hasta que se internase en él el enemigo; otra que debia rodear la altura por la derecha, apoyándose en el bosque, y otra que haria lo mismo por la izquierda, prontos á echarse encima de los contrarios cuando fuere tiempo.

Obedecidas estas disposiciones aguardaron la llegada de los nansis, lo que tuvo lugar de allí á media hora. Los gritos atronaban el aire, y venian más envalentonados al no ver presentarse ninguno á resistirles. Los nogaras redoblaron sin cesar, y los gritos é insultos fueron crecientes cuando penetraron en el desfiladero. Al llegar á las talas sonaron los nogaras contrarios y encontraron lo que buscaban, siendo rechazados por las flechas de nyameses con pérdidas de consideracion. Despues de retroceder quisieron flanquear por ambos extremos la altura, abriéndose paso al través del bosque; pero tambien hallaron inopinada resistencia, que les obligó á replegarse de nuevo al centro, ahogando su griteria y consultando, como el último esfuerzo, el subir directamente el repecho sirviéndose de los escalones y asperezas de que estaba sembrada esta pared natural. Lo hicieron así, y aunque con sumo trabajo, escalaron todos á una esta difícil muralla, subiendo á ella como gatos; pero entonces fueron recibidos por los huéspedes

graneando sin cesar descargas sobre ellos, que les hicieron volver atrás apelonados y confundidos, rodando la mayor parte al precipicio; sin parar de correr los que para ello quedaron, y sobrecogidos de terror hasta una gran distancia. Entónces, separadas las talas, salieron los nyameses, frescos y descansados, acompañados de los caballeros y su escolta, y en un instante pusieron en precipitada fuga á sus enemigos, que no tuvieron tiempo de volver la cara hasta que se hallaron en su hogar, perfectamente escaumentados.

Al volver los nyameses á su pueblo se contaron todos y todos estaban allí, sin haber recibido un solo arañazo.

Este feliz éxito acabó de enloquecer á aquella gente, que desde entónces consideraron á los extranjeros como dioses, de quienes no querian separarse.

Mas á pesar de esta glorificacion, D. Alberto, que sentia haberse detenido tanto tiempo, dispuso que al amanecer estuviere todo listo para marchar hácia el lago C'Nisien.

Los negros bailaron y cantaron en celebridad de su victoria y de los dioses blancos á quienes principalmente la debian: y hartos de danza y ronzos de gritar se rindieron al fin y todo quedó en silencio, descansando y dejando descansar á los que debian caminar al dia siguiente.

Al amanecer fué la despedida, y Marecko, Benisa, Corana y varios jefes más acompañaron á la caravana las tres primeras millas, dejando ir con ellos á Benisa para servirles de guia y de intérprete hasta el lago y más allá si necesario fuese. Quisieron hacer montar á Benisa en un camello; pero ésta prefirió un burro para cuando se cansara de ir á pié al lado de sus amos.

X.

Lago de C'Nisien.—Combate de dos leones.

El país era ya más abierto y muy desnudo de vegetación: todo él pesado por lo fangoso y lleno de mosquitos, que no dejaban parar á nadie, obligando á las señoras á echarse el velo, único medio de librarse de estos incómodos animalitos. El ganado sufría también mucho con la picadura de una mosca azulada, que fué causa de que algun camello se tumbase y vertiese la carga, y que Batallador derribase á su jinete, imitándole el Prudente, y hasta que Ruiseñor cantase sin deseo alguno. Pero esto era nada en comparación de lo que debía suceder por aquel país en los meses de lluvia, de Abril á Setiembre.

En tres largas jornadas llegaron sin novedad sensible á una alta montaña donde decia Benisa se hallaba la laguna, origen del río; y efectivamente, á las cinco de la tarde del tercer día vieron este lago, de unas 6 millas de ancho y 10 de largo. El país era mucho más fresco que el que habían dejado, muy pintoresco y poco ó nada accidentado, extendiéndose casi llano indefinidamente; pero en grandes porciones de las márgenes se levantaban verticalmente elevadas crestas que parecían inabordables.

Hecho alto en la orilla á que llegaron, sobre una verde pradera, y levantadas las tiendas, se propuso D. Alberto observar la posición y encontró se hallaban á 7° de lati-

tud y 20° 22' de longitud, sobre 1.200 metros de altura sobre el mar.

Al amanecer del día inmediato prepararon una expedición á los pueblos de las orillas del lago. D. Alberto y Macker, acompañados de Koshid, Benisa y diez turcos para averiguar lo que se supiera respecto de Ernesto; y á las ocho se pusieron en marcha llevando un camello cargado de bisutería y telas.

Mr. Sander, en tanto, entretuvo el tiempo en coger aves acuáticas que por allí había, y en herborizar por las inmediaciones. A su vuelta se encontró á Armanda algo indispuesta, con bastante dolor de cabeza y fiebre.

Hasta entónces no se habían alarmado Aurelia y Aglae: alarma que creció bastante al ver que tres horas despues cayeron malos, tambien con fiebre, cuatro árabes, dos conductores y Gloom. Pero á la vuelta de Sander tuvieron más tranquilidad cuando le oyeron declarar que tanto la indisposicion de Armanda como la de los hombres era una simple calentura que al día siguiente cesaria, efecto de la humedad del lugar y miasmas producidos por el agua estancada allí y en varios otros puntos que rodean la localidad. Hizo por de pronto que los enfermos tomasen quinina, y encargó á Hernando pusiera á cocer dos gallinetas y un pato para tener caldo que darles en momento oportuno. A las doce del siguiente día estaban de vuelta los expedicionarios, despues de haber visitado todo el litoral y parándose algun tiempo en cada pueblo, sin saber otra cosa que Ernesto había estado allí y desaparecido súbitamente de uno de los pueblos, sin saberse despues absolutamente nada de ellos.

Con estas noticias D. Alberto quedó tan apesadumbrado que no reparó se hallaba Macker al lado de su

mujer enferma; y fué menester que esta hablase asegurando que nada pasaria á su hermano para que D. Alberto volviera en sí. Pero ¡cuál fué su dolor al ver lo que pasaba! Quería que inmediatamente se cargasen los camellos y que toda la caravana se alejase de aquel lugar, que llamaba de maldicion. Pero Sander le hizo observar la imposibilidad de verificar la marcha á aquella hora con la mitad de la gente enferma. Respondia de ser todo ello poca cosa, pero que, no obstante, era preciso faltase á todos la calentura aunque se sufriese un pequeño retardo.

Por fortuna Aurelia y Aglae se hallaban muy bien, y Benisa dijo que á una jornada del lago habia aún otra tribu que creia llamarse de Farinha, cuyo país era sano, y tal vez pudiera estar Ernesto allí. D. Alberto recibió esperanza y resolvió atender con solicitud á los enfermos.

Por la noche todos habian caido con calentura, á excepcion de Aurelia, Benisa y Sander, que no tuvieron un momento de descanso para atender á todos. Armanda era la que daba más cuidado por su postracion. Don Alberto no cesaba de delirar, ya imaginándose abrazado por su hijo despues de haberle salvado de la muerte que le preparaba una tribu salvaje, ya ofreciéndose á Dios en cambio de la salud de Armanda, ya, en fin, separando á Aurelia con angustioso trabajo de multitud de fieras que la rodeaban. Pero cediendo la intensidad del mal á la madrugada, vino con el descanso una favorable reaccion en todos, y á las diez de la mañana empezaron algunos á recobrar la salud. Aglae fué la que primero se levantó, colocándose en seguida al lado de Armanda, que, aunque ya sin calentura, no podia dominar su debilidad y angustia. D. Alberto, para quien la gran fuerza de voluntad tanto valia, pudo levan-

tarse á la una, y por la tarde sólo Armanda estaba aún acostada.

Preciso era partir de allí, como lo resolvieron construyendo ántes una camilla para Armanda, que difícilmente se hubiera podido tener á caballo. Todo así dispuesto el siguiente día siguieron las huellas de Benisa, y á las dos de la tarde acamparon en un sitio muy sano, donde al fin todos recobraron la fuerza, y hasta Armanda pudo ya dar un paseo del brazo de su padre.

Al otro día hicieron una buena jornada por un país que á trozos era arenoso y cultivable, cerca ya de la tribu de Farinha á donde se dirigían. Allí permanecieron dos días, al cabo de los cuales Armanda volvió á su mejor salud.

Antes de la primera hora de la noche del 31 estaba la caravana con igual animacion, fuerza y esperanza que en un principio, preparándose á llegar al siguiente día al territorio de la tribu inmediata, que, segun Benisa, era la última de aquel territorio, siguiendo despues el desierto inexplorado. De pronto oyeron dos rugidos cercanos al kraal, que espantaron á los animales, apelonándose todos como tenian por costumbre siempre que presentian la proximidad de una fiera.

Los hombres tomaron las armas, y las tres jóvenes con Benisa quedaron en la tienda preparadas con sus revolvers. No hay que decir que Aurelia con Lind era la guardiana de la puerta.

Los rugidos se repitieron sucesiva y constantemente, y en su direccion marcharon, algo separados unos de otros, D. Alberto, Sander, Macker y Koshid, acompañado cada uno de dos árabes, quedando los demás cerca del campamento para su defensa.

Se adelantaron los cazadores con precaucion y vieron por fin, desde unos matorrales, dos leones en lucha y

una leona que iba y venia en el espacio de un metro, dando lúgubres gemidos, sin hacer otra cosa para impedir aquel desafío á muerte. De los dos leones uno era amarillo-rojo y el otro tan oscuro que á aquella hora parecia negro. D. Alberto hizo seña á los que se hallaban distantes de aguardar el resultado de aquella lucha, preparados á resistir la que con ellos pudiera seguirse. Al propio tiempo hizo que un árabe volviera al kraal, y dijese lo que pasaba para que no tuvieran cuidado alguno.

Los dos leones seguian su lucha encarnizada, rugiendo sordamente al compás de la leona, que, como una gran coqueta, parecia interesada por los dos, y complacida sin duda de la estimacion que de ella hacian ambos y demostraban de aquella imponente manera. El leon rojo se defendia hacia un momento en el suelo, desgarrando con sus uñas el vientre de su contrario; pero éste, por su parte, heria por todos lados con garras y dientes. De pronto hizo un gran esfuerzo el que estaba debajo y se puso de pié; el negro saltó atrás, quedando un instante los dos en situacion de avanzarse de nuevo, como lo hizo primero el rojo sin dejar su ronco rugido; pero el otro evitó el golpe y volvió con rapidez, acompañando su accion con otro rugido mayor, y encontrando á su enemigo en el aire cayeron los dos al suelo, donde se despedazaban de nuevo sin ceder ninguno ni desmayar, como implacables y fuertes enemigos. Volvieron á separarse y á encontrarse otra vez alentados en su furia por los lamentos de la leona; hasta que agarrados, sueltos y vueltos á precipitarse uno contra otro, sin dejar su sordo y cavernoso rugir, dió el leon negro un prolongado y doloroso gemido, cayendo muerto sin desprender sus garras del cuerpo de su contrario, que no tardó tampoco, despues de violentas con-

vulsiones y haber perdido una gran porcion de sangre, en caer sin vida como su poderoso rival, todo destrozado.

La leona entónces calló, se acercó á uno y otro, y sin un gemido de compasion ni agradecimiento por aquellos dos valientes que se sacrificaron por ella, marchó despacio, volviendó la cabeza otras dos ó tres veces. D. Alberto, que la habia apuntado, hizo fuego hiriéndole en una pata: lo que la obligó á volver frenética hácia su enemigo, abalanzándose de un salto al árabe que le acompañaba. Este no se desvió tan pronto que no le alcanzase una garra ligeramente en el muslo, haciéndole gritar el dolor; pero el árabe era valiente y entendido en la caza de leones.

—¡Dejádmela á mí!—dijo al tiempo que sacaba su pequeño puñal de caza con más presteza que la leona empleó para volver á él.—La partida es mia.

Y extendiendo el brazo, al que la fiera se abalanzó con la boca abierta, introdujo la muñeca con destreza y volvió el puñal con la punta hácia arriba, que la misma leona se clavó con fuerza al dar la dentellada, atravesándose el cráneo y quedando en consecuencia muerta en el acto. El árabe, llamado Kabirah, recibió algunas cortaduras en la muñeca, de las cuales sólo una ofrecia algun cuidado. Mr. Sander, á quien siempre acompañaba bálsamo restañador de la sangre y algunas vendas, hizo allí mismo la primera cura de Kabirah, declarando que en dos dias de quietud el brazo se hallaria completamente bueno.

Se desolló la leona, cuya piel pertenecia de derecho al valiente Kabirah, y no se hizo caso de las de los leones por haber quedado hechas mil pedazos. Les quitaron sin embargo las melenas, que aprecian mucho los negros de ciertas tribus para hacer collares y adornar su cuerpo y cabeza.

Libres de los tres enemigos que parecían dueños de la selva, comieron con alegría, y pasaron luego una noche de verdadero descanso y tranquilidad, durmiendo todos hasta la salida del sol. Una hora después caminaban hacia la tribu de Farinha por un país del todo abierto, de muy escasa vegetación, llano y sin accidente alguno, y tan escaso de agua que fué preciso cargar los camellos en la última fuente que encontraron.

XI.

Tribu de Farinha.

A las doce se hallaban á 6 millas de la tribu, según cálculo de Benisa: hicieron alto y tomaron descanso de dos horas. A las dos y media estaban de nuevo en marcha, bien preparados, por su fortuna, con sus armas, pues no conocían los naturales que iban á visitar. Cerca de las cuatro divisaron á la derecha un pequeño cerro, donde creyeron ver una pequeña choza y oír un grito, y allí se dirigieron. Mas no anduvieron una milla cuando por detrás del cerro salió en guerra todo el pueblo, en número de unos 1.200, marchando al son de sus nogaras con furor salvaje hácia la caravana. D. Alberto mandó alto y aguardó, colocando las cargas en medio y la tropa en ala. Los negros de Farinha trajeron la parada por debilidad ó miedo, y llenos de coraje marcharon decididos con sus lanzas y flechas á combatir el extraño enemigo que se les presentaba, dando aullidos penetrantes y sonando un gran nogara que llevaban entre dos. Llegarian á 50 pasos cuando D. Alberto se adelantó algunos con Benisa, haciéndoles señas de quererlos hablar. Los de Farinha, sin embargo, siguieron furiosos, dirigiendo una nube de flechas, que afortunadamente quedaron cortas. Vuelto D. Alberto á la caravana, ordenó una primera descarga que obligó al fin á los negros á detenerse; pero al ver que habian caído siete de los suyos, prorumpieron en salvaje gritería y, desbandándose á la carrera, cubrieron el campo de flechas, de las que algunas se clavaron en las cargas y otras quedaron cor-

tas. El fuego continuó sobre las masas, y los caballeros y las tres jóvenes, acudiendo con sus briosos caballos y reвольvers contra varios grupos enemigos, ponían á todos en fuga, sembrando en ellos la admiración y el espanto. Los turcos, serenos y atentos á las órdenes de su jefe Koshid, estuvieron certeros y firmes en sus puestos, sosteniéndose bien delante de las cargas sin dejar aproximarse los enemigos. Los conductores y criados les ayudaban con entusiasmo y valor, provisto cada uno de una carabina ó escopeta-revolver. La pelea se habia hecho general y los negros enemigos atacaban con valor y decisión, habiendo logrado herir un caballo, dos turcos y dos camellos. En esto sucedió que, sobreexcitados los caballos de Aurelia y Aglae, escaparon como rayos, rompiendo y destrozando las filas enemigas, que sobresaltadas les abrian paso y dejaban huir; hasta que, contenidos por un grupo impenetrable, saltaron dos negros á las grupas, y dando á los animales con las uñas del brazalete de hierro, perdieron los caballos la poca serenidad que les quedaba y escaparon desbocados, atravesando el campo como exhalaciones. Todos los de la caravana vieron esto y se apresuraron á correr tras los fugitivos, y en particular Sander, que parecia el genio bélico de aquella tarde, y el infortunado D. Alberto, cuyo valor indomable no pudo vencer la barrera que le oponian sus enemigos, á los que ya no veia por no quitar los ojos de su hija y amiga. Armanda estaba al lado de Macker y no lejos de Sander, con igual empeño de pasar que todos, cuando Koshid gritó:

—¡Bueno! ¡mirad! y señalaba á los fugitivos, viéndose primero dos nubes de humo y oyéndose algo confusa una doble detonación.—Han hecho uso de sus reвольvers y han muerto á sus enemigos—y añadió:—Esperad, yo puedo salir del campo.—Diciendo esto clavó

las espuelas en su caballo y marchó á escape, sin que los pocos negros que por su parte habia pudieran contenerle ni alcanzarle sus flechas. La batalla no cesó un instante, ya retirándose los negros al acercarse una descarga, ya avanzando de nuevo con su estridente gritería, usando de las flechas todos ellos, y alguno que otro más valiente amenazando de cerca con su lanza. Pero Sander, Macker y D. Alberto, rodeados de una masa de enemigos contra la que no podian lanzar sus caballos, yacian casi en la inaccion, reducidos únicamente á amenazar con las carabinas y mantener al enemigo algo lejano; hasta que Sander, despues de recomendar Armanda á sus amigos, y tomando en una mano el revolver y en otra el sable damasquino que siempre llevaba consigo, hirió fuertemente con la espuela á su caballo, que al fin salió á escape, apareciendo Sander como un torrente devastador que impuso á los enemigos, huyendo estos despavoridos y otros desbandándose á derecha é izquierda en irregular confusion. D. Alberto hizo entrar á Armanda en las filas de la tropa, y él y Macker se lanzaron por distinto lado produciendo el mismo efecto que Sander, cuando este ya volvia por diferente camino. En su carrera D. Albertó chocó con un grupo de nueve negros, de los cuales tres lograron sujetar al caballo y dos más herirle con sus lanzas; pero el ánimo del héroe no desmayó, y cogiendo por un brazo á dos enemigos los despidió á cuatro pasos de distancia, atropellandó al tercero al mismo tiempo que con su hacha le dió un golpe mortal en la cabeza. Revolió contra los restantes, que ya se habian puesto en fuga y siguió á favor de sus compañeros, hiriendo á todo el que encontraba á su paso; pero su caballo tropezó y cayó con violencia, despidiendo al jinete á gran distancia. Los negros más cercanos corrieron entónces á él furiosos con sus lanzas; y

ya le iban á alcanzar cuando sonó un formidable grito que dominó todo el campo, y dejó aterrados á los negros exclamando:—¡Abd-el-Kir! ¡Abd-el-Kir!—Y efectivamente, Abd-el-Kir, seguido de 20 jinetes á escape, se lanzó como una fiera sobre el pueblo negro, y en ménos de diez minutos dejó el campo libre de enemigos, consiguiendo que los que no tomaron la fuga á su aparicion arrojaran las armas, y de rodillas imploraran su perdon.

De este modo terminó aquella tenaz lucha, de la que resultaron dos turcos muertos y seis heridos, á más de D. Alberto y un conductor; dos camellos muertos, dos caballos heridos y la pérdida que creyeron momentánea de Aurelia y Aglae; el enemigo tuvo multitud de bajas.

Sander y Armanda y Macker, dieron las gracias á Abd-el-Kir, y en seguida fueron donde se hallaba D. Alberto tendido, sin conocimiento y todo lleno de sangre, á cuya vista no pudo resistir Armanda, que cayó desmayada en brazos de su esposo. Sander dispuso por de pronto que se trasladase allí toda la caravana, y en seguida se informó del estado de su amigo, viendo que ni las heridas eran graves ni el golpe que le causó el desvanecimiento tendria consecuencias desagradables. Levantadas las tiendas y acostados D. Alberto y su hija, dió Sander al primero una pequeña sangría que le obligó á volver en sí. En seguida hizo la cura correspondiente á las heridas, que, por fortuna, no tenian sintomas de veneno; atendió al estado de Armanda, que, vuelta de su accidente, se instaló al lado de su padre, y concluyó Sander por hacer la cura de los seis pobres soldados y conductor herido. Examinó de nuevo las flechas, y más particularmente los dos cadáveres de los desgraciados turcos, y se convenció plenamente de que las heridas no tenian veneno alguno, siendo sencillo ocurrir á su cura-

cion, y tanto más fácil cuanto que ninguna presentaba proporciones alarmantes. No se olvidó tampoco de atender á los animales heridos; y ya se habia puesto el sol cuando volvió al lado de D. Alberto para descansar de sus grandes fatigas. Agradecidos éste y su hija á tanta solicitud no sabian cómo expresarle sus sentimientos amistosos, pero Sander les decia que, siendo en todos recíproca la obligacion de servirse, no habia mérito particular en lo que él hacia por deber y amistad.

Abd-el-Kir se despidió momentáneamente de sus nuevos amigos para ir á castigar al pueblo que tan mal habia cumplido las órdenes que le dió de no maltratar á nadie y no batirse sino en defensa propia.

—Perdónalos, Abd-el-Kir—dijo en voz de ruego Armanda.—En su juicio han podido creer que nosotros éramos enemigos suyos, siendo su violento ataque lo que ellos han entendido por su defensa.

—Eso estaria bien si el campo de batalla fuera el mismo pueblo. Pero á dos millas de distancia no se puede creer sino que ellos salieron á provocar y áun obligar la lucha que yo les tengo terminantemente prohibida: ántes bien, mis órdenes son de proteger y amparar á todo el que á sus puertas llegare, como solemnemente lo prometieron cuando despues de librarlos del yugo que les habia impuesto una tribu nómada y cruel, quedaron sujetos á mi dominio. Necesito, pues, no desprestigiar mi autoridad, y hacerles entender con saludable castigo que estoy dispuesto á que la respeten en toda su extension. Los conozco bien, y estoy seguro que no tendrian empeño en conferenciar con vosotros ni áun admitir el parlamento que les mandaseis.

—Así fué, en efecto,—contestó Macker.—D. Alberto quiso hablarlos y todos aguardábamos en paz y buenos deseos de que se estableciera inteligencia amistosa en-

tre unos y otros; pero ellos nada escucharon, contestando á nuestro generoso ademan con una nube de flechas que nos obligó á responderles como reclamaba nuestra defensa. Sin embargo, creo con Armanda, que obraron por error como lo hicieron, y bastante castigados quedan ya, estando, como vemos, el campo sembrado de multitud de ellos.

—Debieran haber perecido todos. No obstante, lo queis, sea; no los castigaré de muerte, pero les haré entender que todos son vuestros esclavos.

—Tampoco eso—repuso Armanda.—Sólo queremos sean nuestros amigos. Puedes decirles eres portador de nuestro perdon, en cambio del cual sólo deseamos nos miren como hermanos.

—Grande debe ser la doctrina cristiana, si ella os inspira esos delicados sentimientos desconocidos de los demás pueblos.

Y pensativo Abd-el-Kir, salió de la tienda, montó á caballo, y corrió hasta el pueblo de Farinha.

En tanto pasaban las horas y Aurelia y Aglae no parecían, ni Koshid tampoco venia á dar razon alguna de lo que ocurría; siendo lo más sensible que el accidente de D. Alberto y la cura de los heridos obligaba á todos á permanecer en el campamento, temblando que al despertar aquel del primer sueño conseguido, si no hubiera llegado ninguno, fuera esto ocasionado á un funesto porvenir.

Yurufen, que habia quedado de jefe de los soldados, propuso ir con media docena en seguimiento de las huellas, creyendo en su buen deseo hallar las amigas ó saber á qué atenerse despues. Armanda queria aceptar este generoso favor, pero Sander se interpuso y dijo que á mas de ser ya de noche y no poder seguir el rastro, don Alberto se hallaria en disposicion de montar á caballo al

dia siguiente, pudiendo quedar en el pueblo con Abd-el-Kir los siete heridos para aguardar allí los pocos dias que necesitaba su definitiva curacion: y en este caso creia seria mejor que toda la caravana fuera en busca de Aurelia y Aglae por si era necesaria la fuerza para rescatarlas.

—Si no las ha sucedido otra cosa que llegar á larga distancia—decia—hasta apurarse el aguante de sus caballos, basta con el amigo Koshid para hallarlas esta misma tarde y servir las de guia hasta llegar á nosotros. Si hubieran caido en poder extraño, poco serian seis hombres para imponer á una numerosa tribu. De todos modos me parece prudente aguardemos, y tiempo tendremos todos para dispersarnos en busca de nuestras queridas compañeras.

El consejo de Sander prevaleció y esperaron. Pero acabó la noche y pasó la mañana siguiente, y únicamente volvió Abd-el-Kir acompañado de Sabara, jefe de la tribu, que imploraba á nombre de toda ella, el perdón de sus anteriores enemigos por el mal que les habia ocasionado; ofreciéndose al mismo tiempo él y los suyos como los mejores amigos y servidores de los blancos y egipcios.

Armanda, Sander y Macker, estimaron en lo que valia aquel arrepentimiento y sentimiento amistoso, y á su vez ofrecieron su interesada solicitud como hermanos que son de toda la humanidad, especialmente de los humildes y los que, arrepentidos como ellos, excitan los sentimientos de caridad y amor fraternal.

—En prueba de esto—dijo Mr. Sander—iremos al pueblo, y en él procuraremos asistir á los heridos de ayer.

—Sí—repuso Armanda:—todos nos dedicaremos con afán á ese santo deber de los buenos cristianos, y Dios

hará que en cambio volvamos á ver á mi infeliz hermana y nuestra amiga Aglae.

—¿Cómo!—dijo Abd-el-Kir—¿Han desaparecido?

—¡Dios lo ha querido así!—Ayer, impulsados sus caballos por dos negros, salieron desbocados y no han vuelto todavía.

—Sabara, ya lo ves—dijo Abd-el-Kir con ira reconcentrada;—vuestro crimen ha traído la mayor de todas las desgracias, el desconsuelo y el llanto, la aflicción que mata despues de crueles tormentos.

—Las vimos huir—contestó Sabara,—con los fuertes Gorano y Otumpa, que subieron como tigres en los caballos poco ántes de la gran carrera que tomaron. Un poco despues las bonitas blancas hicieron fuego sobre mis hijos y éstos cayeron muertos, siguiendo las blancas hasta perderse de vista los caballos.

—Pues bien: es preciso ir á buscarlas, y si se encuentran suplicarlas el perdon y acompañarlas hasta dejarlas en poder de sus compañeros. Te va la vida en ello. Escoge, pues, gente hábil y valiente de tu tribu; seguid las huellas de los caballos hasta que deis con ellos y las personas que llevaban, que son más sagradas que yo para vosotros.

—La tribu Farinha morirá toda, si necesario fuese, en busca de aquellas valientes mujeres.

Y Sabara echó á andar hácia el pueblo sin volver una vez sola atrás la vista.

D. Alberto despertó de su profundo sueño, sintiéndose ya bastante bien; por lo cual juzgó conveniente Sander imponerle de todo lo que habia pasado y de la esperanza de hallar brevemente á su hija y amiga.

Aquel hombre de bronce lloró entónces como un niño; pero desahogado así, y dirigiendo sus ojos al cielo rogó á Dios con toda su alma, pidiéndole resignacion en su

triple desgracia, valor y luz para hallar á sus hijos queridos. Y debió Dios escucharle, pues desde aquel instante nació en él la esperanza que todos abrigaban, y dispuso por de pronto partiera la caravana al pueblo de Farinha. Saludó con afectuoso agradecimiento á Abd-el-Kir, el cual le dijo daba gracias á Allah por haberle permitido la fortuna de hallarlos á tiempo de poderles ser útil, pagando en parte el favor que les debía.

Dispuesta la expedicion al pueblo, y montados los heridos en los burros y camellos, que sólo llevaban ya la mitad de la carga, marcharon en compañía de Abd-el-Kir, y ántes de una hora estaban de nuevo alojados en sus tiendas al lado de la poblacion. D. Alberto observó el cambio favorable que se operó en todos los habitantes, pasando de un extremo al otro hasta ser importunos con sus humildes zalamerías.

Sander visitó á todos los heridos de la tribu; hizo felices operaciones, que los negros sufrieron con estoicismo digno de una epopeya, y aconsejó á las familias lo que habian de hacer para continuar la cura.

Pasaron ocho dias, durante los cuales ninguna noticia se recibió de Aurelia y Aglae ni Koshid, como tampoco de los exploradores que salieron con Sabara.

Al dia siguiente desapareció Abd-el-Kir; pero la tribu siguió obsequiosa con sus huéspedes; tanto más contenta cuanto que recibieron muchos de sus individuos grandes regalos de lencería y baratijas, que ponian fuera de sí de alegría á todos ellos.

D. Alberto sufría tanto de espíritu que, estando bueno de sus heridas, como los demás soldados, creyó Sander conveniente sacarle de allí para mantener su esperanza de hallar á Aurelia del mismo modo que le mantenía la de hallar á Ernesto. A la verdad, no ménos deseaba Sander acudir á este deber que ocupaba su

alma desde que vió desaparecer á sus amigas; pero la voz de la humanidad habló á su corazon, y, comprimiendo sus caballerescos sentimientos, se consagró al bien de sus desgraciados compañeros, confiando en Dios y la buena fortuna de los que habian salido en busca de Aurélia y Aglae, que pronto recibirian buenas noticias. La conviccion que abrigaba su alma de que nada malo les habia sucedido mientras no volviera alguno de los expedicionarios, tranquilizaba un poco su espíritu y le daba valor para aguardar.

—Marchemos, amigo Sander—decia D. Alberto;—ni un momento más de espera. Mi salud es buena, y buena es ya la de todos nuestros compañeros. Aguardar más se me haria insoportable como se me hizo en España, y como no pudo ménos de parecerme en el Cairo. ¡Dios mio! Si hubieran sido víctimas de salvajes ó de fieras!

—Tranquilizaos, señor—repuso Benisa.—Es muy raro si no imposible haya fiera en el desierto; y en cuanto á salvajes no debemos temer nada, pues nadie dice que fuera de esta tribu haya viviente alguno. La carrera veloz que llevaron los caballos ha debido conducir á las señoras á muy larga distancia, de la que no podrán volver sino á paso lento. Además, el no haber llegado aún Sabara ni los suyos es señal de que se encuentran en algun oasis, donde por alguna circunstancia se hayan tenido que detener.

Los negros de Farinha estaban ya tambien en su mayor parte buenos, gracias al acierto de Sander y á la solicitud de Armanda y Macker.

Esto contribuyó á que toda la tribu amase de corazon á tan caritativas personas, cuyo ejemplo de bondad echó raíces en aquel pueblo primitivo y brutal, comprendiendo todos sus hijos la ventaja de proceder de una manera tan dulce y com pasiva.

XII.

En el desierto.—Angustias de la sed.

El 12 de Febrero salieron de la tribu de Farinha y marcharon precedidos de algunos guías que quisieron acompañarlos para no perder el camino que debieron llevar los caballos. Aquiles y Dragon iban delante de los viajeros, y Lind, cabizbajo y triste, al lado de Armanda. De pronto este noble perro olfateó el rastro y salió á escape adelantándose á los guías. Una hora despues se paró aullando delante de un bulto oscuro que se divisaba. Sander salió á escape y llegó á donde el perro estaba, viendo uno de los cadáveres de los negros en completa putrefaccion, atravesado el pecho por dos balas. Poco más allá estaba el otro, rodeado de buitres que escaparon á la proximidad del jinete. Los guías cogieron los brazaletes de hierro, sembrados de puntas aceradas, y siguieron la marcha.

Lind continuó á paso más corto por la voz de Sander que le llamaba y queria no se separase de la caravana.

Aquel dia no se acordaron de comer y siguieron viajando hasta que dos individuos de la escolta cayeron al suelo asfixiados del calor y faltos de alimento. Esto avisó á D. Alberto lo que debia hacer, y á aquella hora, las cuatro de la tarde, mandó parar y levantar las tiendas. Sander apostó centinelas ó vigias por cuatro puntos distintos y algo alejados, á los cuales se les llevó su comida. El país era enteramente desierto, seco y cálido en demasia, y se hallaba al SO. del pueblo de que partieron.

Por la noche habia una completa oscuridad y silencio sepulcral, pudiéndose decir que en aquella region no tenia lugar la vida de ninguna clase de seres. Arena y cielo era el todo, sin el menor vestigio animal ni vegetal. La soledad era absoluta, y el sentimiento de tristeza que á todos imprimia esta falta de vida, se reflejaba en los animales, buscándose entre sí y apiñándose con más avidez aún que cuando se creian amenazados por una fiera.

Pasó al fin la noche, sin hallar otra cosa que la misma sequedad, la misma carencia de vida, la misma soledad y silencio imponente; las huellas que seguian se veian aún sin interrupcion, si bien Lind daba algunas señales de alegría que hasta entónces no se le habian notado.

—¡Lasinah, lasinah!—gritó uno de los guías.

—¿Qué dice?—preguntó D. Alberto.

—Que hay pisadas de hombres entre las de los caballos—contestó Benisa.

—Sí, las de Sabara y su gente con toda probabilidad.

—Me parece que no. Hace tiempo seguimos las huellas de tres caballos y siete hombres, que son los que salieron de Farinha; y ahora se presentan multitud de otras huellas, que corresponden á hombres de piés más anchos.

Y efectivamente, reconocido el piso se observó que estaba lleno de huellas numerosas, que hacian suponer haber caido una tribu sobre los fugitivos.

D. Alberto se desalentaba al comprender la desgracia que le seguia; pero juzgando lo conveniente que le era ganar tiempo, mandó seguir la marcha con premura, y aquel dia sólo se descansó una hora. Lo propio sucedió en los tres dias siguientes, ó el quinto desde la salida de Farinha: dia en que se agotaba el agua sin esperanza de hallarla en aquel país siempre seco y des-

provisto de vegetacion. Los hombres parecian desmayar, los caballos se paraban á cada instante y los camelos empezaban á manifestarse desobedientes. La angustia de la sed iba á ser grande, y D. Alberto creia que no llegarían á puerto de salvacion.

Sander conocia tambien la ansiedad y desesperacion que el conjunto de circunstancias atraeria á todos los de la caravana: y para disminuir en lo posible la desolacion del alma propuso descansar desde entónces (dos de la tarde) y viajar de noche.

El consejo fué aceptado; y despues de vaciar la última gota de agua que quedaba, descansaron hasta las diez, poniéndose de seguida en marcha hasta las seis de la mañana. Como la noche era oscura, fué menester guiarse únicamente por el instinto de Lind, que sin vacilar recorria sin perder un momento la pista.

Al asomar el dia y empezar el descanso veian extenderse el desierto con igual fisonomía desconsoladora que en los dias anteriores, si bien no era tan llano como hasta allí. Los camelos hicieron alto por su propia voluntad y no hubo medio de hacerlos andar un paso más. Los caballos perdieron tambien aliento, y durante el dia buscaban la sombra de las tiendas, negándose á comer harina. Los burros eran los únicos animales que no rehusaban aún comer y obedecer.

Los hombres, fatigados y sin esperanza, hallaron algun consuelo en pasar el dia tumbados. Los perros eran los que todavía no se daban de baja. Observando Sander que movian las quijadas, llamó á Aquiles y le sacó varias chinias que tenia dentro; las echó al suelo y quiso reconocer la boca, pero nada vió, y al dejarle volvió el perro á tamar las chinias, que le producian alguna saliva. Se le ocurrió á Sander que este era un medio de aguantar la sed por el momento, evitando la sequedad

del paladar, y recomendó á todos siguieran el ejemplo. Así lo hicieron, y hasta en los animales tambien lo ensayaron, viendo que producía buen efecto por de pronto. El mal sería si el alivio no era más que del momento, reproduciéndose la sed con más violencia. Pero al fin pasaron el día con más ó ménos angustia, á que no poco contribuyó el sueño que disfrutaron todos, ménos el desgraciado D. Alberto. Al llegar la noche trataron de ponerse en camino; pero Armanda no podía moverse y ménos pensar en continuar la marcha; circunstancia esta que esperaban D. Alberto y Macker, viniendo á caerles encima cómo una bomba. Discurrieron qué hacer en tan crítico trance, y unánimemente resolvieron marchar, siendo más insostenible y lamentable su situación si permanecían quietos, y más aún si retrocedían.

—Las huellas extrañas que hemos encontrado y seguido—decía Macker—son de alguna tribu que no puede estar lejos de aquí, pues de no ser así no se comprende resistieran más que nosotros en un país tan desprovisto de subsistencia. No puede ménos, en consecuencia, de hallarse próximo algún oasis que ha sido la salvación de los viajeros, como lo será de nosotros si continuamos el camino.

El razonamiento de Macker era lógico, y en consecuencia, disponiendo una camilla con mantas y cuatro lanzas, llevaron en ella á Armanda, y los demás emprendieron la marcha siguiendo detrás de Lind.

—Marchemos, y confianza en Dios—dijo Sander.

—Si, amigos míos—respondió D. Alberto—confiemos en Dios, que es el solo faro de salvación que nos alumbra en esta tempestad de nuestra vida.

A las tres de la mañana, hora en que todavía estaba lejos el crepúsculo, vieron á Lind parado, y toda la ca-

ravana paró tambien. Sander comprendió que el perro habia perdido la pista y empezó, despues de llamarle, á hacer círculos con su caballo, que el animal seguia, y llegó á comprender lo que significaban. Entónces paró Sander y continuó Lind marchando circularmente, y así trazaba una hélice de ramas cada vez más abiertas, llegando á alejarse tanto que no se le veia. Poco tiempo despues volvió cabizbajo y aullando, sentándose al lado de la camilla de Armanda. Anduvieron al acaso media milla más y notaron que los caballos se hundian en arena fina, sucediendo lo mismo á los peatones. Uno de los guías gritó:—«¡Lasinah mahal!»

—Benisa tradujo y vió efectivamente un bulto como un hombre que se destacaba á lo lejos.

Todos miraron al sitio designado por el brazo de Benisa, y vieron un hombre de pié. La alegría volvió á los corazones, porque todos comprendian que donde hay un hombre hay vida, y la vida no se sostiene sin agua. D. Alberto por su parte creia que aquel era el término de su viaje, donde á la vez hallaria el agua tan deseada á sus hijos y sus amigos.

Yurufen dió un silbido penetrante y otros dos despues, y notó con sorpresa, como notaron todos los demás, que el hombre-centinela no se movia ni daba señales de vida.

—Sigamos hácia él—dijo muy animado D. Alberto.

Se adelantaron unos 100 pasos y llegaron hasta tocar aquel extraño bulto, que no era otra cosa que el tronco de un árbol seco, del tamaño y apariencia de un cuerpo humano.

D. Alberto volvió á su abatimiento, y poco ménos sucedió á toda la caravana: visto lo cual por Sander, dijo:

—Más vale que esto sea un árbol, que nos indica termina aquí el desierto, que no un hombre que nada pu-

diera decirnos. Creo que podemos descansar aquí y aguardar la aurora para reconocer con más acierto el terreno.

Tomado el consejo, descargaron los camellos, que ya no podían más, lo mismo que los demás animales, y apenas se levantaron las tiendas, todos, ménos Sander, D. Alberto y Macker quedaron en profundo sueño. Sander pretextó necesidad de alejarse un poco, pero en realidad su objeto fué tantear el terreno para asegurarse de si habia alguna vegetacion. Nada pudo ver hasta que á poco más de las cinco, con la luz del alba, se hizo cargo del país en que se hallaba, y vió con espanto que el desierto se extendia aún indefinidamente, y que el terreno que pisaba era el de un pequeño oasis enterrado por un huracan de arena, de la que habia más de un metro, cesando, por consiguiente, la vida de las plantas. Entónces comprendió lo que habia hecho desaparecer las huellas que seguian, habiendo soplado el Simoun posteriormente al paso de sus amigas.

Volvió triste al kraal, donde encontró á todos en muda desesperacion, y la pobre Armanda sufriendo una calentura y malestar difícil si no imposible de combatir.— Pronto estaremos todos tan postrados—decia para sí,— y quién sabe si con ménos resistencia que ese gran espíritu.

No obstante, su idea fija en las justas reflexiones de Macker, le daban esperanza de hallar pronta solucion á aquella situacion desesperada. Pero una idea sombría le acudió á su mente, que paralizó la accion de su sangre y le produjo un sudor frio que le helaba.

—¡Dios mio!—exclamaba—¡Podria ser eso cierto! ¡Oh! no, no! ¡es demasiado horrorosa esta idea! Yo tengo vida y salud aún, y si ella estuviera enterrada bajo esta inmensa capa de arena mi alma hubiera ya abandonado á

mi cuerpo. No, no,—decia limpiándose el sudor de su frente y mirando como un loco o sin cesar á todas partes para separar de su imaginacion aquel pensamiento fatal que le mataba.—Necesito de toda mi energía para sobreponerme á mi mismo.—En seguida ensilló su caballo y dijo.

—El que tenga fuerzas para seguirme, que me siga.

Yurufen y Kabirah se unieron á él. D. Alberto, que le comprendia, quiso tambien marchar, pero Sander le hizo observar que Armanda reclamaba sus cuidados. Llamó á Lind y partió.

A los 200 pasos dijo á sus compañeros.

—Separaos á derecha é izquierda y marchad en círculo muy largo para que nos encontremos á gran distancia. Si notais las huellas de los caballos ó alguna cosa digna de comunicarse, dad un fuerte silbido y yo os contestaré. Si cis que yo el primero llamo acercaos á mí.

Esto convenido, marcharon en tres direcciones; los peones lentamente y Sander al paso largo. Una hora despues se oyó un silbido de Yurufen, que fué contestado por los dos compañeros y marcharon á reunirse á él. Cuando llegaron donde Yurufen estaba, vieron nuevamente las huellas que buscaban, las mismas que siguieron los dias anteriores, á cuya vista Lind, despues de olfatear, empezó á dar saltos y alegres ladridos, y Sander elevó sus manos y vista al cielo, bajando despues del caballo y arrodillándose para mejor adorar á Dios. Media hora despues llevaron la esperanza y la vida á la caravana, á cuyos individuos, dió Sander á beber con medida, medio cortadillo de agua, despues de haber hecho esto mismo con Armanda, Macker y D. Alberto.

—¡Como! ¡agua! ¡agua!—gritaron con alegría.—
¿Dónde, dónde está?

Y todos quisieron abalanzarse por el sitio que llevó Sander.

—Aguardad. Allá vamos todos. Está bien cerca, y es preciso que por una hora tengamos un poco más de paciencia. Vosotros solos no la hallaríais.

D. Alberto volvió á la vida al saber esto, y más aún al oír á Sander que habia descubierto las huellas que con tanta ansiedad seguian. Y el desgraciado padre lloraba de alegría, porque su imaginacion habia sido presa de la misma fatal idea que dominó á Sander y creía que su hija y amiga estaban para siempre ya perdidas.

Dispuesto todo para la marcha, y Armanda en su propia cama, bien arropada y llevada con el mayor esmero, echaron á andar precedidos de Sander, que una hora despues hizo alto en un sitio el más elevado de toda aquella comarca. Volvieron á armar las tiendas y á aparear las cargas. Los caballos y burros, con su buen instinto, piafaban y relinchaban sin tratar de acostarse como la noche anterior, manifestando en todo haber comprendido llegaba para ellos el término de aquella gran angustia; y hasta los camellos mismos, á pesar de su estupidez, permanecieron de pie y con señales evidentes de buen humor. Unicamente los hombres fueron los que, al ver la sequedad del pais, igual al que habian dejado, cayeron de su ilusion y hasta no faltó alguno que murmuró palabras ofensivas que Sander no quiso oír.

—¡Yurufen, Kabirah, Benisa!—dijo aquel llamando á estos tres buenos servidores.—Coged cada uno cuatro botellas de las que contuvieron cerveza y venid. Amigo Macker, si podeis acompañarnos tomad vuestro caballo y un cántaro para llenarle de agua.

—¡Todos os acompañamos!—gritaron á una todos los de la caravana.

—Teneis poca fe.

—No, no; perdonad, señor, nuestras injustas mur-

muraciones—expuso Selim,—y permitenos ir en vuestra compañía. Tenemos seguridad de que habeis traído agua y no podemos dudar de que en alguna parte existe, no siendo posible ya el desaliento ni menos la desesperación que nos ha hecho hablar con tanta injusticia.

—Pues bien—repuso Sander cediendo, pues de no ceder él ellos se tomarían la libertad de abusar.—Jurad por Allah y el Profeta que no hareis más que lo que yo disponga.

—¡Juramos!—gritaron todos.

—Coged cada uno una botella á más de vuestras calabazas, y otro un camello con dos cántaros, y seguidme.

—¿No sería mejor llevar los doce cántaros?—expuso un conductor.

—No es posible llenarlos.—Basta con lo dicho.

Así lo hicieron, y un cuarto de hora después traspusieron una pequeña altura que al frente de la del campamento habia, y al otro lado divisaron treinta árboles y arbustos en el fondo del valle, varios de ellos muy frondosos y otros casi secos. El suelo estaba cubierto de arena, aunque en mucha ménos cantidad que por el campamento de la noche anterior, y muchos de los árboles apenas tenían arena á su pié y en dos ó tres metros de distancia, viéndose allí algunas yerbas y plantas rastreras y trepadoras.

Cuando llegaron al pié de uno de estos árboles dijo Mr. Sander.

—¿Veis el agua?

—No;—contestaron todos mirando por todas partes y creyendo algunos que el bueno de Sander habia perdido el juicio.

—Dadme una botella.

Tomada ésta se subió al árbol y se escondió en la copa, devolviendo á poco la botella llena de agua.

—¡Este es un milagro!—gritaron varios árabes.—
¿Cómo puede subir el agua al árbol sin que nosotros la
veamos? Y algunos, llenos de superstición, creyeron
que Sander era el mismo profeta, ó que éste se hallaba
en la copa del árbol dando el agua. Y su admiración
creció más cuando vieron que se llenaron hasta diez
botellas.

—Bebed ahora—dijo Sander á su gente.—Y con las
diez botellas apagaron su sed los diez y ocho que le
acompañaban, llamándole santo y predilecto de Allah.

Sander les dijo que sólo Dios era digno de alabanza,
pues á él no más debían aquel precioso hallazgo, como
le debemos los infinitos bienes que sus maravillosas
obras nos proporcionan, siendo el presente uno de los
más admirables; pues cuando todo parece haber
muerto en el desierto para el viajero encuentra en esta
grande obra de Dios la vida, la salud y la alegría, que
esta triple ventaja lleva consigo el agua del *Nepentes*—
Magna opera domini, exquisita in omnes voluntates ejus;—
exclamó Sander lleno de entusiasmo y religión, ponién-
dose de rodillas y elevando la vista al cielo: cuyo acto
imitaron todos sin haber entendido el psalmo que pro-
nunció Sander, pero comprendiendo que debían adorar
á Dios, como de buena voluntad lo hicieron.

Después de esto Sander les explicó el secreto, hacién-
doles ver una planta parásita que se ocultaba entre la
copa del árbol, compuesta de tallo imbricado por las ho-
jas que corren por el peciolo rojo, y son lanceoladas,
tías y largas, rematando en un nervio duro, colorado
y de un palmo de largo, con una ó dos vueltas en espiral,
doblándose hácia abajo y luego hácia arriba, en cuyo
extremo sostiene cada hoja un jarrito con su tapadera
(que entónces veían abierta) algo ventrudo y adornado
con alas á su frente y un cordón terminal en la boca.

Las flores son dióicas—les decí—ó masculinas y femeninas en diversos piés de plantas, axilares y en racimo apretado, con hojitas lineares y vueltas hácia abajo, que hacen una preciosa visualidad, como lo vereis en otra parte donde la inflorescencia ha empezado ya. El jarro, que es la parte maravillosa de esta planta, está lleno de agua, y todos los días se renueva si todos los días se vacía; haciendo cada uno cuando ménos copa y media y muchos medio cuartillo. Comprendereis ahora, que siendo, como aquí son, muchas las parásitas que por nuestra fortuna contienen estos árboles, apenas castigados por el huracán de arena, podemos estar seguros de haber hallado una fuente inagotable para proveer á nuestras necesidades, cualquiera que sea el tiempo que estemos aquí. Por de pronto vosotros habeis satisfecho vuestra sed: dadme diez botellas más para llevarlas al kraal y que sirvan para los que allí han quedado.—Tomadlas, ya las podeis llevar—dijo despues de haberlas llenado.

—Mañana este árbol volverá á dar otras 20 botellas á la misma hora; más tarde, como en este momento, ya no sería posible sacar una sola gota, porque la tapadera cierra tan perfectamente á diente que nada se puede verter. Estoy seguro que el agua que habeis bebido ha sido azotada en sus jarros por el huracán; y sin embargo, todos los jarros estaban llenos.

Benisa y Selim llevaron las 10 botellas al kraal con el agua del *Nepentes Alata*, que dieron la vida á D. Alberto y demás compañeros que aún habia allí. Poco despues volvieron Benisa y Selim con las botellas al lado de Sander.

Visitados todos los árboles pudieron llenar las dos vasijas de agua, que hacian 100 litros, quedando aún para tres vasijas más. Llevadas las primeras, con las que dieron de beber á camellos, caballos y burros, tra-

jeron cuatro más, que al cabo de una hora volvieron al campamento casi llenas, á más cuarenta botellas para la gente. Mr. Sander recomendó el cumplimiento del juramento hecho, y exigió á todos los árabes no fueran al valle sin orden suya, y en todo caso respetando los árboles, á los que sólo debían subir él, D. Alberto, Macker ó Yurufen. Lo volvieron á prometer, y aquel día, sea por la satisfacción recibida, sea por la propiedad del agua, lo pasaron todos en la mayor alegría. Únicamente Armanda sufría mucho, teniendo la cabeza tan trastornada que no podía dar cuenta de sí misma. Mr. Sander aseguró no había riesgo alguno ya, desde que el milagroso hallazgo del agua facilitaba todo á la medicina. Pero la enfermedad duraría lo menos ocho días y la convalecencia algo más.

«Preciso es conformarnos,—dijo Sander,—y muchas gracias debemos á Dios por habernos dado el medio de poder vivir el tiempo que se quiera en esta soledad, y encontrar después á Aurelia y Aglæ.

—;Eso es todo lo que pido á Dios!—exclamó D. Alberto; y creo que así será, puesto que vemos nos da muestras de su bondad infinita.

A los cuatro días recobraron todos las fuerzas y buen humor, y Armanda empezaba á dar señales visibles de mejoría, prometiéndose Sander que muy en breve volvería á seguir tan valientemente como hasta allí las jornadas que aún tenían que hacer.

En su natural impaciencia ocurriósele á D. Alberto mandar una avanzada de cuatro hombres, siguiendo las huellas encontradas, para avisar, volviendo por el mismo camino, de las novedades que hubiere ó lo que pudieran descubrir, pues no descansaba hasta saber algo por lo ménos del país á que debían haber llegado Aurelia y su amiga.

— Todo se hará como lo quereis; pero debéis estar tranquilos por la suerte de vuestra hija y Aglae; Koshid las acompaña, y esto es una buena garantía.

— La compañía de Koshid puede, efectivamente, tranquilizar; pero ¿estamos seguros de que no le hayan preso y separado ó por desgracia asesinado? Él conocía bien el valor que para mí tendría la menor noticia satisfactoria; y cuando no ha vuelto á nuestro encuentro debo pensar poco bien de su destino.

— No nos alarmemos, — observó Macker, — ni anticipemos deducciones que por de pronto no hacen otra cosa que acongojar nuestra situación. Koshid habrá vuelto, puede ser, por diferente rumbo, y por eso no nos hemos encontrado, ó no habrá querido abandonar el sagrado lugar que tan caballera y generosamente ha querido ocupar. Pensemos pues, en que el no haberle visto aparecer es la más favorable prueba de no ocurrir novedad sensible. Que salga el destacamento, al que no tardaremos en seguir, y muy pronto nos felicitaremos todos.

— Yo iré con esa partida, — respondió D. Alberto.

— Vos haceis falta á todos, y no nos debemos ir diseminando de manera que pasemos la vida en buscarnos mutuamente. Además, unidos podemos hacer frente á todas las necesidades y contratiempos, y separados nos exponemos á perderlo todo. La calma ó la paciencia unida á la conformidad ó resignación nos dará el triunfo en nuestra empresa.

— Tienes razón, querido Macker; sería un insensato en dejarme llevar de los despropósitos que en su ceguera me aconseja el amor paternal. Preparad la partida al mando de Yurufen, y que lleven un camello con agua y viveres.

Dos horas despues salió Yurufen á caballo al frente de

seis hombres para explorar el camino seguido por Aurelia, Aglae y Koshid, debiendo enviar por la misma ruta aviso de lo que supiesen ó sucediera de notable.

En espera de las nuevas que deseaban pasaron ocho dias más; en cuyo tiempo Armanda recobró al fin la salud, si bien se hallaba tan débil que fué preciso, por consejo de Sander, aguardar seis ú ocho dias más para acabar de reponerse. Mientras tanto salia á paseo, acompañada de su padre, marido y amigo, ya á pié, ya á caballo, recorriendo las cercanías del kraal. Una vez avanzaron algunas millas siguiendo la senda trazada por los exploradores, viendo al fin llegar un árabe á caballo, que poco despues se les reunió dando un escape. La zozobra de todos era angustiosa, particularmente la del padre y la hija. Por fin, llegó el árabe y dijo:

—A tres jornadas de aqui hay un kraal de negros, en medio de un pequeño oasis, y tres jornadas más lejos se ve un terreno montañoso, sumamente elevado, con vegetacion, donde con toda probabilidad hay habitantes. Por no perder tiempo, despues de cinco dias de marcha, he vuelto yo cumpliendo con mi deber. En el kraal de negros preguntamos en lenguaje mudo, haciéndonos entender al fin; y creemos haber comprendido que ese pueblo es una avanzada de otro mayor que indudablemente se halla en la tierra montañosa. Yurufen ha seguido el camino y me dijo que si hallaba más positivas nuevas sobre la poblacion y demás importante, despacharia otro propio á pié ó en el camello, á fin de que en cualquiera parte donde os halleis sepais todo lo que ocurra y os pueda importar. Os advierto tambien que la avanzada negra en el oasis inmediato parece dispuesta á dejar pasar adentro pero no á volver; por cuya razon he tenido que salir de noche, dando un gran rodeo, y estoy seguro que no he sido nct.do.

D. Alberto quedó algo complacido de estas nuevas, como asimismo sus hijos y Sander. Volvieron con el árabe al campamento, y Armanda la primera propuso marchase la caravana toda al día siguiente.

Tengamos un poco más de paciencia. Todavía no estais para poner os en camino. Apenas habeis andado hoy 4 millas y ya el pulso y vuestra agitacion acusan una novedad en vuestra salud, que sólo se puede combatir con el reposo. Dentro de ocho días creo que podremos salir sin temor alguno. En cuanto á las personas que tanto interés tenemos todos en hallar (y aquí hablaba Sander con entusiasmo y conviccion), yo os aseguro que las hallaremos; pues así como vos sentís esa cierta simpatía por vuestro hermano, que tanta seguridad os da respecto de su suerte, yo tambien la siento igual por Aurelia, y creo en Dios que el día que ellá muera será el último de mi vida.

Al acabar de pronunciar estas palabras notó la claridad con que expresaba el sentimiento de su alma, y aturdido como un chico salió de la tienda tropezando en sí mismo varias veces. D. Alberto, Macker y Armanda se miraron con satisfactoria sorpresa y se comprendieron muy bien sin hablar una palabra.

—Si—dijo al fin D. Alberto como si acabara un discurso pronunciado minutos ántes—después de hallar á vuestros hermanos, ese seria el complemento de mi felicidad.

—Y la de todos—exclamaron á la vez los dos esposos.

XIII.

La diosa Osirian.

Segun lo habia anunciado Sander, á los ocho dias de llegar el parte mandado por Yurufen estaba Armanda completamente buena, de humor festivo y con tanta fuerza y valor como el primer dia de expedicion.

Mañana podremos partir, dijo Sander, si no disponeis otra cosa. Armanda puede desafiar de nuevo las fatigas, y creo muy bien que ahora resistirá mucho más que ántes.

D. Alberto abrazó á Sander como á un hijo, diciendo: —Gracias á Dios y á vos, mi querido amigo, mi esperanza alienta de nuevo mi espíritu, y del propio modo que vos, tengo la convicción de que hemos de llegar al feliz término de nuestro viaje.

D. Alberto dió la orden de partida y todó estuvo listo para echar á andar á las cinco y media de la mañana, á excepcion del agua, que se dispuso tomar al paso, por ser aquella la hora á que abrian los nepentes su tapadera. Armanda llenó ella misma su calabaza vaciando en ella varios jarritos que se hallaban á su altura, y D. Alberto, en tanto se llenaban las demás vasijas, puso en uno de los árboles esta inscripción.

Alberto de Bazan, Carlos Sander, Emilio Macker y su esposa Armanda de Bazan, y 32 compañeros de caravana, en busca del misionero Ernesto de Bazan y su hermana y amiga Aurelia y Aglae, rinden gracias de todo corazon á Dios Todopoderoso, cuya bondad infinita les salvó la vida procurándoles con el agua del Nepen-

tes maravilloso medio de pasar veinte dias en esta soledad que el Simoun hizo completamente estéril.»

Todos hicieron suyo este acto de agradecimiento á Dios, y hasta Benisa y los dos guías de Farinha se conmovieron al observar el sentimiento respetuoso hácia un Sér que no veian y llamaban Todopoderoso; y más creció su admiracion cuando vieron arrodillarse á todos, desde D. Alberto al último de la caravana, rindiendo gracias al aire, á que todos miraban, y suplicándole les asista siempre con igual solicitud que hasta allí.

Lind volvió á su trabajo de explorador, y siguiéndole los guías y toda la caravana, llegaron á los tres dias al pequeño oasis que anunció el propio mandado por Yurufen, en el cual ya no encontraron viviente alguno, pero allí estaban sus chozas. Sé buscó el agua, que esta vez la descubrieron los perros, consistiendo en un manantial de caudal escaso tapado con una piedra, donde se hizo nueva carga, despues de asegurarse Sander que no estaba envenenada y que era de buena calidad.

Partieron á la mañana siguiente, y al tercer dia divisaron una gran cordillera de montañas, de las que salian muy altos picos, la mayor parte nevados. La distancia parecia ser de unas 40 millas, y bien mirada por D. Alberto con su anteojo, aseguró que en mucha parte se distinguia vegetacion.

—Son las montañas de la luna — dijo — que casi están en el Ecuador. En ellas debe haber lagos á donde viertan las nieves y lluvias, originando varias corrientes que alimenten los afluentes del Nilo si no al Nilo mismo.

Por la tarde, á los cincuenta dias de haber desaparecido Aurelia y Aglae, llegaron á una yega sumamente extensa, llena de yerba que los animales comieron con avidez, entre la cual no cesaba Ruiseñor de clarinear

con su peculiar destreza. A bastante distancia se divisaban algunos matorrales y arbustos y fué preciso ir allí á vivaquear, sin lo cual no podían encender el fuego que Hernando necesitaba para hacer repuesto de galleta.

Al día siguiente avanzaron con alguna dificultad, á causa de haber desaparecido las pisadas con la yerba, siendo preciso que Lind diera muestras de su perfecto instinto, acompañado esta vez de los otros dos perros, á los que siguió la caravana con el mismo compás que ellos llevaban, unas veces marchando á paso largo, otras parándose y algunas corriendo. El terreno se elevaba insensiblemente, y varias veces atravesaban pequeños arroyuelos que iban á perderse en el desierto para salir, despues de cierto curso subterráneo, ó un afluente ó rio de alguna consideracion.

A las seis de la tarde llegaron á una altura de más de 2.000 metros sobre el mar, alzándose todavía otros 1.000 metros los picos de la montaña. Allí se presentaba un desfiladero, por el que siguieron mientras duró el crepúsculo. Al terminar este hicieron alto, hallándose al lado de gigantescos árboles desconocidos, cuyos troncos tenían más de 2 metros de diámetro y 15 de elevacion, alcanzando la copa hasta más de 45 metros. Sander creyó pertenecían á la familia de las urticeas.

A eso de las tres de la mañana oyeron los comprimidos gruñidos de los perros y la voz de Yurufen demasiado conocida de todos, para que D. Alberto, Sander, Macker y Armanda no estuvieran en seguida de pié.

—¿Qué hay, amigo Yurufen?—preguntaron los cuatro á la vez, ántes de llegar éste á las tiendas.

—Allah sea bendito y por siempre glorificado, á cuya bondad debemos todos estar altamente reconocidos. He visto á las señoritas y á todos. No están lejos de nosotros.

—¡Pronto á marchar!—gritó D. Alberto sin poderse contener.

—Todavía no es posible. El camino es malo y necesitamos la luz del día para pasarle. A las cinco nos pondremos en marcha. Mientras tanto tomad.—Y el bueno de Yurufen entregó á D. Alberto un papel de la cartera de Aurelia, en que le decia en español estas palabras.—«Tranquilizaos. Estamos bien Aglae y yo. Somos las árbitras de este pueblo. Venid como ha venido Yurufen, segun me dice Koshid, pero respetad lo que veáis, por más que os asombre, y procurad no daros á conocer.»

D. Alberto parecia un niño, unas veces lloraba, otras abrazaba á todos, y otras, con los ojos brillantes y desmesuradamente abiertos, contaba los segundos de su reloj, creyendo que así pasarían más brevemente las horas.

—Habla, Yurufen, habla,—dijo al fin Armanda:—cuéntanos lo que te ha pasado y has visto.

—Es muy sencillo. Hace cuatro días solamente que llegué, pues desde que encontré la pradera que habreis pasado perdi las huellas, y falto de guía ó perro que le supliese, he tardado muchos días en llegar aquí. Unas veces encontraba huellas y seguia en su direccion, otras las perdia guiándome á la aventura, lo que me obligaba á retroceder cuando creia no marchaba bien. Por último, en el claro que hay algo arenoso y húmedo se marcaban bien las pisadas, siguiendo una linea de bastante longitud. Tomé direccion con la vista, y poco más ó menos percibí el sitio en que nos encontramos. Llegué á él despues de varios días de tanteo, y aquí nos cogieron prisioneros á mis compañeros y á mí. Fuimos con nuestros verdugos unas cinco millas más, y al volver al último recodo salimos al frente de un mar rodeado de praderas y montañas de abundante y hermosa vegetacion. A la derecha

del desfiladero existe un pueblo inmenso de horribles negros, que parecen inofensivos, con su rey, más negro que los demás, y de ojos de basilisco. Nos llevaron á su presencia y con él encontramos á Koshid que, al vernos, puso el dedo en la boca para hacernos callar. Nos desentendimos como pudimos y sin saber responder á las preguntas que nos hicieron, habló Koshid unas cuantas palabras con el rey, y este le dijo, sin duda, que nos entregaba á su justicia para que nos sacrificase, segun comprendimos por la seña y ademán que hizo de cortarnos el cuello. Koshid se despidió, nos ató con suavidad con una tira de piel de búfalo, diciéndonos por lo bajo.—«Callad veais lo que veais. Sois mis prisioneros, como lo son Sabara y su gente.»—Después nos condujo á un caseron muy grande de piedra y madera que hay al otro lado de la poblacion ó izquierda del desfiladero, en cuyo centro existe un patio y gran cercado donde pastaban varios caballos, incluso los de Koshid y las dos señoritas. Allí condujeron tambien el camello, diciéndome Koshid que él era el dueño de todo aquello á nombre de la divinidad del reino.

Nada comprendia yo de esto y seguí callando por respeto al consejo de mi jefe. Nos encerraron en un cuarto bastante pequeño y oscuro, á donde concurrieron varios negros de este pais á escuchar de labios de Koshid nuestra sentencia de muerte. Después nos trasladaron á otro calabozo mucho más grande, donde nos vimos en compañía de Sabara y su gente. Procuramos entendernos por señas y alguna que otra palabra que nos era familiar, y supe habian sido hechos prisioneros de igual manera que nosotros desde el tercer dia de su salida, y que estaban sentenciados tambien á muerte, á pesar de lo cual vivian tranquilos, no faltándolos que comer.

Al siguiente dia entraron las señoritas muy graves y

serenas, seguidas del rey y su corte, que, como toda la gente de esta tierra, visten túnicas hechas, á lo que creo, con orejas de elefantes. Koshid permanecia á la puerta. Cuando se pasó la revista dijo la señora Aurelia con voz fuerte y solemne, primero en la lengua del país y despues en árabe.

—Los jueces han condenado y yo apruebo la condena, aplazando la ejecucion para dia más feliz.

Salieron despues, inclinándose el rey hasta el suelo, y sus súbditos con la boca pegada al piso mientras salia la señorita Aurelia. Por la noche entró Koshid solo, me dió el papel que os he entregado y me dijo.—Sigueme tú solo.—Salimos de allí y me condujo al cercado mandándome que tomara el camino y viniéramo volando, como lo he hecho, para salir al encuentro entregaros el papel y aconsejaros procedais del mismo modo que yo; es decir, que os dejéis coger prisioneros y conducir á la cárcel para ser condenados á muerte por Koshid y vuestra hija, de lo que sin duda necesitaremos todos para disfrutar de mejor vida.

Grande sorpresa causó á los oyentes el anterior relato; pero de todos modos, la dulce esperanza de recobrar los prisioneros que tanto amaban les hizo conformarse con las instrucciones que se les daban, viendo y callando sin manifestar sorpresa por nada. Lo principal era que muy en breve les verian á todos y oportunamente conseguirian la ocasion de libertad.

A las seis levantaron el campo y echaron á andar seguidos de Yurufen, el cual se disfrazó cuanto pudo para no ser de nuevo conocido, y lo que le pareció mejor fué tiznarse de negro con un corcho quemado y variar algunas prendas del traje. El camino era estrecho, y esto les obligaba á marchar de uno en fondo, sin poder auxiliarse mutuamente por tener á la izquierda la montaña

tajada á pico y á la derecha un inmensurable abismo. De este modo llegaron á la vista del gran lago que Yurufen llamaba mar, por lo azulado de sus aguas, y fácilmente fueron hechos prisioneros por un centenar de negros armados de mazas y flechas que salieron de improviso de dos partes opuestas dando fuertes alaridos. Los viajeros se dejaron prender. Armanda se echó el velo con dos dobleces, de modo que no pudieron distinguir si era hombre ó mujer.

Media hora despues se hallaban todos con sus caballos y cargas en presencia del rey, enorme negro de fisonomía brutal, más parecido á una fiera que á un hombre, por la robustez de sus miembros, sus ojos sangui-nolentos, cara circular de pómulos salientes, frente achatada y tumbada, nariz corta y ancha, boca desmesurada con dientes grandes y agudos, cabeza pequeña y saliente por la parte posterior. Su aspecto repugnante y feroz imponía miedo y repulsion, y á no estar prevenidos los viajeros le hubieran tratado como á un tigre, á pesar de hallarse rodeado de más de 300 combatientes tan estúpidos y feos como su señor.

Koshid apareció en seguida reflejándose en su rostro la alegría que le inundaba, y despues de hablarle el rey algunas palabras, dijo dirigiéndose á sus antiguos compañeros.

—Sois mis prisioneros á nombre de la divinidad Osirian, jefe supremo de todos los hombres, de todas las mujeres y de todas las cosas del mundo. Quedareis todos á su disposicion para servir á sus designios. Volvióse luego al rey y le habló, y éste hizo señal de asentimiento, y dirigiéndose de nuevo á sus amigos les hizo saber que S. M. Corumbo les hacía gracia de marchar á su prision sin emplear otro medio que la voluntad de todos, secundada por sus guardias.—Decid con las

manos vue'tas hácia el rey si jurais no intentar escapáros, evitando así que la guardia use de sus armas. Á cuya pregunta siguió el juramento de los prisioneros. — Pues bien, volved la espalda y seguid á los guías.

Dos negros se pusieron al frente y 100 más por cada lado, cerrando Koshid la procesion, que no paró hasta el palacio-prision de que habló Yurufen. Las personas quedaron en el calabozo general, donde se hallaban sus otros compañeros, y Sabara con sus 10 hombres. Las caballerías y camellos quedaron en libertad dentro de la gran cerca, y las cargas fueron depositadas en otra estancia, donde habia multitud de otros raros objetos.

Dos horas despues apareció Koshid, y á la ligera les hizo entender que el país era de antropófagos, y que estaban allí presos para ser devorados uno despues de otro por el rey y su numerosa familia. Los animales se destinaban al pueblo.

Pero esto no tendria lugar sino de allí á uno ó dos dias, al celebrar el casamiento de dos hijos del rey, precediendo siempre el consentimiento expreso del Dios del país, á quien se veneraba y respetaba cada vez más desde que, habiendo predicho que pronto haria porque llegasen nuevas víctimas que ofrecer á la voracidad de sus hijos, han visto éstos cumplida la promesa con vuestra sucesiva aparicion. El Dios, sin embargo, es humano y no dará la cruel órden que se espera, como no la ha dado aún para los anteriores prisioneros. — Os recomiendo nuevamente mucha prudencia y que no abandonéis vuestras armas, cuyo efecto es desconocido de estos canibales. — Por último, os anunció que esta noche vendrá Aurelia dos veces, una acompañada del rey, y otra despues en secreto. La primera vez debeis hacerlos desconocidos, y figurar que implorais su perdon; lo contrario podria perdernos á todos.

Después que hizo estas advertencias y estando para marcharse Koshid, aseguró que Aurelia y Aglae eran respetadas como nadie en el mundo; y concluyó con las siguientes palabras:

—Tened un poco de paciencia, y todo saldrá á nuestro deseo.—Dentro de algunas horas os servirán la comida que yo presidiré; fingid respetarme y temerme.

Esto dicho cerró el calabozo, que consistia en un gran cercado de troncos de árbol con cubierta de paja muy gruesa y larga, tendida sobre enormes cañas bambúes.

Como quedaban algunos pequeños claros entre los troncos, podia verse el exterior en varios puntos, y observaron habia cerca de la puerta una guardia de 20 hombres armados con sus flechas y mazas enormes, que más parecian troncos de arbustos que sólo ellos podian manejar. Se colocaron los prisioneros por precaucion al extremo opuesto, donde, á pesar de no ser entendidos, se propusieron hablar en voz baja, situando, además, cuatro de los conductores como vigias en los cuatro lados de la prision para espiar el exterior y dar aviso de cuanto ocurriera.

Reunidos en grupo D. Alberto, Macker, Armanda, Sander, Sabara, Yurufen, Benisa y algunos turcos, conductores y gente de Farinha, pidió el primero á Sabara explicase lo ocurrido desde que salió en busca de su hija; y Sabara dijo lo siguiente, que fué traduciendo Benisa.

—Cuando salí con mis diez valientes compañeros en busca de tu hija, me propuse no volver á mi pueblo sin encontrarla, dándoos á tí y Abd-el-Kir esta prueba de sumision, respeto y gratitud. Seguí las huellas de los caballos varios dias, durante los cuales agotamos el agua que llevábamos y nuestra corta provision de carne, cuando al fin, hallamos un oasis de escasa produccion y sin agua, pero en él se veian aún las huellas, acom-

pañadas de otras muchas que dos días ántes habíamos notado. Las seguimos siempre, hasta que al volver un cerro encontramos las personas que buscábamos, sentadas á la sombra de dos árboles que habia bastante próximos uno de otro. Pero ¿cuál no fué nuestro asombro al verlas acompañadas de un centenar de estos enormes enemigos, cuyas mazas parecían por lo largas carabinas, creyendo nosotros desde luego que eran armas de fuego de un efecto cien veces mayor que las vuestras? No quise retroceder deseoso de cumplir la palabra que os habia dado, y además hubiera sido difícil por el abatimiento á que la falta de alimento nos habia condecido. Así es que fácilmente caímos prisioneros, muy gustoso por lo que á mí hacia de participar de la suerte de las personas que buscaba. Koshid estaba tambien allí, y notamos que tanto las blancas como él mismo eran de tal manera respetados, que nunca se acercaba el jefe enemigo sin cruzar sus brazos é inclinar la cabeza con los ojos cerrados. Koshid conoció ó adivinó quiénes éramos nosotros, y por medio de algunas palabras generales que sabe de nuestra lengua, y otras que yo sé de la suya, pudimos entendernos bastante bien. Me explicó habian sido sorprendidos por aquella banda cuando los caballos no pudieron ya dar un paso, despues de terminada su veloz y prolongada carrera, llevándolos á donde estaban hacia ya dos días, pero siempre con respeto y veneracion. Yo le dije que, vencido con mi gente por vosotros y Abd-el-Kir, iba de vuestra parte á buscarlos para darlos proteccion y servirlos nuevamente de guía al volver á nuestro kraal donde esperábais. — Hecha esta confesion quedamos amigos y dispuestos á servirnos en la fuga que meditábamos; pero las veces que intentamos esto nos lo desbarató el jefe enemigo, haciendo que mis hermanos y yo quedásemos custodiados por varios

de los suyos. Al día siguiente emprendimos el camino que habeis traído, pues que habeis seguido nuestras huellas, y en diez días llegamos aquí. Las blancas miraban continuamente atrás, sin duda esperando vuestra llegada, y supe por Koshid que si os divisaban estaban dispuestas á hacer uso de sus armas y escapar. Pero vosotros no parecisteis, y lugar tuvimos de llegar á este país, de que ninguna noticia tenia yo, creyendo que despues de nuestra tribu habia acabado el mundo.

El trato que nos dieron los enemigos fué bueno, y á las dos blancas el más esmerado y profundamente respetuoso. La más hermosa, de cabello negro, ocupaba el primer lugar y la llamaban Osirian, y á la otra Isiada. Cuando descendian de los caballos, ó cuando á ellos subian, todos se ponian de rodillas, y el jefe, á gatas, les servia para poner el pié. Sus deseos eran mandatos inmediatamente cumplidos, y sólo el quedarse atrás ó volver un poco los caballos era lo que no toleraban: por todo lo cual comprendimos que nos debiamos someter de buena voluntad á nuestra suerte. Koshid tenia el privilegio de ir á la derecha de las blancas quedando en medio Osirian y á su izquierda Isiada. A la izquierda de todos iba el jefe y detrás yo con los míos y la escolta. A Koshid le llamaban Dervosh, que será, sin duda, algun título elevado, ya porque era el único que gozaba de la facultad de servir á las blancas, ya porque sus órdenes eran tambien respetadas. La noche ántes de llegar á este pueblo, se adelantó uno de la escolta á dar el aviso, y por la madrugada vimos salir á nuestro encuentro con palmas y bambúes al rey Corumbo y sus súbditos, cantando á compás y mirando de cuando en cuando al cielo, agradecidos, decian ellos, por el gran presente que les hacia, mandándoles sus predilectos hijos, cosa que yo no comprendia y me hacia reír. Al llegar

á nosotros se pusieron todos de rodillas y besaron el suelo. El rey dió orden, que en seguida nuestro jefe obedeció, significando que los caballos pasaran por encima de la multitud; pero Osirian se negó á ello y mandó que todos se levantaran é hicieran calle. Y sucediendo esto último pasamos fácilmente oyendo entónces pronunciar á cada uno las frases

¡Osirian—*derimaen!*

¡Isiada—*talingoh!*

¡Dervosh—*diviaën!*

Sharamid, Corumbo, Sheritat, Kedion sheria

que luego hemos podido saber quiere decir: «Diosa divina, sacerdotisa privilegiada, servidor leal de nuestra diosa, bien venidas seais y felices Corumbo y su pueblo por vosotros.»

El rey volvió detrás con todo el pueblo, y al llegar al palacio ocupó el lugar del jefe cerca de los caballos, poniéndose á cuatro piés para hacer descender á Osirian, mientras aquel verificaba esto mismo con Isiada. Durante el descenso de los caballos todos los súbditos permanecieron tumbados boca abajo, cantando las palabras «¡Osirian! ¡Osirian! Sharamid!» y de cuando en cuando las otras «¡Isiada! ¡Dervosh! ¡Sharamid! ¡Sharamid!»

En seguida nos trasladaron á esta casa, que creo es lo que llamáis vosotros templo, quedando nosotros aquí y Osirian, Isiada y Koshid en otra parte mejor, á donde concurre el pueblo cada tres ó cuatro dias, prosternándose al salir Osirian y sentarse en el trono que sólo ella puede ocupar. Nosotros la hemos visto en él una vez, y aquí seis ú ocho más, que ha venido en secreto con Isiada y Koshid para oirme hablar de vosotros. La úl-

tima vez nos dijo que tenia la certeza de que pronto llegarais, y la venida de Yurufen con sus cinco hombres me confirmó en la exactitud de la prediccion de Osirian, y más creí en ella cuando pude hablar con los nuevos prisioneros. Algunos dias han salido los dioses á paseo con el rey y su gran escolta, yendo Osirian é Isiada á caballo y los demás á pié. El resultado de estos paseos, segun me dijo Koshid, es haberse cerciorado de que no hay en mucha distancia más pueblo que éste, compuesto de unas 1.500 almas y 800 á 900 combatientes, que se emplean en cazar elefantes (de que hay muchos) y pescar en este gran lago mucha clase de peces. El campo es hermoso, y en él abundan tantas plantas alimenticias, que no se comprende el placer de esta gente para devorar sus semejantes; suerte á la que todos estamos reservados si Osirian no lo remedia. Koshid nos ha dicho vivamos tranquilos, que todos recobramos la libertad, para lo cual era preciso vuestra llegada. Agregó no habia en este valle otra salida que la que nos ha dado entrada, y esto podria facilitar ó dificultar nuestra evasion segun las circunstancias.

En consecuencia, vuestra llegada facilita los medios de evasion. Combatamos á este pueblo y salvémonos, ó que Osirian diga lo que debemos hacer para librarla y librarnos de este cautiverio, ó que nos deje morir, que más vale la muerte que la falta de libertad al que sólo ha vivido en medio de ella.

—Con interés creciente he seguido tu relato, amigo Sabara—dijo D. Alberto,—y tu conducta en esta ocasion me asegura de tu arrepentimiento y amistad. Tienes esperanza y yo te la doy por completo, porque la alta consideracion con que son tratadas aquí mi hija y su amiga me hacen creer hemos andado la mitad del camino para tu deseo, que es el nuestro. Tengamos

confianza y paciencia y llamemos á Dios en nuestro socorro.

—¿Qué es Dios, palabra que oigo y no comprendo?

—El gran poder, el gran sabio, el creador de todo lo que existe y existirá, y el gran dispensador de cuantos bienes gozamos y podemos aguardar en esta y la otra vida.

—¿Y dónde está? ¿Por qué no viene á nuestro auxilio?

—En todas partes le tenemos, sea donde quiera que estemos y vayamos; y aunque siempre invisible á nuestros ojos é insensible á nuestro tacto, no es ménos verdad que es el primér amigo que jamás nos abandona.

—No entiendo nada de eso. Dices que ese hombre poderoso...

—No es hombre.

—¿No es hombre? ¿Es mujer como tu hija?

—Nada de eso. Dios no tiene sustancia corporal. Sólo es espíritu puro.

—Espíritu no sé tampoco lo que es; querrás decir que es fuerte como un león ó un elefante.

—La fiereza de esos animales es un imperfecto y pequeñísimo tipo para comprender la fuerza del espíritu. De un león al hombre hay una infinita distancia, así como del hombre á Dios esta distancia es aún más infinita.

—¿Y cómo ha de ser poderoso lo que tú llamas Dios si no es hombre ni fiera, y no se ve ni se toca, ni habla?

Y el bueno de Sabara miraba á su alrededor creyendo un momento si saldria de la tierra el mónstruo poderoso que habia de darles libertad.

—No, Sabara; el Dios de los cielos, Señor de este mundo y los infinitos más de que percibes algunos durante la oscuridad de la noche, brillantes como diáfa-

nas luces, existe en todas partes invisible á sus criaturas, pero pronto á servirles como buen padre y darles todo lo que les conviene á su felicidad. Es un sér incomparable, de cuya grandeza no se puede tener idea sino admirando la sublimidad de sus obras. Él ha hecho solo por su voluntad los innumerables universos que pueblan el espacio, los séres que hay en todas las estrellas y sus mundos ó planetas, y en ellos como en el nuestro el aire, el agua, las montañas y los valles, los bosques y praderas, el desierto y cuanto en todas partes y en todos tiempos ves y verás tú y verán tus descendientes y los nuestros, como lo han visto los antepasados en el aire, la tierra, el mar, lagos y ríos. Es el que todo lo regula y sujeta á leyes inmutables y eternas, sábias y admirables como lo es su creador, ante cuyo poder tenemos que humillarnos, venerándole á cada momento de nuestra vida, cantando sin cesar en su alabanza y pidiéndole perdon del mal uso que hacemos de la libertad que nos concede.

—¡Tan poderoso y grande es este Señor!

—Llámale Dios, que es su nombre.

—Pues bien; ¡tan grande y poderoso es Dios sin hacerse ver! ¿Pero tú le has visto y hablado? ¿Cómo le conoces?

—Le conozco por sus obras, como tú le conocerás en el momento que quieras. Mira aquí. ¿Ves este tronco de árbol, parte de una de las paredes de nuestra cárcel? ¿Ves este pequeño ramo de hojas que en él ha brotado?

—Sí, le veo muy bien. Siempre sucede lo mismo. Si á un árbol arrancamos sus ramas salen otras de su tronco; y si trasladamos el árbol á otra parte sigue creciendo tambien. Esto consiste en el árbol.

—No; el árbol nacido ó plantado en la tierra es un sér dotado de vida por Dios, y todo su organismo está ad-

mirablemente formado para este fin. Repara el tejido de cada hoja, qué red tan delicada y perfecta, compuesta de fibras delgadas y huecas por donde circula el jugo llamado savia, que es para el vegetal lo mismo que la sangre para el hombre. ¿Concibes tú que nadie en el mundo pueda hacer esta maravilla?

—Esto se hace por sí mismo.

—Esto se hace en virtud de leyes determinadas por Dios, lo mismo que el tallo y ramas, flores, fruto y todo el árbol, en fin, siendo siempre uno el árbol que se reproduce, sin cambiar jamás de forma ni color ni esencia, lo mismo que el hombre siempre se reproduce como hombre y no como animal, el leon como leon, el elefante como tal, y todo siempre lo mismo que fué desde el principio.

—Bien, pero todo eso nace de sí mismo, y nunca vemos á Dios para formarlos.

—Dios creó en un principio todo lo que existe, y dotó á cada cosa de cualidades especiales y capacidad generatriz, para que se sucediese la creacion por toda la eternidad. Comprende, pues, que todo tiene su origen en una sola voluntad suprema, poderosa y sábia, pues nada se hace sin artífice, no habiendo efecto sin causa, del mismo modo que tu arco y flechas no han podido existir sin tu voluntad y tu maña. Así, reconociendo en todo lo que somos y vemos una cosa superior en grado infinito á cuanto el hombre puede en su pequeñez, y admirando, en consecuencia, las perfectas obras producidas por esa causa que es Dios, necesariamente comprenderemos á este gran Sér del modo que tú mismo le pintarás desde ahora sin exageracion, por bellos y ponderables que sean los atributos que le supongas, pues muchos más y más hermosos y grandes son los que le son propios.

—Voy á ver si te entiendo. — Dices que hay un Dios invisible á nuestros ojos que ha hecho todo lo que vemos y lo ha sujetado á leyes invariables.

—Perfectamente. Has comprendido bien.

—No puedo entender cómo una cosa invisible puede hacer cosas visibles y de tanto bulto.

—Tampoco ves el fuego que se esconde en nuestras carabinas, y, sin embargo, cuando queremos producir una detonacion y poderoso efecto por nuestra sola voluntad, la pólvora se inflama y las balas adquieren una velocidad con lo que chocan á grandes distancias, dañando y rompiendo ó penetrando lo que se opone á su paso.

—Es verdad: demasiado lo he visto yo. Lo mismo sucede á mi arco y flecha en él puesto. Mientras no doy tension á esta cuerda y voluntad á mi mano, la flecha no parte.

—Así es: de tu voluntad depende el efecto mediante las leyes que han determinado á la cuerda la propiedad de adquirir su tension ó elasticidad que no tiene la madera: del propio modo que por mi voluntad sale el tiro de mi carabina mediante las leyes que han determinado la cualidad explosiva de la pólvora y su poderosa accion. Estas leyes no son ciertamente hijas de tu voluntad ni de la mia, porque si tuviéramos poder de hacerlas le tendríamos tambien de anularlas, y esto es imposible. Hay, pues, otro poder que no vemos, pero que no podemos combatir, siendo así muy superior á nosotros; y ese poder es la causa esencial de todas las causas, el origen del principio, el Soberano Señor, padre, dueño y hacedor de todo lo pasado, presente y porvenir: causa que llamamos Dios.

—Empiezo á comprenderte. Invisible es el fuego que produce el rozamiento entre dos cañas y poderosa su

accion. Así, Dios sin dejarse ver puede en un momento manifestar la inmensidad de su poder.

—Muy bien; pero comprende al mismo tiempo la inmensidad de su amor, pues un Sér tan infinitamente grande, y cuyas obras todas respiran belleza, armonía y amor, no puede existir sino para el bien; siendo uno de sus principales atributos ser infinitamente bueno, y por consiguiente infinitamente justo. Y esto quiere decir que debemos contar con su amor si obedecemos su voluntad sometiéndonos á su justicia.

—Así, Dios nos ama y nosotros le debemos amor.

—Exactamente; pero no el amor vulgar y egoísta que unos á otros nos tenemos, sino parecido al que Dios nos tiene á nosotros, superior á todo lo imaginable.

—¿Cómo amaremos á Dios?

—Siguiendo sus leyes divinas: poniendo en juego nuestra voluntad para el bien de la humanidad; considerándonos y respetándonos todos y amándonos como hijos de Dios; dándonos mútuo socorro, amistad y sabiduría en cuanto alcance la inteligencia humana; separando la discordia de nuestro trato; amparándonos, y siendo en fin, hermanos cariñosos que buscan el bien y huyen el mal, siendo así todos felices en cuanto es posible dentro de nuestra ignorancia ó escasa sabiduría.

—¿Y esto lo podemos ser y hacer todos?

—Sí; todos somos hermanos como hijos de Dios, y todos nos debemos favor y cariño.

—De modo que yo soy hermano vuestro.

—Sí, como nosotros somos vuestros hermanos.

—Pero hay diferencia que envidia de unos á otros.

—No la hay más que en el color de la carne, y esto es un ligero accidente, una simple variedad nada importante.

—Sabeis más que nosotros y podeis más.

—No somos nosotros: es la educacion que hemos recibido, teniendo siempre delante el conocimiento de Dios y sus leyes morales. Haced vosotros otro tanto; pensad siempre en este gran dispensador de bienes y conseguireis pronto lo que nosotros alcanzamos; y vuestros hijos irán más lejos si aprenden más.

—¿Es malo defenderse de sus enemigos?

—Es razon natural; pero es muy malo y desagrada á Dios buscar al hombre para hacerle mal.

—Yo quiero ser bueno creyendo en Dios. ¿Qué debo hacer?

—Ser hermano caritativo y cariñoso con todos los hombres, conocidos y desconocidos; tratar con benevolencia á tus súbditos, dispensarles sus pequeñas faltas y corregirles sus vicios con buenas maneras y el mejor ejemplo; no tener ódio, rencor ni deseo de venganza; no gozarte en el sentimiento de superioridad ni en la desgracia ajena; estudiar tus imperfecciones y tratar de combatir las; tener la caridad por guia; ser justo y equitativo para con todos; labrar la tierra, que te convida constantemente con sus frutos, y rogar á Dios para que se digne conducirte en este mundo conforme á su divina voluntad, que en el órden moral se encierra en esta sublime frase: «No hagas ni desees para nadie lo que no quieras para ti.»

—¿Y haciendo eso, Dios me ayudará?

—Sí. Dios no abandona jamás á ninguna de sus criaturas y mucho ménos al hombre de bien, al que respeta á sus semejantes y les ayuda en sus necesidades, como hermanos suyos que son; al que usa de su autoridad para el triunfo de la moral y no para escarnecerla con su orgullo; al que hace el bien por el bien y vuelve el bien por el mal, gozando en la felicidad que origina, las lágrimas que enjuga y el consuelo que lleva á los afligi-

dos. De este modo Dios te ayudará; pero no tan materialmente como puedes suponer haria uno cualquiera de nosotros. Dios te ayudará completamente en todo inspirándote el modo de hacer y ver las cosas que ignores, que es cómo únicamente entrará en relacion contigo; pero te dejará en libertad de obrar para que tengas el mérito ó responsabilidad de tus acciones ya que ha querido en su sabiduría darnos, con el conocimiento del bien y del mal, el libre albedrío. Ahora, por ejemplo; desde que nosotros hemos aparecido y Abd-el-Kir te hizo comprender el primer paso que debiste dar para tu regeneracion, tú has variado de instinto, y en este momento me escuchas y aprendes la gran verdad en la que jamás habias pensado. Pues bien, todo esto es obra de Dios, que ha conducido nuestros pasos hasta llegar á tu tribu y ha querido proporcionarte el consuelo de escuchar su voz por mi intermedio, y á mi el placer y dicha de servir de instrumento para tu conversion. Esto es mucho más de lo que hubiera conseguido con un milagroso golpe sorprendente que te deslumbrase la vista; porque el momento de la admiracion habria pasado y nada aprovecharia tu alma, mientras que sabiendo ya lo que no sabias y comprendiendo por lo que en nosotros envidias y tu razon admite, el bien de proceder con el conocimiento de Dios, jamás te olvidarás de acudir á él con la fe que debes tener y seguridad de que nunca se separará de tí ni de tus hermanos para vuestra felicidad. Trabajad y amaos en esta vida y conseguireis en la otra ver eternamente á Dios y disfrutar de su gloria.

—No entiendo esto último. Hablas de esta vida y de la otra y de ver á Dios que es invisible. ¿Resucitamos despues de muertos y entónces vemos á Dios?

—Despues de muertos en este mundo sólo el cuerpo se deshace; pero con él habia otra cosa que le alentaba y

daba vida, inteligencia y razon. Esta otra cosa es el alma, el espíritu inmortal, destellos del espíritu de Dios, invisible como Dios mismo á todos nosotros, pero que se siente y comprende como la causa esencial de la vida, y es eterno, gozando de la vista de Dios si por sus buenas obras en este mundo ha sido digno de tan alto merecimiento.

—Así, pues, el hombre se compone de dos cosas; del cuerpo y de lo que tú llamas alma invisible.

—Ciertamente: el cuerpo, compuesto de varios elementos materiales, no sería nada por sí mismo si no hubiera otra cosa que le agitase y viviñcarse: se parecería á una piedra, si, como ella, no estuviese tan visiblemente sujeto á descomposicion ó variacion de forma. Y esta otra cosa que en el habita, y le da la vida, la sensibilidad, la inteligencia y razon, obrando por su propia voluntad, se llama el alma, la mejor parte del hombre ó acaso la única, puesto que el cuerpo no es más que el medio material necesario al alma para manifestarse en este mundo. Cuando el cuerpo envejece, ó cuando por enfermedad ó violencia pierde la vida, el alma le abandona y nace ó vuelve á ese otro mundo inmaterial, gozando entónces de la vista de Dios, como recompensa infinitamente grande si se ha portado bien en la tierra, ó sufriendo, segun la justicia de Dios, la responsabilidad á que le han sujetado sus malas acciones.

En resúmen, el hombre se compone de dos partes, una material, que es el cuerpo, y otra inmaterial ó espiritual, que es el alma. La primera es transitoria y perece, y la segunda es eterna y recibe, á la muerte del cuerpo, el galardón ó castigo que haya merecido por sus buenas ó malas acciones en este mundo.

—El alma, que no se ve, ¿puede obrar bien ó mal?

—El alma es la sola parte del hombre en que reside la

facultad del bien ó mal hacer, de saber ó de ignorar; por eso es la sola responsable del equivocado ó mal uso que haya hecho de la libertad que Dios ha dado al hombre para vivir por su propia cuenta.

—Por manera, que el que se ha portado bien recibe premio, y el que nó castigo. Justo es esto. El premio dices que es...

—El premio es ver á Dios y gozar de su gloria. El castigo...

—Sí, comprendo que debe ser lo contrario. Para lo primero ¿basta no hacer mal?

—Para merecer la gloria debes, como ántes dije, seguir la ley divina de amor y caridad para con todos tus semejantes, trabajar y tener fe en el amor y justicia de Dios. No olvides nunca la frase que ántes anoté y es el resúmen de toda la ley de Dios.—«No quieras para tu prójimo lo que no quieras para tí.»—Aprende bien esto, practica tan sublime precepto, y está seguro que verás á Dios en la otra vida, y que en esta recibirás constantes pruebas de su amor.

—Pues tan fácil es merecer el amor de Dios, me pongo seguir tu consejo: amaré á mis hermanos y la guerra acabará, quedando reducida mi accion á nuestra legítima defensa. En lo que yo no pueda entender, tú ó cualquiera de vosotros me iluminareis.—Mas se me ocurre una duda. Nos encontramos prisioneros y deseamos la libertad. ¿Cómo vamos á recobrarla sin hacer algun mal?

—Dios nos inspirará; y en todo caso procederemos como mejor podamos. Nosotros no hemos provocado guerra: venimos á recobrar un tesoro que nos han robado, y nos hallamos condenados. Justo será obligarles á despejar el camino. Si no oponen resistencia seremos hasta sus amigos, como somos sus hermanos en Dios;

pero de otro modo nos valdremos de los medios que estén á nuestro alcance para recobrar la libertad. El mal, por nuestra parte, seria hacer daño sin necesidad, y, victoriosos, cebarnos en la crueldad. Si las circunstancias han querido traernos hasta aquí, no merecemos que por nuestra conducta noble se nos maltrate. Pero repito que Dios nos indicará el camino que debemos tomar en este caso sometiéndonos á su voluntad. Si esta fuere la de ser vencidos, muramos alabando á Dios y bendiciendo su nombre sagrado por haber querido darnos esta prueba de resignacion á su voluntad.

Poco tiempo despues se abrió una puerta interior y aparecieron, acompañados de Corumbo, Aurelia y Aglae, Koshid y varios guardias. Aglae puso el dedo en la boca, y pudo comprimir una exclamacion que involuntariamente se escapaba de los labios del padre y de la hermana, cubierta aún con su velo. Estos, con todos los demás prisioneros, se pusieron en fila y se arrodillaron al pasar la diosa Osirian, la cual miró á todos con forzada seriedad; y, diciendo algunas palabras á Corumbo, salieron de seguida. Ella y Aglae llevaban el pelo suelto, excitando sus dos magnificas cabelleras la admiracion de la mayor parte de los prisioneros y corumbeses.

Cerrada de nuevo la puerta, volvió todo á quedar en el más profundo silencio.

A los pocos minutos entraron la comida, cuyo acto presidió Koshid, quien pudo decir algunas palabras á D. Alberto que le trasportaron de alegría.

Algunas horas despues se hizo de noche, no tardando los negros y árabes en quedar profundamente dormidos, vigilando solamente con D. Alberto sus amigos, Sabara y Benisa, que no acertaban á separarse de él un solo instante, gustando de su conversacion consoladora.—

A las diez de la noche sintieron abrirse de nuevo la puerta interior y notaron que alguien se acercaba. La persona que entró se dirigió instintivamente á D. Alberto, le tocó en el hombro y dijo:

—Soy yo, papá.

—¡Hija de mi vida! ¡alma de mi alma!—exclamó éste abrazándola con toda la efusion de su paternal cariño, confundiéndose en uno los sollozos de ambos, que muy en breve se unieron á los de Armanda y Macker; y á ser de dia se hubieran visto algunos ojos más humedecidos con lágrimas de amor.

—No hay que perder tiempo—dijo Aurelia despues de pasada la emocion de tan deseado momento.—Suplico sabes ya que en el país me toman por la más poderosa divinidad que ha llegado á él, siendo Aglae por mi fortuna, la gran sacerdotisa, y Koshid el gran sacerdote ó número tres de esta rara trinidad. Mi poder absoluto se obedece mientras comprende Corumbo que no tengo compasion de nadie; pero el no haberse verificado desde mi venida más ejecuciones que las de algunos animales para el mantenimiento de la familia real, habiéndome opuesto al sacrificio de los prisioneros á medida que iban llegando y los ponian á mi disposicion bajo mi sangriento altar, ha hecho sospechar á Corumbo de mi poder soberano, cuya idea he combatido ofreciéndole formalmente que mañana sereis todos sacrificados en el momento de salir el sol; acto que tendrá lugar en el gran campo que precede á mi templo (por el cual habeis pasado) del modo siguiente:

Desde que empiece el alba saldrá el pueblo siguiendo á Corumbo y su familia, entre la que vendrán los dos nuevos desposados. Cincuenta pasos ántes de llegar al templo aguardarán la salida del sol, cuyo tiempo le emplearán en crucificar un desgraciado, que en el país

consideran impostor; reo que no me toca á mí condenar por haberlo hecho ya Corumbó ántes de mi llegada, pero al cual debo yo acabar de matar con uno de mis rayos en el momento de presentarme al pueblo así que aparezca el sol; y á este fin el crucificado estará de frente á mi puerta de salida. La muerte de este infeliz debe ser la señal de vuestro sacrificio, que, segun las órdenes que he dado, será saliendo uno á uno de vuestra prision conducidos por Koshid al pié de la cruz, á cuyo frente permaneceré yo á caballo, acompañada de Aglae; y al llegar cada víctima á la cruz y arrodillársese, será herida en la cabeza por un golpe de maza que asestará Koshid, como sacrificador. Al aparecer tú, padre mio, se aproximarán los desposados con el rey, se arrodillarán á diez pasos de la cruz, y herido te llevarán á ellos, para que, tomando tu sangre el rey, con ella tiña la frente de los novios, que de este modo quedarán casados.

Comprenderéis naturalmente que en las pocas horas que nos queden debemos arreglar el plan de salvacion. Veamos, en consecuencia, qué es lo que debemos hacer ó como convendria proceder.

—¿Teneis alguna persona adicta entre vuestros servidores, á más de Aglae y Koshid?—preguntó Sander.

—Yo no tengo más servidores fieles que estos dos amigos: pero Koshid dispone del corazon de dos pequeños negros que he salvado del sacrificio dias há, suplicándome delante de Corumbo los perdone; á cuya petición accedí yo ofreciendo al rey cuatro victimas al ménos por cada uno de estos dos infelices. Corumbo se conformó mandando quedasen los indultados al lado de Koshid para que éste los sacrificara si yo no cumplia mi divina palabra. Inútil es deciros que los nuevos servidores, convencidos de que á nuestro lado nada tienen que te-

mer, aman á Koshid con ceguedad, y estoy seguro se puede contar con ellos.

—Conviene entónces llames á Koshid—repuso D. Alberto.

Aurelia salió y al poco rato volvió con Aglae y Koshid. Despues de algunos minutos las dos primeras pasaron de nuevo á su templo para evitar fuera notada su ausencia, si alguien vigilaba con este fin. Encargaron á Koshid se enterase bien del plan que se concertara para quedar todos de acuerdo, recomendando la mayor diligencia.

Abundando en vuestro deseo, que es el de todos nosotros, me he anticipado ya á dar algunas órdenes, que en breve nos abrirán las puertas de la libertad.

—Dios te oiga, Koshid, y él te ame por tu buena obra como todos te amaremos—dijo Aurelia al tiempo de salir con su amiga.

—Habla, Koshid—repuso D. Alberto:—te escuchamos con ansiedad.

—Nuestro plan de evasion es muy sencillo.—Sabeis tengo los efectos de carga y monturas á mi cuidado, en una habitacion inmediata á la mia y opuesta á la prision. Cuento tambien con la adhesion de dos negros que me obedecen sin murmurar y de los que estoy completamente seguro. A estos hace una hora les he dado orden de traer los camellos y caballos del cercado en que se hallan pastando, y probablemente ya estarán á la puerta de mi habitacion, y conmigo vendrán doce de mi gente para cargar los unos y ensillar los otros. Los primeros marcharán por el bosque de abajo en cuanto estén cargados y aguardarán en él, si despues del reconocimiento del camino de entrada, hubiera allí guardia de prevencion; aunque creo que esta no haya mudado de puesto, hallándose en el tercer recodo del desfiladero,

á dos millas de la entrada, con lo cual los negros y cuatro conductores pueden aguardar en la primera milla á que nosotros lleguemos, que no tendrán mucho que esperar. Nadie vigila en la poblacion, confiada al cuidado de sus dioses; y en cuanto á vuestra guardia, que lixe duplicar, hoy la tengo bien dormida.

—¡Cómo! la habeis envenenado—exclamó Sander.

—No; hubiera sido un crimen inútil. Los he convencido de la necesidad de purificarse ántes de aparecer en la gran fiesta de mañana, y todos convinieron beber el agua sagrada, que ya tenia yo preparada con el jugo de una planta narcótica muy abundante en estas praderas. Al cuarto de hora quedaron profundamente dormidos, y así permanecerán hasta que nos hallemos lejos de aquí.

—Sólo falta, por lo que pudiera suceder,—expuso Macker—repartir armas y municiones á los que no las tienen, y nosotros nos encargaremos de enseñarles su manejo.

Esto dicho salió Koshid con cuatro de sus soldados, y al cabo de diez minutos volvieron con armas para Sabara y su gente y un revolver para Benisa. Sander y Macker se propusieron enseñar el uso de estas armas, que no tardaron los negros de Farinha mucho tiempo en aprender. Mientras tanto Koshid acudió con los conductores y algunos de sus compañeros á cargar los camellos y ensillar los caballos. A las dos de la noche estaban ya los primeros dentro del bosque caminando hácia el desfiladero; y despues de aguardar media hora para darles tiempo de llegar al camino é internarse bastante en él, se preparaban la diosa y su familia á montar á caballo, cuando á Ruiseñor le dió gana de cantar una seguidilla á toda voz, sin hacer caso de los mordiscos y coces de su avisado amigo el Batallador. A tan estentó-

reo llamamiento despertaron varios de la guardia, y fué preciso de un latigazo alejar de allí á los burros, y dejando los caballos dentro del templo, cerrarlo todo y volver los prisioneros á su cárcel. Los de guardia despertaron al fin viendo á Koshid medio dormido y bostezando, al mismo tiempo que se levantaban los últimos. Dispuso hacer un reconocimiento alrededor de la cárcel, entrando despues en ella acompañado del jefe del reten. Convencidos de que allí estaban todos los prisioneros, dormidos en su mayor parte, volvieron á salir y cerraron convenientemente. Koshid dió nuevas órdenes severas al jefe, y éste desde entónces no se separó de la puerta. Los prisioneros se creyeron ya perdidos, y sólo confiaban en su valor y la sorpresa que esperaban causarían las armas de fuego, y acaso el terror que sembrarian en los enemigos. En consecuencia de esta resolución, pasaron lo que faltaba de noche inspirando confianza á los nuevos compañeros y seguridad en el triunfo, ya que se veían obligados á combatir. Los negros de Farinha participaron del entusiasmo que embargaba á los demás, y todos, unos y otros, juraron defenderse hasta morir el último.

Poco tiempo despues se divisaban los primeros destellos del día, anunciados por la diferencia de claridad en el cielo y por el tinte blanquecino que tomaban los picos de la montaña. Mirutos despues se abrió el calabozo y entraron de nuevo la guardia y Koshid. Este dió orden á los prisioneros de ponerse en fila, empezando por D. Alberto y siguiendo Armanda, Macker, Sander, Sabara, Benisa, Yurufen y los demás árabes y negros. En esta disposicion les hizo salir entre dos filas que formaba la guardia, y se dirigieron al templo por una puerta excusada. Despues que entró el último se cerró la puerta, y la guardia quedó fuera.

Dentro del templo concertaron su plan de ataque, determinando salir primero la diosa con su amiga, ver si podían salvar al crucificado, y de todos modos aprovechando el momento en que el pueblo estaría tumbado ó arrodillado, tomar con presteza la fuga, batiéndose en retirada si el enemigo obligase á ello. Sabara juró no separarse de D. Alberto y hacer lo que él hiciera hasta perder la vida.

Un instante ántes de salir el sol montaron á caballo todos los que á caballo entraron en el país, y aguardaron con impaciencia ver abrir la puerta y que Aurelia diera la señal, que sería una descarga de su revolver.

Pero un cuarto de hora ántes se acercó por su parte Corumbo con mimica majestad, seguido de todo su pueblo, hombres, niños y mujeres, que traían en medio un jóven prisionero que escupían y maldecían llamándole impostor. Al llegar á 20 pasos del templo le clavaron en una cruz groseramente hecha, que, levantada despues, aseguraron en el suelo entrándola en un agujero. El reo no opuso la menor resistencia ni prorrumpió en el menor ¡ay!

—Gracias infinitas, Dios mio (decía el infeliz) por el favor tan grande que me haces permitiendo muera por ti en el mismo suplicio, para mí tan bendito, con que redimiste al hombre. Perdóname, Dios de bondad, y permite que mi muerte sea en beneficio de estos desgraciados, á quienes tan de buena voluntad yo perdono.

Al decir estas últimas palabras salió el sol, y Aurelia apareció más que nunca radiante de hermosura, acompañada y en medio de sus inseparables Isiada y Der-vosh; y los tres á caballo se dirigieron á la cruz.

A la vista de Aurelia, Corumbo y su pueblo, algo retirados de aquel lugar, se prosternaron y quedaron besando el suelo. En tanto Osirian y sus dos compañe-

ros llegaron al crucificado; y ¡cuál no fué su asombro oyéndose llamar por sus propios nombres en correcto español!

— ¡Aurelia! ¡Aglæ! ¡venís á libertarme?

— ¡Dios mio!! — dijeron á la vez una y otra. — ¡Ernesto!!

Y corrieron á la vez y abrazaron y besaron los piés de aquel santo mártir. Koshid sacó la cruz de su lugar, y tirando de los clavos de madera, tomó el cuerpo de Ernesto y le colocó en su caballo dándole uno de sus revolvers. Todo esto lo hizo tan pronto, que todavía estaba el pueblo haciendo sonar su canto de alabanza en honor de su diosa, cuando ya Ernesto estaba libre.

— Defiéndete, — dijo Aurelia, — como todos nos defenderemos para salvarte y salvarnos.

Corumbo, que fué el primero á levantarse y vió la accion de entregar Koshid su caballo á Ernesto, se puso de pié y dió un espantoso rugido que despertó á la multitud, dirigiéndose contra el grupo de dioses. Pero Koshid le apuntó al corazon, hizo fuego y le dejó sin vida. A la detonacion, que asustó y aterrizó á los naturales, salieron los prisioneros como un rayo y se lanzaron con sus caballos y carabinas contra aquel pueblo sobrecogido de espanto, que huía sin cesar, atronando el aire con sus roncós gritos. No fué necesario más que disparar al aire algunos tiros de revolvers para ahuyentarlos á todo correr. Algunos de los que se creían más valientes quisieron hacer cara; pero quedaron sin voz ni accion al ver juntos á Ernesto y Armanda, cuyo parecido les hacia creer que su Dios anterior se multiplicaba para anonadarlos con su vengativo poder. Quedó así el campo libre, sin otra desgracia que la muerte del rey, que no poco contribuyó al pánico en todo el pueblo, por haberle creído invulnerable.

Media hora despues, unidos los prisioneros con los conductores, y poniendo las cargas en el centro, se adelantaron los de á caballo hasta donde estaba la escolta del desfiladero, cuyos individuos huyeron al oír la primera detonacion del revolver de Aurelia, precipitándose algunos por el abismo y otros siguiendo camino adelante hasta encontrar modo de faldear la montaña, en cuyas asperezas se escondieron temerosos de las iras de su diosa.

XV.

Los negros. — Su antigüedad.

Libres ya de aquel pueblo feroz y fanático, siguieron á toda prisa hasta que llegaron, dos horas despues, á una ancha y despejada llanura en que tomaron el primer descanso. Ernesto caminó todo ese tiempo sangrando por sus cuatro heridas, cogidas las manos por sus dos hermanas, que continuamente vendaban con sus pañuelos y cuantos lienzos se procuraban. D. Alberto iba detrás contemplando aquel encantador cuadro y elevando al cielo los ojos en accion de gracias por la inmensa felicidad que le otorgaba. Sander envolvía con paños los piés del mártir, despues de poner bálsamo en sus heridas; y al llegar al lugar del descanso le hizo la primera cura formal.

De pronto oyeron el clarinete de Ruiseñor, que, seguido de sus compañeros, corria á cuanto podia escapar hasta unirse á la caravana. Estos pobres animales, desde que oyeron el primer tiro, debieron por instinto comprender que algo pasaba; y no habiéndose alejado mucho de las viviendas de sus amos despues que á latigazos les hicieron conocer su intempestivo canto, se fueron poco á poco haciendo cargo de la situacion. Presumiendo, sin duda, que era peligroso el quedarse solos, tomaron al paso largo y despues al trote hácia donde habian visto dirigirse los caballos. Algunos negros les salieron al encuentro, y tomando Batallador á su cargo la defensa de todos, acometió con mordiscos y coces á sus enemigos, mientras Ruiseñor, dando suelta á su

trómpeta, tocó retirada, y poniéndose delante emprendió la fuga como hicieron sus amigos. Pero ¡cuál no fué su miedo cuando repararon que les seguian! Entónces tomaron á escape y tras de ellos tambien escaparon siete negros que, poco despues que los burros, llegaron á la caravana. Los perros saludaron á los primeros y se pusieron en guardia contra los segundos, y los árabes tambien quisieron rechazarlos; pero aquellos se pusieron de rodillas, sin armas, é imploraron el amparo de Ernesto y Osirian. — Aurelia les llamó, y despues de interrogarlos, tradujo sus respuestas diciendo que eran amigos. Seducidos por la predicacion y el sublime ejemplo de Ernesto volvian á suplicarle les permitiera entrar en la congregacion de los cristianos.

Ernesto lo entendió tambien así, y aseguró que algunos de aquellos siete estaban ya sometidos, y que les debía mucho en los dos meses que habia pasado en aquella tierra ignorada. D. Alberto los abrazó en señal de reconciliacion como hermano en Cristo, y dirigiéndose á Sabara le hizo saber de qué manera se entendia la presencia de Dios y su influencia en las acciones humanas.

— Ya lo ves, hermano Sabara: prisioneros de un pueblo cruel, hemos podido evadirnos todos sin más desgracia que la muerte del bárbaro enemigo, que debemos considerar justo castigo de aquel gran criminal de que Dios ha querido librar á la tierra; al mismo tiempo que las virtudes del misionero y su ejemplo de mansedumbre y abnegacion nos han traído amigos verdaderos de ese desgraciado país, en vez de enemigos irreconciliables.

— ¡Creo en Dios Todopoderoso! — exclamó Sabara lleno de entusiasmo, — y sólo siento no haberle conocido ántes. Mi pueblo será feliz cuando le llevé y haga enten-

der esta venturosa verdad. Todos viviremos por ella como hermanos, siendo iguales por amor y no desiguales por temor.

Dicho esto se levantó Sabara, y reunido á los doce hombres de su tribu, les instruyó á su manera en la buena doctrina, haciéndoles entender que sólo á Dios se debía el triunfo obtenido como todo lo que veian de extraordinario, siéndolo más que nada la manera como habia conducido los pasos de sus amigos y nuevos hermanos para encontrar al hijo que abrazaban.—Benisa, cuyo buen entendimiento y excelente corazon eran tan apropiados para comprender estas santas verdades, profesaba tiempo hacia las creencias de sus nuevos amos, quedando convencida de la dulzura y grandeza de la doctrina desde que sirvió de intérprete entre D. Alberto y Sabara.

A las ocho de la noche llegaron á 40 millas del pueblo enemigo, desapareciendo ya todo recelo de ser perseguidos. Levantaron las tiendas junto á un arroyo de corriente cristalina, bordeado de hermoso follaje, y allí pasaron la noche en el más apacible descanso.

Al terminar la jornada siguiente, D. Alberto, que no se separaba un momento de su hijo, quiso saber algo de su mision; y reunidos todos los amigos en la tienda del primero, les hizo saber Ernesto el muy poco ó insignificante resultado que habian conseguido en Africa él y sus compañeros en la predicacion del cristianismo.

—Las diferentes tribus—decia,—que componen la poblacion de este desventurado país, viven en la mayor ignorancia de la ley divina. Por lo general el negro sólo aprecia como digno de respeto la fuerza bruta que impone al débil: sólo creen en la materia, y fuera de lo que hiere sus sentidos no pueden comprender nada que lleve el sello de ideal. Así es sumamente difícil, y para mu-

chas tribus imposible hacerles entender lo que es espíritu y la diferencia de alma entre los animales y los hombres. Ellos dicen que muerto el cuerpo todo perece, y aún haciendo aprecio de la materia por su magnitud y dureza, consideran que un búfalo ó un elefante valen más que el hombre, porque son más fuertes que él y porque despues de muertos unos y otros los huesos del hombre duran ménos que los de aquellos. Admiran la inteligencia humana, pero no siendo frecuente encontrar entre ellos desarrollo de razon, consideran un caso extraño el de un hombre que discurrir, creyendo, por lo regular, que un animal que sabe buscar su alimento sin equivocarse, es superior al hombre que tanto se engaña ó que tiene necesidad de sembrar para vivir. ¿Cómo han de hacer diferencia entre el cuerpo y el espíritu los que, relacionándolo todo á la materia, se juzgan inferiores al bruto? Recuerdo que una vez argüía sobre este particular con un jefe de tribu diciéndole:

—¿ Ves esta hoja de lanza?

—Si—contestó él.

—Crees que en ella no hay otra cosa que el hierro que la forma.

—Seguramente ¿qué otra cosa puede haber?

Entonces con un pedernal hice salir algunas chispas. —Hé aquí lo que encierra el hierro—le hice observar, —y cómo lo manifiesta cuando se le pone en condicion de hacer visible el fuego que contiene. Ahora bien, si cogemos esta fibrosa planta seca y reproducimos las chispas (y es lo que yo hacía) verás que se produce llama, con la cual ya comprendes se puede incendiar todo el bosque. ¿Cuál es más poderoso, el hierro de la lanza que se ve y se toca, ó las invisibles chispas de fuego que en él se encierran? Pues bien, suponte que la lanza se transforma en cuerpo humano, siempre lle-

vará consigo la otra parte invisible y poderosa, elemento principal del hombre, que se llama espíritu, que no muere jamás, siendo eterno como esencia del Dios que le ha creado.

—Comprendo bien—me decía—que del hierro salgan chispas y que produzcan fuego, pero aquellas y éste se acaban y al fin no hay vida. El hombre vive y sabe lo que hace, pero muere y todo en él acaba.

Inútiles fueron cuantos argumentos quise exponer de nuevo, esmerándome en hacerle entender la necesidad de la ley de las compensaciones, la del premio y castigo en la otra vida por el bueno ó mal comportamiento en ésta, según el gran principio de justicia.

—El malo—me decía,—lo parece porque es fuerte y domina á los demás; el bueno es débil y nada puede contra el fuerte.

Entónces el padre Ferrando, que me ayudaba con su poderosa palabra y ejemplos demostrativos le dijo:

—¿Crees que tú seas más fuerte que un leon?

—No—respondió el negro,—un leon hace pedazos á un hombre que quiere luchar con él.

—¿Y qué hace el leon para ello?

—Se vale de sus dientes y garras, de su fuerza y agilidad.

—Y nada más—añadía el padre Ferrando.—Siempre el leon repite los únicos medios de accion que debe á su naturaleza; pero tú, que te defiendes del leon ó que le atacas, has agregado á tu fuerza propia corporal la que te da tu inteligencia, y una vez has discurrido la lanza y otra las flechas cuando vistes que la lanza no bastaba y te exponia á una batalla desigual. Y si las flechas no fueran tampoco suficientes, te valdrias de la astucia, sembrando el suelo de lazos, en uno de los cuales se prenderia el leon. Así, lo que no has hecho con

tus brazos, lo consigues con el discurso, que no se ve, como tampoco ves el alma, origen de la inteligencia misma, la cual, por no ser material, no puede perecer con la materia.

El negro no se daba por convencido, diciendo que si habia algunos hombres que discurrían, los habia tambien de ménos valer que los animales.

Lo mismo que este jefe, refractario á todo conocimiento ideal, habia otros muchos, y como ellos la mayor parte de sus gentes. Carecen de supersticiones, que de ordinario sirven de base para ingerir el sentimiento religioso; convenciéndonos por esto, como se convenció la mision austriaca, de ser perdido el tiempo que empleamos en la instruccion de ciertas tribus.

Otras hay de mejor índole ó carácter dispuesto á entender la gran verdad, siendo una de ellas la del lago C'Nisien, donde me encontraba con mis dos compañeros sacando copioso fruto, cuando, sin saber cómo, fui arrebatado en medio de mi sueño y conducido á este país de antropófagos. Por mi fortuna el papel que en él me estaba reservado era el que poco tiempo despues vino á hacer Aurelia; y habiéndole comprendido desde un principio por el respeto que mi presencia inspiraba, quise aprovecharme de esta circunstancia y traté de moralizar al pueblo, usando algunas frases de su sencillo idioma, que aprendí en el camino con la facilidad que sabéis tengo para ello. Pero el rey Corumbo, que amaba más la carne humana que la animal, no se hallaba conforme con mi sistema de respeto á los hombres; respeto que se fortificó en mi espíritu desde que el padre Ferrando, con poderes que tiene de la Santa Sede, como jefe de estas misiones, completó mi carácter apostólico al consagrarme como sacerdote.

— ¡Cómo, hijo mio! ¿Eres sacerdote?

—Hace cuatro meses. Y os pido perdoneis una resolucion que he tomado sin vuestro consentimiento. La gran distancia que nos separaba, la incertidumbre de mi vuelta, mi vocacion irresistible, y el comprender lo mucho más que vale en este penoso oficio y santa ocupacion el hombre que, al ser consagrado, no puede ya retroceder en su evangélico camino, todo esto me hizo desear adquirir el carácter sacerdotal, y el mismo dia que cumplí los 24 años abrí mi corazon á nuestro primo Ferrando; y aunque trató de disuadirme de semejante idea, poniendo de relieve todos los más poderosos argumentos en contra de este espinoso estado, á cada razon suya oponia yo otra razon, terminando por decirle que si los buenos corazones desertábamos de las banderas de la fe, prefiriendo los goces del mundo á las asperezas de la religion, no seria extraño viéramos pronto al mundo convertido en un desierto. La religion necesita de hombres que la comprendan y la sientan en toda su verdad para tener derecho á dirigir al hombre por el sendero de la virtud, cumpliendo el fin moral de la vida humana. Si el cristianismo, cuya esencia es la ley natural, hubiera sido siempre lo que fué en los tres primeros siglos; si nunca hubiéramos salido de la sublime sencillez que con su noble ejemplo nos legó Jesús y trasmittieron los primeros Santos Padres, á buen seguro que los desgraciados que venimos á iluminar con las verdades eternas siglos hace vivirian de diferente manera como ahora los vemos, y quién sabe si toda la humanidad no fuera ya una sola familia. El mal consiste en convertir la religion en una mercancía, y despreciando la grandeza de su fondo y altitud de su humildad sublime, cambiarla por terrenos goces, dejándola velada con espeso crespon donde apenas se dibuje de ella débil aparente imágen.

Convencido así el padre Ferrando de mi entusiasmo y decision, concluyó por acceder á mis ruegos, y á orillas del lago C'Nisien quedé consagrado apóstol de Jesucristo.

—¡Dios lo ha hecho!—contestó D. Alberto, abrazando á su hijo.—Dios te bendiga, como te bendigo yo.—Pero al ménos prométenos que no te separarás de nuestro lado. Si así no fuera tendria yo que hacer voto de no separarme del tuyo.

—En todas partes se sirve á Dios; y no es en Africa donde más hay que trabajar en sentido moral. Así pues, no sólo viviremos unidos sino que sea donde quiera que la suerte nos lleve allí tendré bien ocupado mi tiempo de verdadero evangelista.

—Mas volviendo á mi relato os diré, para concluir, que no pudiendo el rey Corumbo conseguir de mí sentencia alguna, él se encargaba de engañar á su pueblo y llevar adelante inhumanas ejecuciones. Mientras tenia carne para saciar su apetito vivia tranquilo; y ese tiempo le aprovechaba yo en instruir á algunos que afortunadamente encontré bien dispuestos, y son hoy nuestros compañeros. Entre ellos hay cuatro que fueron arrebatados con otros diez más de la tribu de C'Nisien; naturalezas todas más privilegiadas que las restantes de los afluentes del Nilo. Pero de aquellos diez fueron sacrificados siete, y lo hubieran sido todos, como lo iba á ser yo por oponerme á sacrificios sanguinarios, á no tener lugar vuestra providencial aparicion.

Al mes de mi llegada á esta tierra supe entró en ella una diosa, que estaba muy distante de sospechar fuera mi muy amada hermana. Desde aquel dia estuve prisionero, sin volver á tener el disgusto de avistarme con el rey. Ledoin, uno de los convertidos, que desde un principio se prestó bien á escuchar mi palabra, por dificil que le fuera entenderme y á mí explicarme en su lengua,

fué el encargado de mi custodia y manutencion, y poco despues la guardia toda la ví convertida á la religion.

Los países de este lado de aquellas ignotas montañas, son ménos hostiles á los misioneros.—Pero ¡Dios mio! cuántos hay sumidos en la más horrible de las degradaciones! Unos, sin ser enteramente antropófagos, prefieren, por no saber ni querer trabajar la tierra, buscar animales muertos y huesos de cualquiera clase que sean, que pulverizan y amasan con agua para servirles de alimento. Otros, incapaces de matar á cualquiera de sus hermanos, en buen estado de salud, no tienen inconveniente en abreviarles la vida cuando una enfermedad les agobia, despedazando despues la víctima para repartírsela como delicioso manjar, sin que su alma experimente sentimiento alguno de horror ni sus estómagos de repugnancia, pues todo lo digieren sin dificultad.—Hay algunos tambien glotonamente antropófagos, que cuidan y ceban á cierto número de sus prisioneros, como tambien á los niños que por su naturaleza engordan, matándolos á su tiempo como á cerdos; y particularmente á los chicos los cogen por un pié y les hacen dar un testarazo que les abre ó aplasta la cabeza; y sacándoles en seguida los intestinos los desuellan colgados de un árbol como pudieran hacerlo con un antilope ó un búfalo. Por fortuna semejantes pueblos son los ménos, y vivo en la persuasion de que estos horrores no tendrían lugar, si en vez de media docena de misioneros, que la mayor parte del tiempo tienen que pensar en el medio de ocurrir á su manutencion, vinieran en su compañía algunas tropas escogidas y colonos europeos; pues he notado que hasta las más crueles tribus escuchan y admiran al blanco si viene á ellos en paz y armonía para hacerlos bien y no para esclavizarlos, destruirlos y robarlos el ganado que forma su riqueza, como desgracia-

damente ha sucedido hasta ahora con los comerciantes de marfil y carne humana.

¡Dios haga que el último infame tráfico tenga verdaderamente fin, y muy en breve será posible penetre la luz en estas almas, que no por no haber estado desde el principio del mundo desprovistas de educación; debemos desesperanzar sean incapaces de obtenerla!

—Sí—añadió D. Alberto;—esperamos que alguna vez sea una verdad el decreto de abolición de esclavitud que, sugerido y hasta impuesto al virey de Egipto por Europa, ha dado alguna vez buenos aunque momentáneos resultados; y lo mismo que tú crees yo creo, porque me duele desheredar á estos naturales del beneficio de la civilización, llegando algun día para los negros quien los emancipe de la desgraciada ignorancia que los mantiene segregados del resto de la humanidad.

Pero ¿cuándo podrá tener esto lugar? Hablando filosóficamente, es en verdad notable que mientras las razas caucásica, india, mongólica y cobrizas de la América y Oceanía hayan comprendido y llegado á cierto grado de civilización relativa, fundada, sin duda, en las creencias religiosas, la negra haya quedado estacionaria, siendo así que la antigüedad probable de esta especie parece ascender á un origen muy lejano, acaso tanto ó más que las anteriormente citadas.

Mucha inferioridad supone este resultado, y he dicho ya que la carencia de sentimientos religiosos ha podido conducir á él, fundándome en las consideraciones siguientes:

Las diversas poblaciones existentes, excepto las africanas, y con especialidad las del centro de esta region, han vivido desde un principio ó poco despues sometidas á cierto instinto de piedad. Conociendo su inferioridad han sentido la necesidad de adorar á Dios bajo cual-

quiera forma, según su capacidad y percepción. El hombre histórico en su origen, Adán, empieza por reconocer al verdadero Dios. El indio le comprende también y le simboliza: otros pueblos le humanizan, componiéndole de tantas individualidades como atributos le conceden; y todos le ven ó le sienten como espíritu ó dotado de materialidad. Pero los negros, raza original perdida en la noche de los tiempos, y separada de la sociedad desde su aparición en el mundo, se presentan sin historia, ni tradición, ni conocimiento alguno que accuse desarrollo de razón, sentimiento ó percepción progresiva y hasta el instinto de algo superior á ellos en el cielo ó en la tierra. Limitados sus pensamientos á satisfacer de cualquier modo sus necesidades animales, es extraño que hayan aprendido á fabricarse una choza para cubrirse de la intemperie, si bien todos los pueblos sin conocerse las hacen de la propia manera, como debieron hacerlas los primeros pobladores de cada tribu por instinto perfectamente igual en todos ellos.

Se ven, sin embargo, excepciones á esta regla general, que hace sospechar si entre las variedades de esta raza puede haber alguna de carácter superior, ó si mas bien no tomó origen de la mezcla posible de la primera con ciertos pueblos del Norte de este país. Las facciones agudas ó ménos abultadas de ciertas tribus y su color menos subido lo hace suponer así. Pero de todos modos la etnología del Africa es completamente desconocida desde ántes del descubrimiento de cada variedad, por la imposibilidad de ligar los naturales su presente con su pasado, á causa, como ya he dicho, de la ignorancia de su historia y aún su tradición.

Ahora bien, ó la raza negra es moderna y hay que esperar de ella todavía el desarrollo intelectual que gra-

dualmente han ido manifestando las demás, ó es tan antigua como ellas, y áun, segun algunos y como demostraré, preadánica, y entónces debemos confesar que muy poco fruto promete, no habiendo sabido pasar de los instintos animales; y que, por consecuencia, mientras no se fusione con otra raza inteligente, será perdido el tiempo que se emplee en conducirla al conocimiento religioso.

He dicho que esta raza es preadánica, y me fundo en las consideraciones que siguen:

La gran region que forma el Africa central es una inmensa meseta de 1.000 á 1.500 metros de altitud, con montañas por el Ecuador de E. á O., que vierten sus aguas en espaciosos lagos, origen de los diversos rios conocidos ú otros lagos como el que acabamos de dejar, cuyas aguas tienen diversas salidas al Norte y Sur visible ó subterráneamente. La constitucion geológica es primitiva, compuesta de rocas areniscas y graníticas con innumerables ondulaciones de esquisto, cuarzo y depósito de toba, á más de las sustancias ferruginosas que se presentan en países largo tiempo ocupados por lagos y pantanos. Estas rocas no han sufrido más cambios que los que resultan de las influencias atmosféricas y meteorológicas, redondeando las superficies y dejando en ciertas partes una base jabonosa de fragmentos descompuestos, y en otras es la roca constantemente dura y sólida como el primer dia. En ninguna parte de las reconocidas por el centro se ha encontrado piedra alguna caliza ni fósiles marinos, lo que hace conocer que este gran continente no ha estado jamás sumergido en la mar ó servidola de fondo. Por el contrario, se han hallado plantas y osamentos fósiles de búfalos, antilopes y otros animales conocidos, de iguales caractéres y dimensiones que los actuales, y algunas conchas, cocodrilos,

tortugas y restos de peces de agua dulce, procedentes de los lagos centrales.

Ahora bien, el grado de fosilidad de estos vestigios ofrece todas las apariencias de una antigüedad mayor aún que el periodo terciario; y si el país no ha sido sumergido nunca y en tan remotas épocas vivían las plantas y animales de las especies actuales, debemos deducir que las condiciones necesarias á la vida humana eran las mismas que al presente é igual el aspecto de este viejo continente, y por tanto, que la raza que le ha poblado y puebla es tan antigua como aquellas, y forzosamente preadánica. Los viajes y observaciones de Livingston, Thornton, Kirk, Bain, Burton, Speke, Grant y Baker al centro meridional y septentrional de este país, prueban esta verdad, particularmente los de Livingston y Kirk hácia el Sur, que, al hallar los antedichos vestigios, encontraron tambien restos de alfarería fosilizados, perteneciente con toda probabilidad á las especies negras primitivas ó de la época terciaria.

Resulta, pues, de todo esto, que si el Africa es un país en su mayor parte primitivo, que ni ha estado sumergido nunca ni alcanzádole ningun sacudimiento extraordinario, subsistiendo aún las especies de plantas y animales que en un principio; libre, en consecuencia, del diluvio, la raza negra ha debido pasar sin interrupcion desde las épocas más remotas, como lo atestiguan ciertos datos y los restos de alfarería hallados; y pues en todo ese gran espacio de tiempo la raza por si sola nada ha progresado, limitándose al instinto animal, debemos concluir repitiendo la anterior deduccion: que el negro nada será por sí mismo, y que sólo fusionándose con otra raza subirá á la jerarquía de la racionalidad; siendo inútil el tiempo empleado en predicarles lo que sólo pueden entender algunas individualidades.

XVI.

El Simoun.—Vuelta á las tribus del Nilo.

El día siguiente era el 24 de Marzo, y como hiciera notar Sander que pudieran temer algun fuerte viento propio de la estacion en que habian entrado, procuraron hacer largas jornadas para cuanto ántes llegar á la tribu de Farinha. El 26 estaban en el oasis perdido por la arena, é inmediatamente se apresuraron á visitar los árboles que contenian las preciosas parásitas que durante tantos dias dieron la vida á toda la caravana. Mas á duras penas pudieron llenar la mitad de las vasijas que llevaban, con cuya cantidad de agua no les era posible hacer las seis jornadas que faltaban aún, con tanta más razon quanto que se habia aumentado en diez y ocho el número de viajeros. Preguntado Sábara si conocia el terreno inmediato y si podrian contar con este precioso elemento de vida, respondió que no habia salido en su vida hasta ahora por este lado del desierto, y por tanto que ignoraba si habria ó nó cerca de allí algun manantial.

Con esta desconsoladora contestacion, y amenazados del Simoun, cuyas ráfagas sentian dos dias há, que arceciendo podria enterrarlos, quedaron todos poseidos del temor de no poder arribar á puerto de salvacion.

—Lo único que podremos hacer, expuso Sander, es perder aquí un poco de tiempo, aguardando el día de mañana para vaciar de nuevo los jarros del Nepentes, que para entónces ya estarán llenos de agua, y ponernos todos desde luego á media racion.

Admitido el consejo se levantaron las tiendas, y sin

pensar en el peligro á que les exponia el retardo, se propusieron aguardar desde entónces, que eran las cuatro de la tarde, al siguiente dia. Sander montó á caballo media hora despues, y reconoció todos los árboles y cercanias; pero todo fué en vano. No sólo nada habia favorable, sino que vió con pesar que, por falta de jugo en los troncos y ramas, habian muerto ya muchas parásitas, creyendo que por la mañana el agua que dieran las que aún existian, fuera menos aún que la consumida. Reconoció algunos jarros cuyas tapaderas estaban abiertas, y vió con placer que ya tenian una tercera parte de agua. Con estas noticias volvió al kraal, y dijo que era preciso prepararse á ganar el tiempo perdido, marchando á las diez de la noche despues de vaciar los nepentes á las ocho, para cuya hora creia se podria cogerlos llenos de agua.

Así lo hicieron, y se consiguió tener dos vasijas más de las que en un principio llenaron.

A las once emprendieron la marcha, y no la dejaron hasta las siete de la mañana. A esa hora dieron de comer y beber á los caballos y burros, y despues del desayuno, á las diez, volvieron á caminar.

De este modo continuaron los cuatro primeros dias, no faltándoles ya el 28 más que unas 35 millas para llegar al pueblo de Sabara. Pero los camellos empezaban á manifestarse cansados é inobedientes, y aún los caballos se sentian tan fatigados que no pudieron ménos los viajeros que ponerse á un cuarto de racion para dar el resto á los animales, quedándose sin agua para el siguiente dia. En este conflicto se decidió marchasen los conductores y parte de la gente de Sabara con los camellos, despues de beber estos á su placer, á fin de llegar la mañana siguiente y hacer volver algunos de estos animales con el agua.

Partieron, pues, á las diez y media de la noche catorce hombres, de los cuales uno era Gloom, criado de Macker, que debia cuidar de los efectos conducidos. Como las cargas eran ya insignificantes para los camellos, montó un peon en cada uno y se prometieron así estar al amanecer en la tribu.

El resto de la caravana se puso en marcha á las cuatro de la madrugada, y sólo pedian á Dios poder resistir media jornada, á cuyo fin creian hallar de vuelta los camellos aguadores, y, dando un ligero descanso, estar por la noche en Farinha.

A las ocho se manifestó el cielo de color de fuego, y como fuego era el calor que despedia, pudiendo apenas resistirle hombres y animales. Sabara anunció que no tardaria en estallar el huracan de arena, á cuya forzosa y sofocante lluvia seria imposible resistir si no hallaban algun sitio donde refugiarse.

—; Corramos! — exclamó Macker.

—No es posible—dijo D. Alberto.—El calor asfixiará á las personas y caballerías.

—¿Qué hacer entónces? El viento arrecia.

—Dificil es aconsejar—contestó Sander.

—Sin embargo, no debemos dejarnos enterrar vivos cuando todo nos ha salido bien.

—No deseo tengamos semejante fin; pero por mi parte os aseguro que nada se me ocurrirá más que sufrir el turbion y rogar á Dios.

—Si al ménos tuviéramos las tiendas—dijo Sabara,—trataríamos de hacer una fuerte cabaña ó pared que algo nos cobijase.

—Confíemos en el Todopoderoso,—expuso á su vez Ernesto—y aceptemos con resignacion lo que Dios nos manda.

—Bendito sea su nombre—contestó Sabara.

El viento, que se sentia al Sur desde por la noche, empezó á soplar con violencia creciente, levantando algunas arenas que sacudian fuertemente la cara á los pasajeros, y á pesar de esto no podian dejar la marcha. Media hora despues se cubrió el cielo de una nube pardo-rojiza, cuyo movimiento aterraba á toda la caravana. Un ruido espantoso se hacia sentir, idéntico al que producen los pedriscos, y acercándose la nube con violencia á los viajeros, empezó á descargar sobre ellos la incandescente arena que los sofocaba, sin tener para resistirlo más tiempo ni otro expediente que bajarse de los caballos y poner estos unidos como parapetos, con las colas hácia el viento, agrupándose ante sus cabezas todas las personas del mejor modo que pudieron. La tempestad no era continua, si no intermitente, sucediéndose las ráfagas á cortos intervalos; y segun el sitio del desierto donde tomaban fuerza traian más ó menos arena y polvo que caian sobre todos en cantidad creciente, dejando el corto horizonte visible en completa oscuridad. Hombres y mujeres sacaron pañuelos ó pusieron sus manos desde los ojos hácia la boca para hacer posible la respiracion, pues de otra manera se hubieran ahogado al aspirar aquella arenosa atmósfera; y aún así mucho sufrían con el ardiente polvo que tragaban. Los caballos permanecian quietos como estatuas, y con su buen instinto volvian la boca hácia el cuello, arqueándole todo lo posible. Los burros llevaban su cabeza hasta por debajo de los pechos, sosteniéndose unos con otros. Así permanecieron unos y otros por espacio de dos horas, enterrándose y desenterrándose á cada paso, hasta que vino una espesa nube que como grande oleada cayó encima de la caravana, tumbando á la mayor parte de las personas y abatiendo á los burros y algunos caballos. La luz desapareció largo rato por com-

pleto, y hasta las voces de Sabara y otros prácticos se confundían con el continuado sordo-mugido de tan formidable avalancha. D. Alberto, que tenía de cada uno de sus brazos á sus hijos Ernesto y Aurelia, cayó con ellos, envolviéndose los tres como un ovillo y siéndoles sumamente difícil volver á levantarse, razón por lo cual D. Alberto se desprendió de ellos para quedar libre un momento, y, dueño entónces de sí mismo, pudo con su colosal fuerza arrebatar á Aurelia y despues á Ernesto á aquel sepulcro que empezaba á cubrirlos, quedando convulsivamente abrazado á ellos luego que lograron ponerse de pié. Armanda y Macker, mejor resguardados por el cuerpo de dos caballos unidos uno contra otro, pudieron resistir mejor, y sólo tuvieron que esforzarse en sacar los piés de aquella prensa de arena que les comprimía. Sander y Aglae cayeron con violencia y quedaron medio enterrados: por su fortuna, junto á ellos había dos árabes que pudieron resistir, y cada uno desenterró á uno de aquellos. Aglae perdió el sentido, y desde entónces tuvo que sostenerla Sander, valiéndose de un convulsivo esfuerzo que hizo, que por momentos agotaba su energía. Los burros y dos caballos cayeron también cogiendo en su movimiento á cuatro hombres más; pero en seguida se levantaron los animales y los negros á ellos agarrados. Cuando pasó este gran peligro se oyeron las voces de Sabara que recomendaba no estar quietos, á fin de que la arena no aprisionase á cada cual, en términos de no poderse ya valer. Tomaron el consejo y sacaron á los animales del cepo en que se hallaban metidos, teniendo para ello que escarbar en muchos parajes con las manos. El nuevo suelo que pisaban se había ya elevado medio metro sobre el anterior. Una segunda avalancha ménos fuerte que la primera vino á cogerlos á todos ya bien prevenidos y á Aglae

vuelta á su conocimiento. Se agarraron unos á otros y á los caballos, y así pudieron resistir bien, pero el horizonte desapareció, el ruido fué más sordo y la duración de muchos más segundos que la anterior. Pasado el peligro volvieron á desenterrarse los piés y á obligar á los animales á hacer lo mismo. Por tercera vez se sucedió este gran oleaje de arena, y de pronto cesó el viento y lluvia de fuego; pero el atronador ruido que se oía al Sur, decía no haber pasado la tempestad. El cielo se oscureció todo, quedando en completa noche; el ruido se hizo más formidable, y sin tiempo apenas para escuchar la voz de D. Alberto que les decía:—Agarraos con firmeza á los caballos,—retumbó una espantosa detonacion como de cien piezas de artillería, precedida de deslumbradores relámpagos, que sirvieron para verse un momento unos á otros con el ánsia de la muerte retratada en sus semblantes. Algunas piedras como garbanzos y nueces cayeron sobre la caravana, y el viento era irresistible. De pronto, sin calmar éste enteramente apareció el sol tan de sorpresa, que muchos dieron un grito de espanto, no siendo poco el que recibieron cuando vieron la negra nube de guijarros que pasó sobre ellos, descargar con toda su ponderable masa á 300 pasos de la caravana, con tanto ruido extraño y movimiento del suelo que creyeron por un instante había un fuerte temblor de tierra. Por fortuna el turbion les dejó salvos y dieron gracias á Dios de que no hubiera descargado sobre ellos.

La fuerza del huracán fué disminuyendo; y aunque se sucedían algunas grandes ráfagas y lluvia de arena, lo dominaban ya con facilidad, siendo posible respirar sin sofocarse y tomar libres movimientos que permitían variar de posición. Aglæ pudo al fin ser dueña de sí misma, y todos los que había útiles se apresuraron

á socorrer á sus hermanos, escarbando con las manos para desenterrar á tres desgraciados que no habian tenido tiempo ni fuerza para salir de entre la arena; no quedándoles fuera más que el pecho y cabeza y un brazo. Terminado este primer deber acudieron á los animales, de los que dos habia tumbados, sin poder hacer movimiento alguno. Puestos de pié á fuerza de trabajo todos los que componian la caravana, vieron que dos árabes y un negro de la tribu de Corumbo habian quedado imposibilitados de poder andar, por tener las piernas y piés desollados. Los demás tenian tambien muchas contusiones y algunas heridas, pero no les impedian marchar. De los animales todos ellos tenian dañada la piel, pero estaban útiles para la fatiga. Los perros fueron los únicos seres que pudieron resistir bien por haberse cobijado debajo de los caballos, teniendo cuidado de salir de su refugio en los momentos en que podian hacerlo impunemente, evitando así el segundo peligro que los mismos caballos ofrecian para salir de su angustiosa situacion.

D. Alberto y Macker sacaron cada uno una pequeña descabradura ocasionada por dos piedras de la última avalancha; pero esto no les impidió prestar sus caballos á los dos árabes inutilizados, montando el negro herido en Batallador, único de los burros que podia soportar semejante carga.

De este modo emprendieron de nuevo su marcha, despues de dar gracias á Dios por no haber perecido bajo la furia de aquella horrible tempestad. A la hora de camino, en cuyo tiempo sólo pudieron andar una milla, tuvieron la fortuna de ver en lontananza dos camellos, y entónces aguardaron su llegada.

Cuando esto sucedió, bebieron todos con mesura, y Sander pudo lavar la multitud de heridas que originó el

huracan, ligándolas con pedazos de sus camisas que se quitaron él, Macker y D. Alberto. A cada uno de los animales se les refrescaron tambien la cabeza, patas y cuello; dándoles alivio este baño, flexibilidad á sus articulaciones y facilidad en sus movimientos. Los heridos montaron en los camellos, y libres los caballos para sus naturales jinetes, la marcha tomó la mayor rapidez posible hasta que, á 5 millas del pueblo desapareció la arena y pudieron una hora despues llegar salvos á lugar tan deseado. Los súbditos de Sabara salieron al encuentro, considerando inexplicable hubieran podido resistir al huracan, muy ligeramente allí sentido.

XVII.

A orillas del Ghazal.

En compensacion á los trabajos sufridos hallaron descanso y satisfaccion por la manera solícita con que todos aquellos pobres negros se apresuraron á servirles.

La familia de D. Alberto y amigos se alojaron en dos chozas de Sabara, bastante grandes aunque de una sola habitacion; quedando los hombres en una y las tres jóvenes en otra con Benisa.

Todo el dia celebró el pueblo la bienvenida por medio de bailes guerreros, á los cuales agregó Macker y quedó instituido, como higiénico y muy conveniente, el premio á la carrera. Colocó una fila de lanzas á cierta distancia, y desde un cuarto de milla debían partir los que disfrutaran el premio á coger una de aquellas, dando al primero un pañuelo y una docena de cuentas ó perlas; al segundo un pañuelo y al tercero un brazalete ó un puñado de perlas.

Estableció tambien Macker el juego de eucaña para lo cual hizo descortezar un árbol muy recto que, desprovisto de ramas, habia cerca del pueblo, y tenia un pié de diámetro por 25 de altura. Uno de los árabes colocó encima tres banderas de pañuelos, y al descender iba dejando untado el árbol con manteca de cerdo que todavia se conservaba.

Este premio debian disfrutarle primero las mujeres, siendo Macker el director y presidente de la fiesta, colocado á poca distancia del árbol.

Salieron algunas jóvenes negras, que no poco divir-

tieron al presidente, y tuvieron que renunciar á obtener el premio, hasta que Yasina, hija de Sabara, que no queria fueran aquellos pañuelos para los hombres, hizo una feliz ascension y cogió las tres banderas en medio del aplauso general. Aurelia añadió un puñado de perlas, y á fin de no dejar descontenta á ninguna de las heroínas, entregó dos brazaletes de cobre á cada una de las ocho muchachas que probaron fortuna.

—Armanda suplicó á Macker cesara aquel juego ya, recomendando lo hicieran cuando ellos no estuvieran allí, á ménos de no ponerse vestido ó algo que las hiciera aparecer con decencia.

—¡Qué quieres, amada Armanda! la decencia es en todas partes y en todos los círculos relativa al medio que nos rodea. Aquí vive esta gente en el traje de Adán, y, más parecidos á los espartanos que á los afeminados hijos de Europa, sólo se avergüenzan de tener ménos valor ó habilidad que otro.

—Sin embargo, yo te ruego, amigo mio, no dirijas á esta gente sencilla por la doctrina de Esparta, cuando hay otra más moderna de mayor utilidad.

—¿No quieres que aprendan á defenderse de una fiera subiéndose á un árbol?

—Sea en hora buena, pero ya sabes de qué modo se lo has de aconsejar. Tengo la persuasion de que el pueblo que nunca llega á conocer el pudor no puede alcanzar ningun conocimiento útil, siéndole imposible llegar á la civilización.

—Conforme en un todo contigo, yo te prometo que mañana todos los súbditos de Sabara harán su trabajo con el velo del pudor.

—Basta sepas aconsejar lo que más les conviene.

Doce dias pasaron allí los viajeros, en cuyo tiempo Sabara, Benisa, Ernesto y D. Alberto, hicieron felices

esfuerzos para sembrar en ellos la buena semilla, empezando desde entónces aquellos naturales á conocerse á sí mismos y á comprender la gran distancia que los separaba ya de su condicion anterior. De este modo supieron lo que era pudor y lo que podian valer mirándose como hermanos unidos por el amor y dedicados al trabajo. ¿Se podria esperar que siempre seria así, asegurando que el negro permaneceria constante en sus nuevas creencias? Nada parece imposible cuando el hombre se propone lograr un fin probable, y para la constante conversion de aquella tribu bastaba la decision con que abrazaron la santa doctrina el jefe y familias principales. Sin embargo, abandonados á sí mismos en medio del desierto, sin tener ante su vista sublimes ejemplos que les fortificaran en la fe y pusieran constantemente de relieve la ley natural, siendo el fundamento de la transformacion sufrida la voluntad con que la abrazó el jefe de la tribu, es de suponer volvieron al cabo de corto tiempo á su estado primitivo de estupidez, segun por regla general ha sucedido con todas las tribus á donde ha penetrado y se ha visto con entusiasmo la verdad. El negro no está exento de razon; susceptible es de educacion como las demás razas; pero la escasez de su inteligencia le aísla en seguida el pensamiento, y falto de sosten cae de lleno en su embrutecimiento normal, seducido por la libertad de accion instintiva que llena todo su sér. Segun lo aseguraba Ernesto, nada podria conseguirse de esta raza degradada sin el concurso constante y la fusion con ella de otra más privilegiada en el órden moral é intelectual. Mas sea de esto lo que quiera, por de pronto el ejemplo y la predicacion produjeron admirable efecto en aquel pueblo, y sembrado quedó el grano de la moral divina.

Al separarse la caravana de la tribu todos la querian

seguir; pero D. Alberto les dió gracias del fondo de su corazon y les dijo pensaran siempre en Dios, que á todos acompaña, y es la gran verdad que les debe ocupar toda la vida.

Tres dias despues llegaron á la tribu de Nyam, cuyos naturales recibieron á los viajeros con la mayor alegría. Ernesto se hizo entender de ellos y logró alguna ventaja que le llenó de satisfaccion. Les preguntó en seguida por sus compañeros de mision, y supo que muchos dias hacia llegaron allí tristes y abatidos por ignorar la suerte de su amigo, desaparecido de entre ellos sin saber cómo. Añadieron que tenian ánimo de seguir en su busca por el Kasanga y Ghazal hasta el lago Noil, donde, si les era posible, se embarcarian para Kartun.

Con estas noticias levantaron el campo y determinaron seguir el mismo rumbo que los misioneros. Benisa no se quiso separar de sus nuevos amos, y al lado de ellos siguió despues de obtener el permiso de su familia.

Las lluvias, que casi nunca cesan por las montañas del centro, se hicieron ya sentir por la parte baja que recorrian, y al dia siguiente de salir del pueblo de Benisa, se vieron inundados por una nube torrencial que descargó sobre la caravana por espacio de tres horas. El camino se hizo muy difícil, los caballos resbalaban y los camellos se rendian. Tuvieron necesidad de hacer alto, ántes de tiempo, al subir á una colina; y al reconocer las cargas notaron se habia perdido la harina que quedaba y la mayor parte de los comestibles, siendo desde entónces necesario acudir á la caza para el mantenimiento de todas las personas; cosa que no parecia difícil atendido el privilegio que goza el estómago de los árabes y negros, tan dispuestos á digerir un manjar delicado, preparado con maestría, como el cuerpo crudo de una rata ó un tubérculo radical cualquiera, por poca

y desabrida que sea la sustancia farinácea de que se componga. Por otro lado, ni faltaba por allí caza ni espingardas, carabinas y municiones; así que, dirigidos por Sander y Koshid, pudieron traer al kraal en poco tiempo dos antilopes, que les dieron comida para cuatro dias.

Continuaron de este modo su camino, llegando ya el 12 de abril á costear el Ghazal, obligados poco despues á detenerse algunos dias por las lluvias casi perennes y el crecimiento de uno de los afluentes torrentuosos del Ghazal que, viniendo de Darfur y Kordofan casi siempre seco, tomaba con estos fuertes aguaceros sobrado caudal para ser imposible vadearle. Quisieron hacer una balsa para intentar el paso por un sitio de los más remansados, pero tuvieron que renunciar á ello visto la serie de remolinos que allí presentaba el rio, que indudablemente hubieran hecho zozobrar la almadía. En consecuencia resolvieron aguardar que bajara la creciente, y con ese motivo hicieron multitud de chozas donde se abrigó muy bien toda la gente.

Un dia que amaneció bueno y sereno se vió una manada de elefantes en las inmediaciones, al parecer inofensivos; pero su obstinacion á no separarse de aquel sitio y el temor que inspiraba su vecindad, á pesar de lo pacíficos que permanecian, no teniendo más fin que pelar de sus hojas una multitud de mimosas que allí habia, obligó á Sander á proponer una batida general para alejarlos, uniéndose á él Koshid, D. Alberto, cuatro súbditos de Corumbo con sus lanzas, diez árabes con sus espingardas y Aurelia y Aglae, que deseaban una vez asistir á la persecucion, y en caso necesario, la caza del elefante.

Marcharon á la pradéra donde sonaban las metálicas voces de estas fieras, y á su vista empezó la gritería de

los árabes y negros. Los elefantes repararon entónces en los importunos huéspedes que se acercaban, y para que les dejaran tranquilos se trasladaron á un centenar de pasos más allá, parándose donde otra porcion de mimosas los convidaba á continuar su interrumpida tarea. Mas á poco se les volvieron á acercar sus pigmeos perseguidores, á quienes se dignaron echar una mirada y un repique de clarines que debieron juzgar bastante satisfaccion para los curiosos que tenazmente se empeñaban en no dejarles comer, siguiendo, en consecuencia, rompiendo ramas y tragando tallos y hojas de que nunca se veian hartos. Uno de los árabes descargó su espingarda sobre un elefante de los últimos, dándole la bala en la paletilla izquierda, á cuyo golpe volvió el elefante é hizo cara contra su despreciable enemigo. Los restantes marcharon á la carrera, no teniendo gana de juego. El árabe, seguido de cerca por la fiera, para la que los matorrales que allí habia no eran más que hebras de esparto, pudo alcanzar un pequeño árbol y subir hasta la copa, en cuyo momento llegó el elefante, cogió con la trompa una rama y batió todo el árbol, dando fuertes sacudidas, á que no pudo resistir el pobre árabe, saliendo despedido en una de ellas como un cuerpo muerto á diez pasos de distancia. Por su fortuna llegó al elefante otra bala de Aglae, que le obligó á variar de objetivo, dirigiéndose al nuevo enemigo que se atrevia á insultarle; pero Aglae se hallaba bien montada y puso su caballo á la carrera, seguida de Aurelia que, á su vez, descargó otro tiro sobre la fiera. En su fuga llegaron á una pradera llana y abierta, donde se paró el elefante desafiando á todos los que, gritando cerca de él, á su alrededor se encontraban. Entónces los cazadores de Corumbo se acercaron con sus lanzas; dos por un lado y dos por otro, llamando primero uno la atencion de la

fiera por la derecha; en ese momento se acercó el de la izquierda y la enterró su lanza en el vientre. Vuelto el elefante á él con rapidez hizo lo propio el de la derecha, huyendo en seguida con agilidad; hasta que, repetido ésto por dos veces, salió el elefante corriendo al frente donde se encontraban D. Alberto y Koshid, Aurelia y Aglae, cada uno de los cuales descargó su carabina, de cuyas balas no hizo caso la fiera, que siguió á gran carrera, fijándose en Aurelia, á quien perseguía con furor. El caballo de ésta era muy bueno y excelente corredor; pero el haber pisado una piedrecilla que se quedó fija al casco entre las herraduras, le obligaba á cojear y contener el escape, no pudiendo el animal avanzar más á pesar de sentir á pocos pasos de distancia el bufido de la trompa y el grito del elefante, que no tardaría un minuto en llegar á su presa. Los demás caballos corrían á derecha é izquierda y detrás los peones, gritando todos á Aurelia que torciera de direccion; pero Aurelia no oía y continuaba al frente del elefante, del que no distaba ya más que á 4 ó 5 metros, sin hacer caso el animal del sinnúmero de balas que por todas partes le acribillaban para matarle ó hacerle desistir de su persecucion. En este momento Sander espolea con fuerza á su caballo, saca su sable damasquino, y corriendo como un rayo pasa diagonalmente entre el elefante y Aurelia, y de un tajo corta la trompa que, próxima á coger la cola del caballo, tendia horizontal la fiera, ávida de su presa. El dolor contuvo al elefante, y entónces, alejada ya Aurelia, vuelve Sander á él, se apea y apuntando con sosiego á un ojo le manda una bala que le acaba de matar, cayendo con estrépito aquella imponente masa, encima de la cual subieron todos los árabes, victoreando desde ella al bravo Sander y privilegiada Osirian, que por ser diosa no habia podido alcanzarla la fiera.

D. Alberto abrazó á Sander y Aglae le felicitó por su oportunidad y valor. Aurelia le dió la mano con efusion y cariño, diciéndole conmovida:—Más vale vuestra generosa accion.

Entónces Sander besó la mano que se le ofrecia y aseguró que en su vida habia sido más feliz.

Dos horas más tarde los negros y árabes descuartizaron aquel enorme animal, guardando una buena porcion de carne que comian sin escrúpulo, y llevando al kraal enteras las orejas y colmillos que quiso conservar D. Alberto.

XVIII.

El nombre Lesseps.—Nuevo cristiano.

Sin más accidente notable llegaron algunos días después los viajeros á una tribu que distaba 30 millas del lago de Noil, conjuncion del Nilo blanco y varios de sus afluentes, en la cual fueron recibidos con aparente buen humor.

Era esta tribu la más poblada de cuantas habian encontrado en su peregrinacion, y los naturales los invitaron á descansar en sus chozas. El tiempo seguia lluvioso, y creyendo la buena fe de aquellos indigenas, aceptaron su oferta. A poco rato se presentó el jefe, llamado Sinako, y le regalaron para él y sus súbditos la mayor parte de las perlas, brazaletes y telas que quedaban. Las repartió convenientemente, y á su vez les ofreció plátanos, leche y merisa. Todos comieron y bebieron con placer, á excepcion de unos cuantos árabes que se sentian indispuestos y Sander, Aurelia y Ernesto, que preferian agua pura á aquella mala cerveza (merisa). Sinako se puso de mal humor y desapareció; pero Benisa, que parecia verdadera políglota por lo bien que comprendia los dialectos de varias tribus, llegó á sospechar que algo tenian que temer de aquellos naturales. Y efectivamente, al poco tiempo todos los que habian tomado la merisa sucumbieron á un sueño profundo que los inhabilitó completamente. Sander, advertido por la sospecha de Benisa, reconoció á los dormidos y observó que afortunadamente sólo estaban narcotizados. Quedaban libres los diez enfermos y él con Ernesto y Aurelia para hacer entrar en razon á aquella

gente. Llamaron al jefe y les dijeron no estaba allí por haber ido á buscar algunos carneros con que pensaba obsequiar á sus huéspedes.

—Bueno, dijo Sander: todavía queda merisa de la que nos habeis regalado, y es preciso la bebais vosotros.

Los negros se negaron á ello diciendo que Sinako les mataria si tomaban algo de lo destinado á sus amigos. Pero Sander insistió en que tomaran varios cortadillos, y al ver su repugnancia y obstinacion se puso pálido, creyendo que el narcótico fuera demasiado fuerte é hiciera despertar en la eternidad á sus compañeros. Armado con su carabina de dos tiros cogió á un negro y le hizo entender que le mataria si no declaraba qué es lo que habian echado en la merisa.

El negro calló, y aprovechando un momento en que Sander volvió la cara para asegurarse dónde estaba Aurelia, se echó encima y le sujetó con fuerza, haciendo lo mismo los demás de la tribu con los árabes enfermos. No contaban con la oportuna llegada de tres buenos amigos, los fieles Dragon, Aquiles y Lind, que como leones se abalanzaron á ellos saltando, particularmente Aquiles, al cuello del negro que sujetaba á Sander y tumbándole por tierra sin dejar la presa despues de haberle abierto la yugular. Aurelia por su parte se aparapetó detrás de un árbol, y descargando varios tiros de sus dos revolvers, logró que huyeran los enemigos, quedando algunos fuera de combate. Lind y los otros dos perros siguieron á los fugitivos, dando lugar á que Sander pudiera hacer buen uso de su carabina, aprovechando el tiempo de volver á cargar, llamar y animar á los enfermos. Tres de estos se pusieron de pié y manifestaron alguna energia, acompañados de Sander y Aurelia; y el fuego que sostuvieron por algunos minutos bastó para

alejarse tanto los negros enemigos, que no eran ya temibles sus flechas. Ernesto, cuya alma angelical no estaba hecha para verter sangre, aunque fuera en defensa propia, limitaba su acción con el gran trabajo que le permitían aún sus heridas, á colocar delante de los narcotizados todos los objetos que podían librarles de las flechas, pidiendo á Dios cesara pronto aquel desigual combate.

Retirados los enemigos á bastante distancia, se suspendió el fuego por parte de Aurelia y los suyos, llamando entónces Sander á los perros. Uno de estos, el valiente Aquiles, traía una flecha clavada en una nalga, y Sander se apresuró á reconocer la herida, viendo con placer que no había señal alguna de envenenamiento. Echó unas gotas de bálsamo y dejó al perro; el cual, léjos de acobardarse, se puso á vanguardia con los otros dos.

Los negros, que notaron el silencio de sus huéspedes, creyeron llegado el momento de volver á la carga, haciéndolo todos en masa ensordeciendo el aire á gritos y con el ruido redoblado de sus nogaras. Al llegar á tiro les intimó Sander se rindiesen, amenazándoles de otro modo con quemarles sus casas y destruirles el ganado. La contestación fué una lluvia de flechas, de las que una alcanzó á un árabe en una mano, otra á Benisa raspándole un hombro, y otra á Aurelia pasándole el vestido. Los dos árabes que quedaban útiles, se colocaron cada uno detrás de un árbol: Aurelia no abandonó el suyo, y Sander sacó los 4 revolvers de 16 tiros de los cinturones de Armada y Aglae que entregó á los árabes. El fuego de este modo se hizo tan nutrido que, asustados los negros al ver que cuatro personas producían el efecto de cuarenta, y viendo multiplicarse sus bajas, volvieron á retirarse á buena distancia. Los perros no cesaban de ladrar al compás de los tiros y gritería salvaje, repitiéndose el eco por

entre los bosques como un trueno sordo y continuo. Pero tan desigual pelea no parecia racional durase mucho tiempo, dependiendo la victoria por parte de los negros de un momento de decision para despreciar el fuego por espacio de medio minuto. Sin embargo, así pasaron dos horas, hasta que temiendo Sander rodeasen los negros el kraal, como ya empezaban á indicarlo sus movimientos, excitó por su vida á los enfermos á hacer un supremo esfuerzo, como por fortuna lo consiguió, llevándolos á su lado.

Con este refuerzo consiguieron rechazar al enemigo á larga distancia, evitando volviera por la espalda. Pero agotadas las fuerzas de los enfermos y rendidos tambien Aurelia y Sander, iban á caer prisioneros de tan fatales enemigos cuando divisaron á la parte arriba del rio al misterioso Abd-el-Kir, que al frente de algunos caballos corria al kraal, sospechando desde que oyó los tiros, quiénes eran los huéspedes y cuál la conducta de los negros. Aurelia corrió hácia él diciéndole lo que pasaba.

—Lo habia sospechado—contestó Abd el-Kir,—y me anticipaba á prestaros el auxilio que me pedis como debemos hacerlo entre hermanos. Allah no me ayude con su gracia ni el Profeta me sonria al subir al Paraiso si yo dejo desvalida la hermosura de los cielos, la primera de las huries, gala de la tierra y regocijo de sus amigos.

Diciendo lo cual metió espuela á su caballo, seguido de sus jinetes, que en un momento lograron esparcir el pánico en toda aquella cobarde tribu, obligando á todos, y á su jefe el primero, á llegar al kraal de los blancos y pedirles perdon, y que luego cesara el efecto de la merisa.

A todo se sometieron los negros menos á esto último.

—Nada importa—dijo Sander,—si me dicen qué yerba han usado para producir el sueño.

Pero tampoco pudieron conseguir nada. Abd-el-Kir les amenazó con destruirlos hasta el último de ellos si no cedían á la súplica de los huéspedes y mandato suyo. A pesar de esto permanecieron impasibles, y algunos hubo que significaron la conveniencia de resistir á Abd-el-Kir, teniendo la fortuna de que este no los comprendiese.

En semejante conflicto vino á las mientes de Aurelia el nombre de Lesseps, y con alguna desconfianza en semejante talisman exclamó:

—Dejadlos, Sander; déjalos, Abd-el-Kir. Nuestro amigo el señor de Lesseps se encargará de castigarlos.

Al oír el nombre de Lesseps toda la tribu cayó de rodillas; y en esta postura llamó el jefe á Benisa haciendo entender á todos por su medio que el señor de Lesseps era para ellos un Dios por haberlos hecho devolver el ganado y familias llevadas en esclavitud por una partida de turcos, agregando en compensacion de los daños sufridos multitud de beneficios que no podían olvidar: no teniendo otro medio de pagar tan grandes favores que haciéndose ellos voluntariamente esclavos de los que pronunciaron el sagrado nombre de su libertador y protector.

Desde aquel instante fueron amigos sinceros de sus huéspedes todos los de la tribu, y declararon que los narcotizados estarían sanos y salvos dentro de una hora; que su intento no había sido matarlos, pues que á nadie mataban, y prueba de ello era no estar envenenadas las flechas, sino que sólo querían tener la curiosidad de saber lo que llevaban los blancos en sus cargas.

Admitida esta explicacion, como el mejor medio que quedaba por hacer, mandó Sander le trajesen los heridos para curarlos á todos mientras pasaba el tiempo en que debía cesar el efecto del narcótico. Los heridos eran

diez y siete, algunos de gravedad y dos muertos, que tambien presentaron á Sander creyendo podria resucitarlos. Extrajo seis balas á otros tantos heridos, y con bálsamo, agua y vendajes logró en dos horas, ayudado por Benisa, Ernesto y Aurelia, que los diez y siete quedaran curados por de pronto. Explicó detalladamente lo que debian hacer sus familias todos los dias para lavar las heridas y continuar la curacion hasta quedar del todo buenos, y á este fin regaló un frasco de bálsamo inapreciable para estos casos. Respecto á los muertos hizo entender á la tribu no podia él resucitarlos, siendo solamente ellos mismos los culpables de esta desgracia.

Las familias se manifestaron agradecidas; y á la hora de despertar de su letargo los que fueron narcotizados, empezó la danza fúnebre para enterrar los fallecidos.

D. Alberto preguntó qué significaba aquello, y Sander le explicó todo lo ocurrido; al saber lo cual, el señor de Bazan, en su excusable egoismo paternal, miró á todas partes muy agitado hasta que vió á sus tres hijos á su lado, dando entónces un prolongado suspiro. Dió con emocion sus dos manos á Sander y abrazó con ternura á su valiente hija. Dirigiéndose luego á Abd-el-Kir le agradeció grandemente su noble comportamiento y le suplicó le considerase como su mejor amigo.

—Eso me basta, contestó Abd-el-Kir. La amistad de tan venerable caballero y la de su familia llenará completamente mi alma. Yo tambien quiero ser vuestro mejor amigo. Toma en prueba de este sentimiento mio el alfanje de mi padre, que era mi mayor tesoro. Y vosotras, encantadoras huries, aguardad.

Salió Abd-el-Kir, se dirigió al rio, y cogiendo tres liros que á la orilla habia, los distribuyó á cada una de las tres jóvenes, diciendo en su poético estilo:

—Son iguales, como igual es el respeto y cariño que

os profeso: cariño del pobre errante peregrino que sólo sostendrá vuestra memoria y no os volverá á ver sino allá, donde vuestra divinal belleza de ángeles preparado tiene predilecto lugar; pues sois aurora de la esperanza, delicado perfume de las flores, dulce néctar que embriaga, perlas de brillante oriente, luz hermosa del que os mira, personalidad de la dicha é ideal puro y viviente de celestes ilusiones.

Todos se manifestaron satisfechos de este galante modo de sellar su verdadera amistad, á que D. Alberto correspondió regalándole su excelente carabina. Aurelia, Armanda y Aglae cada una le dieron con afectuosa voluntad uno de sus rewólvers; todo lo cual admitió Abd-el-Kir como don del cielo, jurando que aquellas armas no se separarian de él jamás.

— Por mi parte — añadió Sander, — sólo tengo una prenda que nuestro amigo Abd-el-Kir pueda considerar prueba de la alta estimacion que hago de sus cualidades.

Y desdobló la piel negra de leon regalada por los tunecinos, explicándole en breves palabras el mérito que suponía.

— Aceptó ese gran regalo, — dijo Abd-el-Kir, y quiero además, que tomes mi caballo y le conserves entre los demás tuyos. Es animal ágil, sufrido y valiente como ninguno de la Arabia. El tuyo, que le es bastante inferior, pero que para mí será mejor por ser tuyo, me acompañará hasta que muera.

Hicieron este cambio, llevándose los negros de Abd-el-Kir el *Vapor*, caballo que así nombró y tan buenos servicios hizo á Sander, y tomando éste el *Brillante* de su nuevo amigo.

Macker regaló un puñal á Abd-el-Kir, acompañado de un fuerte abrazo que éste le devolvió.

Pocos minutos despues suplicó el principe árabe le contasen las aventuras sucedidas á la caravana desde su segunda aparicion en la tribu de Farinha.

D. Alberto satisfizo su curiosidad y notó que Abd-el-Kir se conmovia mucho cuando ensalzaba la bella y magnífica ley del cristianismo que tanto bien hacia y era tan grande y poderosa, pues hasta el momento de sufrir Ernesto su horrible suplicio por el bien de los hombres le daba aliento para suplicar á Dios por sus enemigos. No extrañaba, en consecuencia, la conversion de todos los que quisieron escuchar la doctrina santa, ley general de la moral universal y divina.

Entusiasmado como estaba suplicó á Ernesto le instruyese en las bases generales de esta doctrina sagrada.

El misionero supo cumplir su tarea; consiguiendo por dos horas que el nuevo discípulo escuchara en silencio religioso y con respeto profundo las palabras de Jesús, tan preferentes á los terrenales preceptos de Mahoma.

— Espero — decia Abd-el-Kir, — que la cristiana filosofia...

— Llámala doctrina.

— Pues bien, espero que la doctrina cristiana, regenerando mi sér, podrá mitigar las heridas de mi alma; y en compensacion de las virtudes y vida ejemplar que emprenderé, Dios permitirá la recuperacion de mi reino.

— Despréndete de toda clase de ambicion, y confórmate con la voluntad del Señor.

— ¿No me será permitido tratar de conseguir la restitution de mis bienes perdidos, ni áun pedirselo á Dios?

— Los bienes terrenos valen poco para el hombre que conoce á Dios y tiene fe en un porvenir de felicidad eterna. Si Dios quiere vuelvas á ser principe de Kordofan, Él mismo te abrirá camino inspirándote á tí y á

otros la manera de realizarlo. Pero ten presente que la aureola del poder es acaso la prueba más difícil de soportar para agradar á Dios, por la facilidad de sucumbir en una ó varias de las muchas tentaciones á que el supremo poder expone. El bien aparente que se disfruta hace olvidar la verdadera mision del hombre, cual es el progreso material, intelectual y moral de todos y por todos; problema de difícil solucion para quien vive envuelto en la opulencia deslumbradora y efimeros goces de esta vida; goces que al pasar no dejan más que la huella del desencanto y el sentimiento de haberlos conocido.

— Así debe ser por lo que siento en mi corazon. Pero ¿debo renunciar á todo? — ¡He sido tan desgraciado que me parecia justa la compensacion!

— No eres tú el solo que así habla. Todo el mundo se queja de su desgracia, que ve múltiple y no merecida, esperando con avidez la hora de la compensacion en este mismo suelo. Y si esta compensacion no llega, como por lo regular sucede, ya porque el hombre es insaciable en sus deseos, ó porque huye del trabajo, ó sucumbe en el camino de penalidades, acusa á su mala estrella, y hasta blasfemando, niega la justicia de Dios. Unos ven el mal en la falta de recursos, otros en la pérdida de una persona querida, otros en la traicion de sus amigos, éstos en la injusticia humana, aquellos en su orgullo contrariado, etc., envidiando todos al que más aparece y no al que verdaderamente vale, ya se halle por encima ó sea inferior á la condicion social que ocupa el desgraciado. El infortunio en este mundo se traduce por el mal presente, sin tener en cuenta las funestas consecuencias que puede acarrear la satisfaccion de la vanidad. Pero yo te digo que este es un falso camino, pues nada se debe relacionar á la vida presente cuando

se aspira á conocer en absoluto la verdadera desgracia ó felicidad; sentimientos íntimos del alma que con ella van en ésta y la otra y otras vidas sin fin que haber pudiera. El vano goce, el placer impuro, la agitacion vanidosa, el aturdimiento del espíritu para acallar su conciencia y olvidar el porvenir, esos podemos llamar los desgraciados elementos de la miseria humana; pues, segun el divino Jesús, no se engaña á Dios ni se esquiva el destino que sucede al despertar en la otra vida, donde quedarán sumergidas en la agonía de la verdadera desgracia los que vivieron en la ambicion y el egoismo, así como gozarán de inefable dicha los que supieron sufrir las incomodidades de esta pasajera vida. Dichosos los que lloran — dice Dios, — y sin murmurar sufrieron todas las miserias, porque ellos serán consolados y felices.

— Loado sea Dios, que del polvo puede hacer un mundo de perfecciones.

— Dios lo creó así desde el principio. Mas en lo concerniente á lo moral quiso, en su amorosa justicia, despues de hacer iguales á todos los hombres, darles el libre albedrío para que tuvieran el mérito de labrarse á sí propios su felicidad. Cosa en extremo sencilla si el hombre esfuerza un poco su voluntad, tratando á todos como hermanos y sobreponiéndose á las desgraciadas miserias que engendran la vanidad, ambicion y egoismo.

— Me esforzaré en refrenar mi ambicion (renunciando desde ahora á mi reino), y ensalzaré la humildad que tanto ennoblece el espíritu. Y si logro, como lo espero, vencerme á mí mismo, diré gozoso á Dios: — Señor, despues que tuve el conocimiento de la opulencia me veo reducido á mí propio; bendito sea tu nombre y tú mil veces que preparas esta prueba de regeneracion á tu servidor humilde. ¡ Acoge el ruego que hago, Señor, de no vivir sino dentro de tu ley divina!

—Así conseguirás el bien supremo.

Abd-el-Kir dijo entónces á sus nuevos amigos:

—Si algun sentimiento os puede causar la salida de vuestra mision de este país, vivid tranquilos. Al marchar Ernesto queda para sustituirle Abd-el-Kir. Yo soy cristiano.

—Poco te falta, Alberto-Aurelio,—dijo Ernesto.—
¿Quieres este nombre?

—Le llevaré con amor y orgullo.

—Pues bien, aproximémos todos al rio.

La gente de la caravana siguió al neófito, que dentro de las aguas del Nilo, quedó por Ernesto bautizado bajo el antedicho nombre de Alberto-Aurelio.

Este acontecimiento se celebró en toda la tribu con gritos de alegría, aunque los negros no sabian por qué. Aurelio se encargó de hacérselo comprender más tarde.

Por parte de los viajeros se distribuyó todo el resto de la bisuteria y lienzos, entregándoles, á más, diez carabinas, pólvora y municiones de caza, despues de explicarles el buen uso de estas armas.

XIX.

Conclusion.

Seis dias despues, y en buena salud ya los árabes que se hallaban enfermos, llegaron sin accidente alguno, acompañados de Abd-el-Kir, á la laguna de Noil formada por la union de varios afluentes del Nilo; teniendo la fortuna de hallar un vapor remolcador de varias barcas vacías que pasaban de Gondokoro á Kartun. Les fué así fácil tomar pasaje para toda la caravana, que á las pocas horas debia emprender su marcha bajando el Nilo.

D. Alberto abrazó en su despedida al nuevo cristiano, y lo propio hicieron Sander, Macker y Ernesto. Las tres jóvenes le dieron afectuosamente la mano y le aseguraron que los lirios los conservarian mientras viviesen en cajas de plata.

Alberto-Aurelio, que en estos últimos dias habia disfrutado más felicidad que en el resto de su vida, no pudo contener su emocion al verse ya separado de sus nobles amigos y hermanos. Las lágrimas llenaron sus ojos, luego de verificado el embarque, y reclinado su cuerpo en su caballo, dejó caer la cabeza sobre el pecho con penoso abatimiento. El vapor empezó á marchar, y los últimos adioses, y despues los pañuelos, que no dejaron de flamear mientras los pasajeros percibieron á Abd-el-Kir, llevaron al corazon de este pobre solitario la mayor de las amarguras, pues demasiado comprendia que no volveria á ver más á aquellos que llenaban su alma. Hizo un grande esfuerzo y avanzó algunos pa-

sos por la márgen del río, y en vano llamó; el vapor seguía á toda marcha y en él vió á Ernesto que con la mano izquierda señalaba al cielo y con la derecha le bendecía. Aurelio cayó de rodillas, y mirando y elevando también al cielo sus dos manos, parecía implorar de Dios fuerza y auxilio en su soledad. Así le vieron permanecer los pasajeros del vapor hasta que éste se perdió tras el primer recodo.

Ocho días más tarde entraba la caravana en la capital del Sudan á los cinco meses de la salida del Cairo.

Desde Kartun se despachó correo al señor de Lesseps, encargando al propio volviera por la izquierda del río, por donde hallaría la caravana, que saldría de Kartun después de descansar quince ó veinte días de tantas fatigas.

Pocas horas después supieron que los compañeros de Ernesto atravesaron el país un mes hacia, hasta el mar Rojo para embarcarse directamente á China, donde pensaban ejercer su misión con más fruto que en el Africa.

A los veinte días de descanso marcharon todos hácia la primera catarata, y un día ántes de llegar á ella los encontró á su vuelta el correo, que llevaba carta del señor de Lesseps en que, después de felicitarlos les aseguraba hallarían su vapor en el mismo sitio que le dejaron.

Ali-bey les recibió al siguiente día á bordo, y dada suficiente tensión al vapor de la caldera, giró la hélice y bajaron con rapidez al Cairo. Desde aquel momento podían decir haber terminado su peregrinación, volviendo después de lograr su objeto, sanos y salvos al país de la civilización, con sólo el sentimiento de la pérdida en Farinha de los dos pobres árabes que allí murieron, á cuyas familias ofreció D. Alberto dotaría

convenientemente, para en lo posible darles alguna compensacion.

En el Cairo les aguardaba el señor de Lesseps, no permitiendo esta vez fueran á más posada que la suya, á donde se dirigieron todos, y en ella pasaron cuatro dias hasta la llegada del primer vapor francés que debia tocar en Alejandría el 4 del mes de Mayo.

En ese tiempo fueron Aurelia y Armanda, Aglae y Ernesto, Sander y Macker á visitar las pirámides y ruinas de Menfis, sirviendo, como siempre, Aglae de cicerone, especialmente para con Macker que no podia separarse un momento de su lado.

Hubieran deseado que el tiempo les permitiera pasar algunos dias viendo las grandes obras del canal del Istmo; pero en la imposibilidad de que por entónces fuera, prometieron acudir los primeros á la gran solemnidad de la apertura de esta octava maravilla.

Al despedirse D. Alberto de sus compañeros de expedicion recomendó los negros de Corumbo á su amigo D. Fernando, que los acogió para darles colocacion constante en su casa, como asimismo á varios de los conductores. En cuanto á Koshid le hizo un espléndido regalo, y otros más á Yurufen, Kabirah y demás árabes, encargando al primero que, vendidos los 13 camellos, uniera su importe al bolsillo que le entregaba para los 18 soldados.

Aurelia dió á Koshid un anillo con un hermoso solitario de gran valor, y en él grabado el nombre de Osirian, que le recordase siempre su compañía durante la expedicion, y más particularmente cuando su glorificacion en la tribu de Corumbo. Aglae tambien le regaló un rico alfiler de brillantes, dibujando la media luna y una estrella encima; y Ernesto le dió una cartera en que escribió los sentimientos que le sugirió la libertad.

que á Koshid debia. El árabe quedó en extremo agradecido y les suplicó el favor de mantener correspondencia con ellos, que muy gustoso le otorgaron. Sander le entregó su sable damasquino, en cuya hoja habia hecho grabar las siguientes palabras: «*Sin tí dudára de mi vida*»; expresion que más tarde entendió Koshid de dos maneras. Por fin, Armanda y Macker le dieron tambien un recuerdo.

Los caballos los llevaron consigo, como asimismo al intrépido Batallador y á Ruiseñor el simpático, que D. Alberto queria conservar y hacer cuidar con esmero en pago del beneficio que le debia, pues sin la oportuna tocata que despertó los guardias de Corumbo no hubiera recobrado á su hijo Ernesto, objeto y fin de expedicion tan difícil. Los animales parecian comprender el aprecio á que sus buenos servicios les hacia acreedores, pues Batallador no quiso separarse un momento de los caballos, cuyo destino adivinaba, y Ruiseñor no dejó de cantar continuas seguidillas para recordar á sus amos el precio de su música.

Llegó, por fin, el dia 4, y salieron para Alejandria, embarcándose por la tarde en el vapor de Marsella. El señor de Lesseps les despidió á bordo, y como D. Alberto y Sander le hicieran cierta confianza íntima, les dijo delante de todos:

—Os pido como buen amigo que soy vuestro, que si al llegar á Marsella quiere Ernesto unir la suerte de dos enamorados, no os olvideis ninguno que yo soy vuestro padrino, y en mi nombre mi amigo Alberto.

Sander miró con amor á Aurelia, y ésta, aumentando el hermoso color de sus mejillas, le dió su mano, y así, unidas á las suyas, las besó D. Alberto trasportado de júbilo.

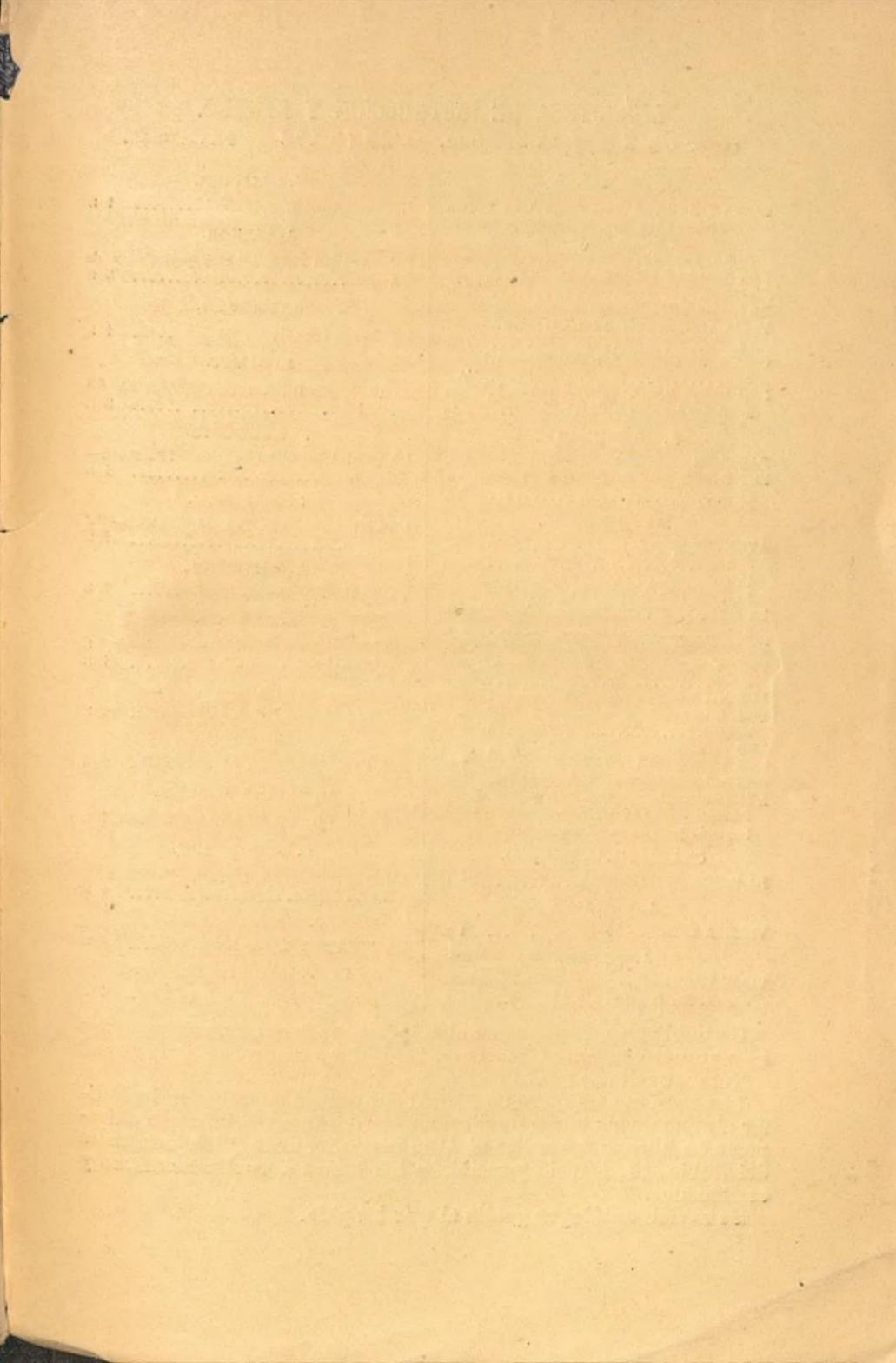
Algunos minutos despues la hélice barrenaba las

aguas del puerto, y el vapor marchaba á Europa.

En una falúa pintada de blanco y oro habia un hombre de buena talla y afable y noble expresion que de pié saludaba continuamente al vapor. En la popa de éste se veian flamear siete pañuelos blancos que agitaban otras tantas personas diciendo adios á M. de Lesseps.

Mirando bien con un anteojo hubiera este señor visto, además, otras tres personas conocidas nuestras; la buena de Benisa y Ledoin, súbdito de Corumbo, que no quisieron separarse de sus amos, y la célebre y laureada literata alemana, que volvia á Brandemburgo despues de haber obtenido el primer premio en el certámen universal de composicion filosófica celebrado en Calcuta el 1.º de febrero de 1863. Como de costumbre marchaba á bordo en su gran butacon movible de bejuco, enterrada entre libros de reconocida utilidad; y tan embebida en su lectura estaba, que sólo despertó al mundo cuando, al reconocerla Lind, la saludó con su voz y con su lengua. No hay que decir que semejante reconocimiento fué el principio de una nueva amistad, debida á la cual, la literata, prima hermana mia, supo todos los detalles de esta veridica historia, que hace algunos meses me refirió sin reserva de ninguna especie.

FIN.



BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO.

COLECCION Á peseta EL TOMO.—1'25 (5 rs.) EN PROVINCIAS.

JULIO VERNE.

- DE LA TIERRA Á LA LUNA, viaje directo en 94 horas 15 m. 20 s. 7.^a edicion... 1 tomo.
 ALREDEDOR DE LA LUNA.—5.^a edicion.—
 Segunda parte de la anterior..... 4 t.
 LOS INGLESES EN EL POLO NORTE.—4.^a edicion..... 4 t.
 EL DESIERTO DE H ELO.—4.^a edicion 1 t.
 VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA.—5.^a edicion..... 4 t.
 CINCO SEMANAS EN GLOBO.—4.^a edicion..... 4 t.
 LOS HIJOS DEL CAPITAN GRANT, viaje alrededor del mundo.—5.^a edicion... 5 t.

E. LABOULAYE.

- PARÍS EN AMÉRICA.—8.^a edicion... 4 t.
 EL REY DE LOS PAMAMOSCAS.—6.^a edicion..... 4 t.

MAYNE-REYD.

- AVENTURAS DE CARLOS LINDEN.—4.^a edicion..... 2 t.
 Primera parte: LA INDIA.
 Segunda parte: EL HIMALAYA.

- LA GRANJA EN EL DESIERTO.—5.^a edicion..... 4 t.

- EL DESERTO DE AGUA.—5.^a edicion 4 t.
 LOS CAZADORES DE OSOS.—5.^a edicion..... 4 t.

- LOS JOVENES ESCLAVOS..... 4 t.
 LOS CAZADORES DE ANTILOPES.—2.^a edicion..... 4 t.

- LOS CAZADORES DE GIRAFAS... 4 t.
 LOS BOSQUES VIRGENES..... 4 t.
 LOS DESTERRADOS EN LA SELVA. 4 t.

- AVENTURAS DEL GRUMETE WILLIAM 2 t.
 Primera parte: EL NEGRERO.

Segunda parte: LOS NAUFRAGOS.

OBLEMAN. (J. NOMBELA).

- LA PIEDRA FILOSOFAL..... 4 t.

A. EYRAUD.

- VIAJE Á VENUS.—5.^a edicion..... 4 t.

A. ROGER.

- VIAJE SUBMARINO, aventuras extraordinarias del Dr. Trinitus.—5.^a edicion... 4 t.

T. GAUTIER.

- HISTORIA DE UNA MOMIA..... 4 t.

A. DUMAS.

- DE PARÍS Á ASTRAKAN, impresiones de viaje..... 5 t.

KAEMPFEN.

- LA TAZA DE TÈ, viaje á China..... 4 t.

L. BIART.

- AVENTURAS DE UN NATURALISTA EN MÉJICO..... 2 t.

F. FULGOSIO.

- LA PERLA DE LIMA (guerra del Pacifico).—2.^a edicion..... 4 t.

L. JOURDAN.

- LOS MISTERIOS DE LA INDUSTRIA.—2.^a edicion..... 4 t.

A. DUBARRY.

- EL BALLENERO.—2.^a edicion..... 4 t.

A. LLANOS.

- SIETE AÑOS EN AFRICA.—2.^a edicion 4 t.
 POEMAS DE LA BARBARIE..... 4 t.

E. ABOUT.

- Á ORILLAS DEL NILO.—2.^a edicion. 4 t.

V. VERNEUIL.

- MIS AVENTURAS EN EL SENEGAL. 4 t.

M. SECO Y SHELLY.

- HISTORIA DE UN GRANO DE TRIGO. 4 t.

E. SOUVESTRE.

- LO QUE SERÁ EL MUNDO EN EL AÑO TRES MIL..... 4 t.

J. HACKLANDER.

- LA VIDA MILITAR EN PRUSIA... 4 t.

FERNAN DE LA TORRE.

- Á LAS MONTAÑAS DE LA LUNA.. 4 t.

Se publican veinte tomos al año, y se hacen suscripciones por este número á SESENTA reales en Madrid y OCHENTA en provincias.

Tomos sueltos 4 reales en Madrid, y 5 en provincias.

Las personas de fuera de Madrid que deseen suscribirse ó adquirir alguna de las obras publicadas escribirán acompañando el importe en libranzas ó sellos al Administrador de la Biblioteca, en el Rubio, 25, Madrid y recibirán los tomos á vuelta de correo certificados.

Se envían catálogos gratis al que los pida.